

 En defensa del
marxismo 

En Defensa del Marxismo
po.endensadelmarxismo@gmail.com
Director: Jorge Altamira

Ediciones Rumbos
www.po.org.ar
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
ISSN 2314-0479

Índice

Editorial: Argentina ingresa a la crisis mundial Hacia el XXIII Congreso del Partido Obrero Por Marcelo Ramal y Juan Pablo Rodríguez	5
Hacia el XIII Congreso del Partido Obrero Puntos para el debate de una resolución internacional Por Pablo Heller y Juan García	25
Grecia: el eslabón roto Por Savas Michael-Matsas	45
Trotskismo y guevarismo en la revolución cubana (1959-1967) Por Daniel Gaido y Constanza Valera	67
Revolución y guerra en Vietnam Por Paulo Wermus	129
La “Historia de la Revolución Rusa” como manual para el historiador Por Guillermo Kane	145
Las leyes laborales de la Rusia soviética (una crítica y una respuesta) Por Oficina de Rusia Soviética en Nueva York (1920)	165
Orígenes del socialismo y el movimiento obrero en Brasil Por Osvaldo Coggiola	173

Editorial

Argentina ingresa a la crisis mundial

Hacia el XXIII Congreso del Partido Obrero

Por Marcelo Ramal y Juan Pablo Rodríguez*

La transición planteada por la derrota electoral del kirchnerismo y la asunción del nuevo gobierno pone de manifiesto una aguda fractura económica, social y política. El rescate capitalista de la bancarrota que deja el gobierno anterior deberá conducir a graves convulsiones sociales y choques de fondo entre las clases. El régimen que buscó darle una salida a la quiebra y a la rebelión popular de 2001 se ha venido abajo, en el cuadro de un agotamiento más general del peronismo y de sus recursos políticos -el régimen de punteros del conurbano y la burocracia sindical. Otra organización política y económica deberá dar cuenta de la crisis planteada, pero deberá ponerse en pie y cobrar forma a través de crisis políticas sucesivas. La fracción que releva al kirchnerismo en el gobierno es la beneficiaria circunstancial de una extrema volatilidad electoral, y tendrá que probar su capacidad de poner en marcha un rescate que exige una confiscación social de gran alcance. Argentina es parte de una transición más general en América Latina, atravesada por la crisis mundial y por el fracaso de las experiencias nacionalistas o centroizquierdistas. El

* Marcelo Ramal y Juan Pablo Rodríguez son miembros de la dirección nacional del Partido Obrero.

desarrollo de la izquierda revolucionaria -que contará con una tribuna de agitación privilegiada en el Congreso y las legislaturas- depende decisivamente de una comprensión de fondo de la etapa que se abre, y de presentar -en el terreno del programa y las iniciativas de lucha política- una delimitación implacable respecto del nacionalismo en descomposición.

Bancarrota capitalista y rescate

1. La política de pago serial de la deuda usuraria y rescate de los privatizadores a costa del Tesoro -el corazón de los trece años de gobierno kirchnerista- ha conducido a una nueva bancarrota nacional y a un cuadro de disolución del régimen económico. Los registros ruinosos de las instituciones que sostienen al sistema monetario o al Tesoro nacional no pueden ser considerados como categorías aisladas. Lo que ponen de manifiesto es una quiebra más general del régimen económico y de las relaciones sociales capitalistas. Por caso, los bancos privados tienen hoy una parte sustancial de sus activos en letras o títulos del Banco Central, el cual a su turno es acreedor de un Tesoro nacional también insolvente -ello, después de haber destinado recursos crecientes a subsidiar al capital. Pero, como resultado de esa cadena de potenciales quebrantos, la banca privada sólo capta depósitos a fuerza de ofrecer tasas de interés astronómicas, paralizando el crédito industrial y agravando la recesión. La bancarrota del Estado o sus organismos es sólo una manifestación de que la tasa de beneficio del capital se ha derrumbado y exige un rescate general para su recomposición.

Las medidas de viraje al capital internacional encaradas por el kirchnerismo anticiparon la actual línea de ajuste. Pero, al mismo tiempo, formaron parte de un intento último por evitar el desbarraque y salvar al 'modelo' oficial. Ese fue el sentido del acuerdo con Chevron, aún cuando su diseño, en última instancia, conducía a un replanteo general de la orientación económica (libertad para el movimiento de divisas y giro de utilidades, internacionalización de los precios de los hidrocarburos). La pretensión de apelar al gas no convencional para zafar del derrumbe económico fue frustrada, sin embargo, por la marcha de la crisis mundial: el desplome de los precios internacionales del petróleo hundió las perspectivas de Vaca Muerta. El kirchnerismo también buscó abrir un ciclo de endeudamiento a tasas usurarias y financiar al Estado mediante la exacción creciente de los trabajadores (impuesto al salario). Estas tentativas parciales chocaron con la cri-

sis internacional -reflujo de capitales de los emergentes, caída de los precios de las materias primas- y con el agotamiento de los recursos políticos del propio kirchnerismo.

2. El rescate que se plantea ahora debe superar los límites de las medidas de ajuste de CFK-Kicillof. La gran burguesía, que se sirvió del intervencionismo económico para ser salvada de la quiebra anterior, reclama un cambio de frente y un socorro del capital internacional. El planteo del gobierno es gambetear la cesación de pagos mediante una operación de reendeudamiento. Este objetivo explica la adhesión de los economistas PRO a la principal tesis del kirchnerismo, a saber, la del supuesto “bajo endeudamiento” actual -a pesar de que la deuda pública total supera los 250.000 millones de dólares. Uno de los puntos de ese operativo es la conversión a títulos públicos de otras formas de deuda, como la que reclaman los fondos buitres, los importadores y las empresas que tienen pendiente la remisión de utilidades al exterior. Este paquete engrosaría la deuda en unos 50.000 millones de dólares, en forma más o menos inmediata. Pero la principal de estas operaciones es la conversión progresiva a títulos públicos de los pagarés que el Tesoro ha entregado al Banco Central para la cancelación de operaciones de deuda en todos estos años, y que orillan los 70.000 millones de dólares. Las garantías del capital internacional para este socorro son conocidas: una megadevaluación y un tarifazo de los servicios públicos, que libere al presupuesto público del sostenimiento de los subsidios. El tarifazo deberá compensar la reducción de impuestos (retenciones) en beneficio de los exportadores agrícolas. La devaluación buscará licuar la deuda pública en pesos y, desde luego, los salarios y jubilaciones. Pero, al mismo tiempo, acentuará el peso de la deuda dolarizada sobre la economía nacional, en beneficio del capital bancario que cuenta con una gran proporción de esos títulos y -según esperan los devaluadores- de quienes ingresen capitales para invertir en activos en la Argentina.

Pero una pseudocapitalización del Banco Central -que sólo captaría dólares a cambio de crear un nuevo tipo de pasivo- elevaría la deuda pública a niveles cercanos al 80/90% del PBI -o sea, a niveles de defol, ¡y sin que ello signifique nuevas inversiones o incorporación de capital productivo! Para habilitar a un nuevo endeudamiento por encima de la gravosa hipoteca actual, Argentina debería ofrecer mayores garantías de repago -o sea, un remate a gran escala del patrimonio nacional y golpes monumentales a las conquistas históricas de los

trabajadores. Está planteada una alteración de fondo de las relaciones sociales. Hay que destacar, por ejemplo, la insistencia de los círculos capitalistas en “elevar la productividad del trabajo” -o sea, el llamado a una reforma laboral que refuerce las tendencias al trabajo precario, a la flexibilización de los jóvenes y la destrucción de las conquistas de los convenios colectivos. La presencia de varios representantes de los fondos de inversión en el nuevo gabinete macrista es sintomática, puesto que el papel de estos cuervos es el armado de ingenierías financieras para la absorción y “racionalización” (despidos) de empresas en quiebra. Esta tarea de liquidación de capital sobrante debe jugar, además, un papel disciplinador sobre la fuerza de trabajo -esto es, imponer el control de las paritarias y de la reacción obrera a los ajustes por la vía de un aumento de la desocupación.

En esto consiste la salida capitalista a la quiebra que deja el kirchnerismo. Argentina ingresa definitivamente en la crisis mundial dentro de la legión de países que están sometidos a grandes operaciones de rescate. Esta caracterización descarta una transición indolora y plantea el ingreso a una etapa de grandes convulsiones sociales y crisis políticas.

Contradicciones del rescate

3. En estas condiciones, está cuestionada la posibilidad un manejo ordenado o armónico de la bancarrota. En el pasado reciente, advertimos que había pasado el tiempo de una “devaluación programada”, y que el monumental impasse económico terminaría reservando esa instancia a un golpe de mercado -o sea, a una corrida. ¿El relevo político de CFK por Macri ha cancelado esa caracterización? El macrismo devalúa con escasas garantías externas (créditos) o nacionales (liquidación de divisas por parte de los exportadores) para el levantamiento del cepo.

Por otra parte, la tentativa de relanzar una escalada exportadora -para la cual se han otorgado enormes concesiones al capital agrario- y de arrancar un rescate financiero internacional deberá chocar con las actuales tendencias de la crisis mundial. En 2002, la devaluación de Lavagna-Duhalde se había apoyado en la salida de la economía mundial de la profunda crisis de 1996-2001 (derrumbe de los tigres asiáticos, de Rusia, devaluación brasileña). En cambio, la actual crisis argentina *empalma* con un agravamiento de la crisis mundial y su desembarco pleno en los emergentes, a partir del freno económico y la ola devaluatoria fogoneada por China. El flujo de capitales se ha revertido, otra vez, de los emergentes a los centros financieros (Estados

Unidos acaba de elevar la tasa de interés). Argentina arriba a esta reversión sin haber usufructuado de la ola especulativa de la fase anterior. Los ajustadores locales deberán mirarse en el espejo de Brasil, donde las medidas devaluatorias han agravado las tendencias a la recesión industrial sin haber podido frenar la fuga de capitales.

El macrismo quiere salir del impasse económico replanteando los alineamientos económicos internacionales de Argentina, algo que va a agravar los choques al interior de la burguesía nacional. Una expresión de ello es el debate sobre el rol de China, y de sus posibilidades de digitar el comercio o inversiones de infraestructura en el marco del auxilio financiero tramitado por el kirchnerismo con ese país. Nada menos que el jefe de Techint salió con los taponos de punta contra estos acuerdos, denunciando sus posibles consecuencias en términos de desplazamiento industrial. Varias fuentes atribuyeron a esas divergencias el apartamiento de Sanz -fuertemente vinculado con Techint- del futuro gabinete nacional. Esta puja se instalará con seguridad al interior del macrismo porque éste no renunciará al salvavidas financiero de Pekín. La apertura económica es otro factor de división en la burguesía: una fracción de ella celebra la posibilidad de normalizar el abastecimiento de insumos -es la industria de armaduría cuya gravitación creció con los “nacionales y populares”- y otro sector teme una avalancha importadora y una ola de quiebras.

Otra expresión de estas pujas tiene lugar en el campo petrolero. Lo que está en el tapete es la continuidad del régimen que concentró en YPF los acuerdos de explotación no convencionales (Chevron) pactados por Galuccio-Kicillof. Este esquema está siendo sostenido por un régimen de subsidios a la extracción de crudo, cuya permanencia había prometido Scioli a los gobernadores petroleros. Por el contrario, el sector patronal que expresa el nuevo ministro de Energía, el ex Shell Juan José Aranguren, defiende un retorno al viejo esquema menemista de federalización de las concesiones petroleras, reduciendo el papel de YPF a expensas de otros pulpos.

En suma, el rescate de la quiebra no sólo plantea una confiscación a las masas, sino que será objeto de fuertes choques al interior de la propia burguesía.

Crisis de régimen político

4. La derrota del kirchnerismo ha significado el derrumbe de un conjunto de aparatos y personeros que encarnaban décadas de domina-

ción política sobre las masas. Es el caso de los Othacehé o Curto, los barones del conurbano que perdieron sus municipios, incluyendo entre ellos a varios representantes de la burocracia sindical. El desmoronamiento del régimen económico anterior impone también una reorganización política en diversos aspectos -por ejemplo, el de la relación entre el Estado nacional y las provincias. El debate sobre el reparto de fondos es parte de esa crisis, incluso porque la progresiva reducción de las retenciones -que el Estado central recaudaba y redistribuía parcialmente- acentuará una “federalización” del sistema de ingresos y de gastos, abriendo un nuevo capítulo de las crisis provinciales y de los choques con el gobierno central.

El nuevo gobierno debe sustituir a un método de cooptación que se ha venido abajo por otro, sin que por ello renuncie a echar mano de los recursos del viejo régimen y que aún permanecen en pie. Pero ¿qué régimen emergerá de todas estas contradicciones? ¿Cuáles son los recursos de Macri para poner en pie un nuevo principio de autoridad estatal?

El macrismo resultó beneficiado por la corriente de rechazo político que fue despertando el kirchnerismo en vastos sectores de la población, a partir del agravamiento de la carestía, el impuesto al salario y, en ese cuadro, el gobierno de poder personal. Este proceso se vivió en los cacerolazos de 2012/2013 e, incluso, en las marchas por la muerte del fiscal Nisman. La explotación derechista de las reacciones populares de carácter democrático, frente a los regímenes nacionalistas o centroizquierdistas en descomposición, no constituye una peculiaridad argentina si se tienen en cuenta las movilizaciones masivas contra el régimen de Nicolás Maduro o las marchas en Brasil contra la corrupción del gobierno petista -ni qué decir de otros procesos internacionales como los de Ucrania o Egipto. En oportunidad de los cacerolazos de Argentina, el Partido Obrero señaló el carácter contradictorio de estos movimientos -o sea, el fermento popular contra las arbitrariedades oficiales, por un lado, y la pretensión derechista de explotar esa reacción popular, por el otro. Por ese motivo, y mientras nos delimitamos políticamente de los organizadores de estas marchas, buscamos siempre interpelar a sus concurrentes, sin la menor solidaridad con el gobierno que era repudiado. El rechazo al autoritarismo oficial -decretazos, cooptación de medios, cadenas nacionales- ha estado presente en el resultado electoral del pasado 25 de octubre.

5. Pero la relación entre esta reacción popular y su canalización derechista debe ser precisada, en sus contradicciones y sus límites. El ma-

crismo no fue protagonista de esas reacciones populares. Más precisamente, ha sido un partido de Estado a lo largo de la década K, desde el gobierno de la capital del país. La gestión macrista de la Ciudad ha seguido la orientación general del ‘modelo’ -acaparamiento inmobiliario, entrega del presupuesto a una camarilla empresarial, Estado de servicios de inteligencia (“Fino” Palacios), regimentación de la clase obrera con el concurso de la burocracia sindical (la paz social que el macrismo se ufana haber conseguido en la Ciudad fue pactada con los sindicatos de la ‘izquierda’ kirchnerista, como el de los docentes o el del subte).

En el proceso político de estos últimos dos años, el macrismo demostró comprender la profundidad de la crisis de la camarilla oficial -y del peronismo en particular- cuando rechazó reiteradamente un frente con Massa, que expresaba al postkirchnerismo -o sea, a una porción del aparato oficial y de la burguesía que se distanciaba del gobierno en reclamo de un viraje económico. Macri, sin embargo, sólo se benefició de esa disgregación política en el último episodio de una serie de batallas electorales que se caracterizaron por su extrema volatilidad. Vale recordar su traspie en las elecciones provinciales de Santa Fe y luego el balotaje de la Ciudad de Buenos Aires, que Rodríguez Larreta estuvo a punto de perder (lo cual hubiera enterrado las pretensiones presidenciales de Macri). En el manifiesto político que editamos después del 25 de octubre señalamos que la misma base social que votó en la Ciudad a Lousteau para que no gane Macri, luego se inclinó por Macri en la general, en repudio al régimen de poder personal de CFK. Finalmente, el balotaje presidencial terminó con una arremetida final de Scioli, cuando comenzó a denunciar a Macri como devaluador y ajustador.

Esta volatilidad da cuentas de la precariedad sobre la que se asienta el conjunto de la transición política. Un sociólogo derechista afín al nuevo gobierno acaba de caracterizar al macrismo como “un movimiento de opinión que se vuelve mayoritario circunstancialmente, pero su victoria no se apoya en un hecho social consolidado” (*La Nación*, 6/12).

Todo lo anterior desmiente la conclusión que el PTS ha plagiado a los sociólogos del kirchnerismo: que el macrismo habría conquistado “cultural” o “ideológicamente” a todo un sector de la población. Los mismos que se habían deslumbrado con la “Argentina kirchnerista” (2011) y le atribuyeron una “victoria cultural” al gobierno de Chevron y Barrick Gold, se han encandilado ahora con la “cultura macris-

ta”. Pero el macrismo no ha conquistado profundamente a ninguna fracción de los trabajadores o de los explotados, apenas ha canalizado circunstancialmente el hartazgo popular de un régimen agotado. Las crisis y los ajustes que se vienen lo van a poner de manifiesto.

Es esta fragilidad la que explica la tendencia del nuevo gobierno a buscar un pacto y un punto de apoyo con los elementos de la “vieja política” (PJ). Ello se manifestó tempranamente en ocasión de la crisis de Tucumán, cuando Macri rechazó el reclamo de que se volviera a votar y emplazó a los voceros locales de su bloque a aceptar las resoluciones de la junta electoral amañada por el gobierno. Un apoyo al reclamo de nuevas elecciones hubiera empujado a Macri a un choque con la liga de gobernadores, cuando está obligado a cogobernar con ellos. Del mismo modo, Vidal ha colocado al frente de la seguridad bonaerense a un duhaldista, para tender puentes con los barones del conurbano que sobrevivieron a la catástrofe electoral.

6. El macrismo buscará apoyarse en estos elementos para fracturar a la “vieja” coalición kirchnerista y proceder a la tarea de dismantelar el Estado camporista. Otro terreno de los compromisos políticos será el Congreso, donde Macri carece de una mayoría propia y deberá establecer un sistema de acuerdos. El macrismo tendrá que lidiar con la fractura del aparato de Justicia y la descomposición de las llamadas fuerzas de seguridad o inteligencia, episodios en los cuales él mismo ha sido un nefasto protagonista. El resultado del balotaje es apenas el punto de partida de un conjunto de crisis políticas agudas, que deben ser abordadas con planteos e iniciativas políticas.

Por lo pronto, y de cara a los cimbronazos económicos que se vienen, los “republicanos” de Cambiemos se han volcado muy tempranamente a un régimen de decretos. Macri ha descartado la convocatoria a sesiones extraordinarias, por lo que las medidas nodales del ajuste -eliminación de retenciones, endeudamiento y otras- serán adoptadas por el Ejecutivo. El régimen de camarilla no es un atributo “nac & pop”, sino una imposición de la bancarrota. Es necesario denunciar este temprano autoritarismo político y el carácter encubridor de las convocatorias a la “unidad nacional” en ese marco.

Macri no se va a privar de los rasgos bonapartistas heredados del régimen anterior, aunque al mismo tiempo esté obligado a un relevo del personal que lo puso en marcha (o a su cooptación). De todos modos, los golpes de mano serán episodios en la búsqueda de un pacto político y de un acuerdo de gobernabilidad con el PJ.

Balance del kirchnerismo

7. La salida del kirchnerismo del gobierno sanciona el mayor fracaso del nacionalismo burgués para gobernar el país en términos de los intereses nacionales y de su mayoría trabajadora. En lo esencial, el kirchnerismo trabajó para rescatar a los intereses capitalistas que condujeron a la quiebra de 2001/2002. En primer lugar, el “modelo” reencauzó a la Argentina en el pago de la deuda usuraria, después del defol de 2001. Los megacanjés de 2005 y 2010, la cancelación de la deuda con el FMI y, más recientemente, con otros organismos, caracterizan al “desendeudamiento” -que el kirchnerismo presentó como un factor de autonomía nacional- como un gigantesco operativo de vaciamiento de la economía nacional en beneficio del capital financiero. Para cancelar los vencimientos de deuda, el kirchnerismo apeló a las reservas del Banco Central, a los fondos de la Anses, del Banco Nación e incluso del Pami. Como resultado de este proceso, Argentina pagó casi 200.000 millones de dólares, al cabo de lo cual la deuda pública en dólares casi duplica a la que se registraba en vísperas del defol de 2001.

Junto a la deuda externa, el kirchnerismo rescató al otro pilar del menem-cavallismo: las privatizaciones. El régimen de subsidios compensó a los monopolios privados de servicios públicos por el congelamiento de tarifas y, al mismo tiempo, le aseguró a la burguesía industrial una reducción en el valor de la fuerza de trabajo, que contabilizaba tarifas subsidiadas. El kirchnerismo rescató a las privatizaciones incluso cuando apeló a estatizaciones parciales -como ocurrió en YPF, al resarcir generosamente a Repsol por su salida de la petrolera y, al mismo tiempo, abrir paso a nuevas alianzas con petroleras internacionales.

El “modelo” financió este rescate apelando a las exportaciones de soja, a costa de acentuar la entrega de la producción agraria al capital financiero y a los monopolios de agroquímicos. Del otro lado, el llamado “modelo productivo” acentuó el dislocamiento industrial y el parasitismo -o sea, la industria de armaduría, dependiendo como nunca de las importaciones. La transferencia de riqueza social al capital financiero y a la burguesía industrial fue sostenida sobre la base de la precarización laboral y los bajos salarios. En su mejor momento (2007/8), los salarios reales de la “década ganada” no superaron los ya degradados ingresos de la década menemista. Luego, cuando comenzó el desmadre del régimen económico, la inflación superó a los ajus-

tes paritarios -ni qué decir de la clase obrera en negro, que representa un tercio de la fuerza laboral del país.

La actual quiebra nacional, por lo tanto, no es el resultado de un modelo concesivo a los trabajadores, como se presentan a sí mismos los kirchneristas, sino del pago serial de la deuda y, en términos generales, del rescate del capital.

Desde la puja por las retenciones al “cepo” cambiario, el objetivo estratégico del intervencionismo oficial fue asegurar el pago de la deuda usuraria, que el kirchnerismo engrosó con los acuerdos del Club de París, Repsol y otros. En todos estos enfrentamientos, el gobierno nunca pudo oponerle una referencia nacional o democrática a los llamados “poderes concentrados”. La “democratización de la palabra” (ley de Medios) no pasó de una reasignación de la pauta oficial en beneficio de algunos capitalistas afines al gobierno. Del mismo modo, la supuesta “democratización de la Justicia” fue una manipulación de nombramientos en favor de la impunidad de la camarilla oficial -otra camarilla, la de los jueces y camaristas tradicionales, se encargó de voltearla. Del lado de los explotados, la regimentación oficial se valió del concurso de la burocracia sindical para manipular las paritarias y, a cambio de ello, protegió el unicato sindical y la supervivencia de los Gerardo Martínez o Pedraza. El kirchnerismo concluye su ciclo entregándole el poder a una variante derechista, sin haber podido encarnar nunca una polarización política en términos progresistas.

8. El valor de un balance de la experiencia kirchnerista es que pone de manifiesto sus límites insuperables para levantarse como oposición al macrismo. Los camporistas han sido un producto del Estado y sus prebendas. Su oposición al macrismo estará determinada por la defensa de estas prerrogativas, nunca por la agenda de las necesidades populares. La pretensión del kirchnerismo de levantar una oposición en nombre de la lucha contra el ajuste está cuestionada por su propia naturaleza ajustadora -por caso, cuando anunciaron la “sintonía fina” para la cuestión de las tarifas, una tentativa de tarifazo que se vino abajo después de la masacre de Once. Todo esto debe ser puesto de manifiesto una y otra vez. La disolución política con el nacionalismo en decadencia en nombre de un “frente antimacrista” sería un crimen, en primer lugar, para la propia agenda de lucha contra el gobierno de Macri. La experiencia de ocho años en la Ciudad es demostrativa de los múltiples pactos del kirchnerismo y el PRO, traicionando la agenda popular. Si el movimiento obrero combativo se subordina al

kirchnerismo, sólo aportará a un recauchutaje del decadente nacionalismo capitalista, no a su propia agenda de reivindicaciones históricas o inmediatas. La cuestión es crucial porque la izquierda chavista ya se ha sumado abiertamente a esta operación de reconstrucción del kirchnerismo. Lejos de borrar diferencias, la “lucha contra la derecha” debe acentuar la diferenciación política con el nacionalismo que le pavimentó el camino y reforzar los planteos de independencia política y de lucha por una alternativa política propia de los trabajadores.

Argentina en la tormenta de América Latina

9. La situación argentina se inscribe en una transición más amplia que recorre a América Latina, como consecuencia del derrumbe inapelable de las experiencias nacionalistas o centroizquierdistas que gobernaron la última década y media. La llegada de la crisis mundial al continente -con el derrumbe de los precios de las materias primas exportables- colocó sobre el tapete la completa incapacidad de los “nacionales y populares” para poner en pie la autonomía continental y, por el contrario, su dependencia agravada del mercado mundial capitalista. La izquierda desmoralizada del continente caracteriza a los últimos acontecimientos como un “giro a la derecha”, algo que sirve, en primer lugar, para presentar a los gobiernos nacionalistas o centroizquierdistas como la estación terminal en la experiencia política de las masas. Sin embargo, el derrumbe de estas experiencias es la forma que asume una crisis de las relaciones sociales capitalistas y de los mecanismos de contención política que se pusieron en marcha para hacer frente a otro derrumbe -el de los Macri de la década del '90.

La transición continental ha vuelto a colocar en el tapete un reordenamiento de los alineamientos internacionales. Macri y Rousseff han acordado el acercamiento del Mercosur a la alianza del Pacífico y a la Unión Europea, lo cual podría replantear el ingreso al Alca si Estados Unidos -como reclamaron en su momento los ‘nacionales’ Lula y Kirchner- levanta las barreras a las exportaciones agropecuarias, que el macrismo pretende relanzar. Un replanteo de este tipo sería el acta de defunción definitiva del Mercosur, al tiempo que acentuará el deslocamiento industrial y será fuente de numerosos choques al interior de la burguesía argentina.

El derrumbe del nacionalismo continental reabre una disputa por el liderazgo político de las masas y la orientación social de los países del continente. Las restauraciones derechistas sólo podrían avanzar en

sus programas desatando grandes convulsiones sociales y situaciones revolucionarias. Se ha abierto el campo político al impulso de una acción continental por partidos obreros independientes. Una conferencia latinoamericana de la izquierda revolucionaria debería caracterizar la etapa y establecer las consignas y las tareas para ese cometido político.

Movimiento obrero

10. La clase obrera ingresó en esta etapa política habiendo colocado su voto mayoritario a las variantes en pugna de la burguesía. En el acto del 1° de Mayo de 2015, Jorge Altamira señaló que el resultado electoral del Frente de Izquierda estaría fuertemente relacionado con el porvenir de las luchas contra los ajustes del gobierno K. Los límites a nuestra votación son inseparables de un cuadro de reflujo en el movimiento obrero. La recesión industrial, los despidos y suspensiones fueron su telón de fondo. El ajuste llevado adelante por el gobierno kirchnerista ha tenido un impacto mayor en los eslabones más débiles de los trabajadores. Se han producido despidos masivos de contratados o tercerizados en los principales establecimientos fabriles del país. Esta división al interior de la clase obrera ha sido uno de los elementos determinantes para evitar una reacción colectiva. La “vuelta al trabajo”, bajo la década kirchnerista, ha significado más de un 40% de empleo precarizado.

Entre 2013 y 2015, las burocracias -oficial u opositora- se empeñaron en clausurar cualquier perspectiva de lucha contra el ajuste. La reacción contra despidos y suspensiones, que tuvo una amplitud en ciertos gremios -metalúrgicos, la carne-, fue sin embargo controlada por la burocracia sindical, que jugó a fondo para evitar una intervención obrera en el marco de la transición presidencial. También existió una reacción de un sector de los trabajadores contra el impuesto al salario. Claras expresiones de ello fueron las movilizaciones de Fate, Aluar, aceiteros, petroleros y bancarios. En muchos casos, lograron que las patronales tiraran lastre, lo que dio lugar a que luego se extendieran reclamos en otras fábricas.

Por último, estuvieron las batallas de las paritarias, en las cuales una fracción acotada de los trabajadores impuso los métodos de la huelga general y la intervención del conjunto del gremio para defender los reclamos vitales: fueron los casos de la enorme huelga aceitera, de las huelgas docentes en Buenos Aires y Salta, de la Línea 60 y de ATE Mendoza.

Aunque la burocracia de la UOM siguió obediente a los dictados del gobierno nacional, hubo enormes grietas en los mismos plenarios de delegados, con reclamos de paros y movilizaciones que golpearon a la dirección nacional. Junto al freno burocrático, la burguesía optó por realizar concesiones en el proceso paritario, con el fin de evitar cualquier tipo de desborde de la clase obrera durante el proceso de transición electoral

El reflujó, en este cuadro, no significa una derrota, ni para el clasismo ni para la clase obrera en su conjunto. Las tendencias históricas al agotamiento de la burocracia y al surgimiento de una nueva dirección en los sindicatos están más vigentes que nunca.

Los cimbronazos del ajuste van a sacudir profundamente la vida de los sindicatos, que ya están recorridos por una deliberación.

11. Estas luchas que precedieron al año electoral expresaron una falta de preparación para enfrentar las suspensiones y despidos, y pusieron a prueba a buena parte de las direcciones obreras ligadas a la izquierda. Por su parte, las patronales avanzaron hasta el final en aquellos sectores donde percibieron fracturas internas o falta de preparación del cuerpo colectivo de trabajadores. Tal es el caso de las luchas de Lear o Gestamp, donde los activistas despedidos quedaron aislados del resto de los compañeros de las fábricas, aún cuando dirigían la comisión interna. El “petardismo mediático”, que pretendió sustituir con acciones de aparato a una acción unitaria del colectivo de fábrica, agudizó el retroceso de los trabajadores, que rechazaron masivamente esos métodos.

La reciente derrota del PTS en la comisión interna de Kraft es el último episodio de un retroceso que es consecuencia de una política divisionista, autorreferencial y conservadora. En el caso de Kraft, el PTS ganó la comisión interna luego de la huelga de 2009 y, en los seis años siguientes, abortó cualquier tipo de lucha por las reivindicaciones de la fábrica, dejando pasar todo tipo de avance patronal, en nombre de no “poner en riesgo” a la interna. El PCR, junto con elementos del kirchnerismo y de la propia burocracia, ha retomado el control de la organización fabril.

El vaciamiento de Emfer-Tatsa es otro ejemplo, donde una dirección combativa con una gran organización interna, luego de votar en asamblea el proyecto presentado por nuestra bancada por la expropiación y la estatización bajo control obrero, culmina en un acuerdo con el kirchnerismo. Aunque el acuerdo implicó la integración de los tra-

bajadores al ferrocarril, terminó sancionando el vaciamiento de la única fábrica de trenes de la Argentina. En contraste con esto, los intentos de avanzar contra el clasismo fracasaron cuando debieron vérselas con una férrea resistencia del colectivo de trabajadores. Así ocurrió en Eco-trans, Fate, Aluar, Acindar o la 60, por citar algunos casos.

La política de la izquierda en el movimiento obrero está guiada por la autoconstrucción y el faccionalismo. En gremios como gráficos, el neumático, ATE o docentes, este accionar se verifica en forma cotidiana. Esta política, junto con la negativa estratégica a la fusión de la izquierda y el movimiento obrero, ha llevado al fracaso a los encuentros de coordinación del activismo combativo y clasista, que sólo actuaron como factor de presión sobre distintas variantes de la burocracia. Los “encuentros” terminaron en un completo impasse cuando el moyanismo se llamó a cuarteles de invierno.

El surgimiento de sectores independientes a la burocracia que se abren paso en defensa de sus reivindicaciones, como es el caso de Cresta Roja, Bimbo y otras fábricas, debe ser tomado con mucha atención.

12. La etapa que se abre planteará una batalla de fondo, donde los capitalistas y el Estado se empeñarán en alterar las condiciones históricas de explotación de la clase obrera. Entre los elementos que el macrismo tomará del régimen anterior está la incorporación de la burocracia sindical a un sistema de acuerdos para contener al movimiento obrero. También, en el plano de los sindicatos, será archivada cualquier pretensión de una “democratización” desde el Estado.

El planteo de un “acuerdo económico y social”, ya anunciado por Macri y avalado por una importante porción de las direcciones sindicales, apunta a regimentar las paritarias una vez que los “mercados” y los decretazos oficiales -devaluación, tarifazos- hayan dispuesto una colosal confiscación contra el salario. El planteo del nuevo ministro de Trabajo -paritarias sobre la base de la “inflación futura”- delata esta intención, puesto que intentarán desconocer el impacto monumental de la devaluación y tarifazos ya consumados.

La burocracia sindical se propone ser el garante del ajuste contra el movimiento obrero. A cambio, le exige a Macri una normalización de los fondos de las obras sociales, la defensa del unicato sindical y el respaldo contra la izquierda y las direcciones combativas. Los elementos de este acuerdo están presentes en la designación de Triaca como ministro de Trabajo. Macri ya gobernó la Capital en base a acuerdos con Sutecba, UTE e incluso Moyano.

Pero, para avanzar en una regresión histórica de las conquistas obreras, el nuevo gobierno debería imponerle a los trabajadores derrotas equivalentes a las de los ferroviarios, telefónicos o Somisa de los años '90. Para ello, no bastará con el concurso de la burocracia sindical. Tendrá que enfrentar la experiencia de lucha y la asimilación política de una nueva generación de direcciones clasistas, que tiene su origen en las luchas de finales de aquella década, que continuó con la irrupción del movimiento piquetero y luego con las conquistas de sindicatos y comisiones internas antiburocráticas en la década del kirchnerismo. Desde el punto de vista político, ello significa que debería cerrar el período abierto por el Argentinazo. La lucha de los trabajadores de Cresta Roja es un primer botón de muestra, puesto que el gobierno ha descartado por ahora un rescate estatal y quiere dejar a los trabajadores librados a la suerte de una reconversión empresarial -que un nuevo capitalista se haga cargo de la planta, adquiriéndola a precio de quiebra y procediendo a reducir a la tercera parte la planta de trabajadores.

13. De cara a esta realidad, y en una primera fase de nuestra agitación en el movimiento obrero, tenemos que colocar en primer plano la necesidad de una deliberación de las bases obreras, para elaborar un programa de la clase trabajadora que se oponga al programa de Macri. “Que la burocracia no decida por nosotros”.

El programa inmediato que surge de las medidas ajustadoras del nuevo gabinete es claro: por el bono de fin de año o aguinaldo doble; por el adelantamiento de paritarias a enero; por un salario mínimo igual al costo de la familiar; por un aumento de emergencia para las jubilaciones y el 82% móvil del mejor salario percibido en el último período de la vida laboral; por la integración de los precarizados a planta y el otorgamiento de poder a los cuerpos de delegados para supervisar los contratos laborales y, en el caso de tercerizaciones, la aplicación del convenio más favorable; por la indexación mensual de los salarios ante fuertes saltos de la carestía producidos por los tarifazos o la devaluación; por la prohibición de despidos y suspensiones; por la abolición inmediata del impuesto al salario a los trabajadores convenionados; por la ocupación de toda fábrica que cierre o despidiera masivamente y su estatización bajo control obrero; por el reparto de las horas de trabajo sin afectar el salario; ningún ajuste: por un impuesto extraordinario al gran capital -bancario, industrial o exportador- por los beneficios originados en la devaluación.

Es necesario abordar esta etapa de reagrupamiento y deliberación haciendo conciente el cuadro de férrea colaboración de la burocracia sindical con el nuevo gobierno. La preparación de un programa y una lucha contra el ajuste es inseparable, por ello, de la batalla por la expulsión de la burocracia de los sindicatos, que en el año que comienza tendrá con grandes episodios (gráficos, neumáticos, alimentación, entre ellos). En los plenarios sindicales que comienzan a agrupar activistas, unimos la necesidad del frente único contra el ajuste a la formación de listas de unidad antiburocrática en todos los sindicatos, y a una estrategia de independencia sindical y política de la clase obrera.

Intervenir en la crisis política

14. Las pujas por el desmantelamiento y relevo del régimen anterior serán otro fuerte terreno de crisis e intervención política. La izquierda revolucionaria no puede abstenerse de estos choques, so pena de entregarle al kirchnerismo un flanco precioso de oposición política al gobierno. Uno de sus puntos fuertes es el control de los organismos o entes que se encuentran presididos por personeros del gobierno anterior, y donde se planteará una pugna para su control. La lucha encierra una contradicción, pues el kirchnerismo es quien ahora alega la institucionalidad -o sea, la permanencia de estos directores hasta que venza su mandato-, cuando hasta ahora reivindicaba el carácter "militante" de los funcionarios. Inversamente, el macrismo apunta a perpetrar un golpe de mano contra ellos, revelando la intención de reemplazar a una camarilla por otra. Un escenario de esta crisis será el de los medios de comunicación del Estado. Al no poder desplazar al titular del AFSCA, el macrismo ha subordinado este organismo a un nuevo ministerio creado en el marco de los decretazos. O sea que, a través de un mecanismo de facto, el gobierno se ha asegurado la paralización de hecho de la ley de Medios, para el caso de que no logre el consenso necesario para derogarla. Los métodos conspirativos del macrismo para desplazar a la claqué kirchnerista delatan la intención de avanzar en una mera reasignación de espacios o recursos mediáticos entre lobbies capitalistas. Tenemos que oponerle a este planteo la elección de los responsables del control de medios, las radios y la TV pública a través del voto, su control por parte de representantes electos de los trabajadores de prensa y el reparto de los espacios de los medios públicos entre las organizaciones políticas, sociales y culturales de acuerdo con su influencia.

En el caso de la Justicia se plantea una disputa inmediata por la Procuración General y la Magistratura, lo que se relaciona con las extorsiones a la camarilla kirchnerista por los casos de corrupción, de un lado, y con el blindaje judicial de las medidas de rescate, por el otro. La batalla de fondo, en este punto, es por la nueva composición de la Corte Suprema. A los conjuces y subrogancias del kirchnerismo, el macrismo le ha opuesto nada menos que el nombramiento de dos miembros de la Corte, incluso por decreto. La medida es un emplazamiento al Senado de mayoría pejetista, que deberá optar entre desafiar al macrismo o dar su primera señal de “governabilidad”, de cara a las medidas de ajuste que deberá refrendar después. A esta guerra de camarillas judiciales, entre los que buscan la impunidad del kirchnerismo y quienes convalidarán los decretazos del macrismo, le oponemos la elección popular de jueces y fiscales.

La agenda de las libertades democráticas y la lucha contra la impunidad estatal será otro campo de intensa lucha política. La asociación de camarillas capitalistas ligadas al delito organizado y los aparatos de seguridad ha conducido a un nivel inédito de descomposición estatal, que involucra a la Justicia, a las Fuerzas Armadas, a los aparatos policiales y de inteligencia. Por arriba, ello ha tenido expresión en las numerosas crisis policiales que han culminado con el barrido de gabinetes enteros. Por abajo, a través de un fuerte movimiento de lucha contra la impunidad, que integra la agenda popular en numerosas provincias. Este movimiento se liga, a su turno, con el ascenso del movimiento de la mujer contra la violencia de género, que ha tenido expresión multitudinaria en el “Ni una menos”.

Los planteos reaccionarios de los Massa-Macri en relación con la militarización de los barrios también tienen su antecedente en el régimen anterior, cuando los “nacionales y populares” entronizaron a un ex represor (César Milani) para resolver la fractura del aparato de espionaje y delación reforzado por ellos mismos. El nuevo gobierno ha debutado con una “emergencia en seguridad” -o sea, autoasignándose superpoderes en esta materia. Es claro que un planteo de mayor protagonismo militar en la seguridad interior es incompatible con un asedio judicial a los participantes de la represión dictatorial, y a ello apuntó el editorial con el cual *La Nación* acompañó la asunción de Macri. En esta etapa, el reclamo del juicio y castigo a todos los culpables, de cárcel común y efectiva a los genocidas de Estado, se unirá a la lucha por el derecho a la organización y movilización sin restricciones,

y contra la militarización de los barrios. El próximo 24 de marzo será la oportunidad de una gran movilización democrática contra el macrismo, pero también, de delimitación política respecto de los socios políticos de Milani, Berni y Pedraza, hoy devenidos a la oposición.

Carácter de la etapa, programa

15. La burguesía le ha dado un crédito al macrismo que está condicionado a su capacidad de pilotear un rescate financiero internacional. Pero el progreso de ese rescate está supeditado a la marcha de la crisis mundial y, principalmente, a una compulsión de fuerzas con la clase obrera. Una estabilización del nuevo régimen deberá pasar la prueba de crisis políticas y sociales de fondo. Vale el ejemplo del menemismo, que pasó por dos años de crisis de gabinete y grandes huelgas obreras antes de alcanzar un principio de estabilización política. Aunque no podemos prever los ritmos del proceso político, el rescate va a conducir a bruscos virajes en el estado de ánimo de las masas -la “primavera” macrista podría derivar en explosiones sociales e incluso en situaciones revolucionarias. Los propagandistas del gobierno han exaltado la envergadura “técnica” del nuevo gabinete y, en concordancia con ello, la existencia de un supuesto “plan” económico. Este embellecimiento de las medidas del gobierno oculta la verdadera naturaleza del rescate en curso: en verdad, asistimos a una suerte de quiebra o concurso de acreedores, en favor de un puñado de bancos y monopolios cerealeros. Con la devaluación, los exportadores y pooles de siembra lograrán un beneficio extraordinario por la cosecha que acapararon, y cuyos costos afrontaron al “viejo” valor de dólar. Pero a renglón siguiente, podrán colocar los pesos obtenidos a una tasa de interés cercana al 40%. Una estabilización del tipo de cambio, aún de algunos meses, les permitirá obtener rendimientos exorbitantes en dólares (bicicleta financiera). Esta afluencia de dólares para la liberación del cepo tendrá un enorme costo para los trabajadores y para el país, en términos de carestía, endeudamiento y recesión industrial. La muletilla de que “faltan dólares” es el recurso del gobierno y del capital financiero para montar esta nueva sangría nacional.

Pero el país no necesita nuevas hipotecas, sino sanear su bancarrota financiera a costa de quienes se beneficiaron con ella. Para ello, planteamos la investigación y repudio de la deuda usuraria, la recapitalización del Banco Central a través de un impuesto extraordinario a los grandes capitales, junto a la nacionalización de la banca y del

comercio exterior bajo el control de los trabajadores. De ese modo, el ahorro nacional se aplicaría a la industrialización del país, a la mejora material y moral de los trabajadores y al reforzamiento del conjunto de sus derechos. En oposición al reforzamiento del “modelo sojero” -que ha implicado expulsión de campesinos, envenenamiento del suelo y concentración del capital- planteamos la nacionalización de la gran industria de agroquímicos y de la gran propiedad agraria, para establecer una reorganización de la producción agraria en función de las necesidades de la mayoría trabajadora. Frente a la tentativa de rescatar a los pulpos energéticos a costa de los trabajadores y consumidores, planteamos: ningún tarifazo, que se abran los libros y costos de toda la cadena energética y del transporte. Abajo los acuerdos secretos con Chevron. Por la nacionalización integral de la energía y los ferrocarriles, bajo control de los trabajadores.

No hay tal “plan” macrista, sino un remate de la riqueza social del país en beneficio del capital financiero. Le oponemos a ello un plan económico y la reorganización del país bajo la dirección de los trabajadores.

16. Ingresamos en este período con una capacidad de agitación política singular -la presencia de un bloque de diputados nacionales y de numerosas bancadas en las legislaturas y concejos de las principales provincias del país. Pero este registro vale, en primer lugar, para establecer la principal tarea de estas bancadas, como factor de agitación política. Se ha planteado en estos días un primer caso, con nuestro planteo de convocatoria a sesiones extraordinarias, en oposición a los decretazos de Macri.

La intervención en torno de los diferentes episodios de la crisis es un formidable factor de delimitación frente a la oposición patronal, y al kirchnerismo en primer lugar. Pero esto, en la medida en que esa intervención parlamentaria está regida por un programa, es parte de una acción política integral, en los sindicatos y en el movimiento de la juventud, en el impulso a plenarios de activistas, actos callejeros y pronunciamientos políticos. Con el mismo propósito concurremos a los plenarios convocados por organizaciones obreras combativas.

La circunstancia de que el macrismo no cuenta con mayoría propia en el Congreso no sólo puede conducir a decretazos, sino a recursos plebiscitarios e incluso planteos de reforma constitucional, que sirvan de pretexto para una ulterior renovación completa de las dos cámaras. Bajo ciertas circunstancias de empantamiento político y agudización de la crisis de poder, habrá que evaluar el mérito de plantear

una Asamblea Constituyente soberana, con un programa de reivindicaciones políticas y sociales de salida a la crisis en términos de los intereses de la mayoría trabajadora.

Es necesario hacer del debate de estos planteamientos una primera tarea de reagrupamiento político, interesando a activistas y luchadores en la discusión de las perspectivas de esta transición. Vamos a llevar esta deliberación a las reuniones y plenarios de activistas, para politizar sus conclusiones y enlazar las luchas contra el ajuste a un desarrollo político independiente de la clase obrera. Ese desarrollo depende decisivamente de una comprensión de fondo de las posibilidades revolucionarias de la etapa abierta en Argentina y en América Latina, y a ello pretende contribuir el XXIII Congreso del Partido Obrero.

Hacia el XXIII Congreso del Partido Obrero

Puntos para el debate de una resolución internacional

Por Pablo Heller y Juan García*

La crisis capitalista internacional ingresa en su noveno año, con sus premisas económicas agravadas. Su recorrido contradictorio implica crisis políticas nacionales e internacionales, y una tendencia hacia luchas y sublevaciones populares.

El potencial revolucionario de la bancarrota capitalista debe ser estudiado y evaluado, en cada momento, de acuerdo con las fuerzas en presencia y a la conciencia y organización de los explotados.

Crisis conjunta

Nuestra corriente presenta una caracterización única que integra todas las contradicciones de una transición histórica con formas propias y específicas.

¿En qué escenario nos encontramos ahora?: 1) ocho años después de la caída de Lehman Brothers, la economía capitalista no ha podido remontar la bancarrota; 2) la política de rescate ha acumulado contradicciones explosivas; 3) China y, en segundo lugar, la ex Unión

* Pablo Heller y Juan García son miembros de la dirección nacional del Partido Obrero.

Soviética, se han transformado en un factor, sino el principal, de agravamiento de la crisis; 4) los “países emergentes” han sido arrastrados al vendaval de la crisis por el derrumbe de los precios internacionales y de la fuga de capitales.

El Estado y la crisis

La intervención estatal para neutralizar o contrarrestar la bancarrota capitalista terminó dándole un nuevo impulso. Esa intervención fue saludada por la izquierda burguesa como una reacción al régimen neoliberal o como una negación estatal del mercado. El Estado, al revés, no intervino contra el mercado, sino en su socorro; no como un poder exterior al capital, sino como un engranaje de la acumulación y la bancarrota capitalista.

En el octavo año desde la aplicación de enormes programas de rescate en Estados Unidos, Europa, Japón y también China, la quiebra financiera, detonada por la crisis bancaria en Estados Unidos, ha llevado a una quiebra de los Estados y a un derrumbe del sistema financiero y del mercado mundial. En Estados Unidos sigue en aumento la cesación de pagos de las hipotecas. El parate industrial no fue superado y la situación de los bancos tampoco ha sido saneada, sino disimulada con la “contabilidad creativa” -que le permite mantener créditos incobrables a su valor original- y la nueva onda especulativa con fondos estatales para lucrar con operaciones de corto plazo en las Bolsas y en los “emergentes”.

Las inversiones no se han recuperado, ni siquiera en Estados Unidos. La recuperación de la tasa de ganancia es limitada y baja, sobre todo, frente a los enormes perjuicios acumulados por el sistema financiero. Las grandes empresas no reinvierten sus utilidades, sino que son derivadas a inversiones u otras operaciones financieras. Estamos frente a una crisis de sobreacumulación de capital que no encuentra posibilidades de inversión lucrativa (o, lo que es otra cara de la misma moneda, de caída de la tasa de ganancia, de la rentabilidad del capital).

La emisión gigantesca de moneda por parte de la Reserva Federal ha creado un bombeo especulativo de dimensiones enormes.

La deuda pública y de las corporaciones ha alcanzado los 100 billones de dólares, un aumento del 30 por ciento respecto de 2008; la deuda pública mundial pasó de 22 billones de dólares en 2008 a más de 70 billones a fines de 2014, y continúa creciendo a ese ritmo; el conjunto del crédito mundial llegó a unos 300 billones y la totalidad

del sistema financiero al trillón de dólares -contra un PBI mundial de 60 billones.

Los bancos centrales han intervenido en el salvataje bancario luego de la quiebra de Lehman Brothers. Sólo la Reserva Federal dio préstamos por 16 billones de dólares a los principales bancos mundiales. Han pasado a tener una participación muy activa en los mercados comprando en forma directa acciones de empresas, más allá de ser los principales adquirientes de títulos de la deuda pública de sus propios países. Los bancos centrales de la zona euro y de China son los últimos de la saga. Se trata de una cartera de inversiones de más de siete billones de dólares. Como consecuencia de esto, su capacidad para proceder a nuevos rescates bancarios ha disminuido en forma extraordinaria.

En este escenario se conoce la devaluación del yuan. Representa un salto en la crisis, pues refleja una enorme fuga de capitales por la caída de las exportaciones de China, que se han desplomado, afectadas por el conjunto de la crisis mundial.

La demanda internacional hacia Beijing se encuentra en descenso, la caída de la tasa de ganancia refleja que la industrialización ofrece retornos relativos inferiores a los precedentes.

Las medidas que ha tomado el gobierno chino, para contrarrestar la tendencia recesiva de la economía, han ingresado en la fase declinante de su efectividad -por eso el estallido.

La incorporación del yuan como moneda de reserva ha quedado postergada... hasta finales de 2016.

Es cierto que China cuenta con casi 2 billones de dólares, que tiene invertidos en bonos del Estado norteamericano. Pero su uso implicaría una guerra financiera, precisamente cuando el Banco Central norteamericano está buscando distanciarse del financiamiento del Tesoro de su país. Un retiro del financiamiento de China, Japón y Alemania del mercado de deuda norteamericano sería causa suficiente para una guerra financiera. Pero ningún rescate capitalista depende de la caja del Estado, sino de aplicar una reestructuración completa de relaciones sociales.

Depresión

Para figuras prominentes del *establishment* capitalista hay una perspectiva de “estancamiento prolongado” -o sea, un horizonte de sobreproducción crónico como alternativa a una sucesión de bancarrotas y a

una guerra o revoluciones. En Europa y en Japón hay una tendencia definida: la deflación. La tendencia a la caída de los precios o deflación es la manifestación extrema de la depresión económica.

La Unión Europea ha seguido una política deflacionaria, con la intención de salir de la crisis por la vía de mayores exportaciones -o sea, por medio de la exportación de la deflación interna. La finalidad estratégica de la política deflacionaria es rebajar en forma drástica el valor de la fuerza de trabajo, incluyendo la destrucción de la protección laboral y previsional.

La línea que está abriéndose paso son acuerdos bilaterales y de bloques, como el Acuerdo Transpacífico (conocido como TTP) que se acaba de firmar. El TTP es un acuerdo principalmente entre Estados Unidos y Japón contra China, la gran excluida del tratado. Washington ha trabajado con Tokio para impulsar el acuerdo, a la vez que fomenta la remilitarización de Japón. La Casa Blanca ha estado reforzando sus alianzas diplomáticas y militares en toda la región de Asia-Pacífico para desafiar las reivindicaciones territoriales de China en el estratégico Mar de China meridional.

Crisis de la restauración capitalista

La restauración del capital en los ex Estados obreros se combina con poderosos remanentes de la economía centralizada -es decir que no se ha completado como fenómeno de conjunto. Domina una forma bastarda de capitalismo, constituida por una hegemonía del Estado y por una apropiación de los activos del Estado por parte de una oligarquía sin capital (en una especie de acumulación primitiva de capital tardía o *sui generis*), que busca introducirse en los intersticios del capital financiero mundial. La distinción entre capitalismo en ascenso, y capitalismo decadente o en declinación, como instrumento de análisis, revela su pertinencia histórica.

La deuda mundial viene creciendo a un ritmo vertiginoso, pero en China ha adquirido un carácter explosivo: pasó de 7 billones de dólares en el año 2007 a 28 billones a mediados del año pasado -es decir, se cuadruplicó en menos de diez años. En relación con el PBI es ahora más grande que la de Estados Unidos -el 282 por ciento del PBI (Informe de la consultora McKinsey Global Institute).

Una tercera parte de la imponente deuda proviene del llamado sistema bancario en las sombras, el cual funciona al margen de las regulaciones legales. Los préstamos a los gobiernos locales han crecido

también muy rápidamente sobre una base extremadamente frágil; 1,7 billones de dólares corresponden a instrumentos financieros de dudosa cobrabilidad -se los cataloga como bonos basura.

Las huelgas han sido tan numerosas como espectaculares en China. Cada vez mejor organizados, los trabajadores duplicaron la cantidad de huelgas durante los últimos cuatro años. Estamos frente a “un movimiento de protesta que supone un difícil problema para el gobierno del Partido Comunista, atento a cualquier indicio que pueda amenazar su control del poder” (AP, 8/4/15). A pesar de la persecución, el activismo gremial se está ampliando lentamente. El gobierno ha empezado a tantear otras variantes de contención.

En medio de estas presiones cruzadas y crecientes de las diferentes clases sociales, se ha ido acentuando el papel de árbitro que juega el presidente, que va adoptando una forma bonapartista. La institución presidencial ha ganado poder y autoridad en detrimento de la burocracia estatal y partidaria. Las remociones y las purgas hechas por el primer mandatario son una manifestación de este proceso.

Un razonamiento metodológicamente similar se puede aplicar a Rusia.

La irrupción de Vladimir Putin al gobierno fue un recurso excepcional para poner un límite a la desintegración estatal de Rusia. Putin impuso un régimen de poder personal, promoviendo un nuevo “reparto de la propiedad”, que incluso asumió la forma de una reestatización. La nueva centralización del Estado, precaria en su base económica (exportación de petróleo), estuvo dirigida a salvar el ímpetu de la restauración capitalista. Ahora, la caída de los precios del petróleo ha dado un golpe de gracia a un régimen acosado por el derrumbe económico (retroceso del 5% del PBI, caída del rublo, fuga de capitales).

En China o Vietnam no se ha completado, ni de lejos, la expropiación capitalista del inmenso campesinado de esos países, víctima, según una definición reciente, de un “capitalismo gangster”. La pretensión inicial de restaurar el capitalismo en China mediante una progresiva diferenciación en el campo fue rápidamente abandonada, porque entrañaba una acumulación de capital muy lenta.

Las rebeliones en el campo chino son sistemáticas: hace dos años produjeron una comuna local, que hizo frente al Estado central durante varios meses.

Asistimos a un *desarrollo combinado*: en China, una nación donde 2/3 de sus 1.400 millones de habitantes se encuentran por debajo del nivel de la pobreza, se desarrolla una especulación inmobiliaria.

La cuestión agraria en Rusia no es menos aguda, porque aún está en juego el destino de decenas de miles de cooperativas agrarias que carecen de capital, pero cuya conversión en empresas capitalistas modernas supondría la cesantía de millones de personas y la destrucción del medio urbano en el campo. Es uno de los puntos cruciales de la crisis de Ucrania.

Crisis de los países emergentes

A diferencia de la crisis de los años '30, la bancarrota capitalista no debutó con una crisis agraria ni se tradujo inicialmente en una caída de los precios de las materias primas. En lugar de ello, asistimos a un auge de las cotizaciones de los commodities y, a caballo de esto, de un florecimiento económico de los llamados países emergentes. Mientras la economía de los países centrales se hundía en la recesión, aquellos países experimentaban una onda ascendente en su actividad económica. Esto se apoyó en la expansión de China, que le dio un gigantesco impulso estos años a la demanda mundial. Precisamente por esto, los emergentes se vieron favorecidos, asimismo, por el ingreso de capitales.

Este ciclo abrió la ilusión -incluso en la izquierda- de un cambio de paradigmas, de la afirmación de China como nueva potencia hegemónica y la emergencia de un polo alternativo como el de los Brics, capaz de rivalizar con los principales bloques capitalistas. Hoy, estamos de vuelta de este proceso. Estamos frente a una inversión de tendencias. China, en lugar de sacar al mundo de la crisis, terminó siendo arrasada por ésta. Los precios de las materias primas han caído en picada, empezando por el petróleo, pero la situación se extiende a los metales y a los alimentos, mientras asistimos a una fuga de capitales. Por primera vez, en China, han salido más capitales de los que ingresan.

Algo que no se ha advertido lo suficiente es que el período de bonanza de los emergentes no ha redundado en un desarrollo independiente -ni siquiera se ha insinuado un avance en esa dirección. Por el contrario, la demanda internacional de materias primas ha potenciado la primarización y el carácter rentista de las economías de América Latina. Esto, no solamente en materia de minería metalífera y petróleo, como ocurre en Chile, Perú, Ecuador o Venezuela, sino también en el caso de las exportaciones agrarias, donde nuevamente el capital financiero acapara la mayor parte de la renta del campo, por la vía de los fideicomisos, los pool de siembra y los pulpos proveedores de se-

millas modificadas e insumos agroquímicos. Más allá de los límites del comercio agrícola, las naciones de la periferia han sido víctimas del estallido de la burbuja especulativa alimentada por la emisión monetaria de Estados Unidos y por el boom del mercado agrario internacional (que sirvió de sustento a esa especulación). Los métodos aplicados para neutralizar la bancarrota capitalista, por parte de los distintos Estados, han potenciado el alcance de esa bancarrota.

Europa

1. La crisis y la evolución política de Grecia constituyen el corazón de los problemas políticos de Europa en la etapa actual. El año 2015 se abrió con un triunfo de Syriza y un gobierno con el partido derechista Anel.

Este gobierno acepta desde el inicio las condiciones de colonización de Grecia por parte de la Unión Europea. La capitulación final de Syriza se produjo luego del monumental pronunciamiento en el plebiscito convocado por el mismo gobierno, donde el 62 por ciento de la población se inclinó contra el ajuste. Esto demostró la excepcional capacidad de maniobra de un gobierno contrarrevolucionario de centroizquierda cuando frente a él no se ha desarrollado un partido revolucionario. Todos los balances que omiten este hecho son inútiles para ofrecer una salida obrera a la crisis. La clase obrera no pudo improvisar una dirección en medio de batallas políticas decisivas. La falta de una preparación previa, por medio de una estrategia política, no puede corregirse con la intervención en las “instancias decisivas”. La definición clásica del abstencionismo propagandista se ha visto refutada.

En el viraje de las masas que pavimentó el ascenso político de Syriza en 2012, el conjunto de la izquierda griega por fuera de Syriza (comenzando por el Partido Comunista, de importante base en los sindicatos) sostuvo una posición abstencionista en relación con la crisis de poder. En ocasión de esas elecciones de 2012, desarrollamos el planteo de que la consigna de Syriza de “un gobierno de izquierda” debía ser tomado por la izquierda revolucionaria, oponiéndolo a la acepción que le da Syriza (gobierno parlamentarista) y definiéndolo en términos anticapitalistas -en primer lugar, como un gobierno de trabajadores que repudia la deuda externa, que revierte todas las medidas de ajuste contra los trabajadores, que plantea la confiscación de la banca y rompe con la Unión Europea. El objetivo era intervenir en una crisis abierta por un viraje de las masas

con un planteo de poder, contrastando los objetivos de éstas con las perspectivas de la izquierda democratizante e interviniendo especialmente en la base obrera del Partido Comunista. Planteamos el Programa de Transición como un programa de movilización política de las masas por el poder, en lugar de entenderlo como un sistema de consignas sindicales aisladas entre sí.

Los límites de la estabilización política que ha logrado Syriza ya se encuentran en naufragio. Los gobiernos kerenskistas han probado en, otras experiencias históricas, su capacidad de contención y desmoralización de los trabajadores y que pueden llegar a tener una existencia prolongada en el tiempo, amparados en un reflujo de las masas. Ninguna crisis va a resolver la crisis de dirección, que sólo será revertida por una preparación sistemática de la izquierda anticapitalista con un programa de transición, en especial sobre el gobierno obrero-campesino.

2. La situación en Grecia también ha sido un golpe para la izquierda agrupada con Syriza en toda Europa. Podemos, surgido con posterioridad al movimiento de indignados de España, y que puso énfasis en un cuestionamiento de la ‘casta política’ más que en el ajuste capitalista (frente a lo que se limita a plantear una malla de contención social), ha desarrollado acuerdos de gobierno a nivel regional con el PSOE (o sea, con la ‘casta’). En España, Podemos encaró la elección del 20 de diciembre en un cuadro de retroceso y derechización. Las posiciones de Podemos han ido a la derecha de la mano de la capitulación de Syriza, que Pablo Iglesias acompañó viajando luego de las elecciones que ratificaron a Tsipras. Podemos encaró la campaña golpeado, asimismo, por el retroceso del chavismo, en el cual toda su plana mayor ha abrevado. Críticos de izquierda señalan incluso en este plano una capitulación, porque Podemos ha dejado de reivindicar al chavismo en el marco de su crisis. La campaña contra “la casta” política ha abierto lugar al crecimiento de Ciudadanos, una formación política de derecha, que también explota el eslogan de la “renovación” -mostrando que se presta para una utilización derechista. La campaña de Podemos, por último, plantea una reforma constitucional “de consenso” de las fuerzas parlamentarias luego del 20 de diciembre.

El Bloco de Esquerda y el PC en Portugal han formado gobierno con el PS en nombre de un conjunto limitado de reivindicaciones sociales. La contradicción es manifiesta, porque el sometimiento del Partido Socialista a la Troika coloca a los “trotskistas” como parte de un gobierno ajustador. Esto no ha impedido que este bloque esté su-

friendo una dura ofensiva por parte de la derecha portuguesa, frente a la cual es cantada una capitulación política del frente PS-Izquierda en todos los puntos en disputa. En este escenario planteamos el llamado a movilizarse por un gobierno de izquierda, frente único de las organizaciones obreras contra el ajuste y la ruptura de la política de colaboración de clases.

El Secretariado Unificado ha acentuado su línea movimientista. En España, Izquierda Anticapitalista se disolvió para poder ingresar a Podemos, lo que generó una crisis en la organización. Izquierda Unida no ingresó en Podemos, pero encara una campaña marginal con un contenido democratizante acentuado. En Francia, el Nuevo Partido Anticapitalista (NPA) se encuentra en franco retroceso, atravesado por una crisis interna y una división entre los partidarios de subirse a un frente de izquierda dominado por el Partido Comunista y quienes postulan una vía autónoma. Esta crisis ha dejado al desnudo el fracaso de la operación política que llevó a la construcción de un partido amplio y plural que acogiera las “sensibilidades diversas”. Francia tuvo un ascenso de la izquierda, pero no de la revolucionaria. En el último período, incluso la izquierda partidaria de la colaboración de clases ha experimentado un repliegue.

En términos generales, los desafíos que la bancarrota capitalista le ha colocado a la izquierda europea ponen al desnudo, más que nunca, la crisis de dirección del proletariado como problema histórico.

3. Las tendencias disolventes de la Unión Europea tienen otra de sus manifestaciones en el resurgimiento de los movimientos separatistas. El nacionalismo catalán es un resultado directo de la bancarrota capitalista, dado que la burguesía y el autonomismo catalán reclaman una porción mayor de la recaudación tributaria y plantean que Cataluña podría atenuar las consecuencias de la crisis si lograra desembarazarse de los gastos generales que afronta el Estado español para el conjunto del país. Arthur Mas ha armado un cronograma “separatista” para no llegar nunca a la secesión: cada una de las estaciones del proceso está pensada para arribar a una negociación con el Estado español. Pero la pretensión de una redistribución de los ingresos fiscales del conjunto de España a favor de Cataluña acicatea la crisis para el conjunto del Estado. Esto explica los choques políticos y la amenaza de intervención catalana por parte del gobierno central.

La burguesía catalana, que se ha beneficiado de los rescates bancarios del Estado español, defiende una integración a la Unión Europea

frente a la inviabilidad de que una Cataluña independiente haga frente por sí sola a los rescates que impone la crisis mundial. La ruptura con España daría pie, en estas condiciones, a una caricatura de Estado, una suerte de protectorado bajo la tutela de la Unión Europea y, en especial, de Alemania.

La cuestión catalana está hundiendo a la izquierda bajo el peso de la adaptación a dos bandas: de un lado, a la burguesía española; del otro, a la burguesía catalana. Podemos sostiene una posición ambigua, reflejando las presiones capitalistas opositoras a la independencia de Cataluña. La izquierda soberanista (CUP) discute el voto a Arthur Mas, representante de la burguesía catalana y ajustador en regla, bajo la presión de tener que convocar nuevas elecciones que podrían “retrasar” el proceso soberanista. La discusión por el voto a Mas va a engendrar una crisis interna en la CUP. Defendemos la autodeterminación catalana, con un programa de unión republicana y socialista de los pueblos de la península ibérica, la ruptura con la Unión Europea, la unidad de los trabajadores del Estado español.

4. La expansión de la Unión Europea hacia el este ha replanteado, a su vez, la cuestión nacional ucraniana.

El trasfondo de la situación ucraniana es un vasto operativo de recolonización imperialista que tiene por objetivo último a Rusia y, más inmediatamente, el desmantelamiento de remanentes agrarios de la ex Unión Soviética. Esta tentativa incluye una posible incorporación a la Otan.

La supuesta resurrección del “imperialismo ruso” constituye un anacronismo: la restauración del capitalismo ha convertido a Rusia en un Estado periférico que no podría ser superado por un régimen putiniano.

5. La catástrofe de los refugiados es un resultado directo de la guerra imperialista y ha incorporado a Europa en un mismo campo geográfico de crisis con el Medio Oriente.

Los ‘cupos’ de refugiados propuestos por Merkel -o sea, la ‘socialización’ de la crisis- han provocado una división en el bloque: Reino Unido le saca el cuerpo, un grupo de países del Este buscan desentenderse (“es un problema alemán”, dijo el primer ministro húngaro) y Grecia e Italia se muestran desesperados ante la impasse por ser los receptores primarios. En este escenario, algunos países optaron directamente por el levantamiento de muros, control de fronteras y una política abiertamente represiva (movilización del ejército).

La catástrofe de los refugiados y la rebelión de mediados de 2015 (marchas de refugiados y solidaridad popular) plantea un programa: asilo incondicional y sin cupos, asistencia estatal integral, abajo las deportaciones y los “centros de traslado”, derecho al trabajo. Y una acción internacional común de los trabajadores contra la guerra y el imperialismo, por un gobierno de trabajadores y los Estados Unidos socialistas de Europa y del Medio Oriente.

6. Los atentados fascistas del Estado Islámico en París, como previamente ocurrió con el atentado contra la redacción de *Charlie Hebdo*, han sido manipulados por los Estados europeos para avanzar en legislaciones de excepción y supresión de libertades constitucionales.

Los socialistas revolucionarios deben denunciar la ‘unidad nacional’ reaccionaria y la guerra imperialista, y plantear la unidad de los explotados y la lucha contra sus propias burguesías. Una parte de la izquierda democratizante europea se está plegando a la ofensiva del imperialismo bajo el pretexto del terror del Estado Islámico.

7. A la par de manifestaciones hacia la izquierda, el agotamiento de los partidos tradicionales se expresa también por derecha. Las variantes de tipo fascista (Ukip británico, Amanecer Dorado, Jobbik húngaro, etc.) se distinguen por el planteo de poner fin a la zona euro y, en algunos casos, por plantear una alianza con Rusia. Son un último recurso para el caso de desintegración de la Unión Europea.

Medio Oriente

La situación actual de Medio Oriente se caracteriza por: 1) la reversión de la Primavera Árabe; 2) el tortuoso desarrollo del intento del imperialismo de reordenar el mapa de Medio Oriente a partir de la intervención en Irak y Afganistán, y proceder a un nuevo reparto de la región en beneficio del Estado sionista, y 3) el agotamiento progresivo, y de larguísimo término, del nacionalismo árabe.

1. El golpe de Estado en Egipto, en 2013, representó un punto de inflexión en la evolución de la Primavera Árabe. El golpe contó con la venia del imperialismo y, fundamentalmente, de Israel.

El golpe derribó al gobierno de los Hermanos Musulmanes, un gobierno de nacionalismo religioso islámico que había canalizado la rebelión popular contra el gobierno de Mubarak, en un primer inten-

to de reconstituir el Estado. Las conexiones de los hermanos Musulmanes con Hamas, que posibilitaban un apoyo a través de la frontera de Gaza, resultaban intolerables para Israel.

El apoyo de la izquierda y de la burocracia sindical fue vital para los golpistas, en la medida que les permitió presentar el golpe como la expresión de una reacción popular laica contra el gobierno islamista. La orientación de la dirección del movimiento popular contra Mursi se volcó hacia el golpismo. En las recientes elecciones del régimen, la izquierda ni siquiera fue a elecciones. Ha quedado totalmente relegada. La lucha contra el golpe no implicaba, por supuesto, ningún apoyo al gobierno de los Hermanos Musulmanes. La contribución decisiva de los bolcheviques en la derrota del golpe de Kornilov fue la antesala de la revolución de octubre contra el gobierno de Kerenski. La derrota al movimiento popular en el golpe de Egipto ha sido un factor fundamental en el revés de la Primavera Árabe.

En Turquía se constata también esta inversión de tendencias. Hemos pasado de la rebelión de Parque Gezi y la revitalización del movimiento nacional kurdo a la victoria de Recep Erdogan en las últimas elecciones. Erdogan ha creado un estado de guerra interna, que oficia de excusa para atacar al movimiento nacional kurdo y quebrar el proceso de convergencia creciente entre éste y los trabajadores y la juventud turca, enfrentada al gobierno. Los atentados, cuya autoría es atribuida al Estado Islámico, se inscriben dentro de este propósito: no podrían haberse consumado sin la complicidad directa del gobierno o, al menos, su apañamiento.

2. La situación en Siria tiene su origen, a su vez, en el callejón sin salida al que han llevado a las rebeliones populares en el mundo árabe las direcciones del nacionalismo árabe, de un lado, y la intervención del imperialismo, de otro. La debilidad relativa del levantamiento popular sirio impidió una victoria frente al régimen de Al Assad de las características que tuvo el derrocamiento de Mubarak, en Egipto, o Ben Alí, en Túnez. Hay quienes siguen sosteniendo, incluso en las filas de la izquierda, que en Siria hay, incluso el día de hoy, una “revolución democrática”, pero las formas de organización populares han desaparecido, vaciadas de contenido, desnaturalizadas o cooptadas al servicio de formaciones militares que actúan de peones del imperialismo o de los principales países árabes que se disputan la hegemonía de la región.

La intervención rusa ha modificado el escenario de la guerra en Medio Oriente. Los frentes abiertos que enfrentan a Putin y Occidente involucran toda la agenda de colonización capitalista del este europeo.

3. El Estado Islámico (EI) se formó sobre la base de una reacción de un sector proveniente del viejo aparato de Estado de Saddam Hussein, en combinación con las milicias provenientes de Al Qaeda.

El EI es la última estación de la descomposición del nacionalismo árabe islámico, que actúa con los métodos del terrorismo y el fascismo. Los enfrentamientos pretendidamente sectarios, en realidad, tienen un carácter de choque entre intereses sociales definidos.

Denunciamos la posición de todo un sector de la izquierda europea que ha llamado a apoyar la ofensiva imperialista con el argumento de la lucha “contra el fascismo”. Pero, la excusa de la guerra “contra el terrorismo” lleva al estado de excepción y al crecimiento de las tendencias fascizantes en la propia Europa. Apoyamos a fondo las movilizaciones contra este estado de excepción. La lucha por las libertades democráticas en Medio Oriente, incluso contra el terror fascista del EI, es una tarea de las masas. Los métodos de movilización de las masas de la Primavera Árabe marcaron el camino y no podrán ser borrados de la experiencia de las masas por un largo período.

En este cuadro general hay que colocar la cuestión de Palestina y la larga colaboración política de la Autoridad Nacional Palestina con el imperialismo, su integración colaboracionista con los servicios israelíes, fundamentalmente a partir de los llamados “acuerdos de Oslo”. El Estado sionista cabalga en forma simultánea con Estados Unidos, por un lado, y Rusia, por el otro, para obtener la mayor tajada del reparto, en colaboración con las dictaduras de Egipto y Arabia Saudita.

América Latina

1. La crisis, que tiene su expresión más emblemática en Venezuela y Brasil, pero que sacude a otros países de la región, incorpora, en mayor grado, a América Latina en la crisis internacional en curso. Ingresamos en una nueva etapa política caracterizada por la fractura de los regímenes políticos y una tendencia a la explosión social o situaciones prerrevolucionarias.

La bancarrota del chavismo y del PT brasileño, como el de sus asociados en el continente, está vinculada al derrumbe del precio de las materias primas -proceso, a su turno, íntimamente relacionado con la velocidad que ha adquirido la crisis capitalista en China, a su vez afectada por la profundización de la bancarrota mundial.

Los elevados ingresos por la exportación de commodities actuaron como garantía de un nuevo ciclo de endeudamiento en la región.

Fue un fenómeno generalizado el fuerte crecimiento de las reservas de los bancos centrales de los países latinoamericanos. Esto produjo la ilusión de que la deuda externa de estas naciones latinoamericanas se había finalmente ‘domado’, que estaba bajo control, cubierta por las excedentes reservas de divisas. Estamos, ahora, frente al proceso inverso: fuga de capitales hacia las metrópolis, dejando nuevamente en pie las usurarias deudas externas de las naciones atrasadas con el capital financiero.

En el período de ‘bonanza’, la burguesía latinoamericana no usó los ingresos para avanzar en un proceso de industrialización ni en una mejora drástica de su infraestructura productiva, para sentar las bases de un desarrollo nacional independiente. Estos ingresos extraordinarios fueron usados para ‘honrar’ la deuda y como botín de las oligarquías capitalistas que se formaron en torno de los gobiernos nacionalistas y centroderechistas. Nos referimos al régimen de prebendas y corruptelas que beneficiaron directamente a la boliburguesía venezolana, la patria contratista brasileña -hoy sentada en el banquillo del “Petrolão”- o los ‘amigos del poder K’, los Cristóbal López, Lázaro Báez y compañía en la Argentina.

Como balance de conjunto se debe concluir que mientras se invocaban ‘modelos productivos’, las experiencias nacionalistas continentales agravaron la primarización económica y la desindustrialización. De ese boom, las masas latinoamericanas sólo recibieron la carestía alimentaria, la precarización laboral y un agravamiento de la polarización social, que los gobiernos atendieron con medidas asistenciales.

2. Una de las lecturas más extendidas es que estamos asistiendo a un cambio de ciclo -del populismo al ascenso de la derecha. Pero la tarea de la derecha está en pañales: derrotar a las masas en condiciones de bancarrota económica internacional.

3. Venezuela se dirige a una suerte de doble poder entre el Ejecutivo y la Asamblea Nacional en el marco de una crisis económica de características catastróficas. El sector mayoritario de la oposición tiene conciencia de que este panorama podría desembocar en una explosión social y política, y a un “voto castigo” o una victoria por la negativa. Una fracción minoritaria de opositores, que encabezan el encarcelado Leopoldo López y María Corina Machado, plantea pasar a la vía de los hechos. Estamos frente a una división tanto del oficialismo como de la oposición. La llamada “comunidad internacional” presiona por

una “salida dialogada”, precisamente porque teme que la situación se desmadre.

El oficialismo y buena parte de la izquierda latinoamericana han atribuido a la ‘guerra económica’ la derrota electoral, encubriendo la responsabilidad de la camarilla gobernante en la desorganización económica. El boicot económico que se desenvuelve contra el gobierno es consecuencia directa del fracaso del intervencionismo estatal, que nunca alteró la base de la gestión capitalista de la economía.

El sabotaje económico que denuncia Maduro tiene una de sus fuentes en la “boliburguesía”, la burguesía amiga, cuyo crecimiento ha promovido el propio gobierno.

Las numerosas nacionalizaciones que ha llevado adelante el chavismo no han servido para desarrollar las fuerzas productivas nacionales. Sidor, por ejemplo, trabaja a un mínimo porcentaje de su capacidad. Queda nuevamente de manifiesto que el carácter progresivo de las nacionalizaciones está condicionado a la orientación general del régimen político: el estatismo bajo control de la camarilla chavista y la boliburguesía fue un factor de quiebra de las arcas públicas que no abrió ninguna perspectiva de desarrollo.

Esta política, que fue haciendo aguas por todos lados, fue arrasando las propias conquistas bolivarianas, desde el control nacional de PDVSA hasta las medidas sociales para los más explotados. La contracara de este proceso es el fabuloso enriquecimiento de la camarilla capitalista ligada al gobierno chavista, que accede privilegiadamente a las divisas que se obtienen en el mercado oficial.

El movimiento obrero venezolano, a pesar del creciente desencanto con el régimen, sigue atenazado políticamente al chavismo. La izquierda ha contribuido a reforzar esa tendencia, llamando a cerrar filas con el gobierno en nombre de la lucha contra la derecha.

El impasse que se ha creado pone más al rojo vivo la necesidad imperiosa de una acción política independiente de la clase obrera. Los explotados deberían terciar en la crisis política. Pero, para que ello suceda, es necesaria su independencia política y formar un partido obrero independiente. Las consignas transicionales que apunten a la cuestión de poder deberán ir siendo precisadas en el propio curso de la crisis, teniendo en cuenta la comprensión que la propia clase obrera vaya alcanzando de la crisis planteada.

4. En Brasil, el nuevo mandato de Rousseff se reveló impotente, pese a las sucesivas devaluaciones, para contener la crisis económica y la

salida de capitales. El PBI se contrajo más del 4% en 2015. La desocupación superó el 8% y hubo una ola de despidos en la industria y la construcción. La caída del precio internacional del petróleo ha tenido un efecto demoledor sobre el conjunto de la economía, cuyo pivote se encontraba en las inversiones ‘pre-sal’ de Petrobras y su constelación de contratistas. Hasta el asistencialismo oficial, que contuvo la agudización de los antagonismos sociales, amenaza ser desmantelado bajo el impacto de la bancarrota capitalista. La popularidad de Rousseff se desmoronó en tiempo récord.

El declive económico se conjugó con una crisis política de fondo: el “Petrolão” (escándalo de sobrefacturación de obras públicas relacionadas con Petrobras) golpea a los principales partidos e involucra a todos los estamentos del Estado, especialmente al PT y el Poder Ejecutivo. La incapacidad de pilotear el ajuste ha provocado el avance del impeachment contra Rousseff. El juicio político, sin embargo, constituye un mecanismo tortuoso y crítico de reorganización política.

Detrás del “Petrolão” se esconde una pelea entre la burguesía local, empezando por los popes de la patria contratista brasileña (Odebrecht y compañía, cuyos directivos están en la cárcel), que supieron orbitar alrededor de Petrobras, y un sector del capital extranjero que reclama una apertura económica y comercial que termine con las preferencias del régimen en favor de la gran burguesía: pretenden una ola de privatizaciones en el petróleo y en la contratación de obra pública. El agotamiento del régimen petista tiene su epicentro en Petrobras: un “rescate” brasileño pondría en el centro de la agenda el desguace del esquema de explotación petrolera, una cuestión que demandará una reorganización social de fondo de alcance continental.

Los movimientos Sin Tierra y Sin Techo, así como algunos grupos de izquierda, se movilizan a favor del gobierno en nombre del peligro de la derecha. Pero el PT le allanó las puertas: cogobernó con ella, la entronizó en los principales ministerios y le entregó -al PMDB- toda la línea de sucesión presidencial. El PT es responsable también del avance privatista sobre Petrobras. Esto vale también para el PSOL, el cual se ha colocado -con matices- en el campo de apoyo al gobierno, lo cual no impidió que el grupo brasileño del PTS (el MRT) acordara candidaturas comunes para las elecciones municipales del año próximo y reclamara el ingreso al PSOL, en nombre de capitalizar “por izquierda” lo que caracterizan como una “crisis de representación”. De nuevo, quedan de manifiesto los límites insalvables de estas categorías de análisis, cuando lo que se desarrolla es una bancarrota económica y política de fondo.

El Congreso brasileño no tiene autoridad para encarar el juicio político. La podredumbre se extiende a todo el régimen político. Como ángulo de intervención ante la crisis abierta, ponemos a consideración el planteo: que se vayan todos, que la crisis la paguen los capitalistas, combinando la cuestión del ajuste y la crisis política. Es una consigna por la negativa, pero que cumple la función de denuncia política y delimitación de los trabajadores de los bloques patronales en presencia.

5. Los gobiernos nacionalistas o frentepopulistas han fracasado en todos los planteos de unidad continental que pergeñaron en estos años. La Alianza Bolivariana para América (Alba) impulsada por el chavismo se ha hundido. El Mercosur nunca pudo superar el marco de un conjunto de arreglos comerciales en beneficio de los monopolios capitalistas -en primer lugar, la industria automotriz- que operaban en sus propios mercados. La Unasur nació bajo la presión bolivariana y de las contratistas brasileñas que aspiran al desarrollo de una industria de armamentos bajo su égida. La meta más ambiciosa de esta etapa, el Banco del Sur, que fue acariciada al compás del boom especulativo de las materias primas y de los flujos de capitales, hoy está abandonada. La incorporación de Venezuela al Mercosur -con el planteo de una integración energética- quedó en la nada: el Gasoducto del Sur no pasó de los planes.

La presión del imperialismo yanqui ha llevado a la firma de un acuerdo de libre comercio -Acuerdo Transpacífico (TTP)- que arrastró a un conjunto de países latinoamericanos (México, Chile y Perú -se habla de que también adheriría Colombia) a una apertura de fronteras comerciales con vistas a una guerra comercial contra China. En las conversaciones mantenidas entre Macri y Rousseff se habría coincidido en la búsqueda de una aproximación a este eje del Pacífico, lo que sería un peldaño más en la defunción del Mercosur.

Entre tanto, se agravan todas las disputas comerciales y enfrentamientos dentro del Mercosur. Las burguesías regionales buscan arreglar por separado con la Unión Europea y con el imperialismo yanqui. La carrera devaluatoria al interior de la región es una competencia por la mayor explotación y precarización de los obreros de sus respectivos países -en esto consisten las invocaciones a la competitividad de los economistas de Massa, Macri o Scioli en Argentina, o el llamado a reducir el “costo Brasil” por parte de sus similares en aquel país.

El desenlace electoral en Venezuela desatará una nueva pugna por el petróleo de ese país -una réplica de lo que ocurre en el Medio

Oriente. El destino de PDVSA y el desarrollo productivo del Orinoco replicará lo que ocurre con Petrobras, donde hay una disputa de fondo entre los capitalistas locales y las corporaciones extranjeras por la apropiación de los recursos hidrocarbúricos del país. El derrumbe del nacionalismo y el centroizquierdismo convertirá a América Latina en campo orégano de la disputa por nuevos repartos de recursos y territorios entre las potencias capitalistas.

Oponemos a estos enfrentamientos, y a la guerra de rapiña que se prepara, la unidad de los pueblos latinoamericanos en la defensa de sus recursos y de las necesidades sociales. Impulsamos una acción internacional por la expropiación de los pulpos petroleros y la nacionalización de los principales recursos al servicio de una industrialización y del interés popular. Por gobiernos de trabajadores. Por la unidad socialista de América Latina.

6. Cuba ha entrado en una nueva fase transicional de características contradictorias. Por un lado, la apertura del presidente norteamericano Obama es un reconocimiento de que, en más de medio siglo, no pudo doblegar a la Revolución. Por el otro, la isla protagoniza un pronunciado proceso de diferenciación social, donde la burocracia castrista foguea y apunta a favor de una restauración capitalista. Pero la tentativa de una integración plena de Cuba al mercado mundial capitalista choca con las tendencias de la propia bancarrota internacional. El imperialismo le exige al régimen cubano el levantamiento de todas las barreras a su penetración y la liquidación de conquistas históricas de sus explotados. Pero tiene muy poco para ofrecerle en el marco de su propia crisis. En este marco, el agotamiento del chavismo ha operado como factor adicional de crisis para el régimen, que depende de las entregas petroleras de Venezuela para mantener su exíguo esquema energético.

Es necesario tener en cuenta todos estos factores a la hora de formular un programa, que debe plantear que el levantamiento del bloqueo sea incondicional, que los derechos de los trabajadores sean defendidos por sindicatos independientes libremente elegidos, que la defensa de la salud y la educación gratuitas sea garantizada por una gestión directa de los trabajadores. La defensa, asimismo, de una economía que aún es planificada, implica el monopolio del comercio exterior y de los bancos.

Muchos en la izquierda descuidan el aspecto contradictorio del proceso en marcha, lo ven como un retroceso histórico fatal. “No hay

un signo igual entre el levantamiento del bloqueo y la privatización de la economía; al revés, para imponer esta privatización el imperialismo necesita usar el bloqueo como arma de presión. Una perspectiva revolucionaria haría del levantamiento incondicional del bloqueo un arma de agitación en los Estados Unidos” (*Prensa Obrera* N° 1.377).

Puerto Rico, la isla hermana, muestra la otra cara de la moneda. Los ‘privilegios’ del colonialismo se vienen a pique con la bancarrota del capitalismo mundial. A través de la crisis -o sea del pago forzado y confiscatorio de una deuda ‘externa’ que ha beneficiado por un largo tiempo a los especuladores-, resurgirá el tema de la independencia en la agenda política. De todos modos, Puerto Rico es el eslabón más débil de una cadena de insolencias que se prepara en distintos niveles sub-estatales de Estados Unidos, con la consecuente afectación del “orden público” en el territorio continental.

7. Resumiendo, la crisis continental y el agotamiento irreversible de la experiencia bolivariana y centrozquierdista abren un inmenso campo de intervención política para la izquierda revolucionaria. Esta intervención se va tener que desenvolver en un escenario especial dominado por la fractura del Estado y la economía capitalista, y una tendencia a la explosión social o situaciones prerrevolucionarias.

Este escenario pone al rojo vivo y a la orden del día la formación de partidos revolucionarios, de modo de transformar a la clase obrera en un factor político en la crisis que ya está en desarrollo y en una alternativa de poder. En esa perspectiva se inscribe la convocatoria a una Conferencia Latinoamericana que el Partido Obrero impulsa junto al PT de Uruguay.

16 de diciembre de 2015

Grecia: el eslabón roto

Por Savas Michael-Matsas*

Grecia es el país emblemático de la actual crisis capitalista mundial. Desde el momento en que el país declaró la imposibilidad de pagar su gigantesca deuda y el primer “rescate”, en 2010, de la Comisión de la Unión Europea (UE), el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) -el primer vergonzoso “Memorando de entendimiento”, que introducía una austeridad draconiana- Grecia pasó a ser el foco de la atención mundial.

Se convirtió en una causa constante de temor y preocupación para las clases dominantes y las instituciones imperialistas, particularmente en la Unión Europea. También, en una fuente de inspiración para todas las víctimas de la misma crisis en todo el mundo, gracias a las movilizaciones sin precedentes -a menudo de carácter insurreccional- de las masas populares que resistían a las bárbaras medidas de austeridad impuestas por la troika UE-BCE-FMI y sus sirvientes voluntarios en los sucesivos gobiernos griegos.

Lo que especialmente ha producido temor y esperanzas, tanto en

* Savas Michael-Matsas es dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Grecia (EEK). Una primera versión de este documento se presentó en la XII Conferencia sobre materialismo histórico, celebrada en la Universidad de Londres del 5 al 8 de noviembre de 2015.

el país como internacionalmente, fue un poderoso giro a la izquierda de las masas empobrecidas, buscando encontrar una solución política a los explosivos problemas sociales, conduciendo al poder gubernamental a un antes pequeño partido reformista, Syriza.

Ahora, toda esta secuencia histórica de eventos, desde la primera movilización de masas en 2010 a la elección de un “gobierno de izquierda anti-austeridad” liderado por Syriza en enero de 2015 y su ignominiosa capitulación a la troika siete meses después -mediante la firma de un tercer “memorando”, de una austeridad incluso más severa-, ha sido definitivamente clausurada y comienza una nueva.

Para el movimiento de los trabajadores, especialmente para su vanguardia militante en la izquierda revolucionaria, es vital entender esta secuencia no como una sucesión lineal de diversas luchas sociales y elecciones parlamentarias, sino como una *invalorable experiencia* estratégica que debe ser analizada de manera seria y profunda, y *superada dialécticamente*.

No es posible ningún análisis ni elaboración de una estrategia revolucionaria como guía para un programa, tácticas, políticas y una organización política práctica en la lucha por una salida de la crisis política y socio-económica, sin entender firmemente y sin profundizar constantemente una comprensión marxista de la dialéctica en proceso entre los desarrollos históricos mundiales y las peculiaridades nacionales, sin disolver la crisis universal en una generalidad abstracta y sin convertir la particularidad nacional en una entidad auto-contenida.

La crisis capitalista mundial y Grecia revisitadas

En diciembre de 2008, tres meses después del colapso de Lehman Brothers y del colapso financiero mundial, surgió en Grecia una revuelta revolucionaria masiva y prolongada, liderada por la juventud, que sacudió a todo el país y al gobierno derechista de Karamanlis, luego del asesinato de un estudiante de 15 años, Alexis Grigoropoulos. El director del FMI en esa época, Dominique Strauss-Kahn, hizo la aguda observación de que esta revuelta representaba “la primera explosión política de la actual crisis económica mundial”¹. Fue el trueno antes de la tormenta mundial y el preludio de una tragedia griega en continuo desarrollo y sin final, donde “todo el mundo es un escenario”².

1. *Le Monde*, 13 de diciembre de 2008. Ver Matsas (2010:54-55).

2. Shakespeare (1599, Acto 2, escena 7).

La crisis capitalista global, que hizo erupción con el colapso del mercado de las hipotecas sub-prime estadounidenses en 2007, movió rápidamente su epicentro a la Unión Europea y a la zona euro, donde Grecia, el legendario “eslabón más débil”³ de la cadena europea, ha sido roto irremediablemente en 2010, bajo el peso de una deuda insostenible sobre las contradicciones específicas de la formación social griega. Los “rescates”, por parte de la troika de la Comisión UE-BCE-FMI, atados a medidas de austeridad draconianas, han devastado la sociedad griega con una catástrofe humanitaria sin lograr resolver -sino más bien exacerbar- la crisis, aplastando a las clases medias, agudizando la polarización social y agregando combustible a la revuelta popular.

La resistencia a la austeridad hizo colapsar el sistema político bipartidista de la burguesía (la derecha de Nueva Democracia y la socialdemocracia de Pasok, vigente en las últimas cuatro décadas luego de la caída de la dictadura militar en 1974), tumbó a sucesivos gobiernos y catapultó a un pequeño partido reformista de izquierda (Syriza) al lugar de oposición oficial en las elecciones de 2012 y, finalmente, al gobierno -en 2015.

Los siete meses de “negociaciones” infructuosas del gobierno de Alexis Tsipras con la troika UE, BE y FMI fueron una verdadera tortura, otra “vuelta de tuerca” sobre Grecia, una coerción sin límite, amenazas de una Grexit (salida de la UE), extorsión mediante de una asfixia de liquidez sobre el quebrado sistema bancario. Mientras tanto, el llamado “primer gobierno de izquierda” pagaba la deuda a todos los usureros internacionales, exacta, completa y puntualmente, vaciando los depósitos de todas las instituciones públicas y los fondos de pensión. Finalmente, contra el deseo de la mayoría del pueblo expresado en el referendo del 5 de julio con una impresionante victoria del No a la austeridad y la extorsión de la troika, el gobierno de la “izquierda radical” convirtió esta victoria en una vergonzosa y humillante derrota: el grupo liderado por Tsipras capituló el 13 de julio de 2015. Firmó un nuevo rescate, vinculado con un tercer “Memorando de entendimiento” de nuevas medidas de austeridad, incluso peores que la previas, descritas muy acertadamente por el diario alemán *Der Spiegel*, como “una lista de horrores”. El resultado inmediato fue una crisis política impresionante que llevó a una división en Syriza, a la caída del gobierno y a elecciones inmediatas el 20 de septiembre.

3. De acuerdo con la metáfora de Lenin a menudo citada (Lenin, 1917).

A pesar de la desilusión y la amargura del pueblo ante la capitulación de Syriza, prevaleció la lógica del “mal menor”. La desilusión se expresó en una abstención sin precedentes y la pérdida de cientos de miles de votos para todos los partidos (con la excepción de las listas de la pequeña izquierda anticapitalista). Está claro que la mayoría popular no quería un retorno al desacreditado sistema burgués de partidos del pasado, así que la derecha fue derrotada y se sumergió en una nueva crisis interna. Lo mismo sucedió con todos los otros partidos neoliberales burgueses. Pero, al tiempo que el pueblo no quería retroceder, todavía no veía ningún camino alternativo hacia adelante. Por lo tanto, Syriza ganó nuevamente las elecciones, contra sus oponentes tanto de derecha como de izquierda.

Syriza revivió su gobierno de coalición con los nacionalistas de derecha de Griegos Independientes -Anel- con un claro viraje más hacia la derecha, incluyendo a los ex ministros de Pasok más liberales. Un gobierno esta vez no comprometido a poner fin a la austeridad, sino a implementar una visión mucho más dura de ella, con algunas promesas de “medidas de alivio” y una vaga perspectiva para una futura “reestructuración” de la deuda insostenible.

Surgen cuestiones candentes de naturaleza estratégica que en la actualidad son intensamente debatidas, dentro de la izquierda griega e internacional, en todos sus sectores. ¿Por qué fracasó la primera experiencia de Syriza? Y ¿por qué aquéllos que en Syriza rechazaron la capitulación y se escindieron no pudieron presentar una alternativa de izquierda convincente y se encontraron con una aplastante derrota en las elecciones de septiembre? ¿Por qué otras fuerzas a la izquierda de Syriza están estancadas? (es el caso del stalinista Partido Comunista-KKE o el caso de las listas de la izquierda anticapitalista -las cuales, a pesar de haber incrementado relativamente su votación e influencia, aún no han superado sus limitaciones.

Todas estas preguntas se refieren a la *estrategia*, no solamente a la táctica; por eso, tienen que ser tratadas adecuadamente, comenzando por el fracaso de Syriza que llevó a su capitulación irreversible.

¿Por qué fracasó Syriza?

El giro de 180 grados del liderazgo de Tsipras en Syriza, desde una retórica de izquierda desafiante, valiente, radical y anti-austeridad a una vergonzosa capitulación a la troika del capital global (ahora un “cuarteto” dado que el Mecanismo de Estabilidad Europeo -ESM- se

unió a la Comisión en un nuevo acuerdo de préstamo), fue un impacto para mucha gente, particularmente todos aquellos que depositaron sus esperanzas en Syriza desde 2012 en adelante. Sin embargo, tiene detrás de él una larga “crónica de desastres anunciados”, en particular luego de su ascenso inicial en 2012, como está ahora bien documentado (por ejemplo por el profesor John Milios, ex miembro del Comité Central de Syriza y ex jefe de consejo económico del partido de izquierda gobernante⁴).

La capitulación estaba inscrita en la principal línea estratégica declarada oficialmente y seguida firmemente por Syriza: “Ni ruptura ni capitulación (con la UE, el BCE y el FMI), sino un compromiso honesto”.

Detrás existe, como lo señaló Milios, la ilusión de que es posible un retorno al estado anterior a la crisis capitalista de 2008, mediante una mezcla de tibias medidas keynesianas con “reformas estructurales” neoliberales pedidas por la UE y el FMI. Esta ilusión socialdemócrata está combinada con un vínculo estratégico con el proyecto de integración de la UE, un rechazo firme a cualquier idea de ruptura con la UE y un temor paralizante ante la posibilidad de una “Grexit” forzada de la zona euro.

Una búsqueda desesperada de un “compromiso honesto” imposible, *con las inflexibles clases dominantes en crisis, tanto en el país como en el exterior*.

Mucho antes de la capitulación del 12 de julio de 2015 o, incluso, del Acuerdo inicial del 20 de febrero de 2015 con la troika (o “las instituciones” como amablemente se la ha renombrado), desde el momento en que arribó a las puertas de conducir el gobierno en junio de 2012, Syriza multiplicó todo tipo de reaseguros, ante todo, a la burguesía griega, a la Unión de Industriales Griegos (SEV) o a los navieros y banqueros, de que sus políticas y programa de gobierno no amenazaban al *status quo* capitalista.

Además de las apariciones y enunciados de los principales cuadros de Syriza en los eventos públicos organizados por los “think tanks” y las asociaciones de los círculos dominantes del capital griego, existen ahora denuncias que vienen del ex entorno de Syriza que revelan lo que había detrás de las escenas: constantes encuentros secretos y discusiones directas entre Tsipras y su círculo más íntimo de consejeros (como Alekos Flambouraris y Nikos Pappas) con grandes y muy co-

4. Ver John Milios (2015).

nocidos capitalistas involucrados en la construcción y proyectos de obras públicas, así como de los medios de comunicación⁵.

El llamado Programa Thessaloniki 2014, abandonado a principios de 2015, era una aún más diluida versión del programa reformista inicial votado en el último congreso partidario.

Como evidencia de sus sinceras intenciones de colaboración de clases “para defender los intereses nacionales”, Syriza, incluso antes de las elecciones del 25 de enero de 2015, hizo un acuerdo para formar una coalición con el derechista Anel, de Panos Kammenos, un amigo de los navieros y la Iglesia Ortodoxa. La decisión se tomó en un encuentro cerrado del Comité Central de Syriza, con sólo dos votos en contra y con la abstención de los miembros de la oposición interna, la Plataforma de Izquierda, liderada por Panagiotis Lafazanis.

Luego, con el mismo espíritu de colaboración de clases, y como una maniobra de reconciliación política con el ala liberal de la derecha que gobernó durante décadas el país, Syriza propuso para el puesto de presidente de la República a Prokopis Pavlopoulos, un muy conocido cuadro de la dirección y ex ministro de Nueva Democracia.

En forma repetida, Tsipras brindó los mismos reaseguros a la UE y el FMI (por ejemplo, cuando estuvo en Texas en 2013) de que los compromisos tomados por los anteriores gobiernos con los prestamistas internacionales oficiales serían respetados. El mantra expresado, tanto a la clase dominante griega como a la troika, era que “la continuidad del Estado” no sería perturbada.

Fiel a la continuidad de la doctrina del Estado burgués, no solamente se respetaron los compromisos internacionales sino también los aparatos represivos del ejército, la policía y los servicios de inteligencia -el “Estado profundo” conectado con Amanecer Dorado nazi y otros grupos paramilitares de extrema derecha permanecieron intactos.

Ni inexperiencia ni ingenuidad política, ni “falta de preparación para un Plan B” ni errores tácticos pueden ser una excusa. *La propia línea estratégica de Syriza era una receta para el desastre*. Su orientación estratégica para un “histórico compromiso” de clase en Grecia y, sobre todo en el extranjero, estaba condenada a fracasar ignominiosamente: *pedía una paz entre clases en condiciones de una abierta guerra de clase*. Tsipras y su equipo fueron a Bruselas y Berlín, marchando en un campo minado en una guerra declarada para confrontar a enemigos

5. Ver por ejemplo el artículo en griego de P. Charalambopoulo y P. Theodoropoulus: “Gobierno de bandidos made in Bruselas” en el ex diario político pro-Syriza *Unfollow*, N° 46, págs. 34-43, octubre de 2015.

feroces e inflexibles, levantando la bandera de la paz entre clases -es decir, la bandera blanca de la rendición.

Austeridad y deuda como métodos de control

Si hay algo probado más allá de cualquier duda durante los siete meses de falsas negociaciones con las “instituciones” imperialistas que llevaron a la capitulación incondicional del lado griego, es que esa “austeridad”, particularmente en el período posterior a 2007, no es simplemente una doctrina económica del neoliberalismo, ya sea en la variante alemana de “ordo-liberalismus” o en las versiones anglosajonas o francesa o italiana, y no es sólo un medio para salvar a los bancos y el sistema financiero, es *un método político de control social de las poblaciones empobrecidas*, en las condiciones producidas por el fracaso del neoliberalismo como estrategia capitalista y la implosión de la globalización del capital financiero.

El círculo vicioso de austeridad que genera más deuda que, a su vez, genera más austeridad, sin resolver -sino exacerbando- la crisis económica y social, produce solamente lo que Maurizio Lazzarato (2014) ha llamado “un mecanismo transversal de control y captura” bajo la implacable supervisión de todos los aspectos de la vida económica y social de un país bajo un nuevo Panoptikon supranacional, llamado “troika” o, luego de agosto de 2015, un “cuarteto”.

La hostilidad, la brutalidad imperialista y la arrogancia que dominaron el comportamiento, tanto de Schauble como también de todos los líderes de la UE, manifestaron que no sólo Tsipras sino todo el pueblo griego que se atrevió a desafiar los decretos dictatoriales de la troika, que se moviliza y ha elegido en las elecciones un gobierno que prometía poner un fin a la austeridad, tenían que ser aplastados, humillados, “disciplinados”. Debía ser reducido a un ejemplo que convenciera a los otros pueblos europeos de que cualquier resistencia a la austeridad, a un programa de canibalismo social, estaba condenada a ser vencida y que llevaba a una austeridad aún peor. Ningún mandato electoral de ningún pueblo podría ser nunca más respetado, ninguna regla democrática burguesa, sino las que surgían de Bruselas, de Frankfurt o Washington.

Una actitud similar ha sido tomada en Portugal, luego de las elecciones de septiembre de 2015, cuando el presidente de la República de Portugal, de derecha y pro-UE declaró que la formación de un gobierno del (pro-austeridad, pro-UE) Partido Socialista apoyado por

el Partido Comunista y el Bloque de Izquierda, a pesar de su mayoría parlamentaria, moderación política y aceptación de las órdenes de la Unión Europea de pagar la deuda, es “incompatible con los principios de la UE”. Se intentó una clase de golpe presidencial. Si bien fracasó -debido a la debilidad de un esfuerzo demasiado ambicioso para establecer un bonapartismo presidencial en la tierra de la “Revolución de los claveles” de 1974-, la advertencia es clara: en condiciones de la bancarrota capitalista y de la agonía mortal del propio proyecto de la UE, el legado político democrático de la caída de las dictaduras en el sur europeo en 1974-76 es un obstáculo a la estrategia de austeridad de la UE: una barrera que debe ser abolida.

En tales condiciones, hablar -como lo hace Syriza- de “continuidad del Estado” para disipar el temor de la UE, el FMI y de las clases dominantes a nivel mundial y en Grecia, es ceguera política, autoengaño, una ironía histórica o más bien una combinación de todos ellos.

La historia siniestra de los tres memorandos impuestos a Grecia en los últimos cinco años anula, en forma y en esencia, toda soberanía económica y legislativa del Estado griego. Lleva a sus extremos una larga historia de deudas, defol, interferencia política extranjera y dependencia económica del país, incluso desde los tiempos que precedieron a su independencia en 1829. Un resumen basado en evidencias de esta historia trágica fue presentado en septiembre de 2015 por Carmen M. Reinhardt y Christoph Trebesch (muy posiblemente en apoyo de la línea del FMI sobre la deuda griega, contrapuesta a las instituciones de la UE). Los autores citan el comentario del historiador griego T. Lignadis de que la “independencia” de Grecia significó desde el comienzo ser sometida a la esclavitud por sus acreedores extranjeros...

En nuestros días, el Estado griego ha sido reducido a un aparato opresivo de extracción de plusvalía a un pueblo pauperizado y en una crisis humanitaria, que lucha por sobrevivir bajo condiciones draconianas de austeridad permanente y desempleo masivo impuestas por los bancos extranjeros para salvarse de la crisis y resolver el derrumbe de su sistema social en bancarrota. ¿Quién desea ignorar el hecho bien documentado de que el 90% de los préstamos otorgados por la troika a Grecia han retornado a los bancos alemanes y franceses?⁶

6. Apenas una cita, de Martin Wolf en *Financial Times*: “En verdad, los préstamos otorgados por la zona euro y el Fondo Monetario Internacional llegan a la enorme suma de 226.000 millones de euros (...) Pero sorprendentemente no fueron para beneficiar a los griegos, sino para evitar la rebaja del valor de los malos préstamos al gobierno griego y a los bancos griegos. *Tan sólo el 11% de los préstamos financió directamente las actividades*

Durante el verano de 2015, en plena crisis de la zona euro, Larry Summers llamó a Grecia “*El Estado fallido de Europa en espera*”. Pero el pueblo pauperizado de este “Estado fallido en espera” europeo no acepta esperar en forma tranquila y pasiva en este “estado de emergencia” que se ha convertido en una regla. Su resistencia desafía desde hace media década las reglas bárbaras de los gobernantes de Europa y de sus dispuestos aliados en Grecia. Esta resistencia es una bomba de tiempo política, que las instituciones del capital no pueden desactivar.

Políticas de desesperación

La ejemplar ferocidad de clase ejercida contra Grecia para imponer un monstruoso “tercer memorando”, que cualquiera puede ver que es insostenible social, económica y políticamente⁷, refleja de una forma contradictoria la *desesperación* de las elites burguesas que gobiernan Europa. Para ver esta desesperación, volvamos a la metáfora de Lenin sobre “el eslabón más débil” mencionada anteriormente.

Generalmente, esta metáfora es utilizada para priorizar la importancia de las peculiaridades nacionales que hacen más vulnerable a un “eslabón” en una cadena internacional. Pero es la fortaleza de la cadena en su totalidad la que es medida por su eslabón más débil. El mismo Lenin, al introducir la metáfora en el caso de Rusia en 1917, insistió en que *la propia cadena*, no solamente un eslabón, había sido rota.

Toda analogía tiene sus propios límites. En Grecia, por supuesto, la ruptura de la cadena, bajo el impacto de una crisis mundial de dimensiones históricas, no ha producido aún una revolución social como en 1917. Pero ha impulsado movilizaciones populares sin precedentes y una crisis de régimen prolongada. La globalización, la interconexión de la vida socioeconómica es mucho más desarrollada y profunda hoy que en la época de Lenin. En la actual crisis mundial del capitalismo global *no es solamente el eslabón griego el que ha sido roto en 2009-2010, sino la propia cadena europea*, sin que esto signifique su colapso automático.

gubernamentales (destacado del autor). Otro 16% fue al pago de intereses. El resto fue a operaciones de capital de varios tipos: el dinero entraba y luego salía nuevamente. Una política más honesta hubiera sido rescatar directamente a los prestadores. Pero esto hubiera sido demasiado embarazoso” (Wolf, 2015).

7. Ver *El tercer memorando es insostenible al igual que los dos anteriores*, 1° de octubre de 2015, por el Comité para la verdad sobre la deuda pública griega (www.cadtm.org).

Nada puede ser igual en la zona euro, en la UE y a nivel global luego de la bancarrota griega

A pesar de la importancia mínima del tamaño de la economía griega, con relación al PBI de la Unión Europea, debido a la interconexión internacional en la globalización capitalista y a la crucial posición geopolítica de Grecia, las consecuencias son devastadoras. Incluso el gobierno de Obama debió admitirlo durante el clímax de la crisis de la zona euro en junio-julio de 2015, como lo hizo previamente al calor de la crisis de la zona euro en junio de 2012.

No es posible un retorno de la zona euro y de la UE en su totalidad a la situación pre-crisis, antes del defol de Grecia

Primero, el “eslabón” griego no es solamente el más débil, es el eslabón roto. Y permanece irremediablemente *roto*, como lo prueba lo insostenible de su deuda. La gravedad de las implicaciones para la Europa acosada por la crisis y la economía global es continuamente acentuada por el FMI y Estados Unidos, que exigen a la UE y a Alemania un necesario “alivio de la deuda griega”. Tsipras, al saludar la posición del FMI y Estados Unidos, quiere ignorar u ocultar el hecho de que éstos combinan esta presión sobre la UE con la insistencia en la continuación de la austeridad, sin ninguna moderación del programa de “reformas estructurales” desastroso e inefectivo para la economía griega arruinada.

Segundo, *la bancarrota griega reveló inequívocamente y agudizó inmensamente todas las fallas, vulnerabilidades y desbalances de la arquitectura del euro, y todas las contradicciones de la integración capitalista europea*. En consecuencia, se exacerbó todas las divisiones y antagonismos, particularmente entre los protagonistas de esta integración, Alemania y Francia, en otro nivel Italia y una Gran Bretaña en los umbrales de un posible “Brexit” (N. del T.: su salida de la UE).

Tercero, *una nueva profundización de la crisis global*, anticipada por los problemas financieros de agosto de 2015, ligados a la desaceleración de la economía china, el aumento esperado de las tasas de interés de Estados Unidos y los resultados desalentadores del programa “Quantitative Easing” (Flexibilización cuantitativa), introducido con atraso por el BCE a principios de 2015, hizo a *una frágil UE más vulnerable a las tormentas venideras*.

Lo último, pero no por ello menos importante, *la gigantesca crisis migratoria*, las imparables mareas de migrantes provenientes de Siria y Medio Oriente, Asia Central y Africa hacia Europa, a través de una Grecia en ruinas, exacerba enormemente la crisis social, económica y política en la UE, desestabilizándola desde los Balcanes hasta Europa central y del este, golpeando sobre todo a su núcleo duro, Alemania.

Es el trágico regreso de una Némesis, luego del Hubris imperialista de guerras de intervención, primero en Afganistán e Irak, luego de la “Primavera árabe” en Libia y Siria, llevando a un colapso total del orden imperialista, tal como fue establecido por el Acuerdo Sykos-Picot de 1916. *Está emergiendo una nueva “cuestión oriental”*, en condiciones históricas que han cambiado dramáticamente, de declinación y crisis del imperialismo capitalista.

Grecia como *“el Estado fallido de Europa en espera”* está situada en el cruce de caminos de toda contradicción internacional: en los Balcanes, en un proceso de desestabilización, en la parte más vulnerable de Rusia, a las puertas de Medio Oriente, en el centro de tres guerras en proceso -Ucrania, Siria-Irak, Libia. Un “agujero negro” geopolítico está en espera en las fronteras más estratégicas de una Unión Europea que enfrenta un verdadero peligro, como advirtió en un reciente artículo Wolfgang Muncheau, “languideciendo y convirtiéndose en un fantasma”.

¿Una “nueva vieja Syriza” o una estrategia revolucionaria alternativa?

La dialéctica de lo global y de lo local, de lo internacional y lo nacional, de la cadena europea y del eslabón roto griego fue ignorada no solamente por la dirección de Syriza, sino también por aquellos ex líderes del partido que rechazaron el tercer memorando, se separaron y formaron la Unidad Popular (LAE).

También fracasaron. No solamente en las elecciones de septiembre de 2015 quedaron fuera del Parlamento, sino que primero -y ante todo- fueron incapaces y reacios a presentar una estrategia socialista alternativa.

El LAE se ha presentado como una nueva “vieja Syriza leal a sus orígenes”, consecuente, esta vez, con sus promesas iniciales anti-austeridad, más resistente a las presiones de la UE, preparada para utilizar como una herramienta de negociación la perspectiva de una ruptura con la zona euro y posiblemente con la UE. No se hizo ninguna eva-

luación crítica de toda la experiencia de Syriza ni ninguna autocrítica del papel jugado, particularmente por aquéllos que fueron miembros del gobierno Syriza-Anel y del liderazgo central del partido de Syriza hasta el final, hasta el momento en que Tsipras llamó a elecciones adelantadas por Tsipras.

El enfoque no clasista de Syriza -de un “compromiso honesto” y en defensa de los “intereses nacionales” por encima de las clases- es continuado por LAE, que llama a formar un “frente patriótico democrático anti-austeridad” sin referencias de clase o programa transicional hacia el socialismo.

El énfasis dado por LAE a un retorno a la moneda nacional -el dracma- sin romper el marco capitalista, no solamente juega para aquéllos que, en la UE y Grecia, utilizan como una trampa y una herramienta de chantaje el falso dilema “¿euro o dracma?”, sino que también contrapone el *nacionalismo económico* como la única alternativa a la capitulación pro-UE. Esto último es, en la actualidad, una tendencia bastante común y peligrosa en una Europa en crisis, con implicaciones reaccionarias -como lo demuestra el caso del “soberanista de derecha” Jacques Sapir flirteando con Marine Le Pen.

Existe un *fetichismo de las relaciones monetarias* y de la moneda nacional, que ignora la forma valor como el principio regulador universal en el capitalismo y las limitaciones históricas alcanzadas por la forma valor. Las ilusiones fetichistas de beneficiarse mediante un retorno a la moneda nacional están atadas al *fetichismo de la Nación-Estado*, erróneamente tomado como una barrera contra los efectos desastrosos de la globalización del capital ficticio, el fetiche final.

La “*continuidad del Estado* (burgués)” impulsado por el liderazgo de Tsipras como un reaseguro a la burguesía griega y las instituciones de la UE toman aquí otra forma: le devuelven al mismo Estado su *forma* perdida de soberanía nacional, sin cambiar su *contenido* social de clase, sin romper el viejo aparato del Estado y sin expropiar a los capitalistas.

Pero, en el caso de Grecia, la dependencia está, histórica y estructuralmente, consolidada por el propio Estado burgués. La acumulación griega del capital, desde los tiempos de su acumulación primitiva hasta ahora, no entra en un conflicto relativo con la acumulación de los países centrales, como en el caso de las antiguas colonias, pero está ligada orgánicamente al destino del proceso de acumulación de capital en el centro. **La liberación de la dependencia imperialista solamen-**

te es posible mediante la liberación del yugo de la clase capitalista griega, a través de una revolución social que se expanda hacia la propia Europa y a nivel internacional.

Correctamente, el pueblo griego reconoce a las instituciones de la UE como responsables de su miseria y la reducción del país a un protectorado *sui generis* de la UE. Pero duda mucho de que su vida cambiará solamente al cambiar la moneda, mientras sus bolsillos permanezcan vacíos. Teme que su miseria no termine y que empeoren las condiciones de hiperinflación con nuevo dracma, enfrentando los peligros de aislamiento nacional en un país ya arruinado, mientras las otras relaciones sociales (capitalistas) en el país e internacionalmente permanezcan en las mismas condiciones. Si esto es así ¿por qué elegir a una réplica más débil de Syriza, con un perfil nacionalista más pronunciado, y no la original como un mal menor en ausencia de una alternativa creíble?

Obviamente, el nacionalismo económico o “patriotismo de izquierda” no puede dar la respuesta. “Capitalismo en un solo país” no es más prometedor o factible que “socialismo en un solo país”, el dogma del stalinismo. La primacía que se da a romper con el euro y la UE sin, al mismo tiempo, proponer *una alternativa socialista internacionalista concreta*, el peso que el nacionalismo “de izquierda” todavía tiene en la izquierda griega (incluyendo los sectores de la izquierda anticapitalista, como las organizaciones en el frente de Antarsya, que lo han abandonado para unirse a LAE en las vísperas de las elecciones de septiembre de 2015) tiene mucho que ver con el legado del stalinismo en Grecia y su papel de liderazgo en la lucha revolucionaria de liberación durante la ocupación nazi, que terminó en un desastre y la capitulación al imperialismo en el acuerdo de Varkiza en 1945⁸.

El Partido Comunista de Grecia

El propio Partido Comunista estalinista de Grecia (KKE) fue y es incapaz y reacio a sacar conclusiones sobre esta revolución perdida. En la actualidad, en medio de una nueva crisis histórica, su burocracia esclerótica no tiene una verdadera estrategia para enfrentar el desafío de la situación.

Trata de revivir un estalinismo fosilizado expresando un “tercer período” de hostilidad sectaria contra los partidarios de Syriza, así como

8. Sobre el tema hemos publicado en esta revista, ver Osvaldo Coggiola: “Por quién doblan las campanas griegas”. *En defensa del marxismo* N° 45, octubre de 2015 (N. del E.)

contra todas las fuerzas de la izquierda, de los movimientos sociales y de los trabajadores. Utiliza una retórica de “poder popular y de los trabajadores” y el socialismo (de un tipo similar, aunque mejorado, de “socialismo real en un solo país” que ya hemos conocido y que ha colapsado en forma ignominiosa en 1989-91). Pero, incluso estos objetivos de poder popular y de los trabajadores y socialismo no están en la agenda, están proyectados y demorados hasta un futuro indefinido.

Las promesas de socialismo y comunismo están combinadas en el día a día con una práctica reformista conservadora de trabajo aislado en los sindicatos, activismo político y campañas electorales. Su estancamiento electoral muestra su impase política y su esterilidad, no “el conservadurismo de las masas” que plantea, culpando al pueblo de sus propios fracasos.

Incluso aquellas fuerzas que permanecen fieles o que han sido atraídas temporariamente al KKE (o más bien a la tradición revolucionaria de la década del '40, a la idea del comunismo y la revolución socialista de octubre de 1917), se han desilusionado rápidamente.

El KKE no puede capitalizar la capitulación de Syriza y se sumerge nuevamente en una crisis. Esto se debe a que, en todos los momentos cruciales de levantamientos populares, desde la revuelta juvenil de diciembre de 2008 hasta las movilizaciones de masas anti-austeridad de 2010-2012 y las de 2015, incluyendo el inesperado triunfo popular del No en el referendo del 5 de julio de 2015, se ha encontrado siempre en confrontación directa con el verdadero movimiento de las masas hacia la izquierda, “para abolir el orden existente de las cosas”.

La izquierda revolucionaria

La tarea de abrir conscientemente un camino hacia adelante, una salida revolucionaria de la impasse política y de la insoluble crisis capitalista recae, ante todo, en las fuerzas dispersas y aún vacilantes de la izquierda revolucionaria, atrayendo particularmente a la generación más joven de las masas proletarizadas, víctima principal de la crisis pero también la más combativa y hostil a las burocracias y a los dogmas muertos, la fuerza de la emancipación social.

El potencial de la izquierda revolucionaria griega, a pesar de sus debilidades, vacilaciones y errores, no puede ser subestimado como lo hacen algunos sectores de la izquierda internacional, hipnotizados por la “radical” Syriza y su “gobierno de izquierda anti-austeridad”. Las mis-

mas fuerzas (y algunas personalidades en la *intelligentzia* de la izquierda internacional) maquillaron con argumentos muy débiles la capitulación del liderazgo de Tsipras, para continuar sus actividades como de costumbre, o mudaron su apoyo de la vieja a la nueva-vieja Syriza, el LAE.

La subestimación de la izquierda revolucionaria griega por parte de aquéllos que internacionalmente dicen también ser parte de una izquierda internacional radical o anticapitalista (un ejemplo, pero no el único, es la mayoría del ex Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional) va de la mano de una subestimación de la verdadera capacidad de lucha de la clase obrera europea y de los estratos populares empobrecidos. En realidad, estas clases subalternas se están moviendo mucho más hacia la izquierda que la llamada extrema izquierda, si bien su comportamiento político está aún dominado por la bancarrota política de la izquierda oficial parlamentaria de la socialdemocracia o de los remanentes de los partidos comunistas. El problema es que muchas veces, en su conciencia, la así llamada “extrema izquierda” -que no es muy “extrema” y ni demasiado de “izquierda”- se identifica más o menos con la izquierda reformista (no tan) oficial, burocratizada y parlamentaria.

En Grecia, incluso después el meteórico ascenso en 2012 de Syriza, el *rechazo* de la mayoría anticapitalista de Antarsya, del EEK y otras fuerzas de la izquierda extraparlamentaria a capitular o adaptarse a la dominación de Syriza y la línea de colaboración de clases *no los aisló para nada de las masas*. El papel y la influencia de la izquierda revolucionaria en las luchas sociales, en los sindicatos, incluso en las elecciones gubernamentales de 2014, fueron fortalecidos como nunca antes.

En las elecciones parlamentarias, por supuesto, los resultados fueron modestos o muy modestos. Pero un paralelismo mecánico estricto entre los cambios en la conciencia política-social y los resultados electorales es un punto de ventaja falso de electoralismo reformista o, incluso, de lo que Lenin llamaba “cretinismo parlamentario”.

Esto no significa que no sea necesario un balance, así como un amplio y profundo debate dentro de la izquierda revolucionaria y en el movimiento de los trabajadores para una reorientación estratégica. En realidad, es absolutamente vital, es urgente y ya ha comenzado.

¿Y ahora qué?

Todo el último período de crisis y las luchas todavía no ha sido clausurado por una derrota decisiva de las masas populares.

El potencial de resistencia social que ha sacudido a Grecia y al mundo en el período 2010-2015 todavía no ha sido aplastado ni agotado. Numerosas manifestaciones de solidaridad social y núcleos de auto-organización popular para enfrentar la catástrofe social, incluyendo ahora un creciente movimiento de solidaridad hacia los migrantes contra la hostilidad de la UE, el racismo, la xenofobia y la demagogia fascista de Amanecer Dorado, muestra que no prevalece la atomización y la parálisis.

Por el contrario, han comenzado las primeras batallas contra el tercer memorando, como lo ha demostrado la primera y poderosa huelga general de 24 horas del 12 de noviembre de 2015 contra la austeridad y el gobierno de Syriza-Anel, y lo confirmaron las decenas de miles que marcharon días después, el 17 de noviembre, en conmemoración del levantamiento en 1973 de la Universidad Politécnica contra la dictadura militar.

La “capacidad” del gobierno de Tsipras de equilibrarse entre las presiones de abajo y las exigencias desde arriba de las instituciones imperialistas del “cuarteto” UE-BCE-FMI-MSE está disminuyendo día a día. Cuando el gobierno envió al parlamento, el 19 de noviembre, la primera lista de medidas prioritarias solicitadas por los prestamistas internacionales, incluyendo el desalojo de las personas endeudadas de su vivienda única, el gobierno de Syriza-Anel perdió tres parlamentarios que rehusaron votarlas. Un ex consejero muy cercano al propio Tsipras y vocero del gobierno anterior, Gavriil Sakelaridis, renunció, mientras que otros dos diputados votaron en contra y fueron excluidos del grupo parlamentario del gobierno, disminuyendo la escasa mayoría de 155 a 153 (el parlamento griego tiene 300 miembros).

Sería igualmente errado esperar una continuidad lineal del período previo, que también estuvo lleno de zigzags, regresiones e inesperados saltos hacia adelante. Definitivamente tuvo lugar, en el “breve verano caliente” de julio de 2015, una *ruptura de la continuidad*. Por lo que toda la experiencia hasta entonces debe ser tomada y tratada como una experiencia estratégica a ser superada en el sentido dialéctico de *aufheben* = *superar* = *terminación* = *mantener* (*simultáneamente preservar*)⁹.

El período de crisis de régimen donde *la cuestión política número uno del poder del Estado en sí mismo* es disputada, no está detrás sino *frente* a nosotros. No puede ser dejado dentro de las limitaciones de un movimiento espontáneo, como ya nos ha demostrado la trágica experiencia de Egipto y de la “Primavera árabe”.

9. Ver Lenin (1980: 106).

Los comentarios de Trotsky en el Prefacio de su *Historia de la Revolución Rusa* sobre los cambios en la conciencia de las masas durante un período de levantamientos revolucionarios son hoy en día más actuales que nunca:

Los cambios rápidos que experimentan las opiniones y el estado de espíritu de las masas en las épocas revolucionarias no son productos de la elasticidad y movilidad de la mente humana sino, al revés, de su profundo conservadurismo. El retraso crónico en que se hallan las ideas y relaciones humanas con respecto a las nuevas condiciones objetivas, hasta el momento mismo en que éstas se desploman catastróficamente sobre el pueblo es lo que en los períodos revolucionarios engendra ese movimiento rápido de las ideas y las pasiones que a las mentalidades policíacas se les antoja el mero resultado de la actuación de los “demagogos”.

Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de reconstrucción social, sino con un sentimiento agudo de la imposibilidad de seguir soportando el viejo régimen. Sólo el sector dirigente de cada clase tiene un programa político, programa que, sin embargo, necesita todavía ser sometido a la prueba de los acontecimientos y a la aprobación de las masas. El proceso político fundamental de una revolución consiste, precisamente, en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social en que las masas se orientan de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas. Las distintas etapas del proceso revolucionario, consolidadas por el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirido por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Cuando esto sucede, comienza la reacción: decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, crecimiento del indiferentismo y consiguiente consolidación de las posiciones de las fuerzas contrarrevolucionarias (Trotsky, 1930).

En Grecia, el camino hacia adelante definitivamente pasa ahora por la inevitable lucha contra el tercer memorando y contra el legado de los dos anteriores, sin ningún tiempo de gracia o concesión al nuevo gobierno de Syriza-Anel. Las ilusiones sobrevivientes del pasado deberían combatirse, pero sin sectarismo ni ultimatismo. Es necesaria con urgencia la unidad de acción y un amplio *Frente unido de todos los trabajadores y oprimidos*, así como sus organizaciones y movimientos.

La lucha lleva necesariamente al conflicto con las burocracias políticas y sindicales que sabotearon las movilizaciones de los trabajadores en el período posterior a 2010 o trataron de disolver su militancia a través de huelgas generales de 24 ó 48 horas, que resultaron inefectivas.

La raíz misma de los movimientos sociales y las formas de auto-organización popular heredadas de las luchas pasadas (asambleas populares de vecinos, fábricas ocupadas bajo gestión de los trabajadores, servicios médicos gratuitos, ollas populares, iniciativas antifascistas, espacios sociales ocupados, etc.) deben ser mantenidos y desarrollados como formas de un contra-poder de los trabajadores y el pueblo empobrecido, independiente del Estado y del gobierno, de cualquier subordinación a las burocracias o manipulación por parte de las ONG.

También es urgente, más allá de las experiencias pasadas, *un reagrupamiento de las fuerzas de la izquierda revolucionaria*, ya sea en forma de frentes o de organizaciones autónomas. Las vacilaciones centristas hacia el reformismo de izquierda, esta vez en relación con LAE o con el nacionalismo económico o hacia grupos que se separaron del KKE, desde la derecha, como lo hemos visto anteriormente por Antarsya, serían esta vez desastrosas. El reagrupamiento de una izquierda realmente comunista, revolucionaria e internacionalista exige, no una suma mecánica y cuantitativa de fragmentos de Syriza y el KKE para formar una supuesta “tercera fuerza”, sino un crecimiento cuantitativo en las masas mediante un salto cualitativo pronunciado en la teoría y práctica revolucionarias. Para alcanzar este impulso necesitamos una acción común y un debate no dogmático ni sectario, abierto a los camaradas sobre todas las cuestiones de estrategia, táctica y programa.

Necesitamos un *programa transicional*, que supere la división reformista entre programa mínimo y máximo, el reformismo de Syriza o el estalinismo esclerótico. La transición es contradicción, desarrollo y superación de las contradicciones en el camino a la revolución. No es un progreso paso a paso de una serie de rupturas “en la dirección al socialismo” como una vieja fórmula heredada por los estalinistas y eurocomunistas y repetida por los centristas.

El Programa de Transición, como Trotsky ya lo expresó en 1934 en *¿A dónde va Francia?*, “*No es un programa de pasividad sino un programa de revolución*”:

La lucha por el poder debe comenzar con la idea fundamental de que si la oposición a un mayor agravamiento de la situación de las masas bajo el capitalismo es aún posible, no es concebible ninguna mejora real de su situación sin una incursión revolucionaria contra el derecho de propiedad capitalista. La campaña política por un frente único debe basarse en un programa de transición bien elaborado -por ejemplo, en un sistema de

medidas que, con un gobierno de obreros y campesinos, pueda asegurar la transición del capitalismo al socialismo (...)

Ahora hace falta un programa, no para tranquilizar la propia conciencia sino para guiar la acción revolucionaria.

La crisis social en su expresión política es la crisis del poder. El viejo amo de la sociedad está quebrado. Se necesita un nuevo amo.

¡Si el proletariado revolucionario no toma el poder, el fascismo lo hará inevitablemente!

Un programa de reivindicaciones transicionales para “las clases medias” puede naturalmente asumir una gran importancia si este programa responde, por un lado, a necesidades reales de las clases medias y, por el otro, a las exigencias del desarrollo hacia el socialismo. Pero, una vez más, el centro de gravedad no se encuentra ahora en un programa especial. Las clases medias han visto muchos programas. Lo que necesitan es tener confianza en que el programa será llevado a cabo. En el momento en que el campesino dice: “Esta vez, parece que los partidos de los trabajadores no retrocederán”, la causa del socialismo ha triunfado.

Pero, para ello, es necesario mostrar en la acción que estamos firmemente preparados para aplastar todo obstáculo en nuestro camino (...)

No es el espíritu de arreglos entre parlamentarios y periodistas, sino el odio legítimo y creador de los oprimidos hacia los opresores, el que constituye en la actualidad el único y más progresivo factor en la Historia. Es necesario dirigirse a las masas, a sus capas más profundas. Es necesario apelar a sus pasiones y a su razón. Es necesario rechazar la falsa “prudencia” que es un sinónimo de cobardía y que, en los grandes momentos de cambios históricos equivale a la traición. El frente único debe tomar como lema la fórmula de Danton: “De l’audace, toujours de l’audace, et encore de l’audace”. Entender completamente la situación y extraer de ella todas las conclusiones prácticas, con valentía y sin temor, y hasta el final, es asegurar la victoria del socialismo (Trotsky, 1936: 28-30).

El programa transicional hace suyas las demandas inmediatas más candentes de las masas y, al mismo tiempo, expone las exigencias que las movilizan en el camino al poder obrero y la autoemancipación social; combina la lucha por la ruptura con todos los organismos imperialistas, la Unión Europea, el FMI y la Otan con un llamado internacionalista a todos los oprimidos en la región, en los Balcanes y en Europa para una lucha común que conduzca a la unificación socialista del continente.

El bloque electoral formado por Antarsya, el EEK y militantes independientes de la izquierda adelantó un esbozo general de tal programa en las elecciones de septiembre de 2015: abolición de la deuda, nacionalización de los bancos y los sectores estratégicos de la econo-

mía bajo control y gestión de los trabajadores, ruptura con la UE y todos los organismos imperialistas, por una lucha internacional e internacionalista de todos los trabajadores y oprimidos de Europa por el socialismo y el comunismo.

Este programa no debe ser abandonado sino que debe ser desarrollado en profundidad, ya que estamos confrontando nuevos desafíos en Grecia, en la región, en Europa y a nivel internacional.

Lo último y no por ello menos importante: la cuestión *del partido revolucionario* y de *la Internacional*, su interconexión y su interrelación.

No son reliquias de una era antediluviana. Continúan siendo desafíos sin respuesta de nuestra época histórica que exigen ser nuevamente tratados a través de un examen crítico del pasado y presente como Historia, con el deseo y la determinación de imaginar, experimentar y descubrir la organización antiburocrática, internacionalista, comunista, revolucionaria necesaria en las primeras líneas de la necesaria lucha de todos los explotados, los oprimidos y los excluidos para cambiar el mundo.

4 de noviembre de 2015

Referencias

- Charalambopoulo, P. y P. Theodoropoulos (2015): “Gobierno de bandidos made in Bruselas”, en el ex periódico político pro-Syriza *Unfollow*, N° 46, octubre.
- Comité para la verdad sobre la deuda pública griega (2015): “El tercer memorando es insostenible al igual que los dos anteriores”, www.cadtm.org, 1° de octubre.
- Mauricio Lazzarato (2014): *El ser humano endeudado*.
- Lenin, Vladimir Ilich (1917): “Tesis de abril”. *Pravda* N° 67, 9 de junio (27 de mayo), en *Obras Completas*, vol. 24 (1964). Progress Publishers.
- (1980): *Notas filosóficas*, *Obras Completas*, vol. 37, Progress-Moscú.
- Milios, John (2015): *Un balance sobre la transmutación de Syriza con algunos elementos autobiográficos*, artículo postado en su sitio oficial, 14 de julio.
- Matsas, Savas Michael (2010): *La revuelta griega, la crisis mundial y la libertad de expresión*, *Critique*, N° 38:1.

- Munchau, Wolfgang (2015): “La ampliación y la zona euro son los dos grandes errores que arruinaron Europa”, *Financial Times*, 1° de noviembre.
- Reinhardt, Carmen M. y Christoph Trebesch (2015): *Las trampas de la dependencia externa: Grecia 1892-2015*, Brookings Papers on Economic Activity, BPEA Conference, 10-11 de septiembre.
- Shakespeare, William (1599): *As you like it*. Ediciones varias.
- Summers, Lawrence (2015): “Grecia es el Estado fallido de Europa en espera”, *Financial Times*, 20 de junio.
- Trotsky, León (1930): *Historia de la Revolución Rusa*, www.marxists.org/archive/trotsky/1930/hrr/ch00.htm
- (1936): “¿A dónde va Francia?”, número especial de *Quatrième Internationale*, febrero de 1936, www.marxists.org/archive/trotsky/1936/witherfrance/ch00.htm
- Wolf, Martin (2015): “La deuda griega y un defol de estadistas”, *Financial Times*, 27 de enero.

Trotskismo y guevarismo en la revolución cubana (1959-1967)

Por Daniel Gaido* y Constanza Valera**

A Adolfo Gilly y Gary Tennant

Aunque Cuba fue, junto con Bolivia, uno de los dos países de Latinoamérica en los que el trotskismo tuvo mayor implantación en el movimiento obrero, su historia fue por mucho tiempo ignorada, en parte debido a la creciente adaptación de la dirección de la revolución cubana al estalinismo y en parte debido a la identificación acrítica de las principales corrientes trotskistas internacionales con el castrismo, que hizo que pasaran por alto dicha adaptación. En el presente trabajo repasaremos la historia del trotskismo cubano durante el período bajo consideración, que se abre con el triunfo de los revolucionarios cubanos en 1959 e intentaremos mostrar la conexión existente entre la represión y eventual proscripción de los trotskistas cubanos y la marginalización de los partidarios del

* Daniel Gaido, historiador e investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Es autor de *The Formative Period of American Capitalism* (London: Routledge, 2006) y co-editor, junto con Richard B. Day, de *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record* (Brill, 2009, Haymarket, 2011). danielgaid@gmail.com

** Constanza Valera es historiadora y docente en la Universidad Nacional de Córdoba. cotivalera@gmail.com

Che Guevara dentro del aparato del Estado, como consecuencia de la creciente presión del estalinismo, producto, a su vez, del alineamiento de Cuba con la Unión Soviética en el marco de la Guerra Fría.

La historia olvidada del trotskismo en Cuba¹

Los orígenes del trotskismo cubano se remontan a la *Oposición Comunista de Cuba* (OCC), fundada en agosto de 1932, que dio lugar, en septiembre de 1933, al *Partido Bolchevique Leninista* (PBL) y, posteriormente, al *Partido Obrero Revolucionario* (POR), fundado en septiembre de 1940. El PBL dejó eventualmente de funcionar, debido a razones que analizaremos a continuación, y fue reconstituido después de la revolución cubana de 1959 con el nombre de *Partido Obrero Revolucionario (Trotskista)* - POR(T) en febrero de 1960, hasta su proscripción por parte del Estado cubano en 1965.

Los opositores tenían una implantación profunda en el movimiento sindical. Según el testimonio de Robert J. Alexander en su historia del movimiento sindical cubano:

Los comunistas y la CNOC [Confederación Nacional Obrera de Cuba] de ninguna manera tenían el control monopólico del movimiento obrero cubano durante el gobierno revolucionario de Grau San Martín [4 de septiembre de 1933 - 15 de enero de 1934]. Este era el caso no sólo en La Habana sino también en algunas ciudades de provincia, e incluso entre los trabajadores azucareros.

En La Habana, la Federación Obrera de La Habana, que había sido fundada poco después de la Primera Guerra Mundial y había tomado la iniciativa en el establecimiento de la CNOC [en 1925], estaba por entonces bajo la dirección de una combinación de trotskistas y de algunos socialistas y miembros del Partido Aprista. Su principal dirigente era Sandalio Junco, que había sido uno de los delegados del CNOC al congreso fundador de la Confederación Sindical Latinoamericana en Montevideo en 1925. Había pasado posteriormente por Europa, incluyendo la Unión Soviética, y había sido ganado para el trotskismo por el líder trotskista español Andrés Nin. Al volver a Cuba, había sido expulsado del Partido Comunista en 1932, luego de lo cual había tomado la ini-

1. Esta sección y la siguiente se basan en la tesis doctoral de Gary Tennant: *Dissident Cuban Communism: The Case of Trotskyism, 1932-1965*. Tennant publicó, antes de presentar su tesis, una serie de artículos sobre el tema (Tennant, 1996a, 1996b y 1997), pero en su tesis advierte que “el argumento de la presente tesis se diferencia de estos artículos preliminares en sus proposiciones centrales, la estructura, la longitud y la gama de fuentes” (Tennant, 1999).

ciativa para la creación de un partido trotskista, el Partido Bolchevique-Leninista.

La Federación Obrera de La Habana (FOH) todavía contaba con la mayoría de los sindicatos de La Habana. Los comunistas [en el marco de la política sectaria del “Tercer Período”] habían sacado a los sindicatos que controlaban fuera de la organización, para establecer la Federación Regional Obrera de La Habana, que fue reconocida oficialmente como la rama de La Habana de la CNOC en su IV Congreso [celebrado en enero de 1934].

Hubo una contraparte de la FOH en Santiago de Cuba, también bajo control trotskista (Alexander, 2002: 58-59).

El mayor sindicato de la Federación Obrera de La Habana, el Sindicato General de Empleados del Comercio de Cuba, era dirigido por los trotskistas. Este sindicato, fundado en 1931, organizaba a los trabajadores de hoteles, restaurantes, bares, tiendas y gráficos, y en enero de 1934 decía tener 7.000 miembros en La Habana. En Matanzas, a través de la Federación Obrera de Matanzas, también dirigida por los trotskistas, el PBL controlaba las filiales locales de los sindicatos de empleados de comercio y panaderos.

Fue, sin embargo, en la provincia de Oriente donde los trotskistas cubanos tuvieron su implantación más fuerte en el movimiento obrero. Una característica notable del PBL era su influencia en Guantánamo, considerablemente superior a su membresía e influencia en Santiago de Cuba o La Habana. En Guantánamo, el PBL controlaba la mayor parte de los sindicatos de los trabajadores del café y, a través del Sindicato de Obreros Azucareros de la Región de Guantánamo, siete de las nueve centrales. El Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera (SNOIA), dominado por el Partido Comunista, controlaba sólo dos centrales. Los trotskistas también controlaban el sindicato de los panaderos, y poseían fracciones en el sindicato local de los portuarios, así como en las delegaciones 10 y 11 de la Hermandad Ferroviaria en Guantánamo. La sección de Guantánamo del PBL también se dedicó a organizar una federación obrera local, una central sindical regional que afirmaba agrupar 14.000 trabajadores de diferentes sindicatos. En noviembre de 1933, la pequeña regional del Partido Comunista en Guantánamo estimaba que su contraparte del PBL tenía unos 400 miembros (*Informe del Comité Seccional de Guantánamo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba*, 3 de noviembre de 1933 -en Tennant, 1999).

El PBL alcanzó su apogeo inmediatamente después de la huelga general de agosto de 1933, que condujo al derrocamiento de la dictadura

de Machado (20 de mayo de 1925 - 12 de agosto de 1933).² Para mediados de 1934, el PBL tenía entre 600 y 800 miembros, pero sufrió un rápido proceso de dislocación en los años 1934-35, debido tanto a las políticas represivas implementadas por los sucesivos gobiernos como a su propia heterogeneidad política (el PBL funcionaba, de hecho, como una paraguas para sectores sindicalistas y antiimperialistas repelidos por la política sectaria del estalinismo de aquel entonces, conocida como el “Tercer Período”) y a la incapacidad de su liderazgo para promover una línea clara que separara efectivamente a aquellas corrientes que estaban más cerca de bolchevismo de las que favorecían una estrategia sindicalista o antiimperialista democrática más laxa.

Las leyes laborales xenófobas del gobierno de Grau San Martín (10 de septiembre de 1933 - 15 de enero de 1934) golpearon duramente al PBL, porque gran parte de los miembros del Sindicato General de Empleados del Comercio de Cuba controlado por los trotskistas, que eran de origen español, se vieron obligados a abandonar sus puestos de trabajo. Al mismo tiempo, la represión durante el primer gobierno de Batista (1934-1944), que se intensificó brutalmente luego de la huelga general de marzo de 1935, provocó el encarcelamiento, la tortura y la

2. Los trabajos de Rafael Soler Martínez sobre los orígenes trotskismo cubano están todos tomados de su tesis *El trotskismo en la revolución del 30*, y se centran en la provincia de Oriente (Soler Martínez, 1997). Dichos trabajos han sido objeto de una refutación detallada en Tennant, 1999: “Chapter One: Introduction, 1.2 A Critique of Past Work”. Las conclusiones de Tennant son las siguientes: “La investigación de Soler no sólo incorpora un grado de tergiversación de los aspectos clave del desarrollo organizacional y teórico del trotskismo en Cuba, aunque generalmente no intencional, sino que también encarna elementos de un intento más conciente de falsificación. En suma, Soler subordina la investigación científica a los imperativos políticos. Sus respuestas han sido aparentemente decididas con antelación a su proyecto de investigación y descartan cualquier cuestionamiento. Sus conclusiones claramente no son compatibles con la evidencia y no se detiene a explorar el contenido político de los conceptos ‘sectario’ o ‘trotskismo’, que parece aceptar como meros sinónimos. Lo más revelador de la pobreza del método de Soler es que las fuentes primarias que él mismo cita muestran que la acusación de ‘sectarismo’ es en gran parte infundada [...] Soler repite este enfoque metodológico en su artículo ‘Las luchas internas en el Partido Comunista de la URSS después de Lenin: Surgimiento del trotskismo’, *Santiago* (Santiago de Cuba), números 81-82, 1996-1997, págs. 59-88. Revelando su hostilidad personal hacia el trotskismo, Soler logra concluir, sin presentar una sola prueba, que el trotskismo, a través de sus métodos apasionados y a veces violentos de argumentación, contribuyó a la caída de la Unión Soviética, dando a los enemigos del socialismo argumentos con los que pudieron luchar contra la URSS”. La obra de Soler también es deficiente porque perpetúa la idea de que el movimiento trotskista en Cuba era insignificante después de 1935, y que sólo tenía una presencia en Guantánamo antes de desaparecer totalmente a principios de la década de 1950. La existencia de una organización trotskista en 1960 ha sido establecido por Alexander (Alexander, 1973: 226-229), cuyo trabajo es, de hecho, citado por Soler.

deportación de un gran número de trotskistas cubanos. En octubre de 1935, la sección de La Habana del PBL tenía treinta compañeros en la cárcel, en su mayoría eminentes líderes políticos y sindicales.

Con la caída del gobierno de Grau San Martín, en enero de 1934, la aspiración original del trotskismo (en realidad, del marxismo) a que el proletariado estableciera su independencia política y ganara la dirección del campesinado y de la pequeña burguesía revolucionaria en las ciudades para un proceso revolucionario que combinara las tareas democrático-burguesas y socialistas fue crecientemente desplazada por la subordinación de facto del proletariado a movimientos antiimperialistas democrático-burgueses bajo la égida de la clase media, como Joven Cuba, de Antonio Guiteras (asesinado el 8 de mayo de 1935).

Gastón Medina, el secretario general del PBL después de la derrota de la huelga general de marzo de 1935 (quien murió de tuberculosis en La Habana el 17 de agosto de 1938, como resultado de las torturas recibidas en las cárceles de Batista), advirtió que el PBL enfrentaba el peligro de disolverse en el interior de Joven Cuba y del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), e intentó impedir dicho proceso redactando las “Tesis políticas” de octubre de 1935, las cuales defendían la tendencia antiimperialista *proletaria* dentro del PBL.

Por otra parte, el PBL tenía ahora que enfrentar la alianza entre el régimen bonapartista de Batista y el Partido Comunista de Cuba a partir de 1937, alianza que duraría hasta 1944. La colaboración de clases bajo la dirección estalinista fue más profunda en la Cuba de Batista que en cualquier otro país de América Latina, y el Partido Comunista cubano terminó proveyendo a Batista de dos ministros “sin cartera”: Juan Marinello, el “jefe” del partido, en febrero de 1942 y, más tarde, Carlos Rafael Rodríguez (Alexander, 2002: 87).³ El Partido Comunista, rebautizado Partido Socialista Popular (PSP) en enero de 1944, apoyó la candidatura de Batista en las elecciones de 1940 y 1944, y formó parte de su frente electoral, la Coalición Socialista Democrática (Alexander, 2002: 87 y 103).

La tendencia de los trotskistas cubanos a diluir el contenido de clase de los sucesivos frentes únicos antiimperialistas en los que par-

3. “El talento de sobrevivencia y diplomacia de Rodríguez opaca el de Talleyrand: medio siglo después, seguía ejerciendo un altísimo cargo de gobierno en Cuba, posiblemente el tercero en la jerarquía revolucionaria” (Castañeda 1997, p. 11, nota 2). Rodríguez fue presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria (1962-1965), viceprimer ministro para Asuntos Exteriores (1972-1976), vicepresidente del Consejo de Ministros (1976-1997) y miembro del Buró Político del Partido Comunista de Cuba desde la refundación de éste en 1965 hasta poco antes de su muerte en 1997.

ticipó, fortaleció el estancamiento del número de miembros y determinó su desarrollo posterior en la década de 1940. Así, el *Partido Obrero Revolucionario* (POR), creado en septiembre de 1940, tendió a subordinarse políticamente al Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el nuevo partido creado por el ex presidente Ramón Grau San Martín, revisando de este modo su anterior insistencia inequívoca en la primacía de la revolución antiimperialista *proletaria* en la lucha para derrocar el orden existente. Estas debilidades se vieron reforzadas por los golpes de la represión, en particular con la muerte, en enero de 1944, de Rogelio Benache, el líder obrero más talentoso del POR, la cual tuvo lugar, al igual que la de Gastón Medina, como resultado de las torturas sufridas en las cárceles de Batista.

El POR apoyó “críticamente” a los “Auténticos” de Grau San Martín en las elecciones nacionales legislativas del 1° junio 1944, aunque Grau San Martín no había propuesto ninguna medida anticapitalista y antiimperialista. Esto acentuó la sangría de activistas sindicales al Partido Auténtico. Según Robert J. Alexander:

Los sindicalistas Auténticos tuvieron su origen en varias fuentes. Una de ellas eran los trotskistas, que a principios de 1930 habían controlado el Federación Obrera de La Habana, uno de los principales grupos de trabajadores que posteriormente cooperaron en el proceso de unificación del movimiento obrero que llevó a la formación de la CTC [Central Trabajadores de Cuba, fundada en enero de 1939]. Después de la caída del gobierno del presidente Ramón Grau San Martín en enero de 1934, su ex ministro del Interior, Antonio Guiteras, estableció su propio partido político, Joven Cuba, al que la mayoría de los sindicalistas trotskistas pronto se unieron. Después del asesinato de Guiteras en 1935, Joven Cuba se unió a los Auténticos (Alexander, 2002: 101).

Los trotskistas cubanos también fracasaron en su objetivo de liderar la construcción de una oposición comunista revolucionaria a la dominación estalinista del movimiento obrero cubano durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Los trotskistas más bien tendían a aceptar la tesis que caracterizaba al estalinismo como el enemigo principal en el movimiento obrero y no pudieron lograr que el POR se distinga de los líderes obreros locales del Partido Auténtico en los movimientos de oposición no-estalinistas. Esto condujo a una desastrosa caída en su número de miembros, el cual no superaba la veintena en el período de la inmediata posguerra.

A partir de 1946, el POR inició una política de entrismo en el

Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), de Rolando Masferrer (1946-1948), con poco análisis o preparación, rápidamente cayendo en la improvisación caótica y en el eventual desaliento. En lugar de tratar de ganar los mejores elementos de la nueva organización para el POR y de intentar exponer el carácter pequeñoburgués del liderazgo del MSR, los trotskistas cubanos en la práctica se disolvieron dentro de la nueva organización. El principio de concertar alianzas temporales con las fuerzas del nacionalismo pequeño burgués con objetivos concretos y cuidadosamente delineados fue sacrificado cuando el POR, de hecho, vio al MSR como la vía para la revolución. La publicación del único órgano público del POR, el periódico *Revolución Proletaria*, fue suspendida en mayo de 1946 y, sin ningún programa independiente, el POR se hizo responsable de la elaboración de documentos teóricos del MSR -un poco como el POR boliviano se haría cargo de la elaboración de los documentos de Lechín en el MNR.

Luego del triunfo de los “Auténticos” de Grau San Martín en las elecciones generales celebradas el 1° de junio de 1944 (que condujo a la escisión de la Central de Trabajadores de Cuba en 1947 y al ascenso del burócrata “Auténtico” Eusebio Mujal, quien se pasaría con armas y bagajes al campo de Batista luego del golpe del 10 de marzo de 1952), los trotskistas cubanos continuaron concentrando su actividad en el interior del MSR, hasta 1948. La chispa que provocó su retirada efectiva fue el acuerdo del MSR para apoyar a Carlos Prío Socorrás, el candidato del Partido Auténtico, en las elecciones presidenciales celebradas el 1° de junio de 1948.

Pero la incapacidad de proponer un curso político independiente para la clase obrera continuó. El POR sustituyó su política de entrismo dentro del MSR por otra dentro de Acción Revolucionaria Guiteras (ARG), un grupo de acción con raíces terroristas y poca formación política, durante el período 1948-1949. A mediados de 1949, sin embargo, este intento de trabajar dentro del ARG terminó rápidamente, luego de que el POR reconociera que su “sindicalismo revolucionario” no ha pasado de simple matonismo y guapería” (*El VI Congreso Nacional Obrero, culminación de once años de traición y entreguismo en el movimiento sindical*, La Habana, 6 de mayo de 1949, pág. 2, citado en Tennant, 1999).

La integración de miembros del POR al Movimiento 26 de Julio (M26J) de Fidel Castro

En la década de 1950, el abandono del trotskismo por parte de los antiguos miembros POR llevó a su integración al Movimiento 26 de Julio

(M26J) en el marco de la guerra insurreccional contra la segunda dictadura de Batista (10 de marzo de 1952 - 1º de enero de 1959). Uno de los líderes del POR, Pablo Díaz González (“Lasalle”), recibió instrucciones de ir a México en octubre de 1956, y se unió a los expedicionarios del *Granma* como tesorero, llegando a ser uno de los catorce miembros del Estado Mayor de Fidel Castro (Broué, 1982: 23). Sin embargo, después del caos que siguió al desembarco, Díaz hizo su camino de regreso a La Habana y luego a Nueva York, para continuar su trabajo entre los exiliados y emigrados cubanos en el transcurso de la insurrección.

La medida en que el trotskismo cubano había abandonado su programa original para enfatizar la lucha del nacionalismo pequeñoburgués por encima de la acción independiente de la clase obrera fue evidente en las tesis que Pablo Díaz presentó al Congreso de los Trabajadores de la Sierra Maestra, en octubre de 1958. En este documento, Díaz postuló que, aunque la clase obrera tenía el potencial de transformar al país política y socialmente, debido a su bajo nivel de conciencia política, el M26J debía asumir la responsabilidad y actuar como agente para el cambio revolucionario, si bien la clase obrera tenía un papel que desempeñar en el derrocamiento del régimen de Batista a través de la huelga general. Tomando prestado el vocabulario trotskista, presentó un programa de acción que llamó programa de transición, pero que, sin embargo, no iba más allá de un programa mínimo de reivindicaciones económicas y democráticas. El programa de acción incluía un llamado a una jornada de trabajo de seis horas en la industria azucarera sin reducción del salario, una semana de trabajo máxima de cuarenta horas, seguridad social y prestaciones por maternidad, y una democracia sindical completa que permitiera la elección de los funcionarios de los sindicatos por los propios trabajadores (Pablo Díaz González, “Tesis para presentar al Congreso Obrero que se efectuará en la Sierra Maestra en octubre de 1958”, New York, 20 de octubre de 1958, pag. 1, citado en Tennant, 1999).

De los antiguos trotskistas que se quedaron en Cuba durante el período de la insurrección y se integraron dentro del M26J, Níco Torres fue el más destacado. Torres, después de convencer al liderazgo del M26J de que ya no era trotskista, fue nombrado segundo jefe de la Sección Obrera del M26J en Guantánamo bajo Octavio Louit Venzant, el 25 de septiembre de 1955. Tanto Octavio Louit como Níco Torres eran miembros de la Delegación 11 de la Hermandad Ferroviaria de Cuba (entrevista concedida por Octavio Louit Venzant a Gary Tennant, La Habana, 13 de agosto de 1997, en Tennant, 1999).

Dado el relativo éxito inicial de la Sección Obrera guantanameña del M26J, sus líderes, incluyendo Níco Torres, se convirtieron rápidamente en líderes nacionales, llegando a ser actores centrales en el Frente Obrero Nacional y en la reorganización de la Central de Trabajadores de Cuba de 1959. Otros trotskistas o ex trotskistas que estuvieron activos en el M26J en Cuba fueron Alejandro Lamo y Gustavo Fraga, en la provincia de Oriente. Mientras Alejandro Lamo, un ex trotskista de Santiago de Cuba, se incorporó al Ejército Rebelde, Gustavo Fraga fue un líder de la Sección Obrera del M26J en Guantánamo y Yateras. Junto con Níco Torres y otros, Fraga elaboró el primer borrador de la tesis organizacionales de las secciones obreras en el M26J. Murió en una explosión accidental en una fábrica de bombas del M26J el 4 de agosto de 1957 (entrevista concedida por Mario Mencía a Gary Tennant, La Habana, 30 de julio de 1997, y entrevista concedida por Luis Miyares a Rafael Soler Martínez, Santiago de Cuba, 6 de abril 1996).

La radicalización de la revolución cubana y la influencia creciente del estalinismo

Fidel Castro y su organización llegaron al poder por una vía empírica, provistos solamente del programa vagamente democrático del *chibatismo* (el ala del Partido Ortodoxo dirigida por Eduardo Chibás, muerto el 16 de agosto de 1951), al que Ernesto “Che” Guevara llegaría a comparar con el programa de la Unión Cívica Radical en Argentina, diciendo:

Al fin y al cabo, Fidel Castro era un aspirante a diputado por un partido burgués y tan respetable como podía ser el Partido Radical en la Argentina; que seguía las huellas de un líder desaparecido, Eduardo Chibás, de unas características que pudiéramos hallar parecidas a las del mismo Yrigoyen; y nosotros, que lo seguíamos, éramos un grupo de hombres con poca preparación política, solamente una carga de buena voluntad y una ingénita honradez (carta a Ernesto Sábato del 12 de abril de 1960, reproducida en Martínez Heredia, 1997: 68).

Durante un momento de crisis interna en el M26J, poco después de la desautorización del Pacto de Miami por Fidel Castro, el 14 de diciembre de 1957, el Che escribió a René Ramos Latour, quien había sustituido a Frank País en el cargo de jefe de acción y sabotaje:

Pertenezco por mi preparación ideológica a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada cortina de hierro.

Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su figura está realzada por cualidades personales de extraordinaria brillantez que lo colocan muy por arriba de su clase. Con ese espíritu inició la lucha: honradamente, sin esperanza de ir más allá de la liberación del país, dispuesto a irme cuando las condiciones de la lucha posterior giraran hacia la derecha [...] (Franqui, 1976: 362).

Sin embargo, poco después de la toma del poder por los rebeldes, en enero de 1959, el gobierno revolucionario, luego de aplicar justicia sumaria a los esbirros de Batista, experimentó, bajo la influencia directa de Guevara, un proceso de radicalización rápida que llevó desde la adopción de reformas elementales como la reducción de las facturas de electricidad y de los alquileres de las viviendas en febrero-marzo de 1959 a la proclamación de la Primera Ley de Reforma Agraria el 17 de mayo de 1959, la cual confiscó (con compensación sobre la base de valores de la tierra según la evaluación a efectos fiscales) todas las propiedades de más de 402 hectáreas de extensión y entregó la tierra a numerosas familias campesinas. Una nueva agencia gubernamental, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (Inra), fue establecida para administrar esta ley, y rápidamente se convirtió en el órgano de gobierno más importante de la nación. El 30 de octubre de 1960 fueron creadas las Milicias Nacionales Revolucionarias, un armamento del pueblo que, aunque llevado a cabo por el Estado revolucionario y no sujeto a ningún tipo de control por parte de las instituciones de la clase trabajadora, tales como sindicatos elegidos democráticamente, permitió a Cuba repeler la invasión de Bahía de Cochinos, organizada por Estados Unidos, el 17 de abril de 1961, y evitó una repetición del final ignominioso del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala -uno de los eventos más traumáticos en la vida del joven Guevara.⁴

4. Las principales biografías de Ernesto "Che" Guevara son Castañeda, 1997 y Anderson, 1997, en ese orden. En su reseña de ambos libros, Richard Gott señala: "la biografía de Jon Lee Anderson puede razonablemente ser titulada 'la versión de la viuda'. En el curso de su investigación, Anderson fue a vivir durante casi tres años a La Habana y estableció una estrecha relación con Aleida March, la segunda (y cubana) esposa de Guevara. [...] El mayor triunfo de Anderson ha sido localizar a Ciro Roberto Bustos [quien desde entonces ha escrito sus memorias: Bustos, 2007]. El rival cercano de Anderson, la biografía marginalmente más delgada escrita por Castañeda, quien también ha investigado cuidadosamente en los archivos y buscado a los sobrevivientes, no es popular con las autoridades de Cuba. Podría ser titulada la 'versión del disidente'. [...] Mientras que las principales fuentes de Anderson son cubanos leales al Che y a Castro, Castañeda se basa en gran medida en viejos fidelistas que se volvieron disidentes. En particular, se apoya en la evidencia de Carlos Franqui [Franqui, 1975 y Franqui, 1981] y Daniel Alarcón [Alarcón Ramírez, 1997, cuya veracidad ha sido cuestionada por Vázquez-Viaña,

Seis meses antes, el 13 de octubre de 1960, el régimen revolucionario había nacionalizado 376 empresas cubanas, y el 24 de octubre de 1960 había estatizado 166 propiedades, total o parcialmente, perteneciente a intereses estadounidenses. En cuestión de días, prácticamente toda la burguesía cubana fue expropiada. Más tarde, la etapa “socialista” de la revolución fue remontada al 13 de octubre de 1960, aunque Castro no la bautizó oficialmente como tal hasta el 16 de abril de 1961 (Draper, 1966: 113).⁵

Este proceso de radicalización, en el sentido de incursiones crecientes en la propiedad privada, fue acompañado por un proceso de burocratización signado por el ascenso de los estalinistas cubanos. En sus memorias, Ciro Bustos relata que en la primera mitad del año 1961 fue invitado a cenar por una pareja de médicos residentes en Cuba, enviados por el Partido Comunista argentino, y que la mujer le

2008: 284, nota 425] y revela las tensiones de la época revolucionaria temprana, que el régimen cubano se ha esforzado por olvidar en los años desde la muerte de Guevara. El exilio de Franqui a finales de los años sesenta siguió a una larga batalla con los comunistas cubanos; Alarcón salió de Cuba mucho más tarde, a raíz del juicio y ejecución del general Ochoa, supuestamente por contrabando de drogas, en 1989. Castañeda ha aprovechado sus memorias y ha utilizado sus libros con buen efecto. Sus dudas sobre los proyectos de inspiración cubana de la izquierda latinoamericana en los últimos cuarenta años reflejan sus propias dudas y se suman al tono crítico de su biografía. Pero, al igual que Anderson, ha hecho una inmensa cantidad de trabajo de campo” (Gott, 1997).

5. El libro de Draper contiene la mejor refutación del análisis de la revolución cubana como una “revolución agraria” o “campesina”, en la que se basaba la teoría del foco rural de Guevara: “según el último censo de 1953 había 327.208 cubanos económicamente activos en la manufactura, 395.904 en los servicios, 232.323 en el comercio, 104.003 en el transporte -o sea, un total de 1.059.438-, y sólo 818.906 en la agricultura. El movimiento sindical cubano indica también la importancia relativa de la clase obrera; en 1953 decía tener cerca de un millón de afiliados, cifra extraordinariamente elevada para un país que entonces tenía menos de 6.000.000 de habitantes” (Draper, 1966: 102). En cuanto a la población rural, “de acuerdo al censo de 1953, la población agrícola se dividía en 596.800 trabajadores agrícolas y 221.900 ganaderos y agricultores. De los primeros, unos 400.000 trabajaban en los campos de azúcar por un salario y no estaban ligados a una parcela de tierra determinada” (Draper, 1966: 98). Para justificar la tesis de la “revolución agraria,” el atraso y el monocultivo de Cuba fueron exagerados hasta el absurdo, “pero lo cierto es que cuatro de cada cinco cubanos no tenían nada que ver con el cultivo del azúcar y que tres de cada cinco no tenían nada que ver con la agricultura en general” (Draper, 1966: 131). Recordando que, “Castro ha dicho que en mayo de 1958 tenía 500 hombres armados y que las ‘batallas decisivas’ se libraron con ‘menos de 500 hombres armados’” (*Revolución*, 27 de julio de 1963, citado en Draper, 1966: 95), y que en general la guerrilla nunca llegó a contar con más de mil hombres, Draper llegó a la siguiente conclusión: “no hubo ninguna insurrección nacional del campesinado. Fuera de las zonas inmediatamente vecinas a las fuerzas guerrilleras, la actividad revolucionaria en el resto del país fue en gran medida un fenómeno de la clase media, con cierto apoyo de la clase trabajadora, pero sin organizaciones obreras” (Draper, 1966: 99).

dijo: “Te veo muy entusiasmado con la revolución, Ciro. Temo que tu desilusión va a ser muy dolorosa. Los comunistas de este país ya están saliendo, como las ratas, de entre las grietas debajo de la cama y lo van invadiendo todo para quedarse con el queso” (Bustos, 2007: 64).⁶

El Partido Obrero Revolucionario (Trotskista) - POR(T)

Una víctima temprana del proceso de estalinización fue la pequeña organización trotskista cubana, el Partido Obrero Revolucionario (Trotskista) – POR(T) fundado el 6 de febrero de 1960.

Habiendo perdido contacto con la Cuarta Internacional a finales de 1940 y principios de 1950, las relaciones de los trotskistas cubanos con el movimiento trotskista internacional se restablecieron en 1959 después de la llegada de Olga Scarabino (“Miranda”), una representante uruguaya del Buró Latinoamericano del Secretariado Internacional de la Cuarta Internacional encabezado por J. Posadas (Homero Cristalli). Los grupos trotskistas que adherían al Secretariado Internacional liberado por Michel Pablo, en contraste con los afiliados al Comité Internacional de la Cuarta Internacional (ambas organizaciones se habían escindido en 1953), apoyaban formalmente la tesis “pablista” según la cual diferentes partidos estalinistas y movimientos de liberación nacional eran agencias para la revolución socialista (Posadas rompió con Pablo recién en 1962, para crear su propia “Cuarta Internacional Posadista”) (Alexander, 1991: 659-665).

Dada una línea tan conciliatoria hacia movimientos policlasistas, no es sorprendente que las relaciones iniciales de Scarabino con los militantes del Movimiento 26 de Julio, en 1959, se caracterizaran por su cordialidad; de hecho, le fue otorgado acceso a la radio y a la televisión. Durante una de esas emisiones, Scarabino hizo un llamado público a los trotskistas cubanos para una reunión. Sin embargo, a pesar de que su presencia aceleró el proceso de reorganización de un partido trotskista en Cuba, fue por iniciativa de los propios trotskistas cubanos que un partido trotskista se reconstituyera a principios de 1960. Además de Scarabino, los principales enviados extranjeros fueron Alberto Sendic (“A. Ortiz”), José Lungarzo (“Juan”), Adolfo Gilly (“H. Lucero”), y

6. La introducción a la versión inglesa de las memorias de Bustos fue escrita por James Lee Anderson, uno de los principales biógrafos del Che Guevara (Bustos, 2013), y su descripción de la historia del Ejército Guerrillero del Pueblo organizado por el Che en Argentina coincide con la que ofrece el principal libro sobre el tema (Rot, 2010).

Angel Fanjul (“Heredia”) (ver Fanjul, 1979). Posadas mismo estuvo en Cuba sólo por un período de tres semanas, durante el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, en julio-agosto de 1960.

El Partido Obrero Revolucionario (Trotskista) - POR(T) fue propuesto formalmente para su reconocimiento como la sección cubana del Secretariado Internacional de la Cuarta Internacional en su tercer Congreso, celebrado en enero de 1961, al que Scarabino asistió como delegada del POR(T) cubano.⁷ Contando con sólo unos cuarenta miembros, el POR(T) abrió sucursales en los tres centros urbanos donde el ex POR había sobrevivido en la década de 1940: La Habana, Santiago de Cuba y Guantánamo. Se alquiló una oficina pública en Guantánamo, su base principal. José Medina, un antiguo trotskista guantanameño, fue el primer secretario general del POR(T).

Pablo Díaz González, un alto dirigente del POR(T) en la década de 1940 y uno de los catorce miembros originales del Estado Mayor de Fidel Castro en el *Granma*, también participó en las reuniones y grupos de discusión del POR(T) en La Habana. Sin embargo, dada su vinculación con la dirección revolucionaria y la creciente influencia de la PSP en ese círculo, esto siempre se llevó a cabo con un grado de discreción, Díaz no participó en las actividades públicas del POR(T).

Aunque de modesto tamaño, el POR(T) tenía una composición social abrumadora de clase trabajadora. La mayor parte de la sección de Guantánamo eran dirigentes sindicales locales y activistas conocidos por su compromiso con los derechos y las luchas de los trabajadores. En La Habana, Ricardo Ferrera, después de bajar de la sierra, trabajó en el sector comercial, mientras que Floridia Fraga y Andrés Alfonso trabajaban en el sector del transporte, Alfonso como mecánico en un taller de reparación de autobuses. Uno de los pocos profesionales en las filas del POR(T) era Roberto Acosta, quien, como un ingeniero eléctrico, ayudó a organizar la empresa eléctrica nacionalizada antes de ir a trabajar al Ministerio de Industrias, bajo el Che Guevara como director de Pesas, Medidas y Gestión del Tiempo (Tennat, 1999, capítulo siete).

Las primeras actividades del POR(T) a partir de 1960

A finales de 1960, poco después de las nacionalizaciones en gran escala

7. “Cuban P.O.R. Founded” (titular de portada), *The Internationalist: Twice Monthly Information Bulletin of the Secretariat of the Fourth International*, Vol. IV, N° 6, 15 March 1960, pags. 1, 3.

de los bancos y la industria, y de la instauración del monopolio estatal sobre el comercio exterior por el gobierno revolucionario, el POR(T) sostuvo que estos pasos por sí mismos confirmaban la validez de la teoría de la revolución permanente. Argumentaron que la revolución, al saltar etapas de desarrollo, pasando rápidamente de la democracia burguesa a medidas económicas socialistas, había demostrado que no había lugar para una etapa democrática capitalista en la lucha por la verdadera liberación nacional. Teniendo en cuenta que este proceso “ininterrumpido” había sido ejecutado por fuerzas distintas a las de los órganos de la clase obrera, la teoría de la revolución permanente se convirtió de esta manera en un proceso *objetivo* que guiaba a la revolución, en lugar de ser producto de una estrategia proletaria *conciente*. A pesar de que las organizaciones de las masas trabajadoras mismas no habían erigido al nuevo aparato estatal ni ejercían un control sobre el mismo, los trotskistas cubanos fueron unos de los primeros en conferir el carácter de “Estado obrero” al nuevo orden revolucionario.

Durante la década de 1960, la participación de los trotskistas cubanos en las instituciones revolucionarias de reciente creación sugiere que estaban lejos de tener una actitud sectaria hacia la revolución. Además de tomar parte en el Movimiento de Superación del Barrio Sur de Guantánamo, miembros del POR(T) realizaron trabajo voluntario en el campo, participaron en la campaña de alfabetización, y se unieron a la Federación de Mujeres Cubanas, a los Comités de Defensa de la Revolución y a las milicias recién organizadas. Durante la crisis de los misiles de Cuba, del 14 al 28 de octubre de 1962, todos los miembros del POR(T) estuvieron en sus respectivas unidades militares o de la milicia, y una comunicación enviada al gobierno revolucionario el 24 de octubre 1962 colocaba a la organización en su conjunto a disposición del gobierno (Gilly, 1979).

Creando que el gobierno revolucionario estaba implementando su propio programa, aunque de una manera burocrática, los trotskistas cubanos limitaban sus críticas a lo que percibían como deformaciones en el nuevo orden revolucionario. Desde la fundación del POR(T) se opusieron a la paternalismo incipiente que, en su opinión, llevaba al gobierno revolucionario a imponer medidas contra la clase obrera de manera autoritaria. Argumentaron, por ejemplo, que el control desde arriba y la exclusión de la clase trabajadora de la dirección de la producción y el Estado eran las causas fundamentales de los problemas de ausentismo y de baja productividad que la revolución enfrentó cuando se instituyó la planificación económica.

Los trotskistas cubanos pedían la independencia de los sindicatos del Estado y el establecimiento de la más amplia democracia en el movimiento sindical. Argumentando que estas medidas eran esenciales para asegurar el libre apoyo de la clase obrera a la profundización de la revolución, exigían la elección de los dirigentes sindicales sin la imposición de listas únicas y sin la intervención de ninguna institución estatal en apoyo de cualquier tendencia revolucionaria. Asimismo, exigían la elección de los oficiales de la milicia por los milicianos, el establecimiento de consejos obreros que controlaran la administración del nuevo Estado cubano a través de sus delegados, la convocatoria a un Congreso Nacional de la Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria con delegados libremente elegidos, y el derecho de todos los partidos de la clase obrera y de las tendencias que defendieran a la revolución a tener una existencia legal y a la libertad de expresión (*Spartacist*, 1965a: 13).

La democratización y posterior estatización de los sindicatos cubanos (1959-1961)

La democracia sindical era un reclamo muy sentido de los obreros cubanos. Luego de la huida de Eusebio Mujal, el máximo dirigente de la Confederación de Trabajadores de Cuba, y de parte de la burocracia sindical mujalista con la caída de Batista, se produjo la toma revolucionaria de los sindicatos por militantes del M26J. Estos nuevos líderes resultarían refrendados en las elecciones sindicales celebradas a comienzos de 1959. En dichas elecciones sindicales,

el M26J triunfó en más de 1.800 sindicatos. Los comunistas pagaron así el precio por su actitud ambigua durante la dictadura de Batista [...] La débil posición de los comunistas en el movimiento obrero después de las elecciones en los sindicatos de base y para los congresos de las federaciones sindicales fue revelada con la reunión, en septiembre de 1959, del Consejo Nacional de la Confederación de Trabajadores de Cuba. Sólo tres de los 163 delegados al encuentro eran comunistas (Alexander, 2002: 191).

Pero como la mayoría de dirigentes sindicales electos del M26J se oponían a la exigencia del gobierno de “unirse” en listas comunes con los dirigentes sindicales del PSP, en el décimo congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, celebrado en noviembre de 1959, Fidel Castro y el nuevo ministro de Trabajo, Augusto Martínez Sánchez, inter-

vinieron personalmente para imponer a la CTC un nuevo Comité Ejecutivo que llevó a cabo una purga sindical masiva, como resultado de la cual “para abril de 1960, los oficiales electos de 20 de los 33 federaciones de la CTC y de casi 2.000 sindicatos habían sido expulsados de los puestos a los que habían sido elegidos en 1959” (Alexander, 2002: 202). Una de las víctimas más importantes de la purga fue el secretario general de la CTC, David Salvador, el dirigente nacional del Frente Obrero Nacional (FON) del M26J durante la dictadura batistiana (Sweig, 2002: 123). Salvador fue removido de su puesto en mayo de 1960 (posteriormente fue encarcelado) y reemplazado primero por Jesús Soto y luego por el líder sindical del PSP, Lázaro Peña. Según Robert J. Alexander:

El proceso de reestructuración del movimiento sindical culminó en el XI Congreso del Confederación de Trabajadores de Cuba, que se reunió del 26 al 28 de noviembre de 1961. En el proceso de elección de los 9.650 delegados a esa reunión, la democracia sindical que dos años antes había dado lugar a enérgicos debates en prácticamente todos los sindicatos del país llegó a su fin. Prácticamente no hubo verdaderas elecciones. En la mayoría de los casos, sólo había una lista de candidatos [...] Cuando llegó el momento de que el XI Congreso eligiera a los nuevos dirigentes de la CTC, Lázaro Peña, el comunista veterano que había encabezado la CTC durante el primer período de Batista, fue restituido al puesto de secretario general (Alexander, 2002: 215-216).

Cuatro años antes, Fidel Castro había recordado a Lázaro Peña y a Blas Roca, el secretario general del Partido Comunista, su vieja asociación con Batista en las siguientes palabras:

¿Qué moral tiene, en cambio, el señor Batista para hablar de comunismo si fue candidato presidencial del Partido Comunista en las elecciones de 1940, si sus pasquines electorales se cobijaron bajo la hoz y el martillo, si por ahí andan las fotos junto a Blas Roca y Lázaro Peña, si media docena de sus actuales ministros y colaboradores de confianza fueron miembros destacados del Partido Comunista? (Fidel Castro, “¡Basta Ya de Mentiras!”, *Bohemia*, 15 de julio de 1956, pág. 84, citado en Draper, 1966: 47-48).

Lázaro Peña se transformó, en marzo de 1962, en uno de los 25 miembros de la Dirección Nacional, inicialmente de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y luego transferida al Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS), que el 3 de octubre de

1965 se convirtió en el Partido Comunista de Cuba. El ministro del Trabajo, Augusto Martínez Sánchez, también pertenecía a la Dirección Nacional (Draper, 1966: 244, nota 287). Según el testimonio de Adolfo Gilly, escrito en octubre de 1963:

Basta vivir un tiempo en Cuba, participar en la actividad de la revolución, convivir cotidianamente con el pueblo cubano, para comprobar que existe un dirigente, hasta hoy parte de la dirección cubana como hasta ayer lo fue Escalante, que goza de la unánime oposición de los trabajadores cubanos: es, nada menos, el secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria (CTC-R), Lázaro Peña [...]

En realidad, el secretario general de la CTC-R está pagando culpas propias y ajenas, pues sobre su cabeza se concentra el descontento de gran parte de los obreros con el estado de los sindicatos en Cuba [...]

El secretario general de la CTC-R fue electo en el último congreso de la central obrera, realizado en 1961. Se lo eligió con el sistema de la candidatura única, es decir, que ningún adversario podía competir con él en la elección. Su designación fue mucho más una decisión de arriba que en una elección de abajo [...]

Era muy difícil que Lázaro Peña contara con el apoyo obrero, pues su historia como dirigente sindical en Cuba tiene muchos pasajes que hoy no se pueden recordar. Por ejemplo, fue dirigente de la CTC desde 1939, en la época de la alianza de su partido, el PSP (Partido Comunista Cubano) con Batista, y desde allí frenó o desarmó huelga tras huelga en nombre de esa alianza y en nombre del triunfo de la causa de las “democracias” en la Segunda Guerra Mundial, por el cual en Cuba “no había que hacer huelga”. Eso lo recuerda vívidamente cualquier trabajador cubano de 40 años, así como recuerdan -o conservan- las fotografías de periódicos donde en una misma tribuna aparecían Batista y el hoy secretario general de la CTC-R [...]

Pero, aunque los pueblos tienen una memoria mucho más larga y segura de lo que los imbéciles suelen creer, no es ése el principal motivo de la oposición actual a Lázaro Peña. La razón central no es su actuación pasada, sino su función presente [...]

Los dirigentes sindicales cubanos, a fuerza de actuar como los que llevan a los obreros la orientación de arriba, como los que dejan de lado sus opiniones para aceptar sin discusión todo lo que diga la dirección del Estado, como los encargados de hacer trabajar más a los obreros (cuando ésa es tarea de la administración y de los propios obreros), han perdido autoridad ante la base, porque la base siente que esos dirigentes no dependen de ella, sino del Estado [...]

A mediados de setiembre pasado, fue Lázaro Peña personalmente a una asamblea general de obreros de la construcción, del sector de equi-

pos pesados (tractores, grúas, martillos neumáticos, bulldozers, etc.). Fue a pedir que la asamblea aprobara lo siguiente: que cuando se rompe el equipo en el cual opera un trabajador, éste pase a realizar trabajo de otra categoría inferior, con el salario de esta última categoría, hasta que el equipo estuviera reparado, en lugar de seguir cobrando, como hasta ahora, el salario de su categoría. Esto ya había sido planteado por Fidel Castro, pero los trabajadores no estaban de acuerdo, pues con el desgaste de los equipos y la falta de repuestos, la rotura de una máquina podía significar una disminución considerable en sus entradas. Los dirigentes sindicales de ese sector no se animaron a enfrentar directamente a la base con esa exigencia. Tuvo que ir el secretario general de la CTC-R. En la asamblea estalló un escándalo. Un trabajador le dijo que cuando él dejara su automóvil y fuera a trabajar junto a ellos, entonces aceptarían la propuesta que llevaba. Otro le recordó su anterior colaboración con Batista. Otros lo acusaron de privilegiado. La asamblea fue suspendida en la mayor confusión. La prensa denunció el hecho, primero, como obra de “contrarrevolucionarios”, días después, como obra de “confusionistas”. En asambleas posteriores, mejor preparadas por las direcciones pero mucho menos concurridas por los trabajadores, fue aceptada la proposición llevada por Lázaro Peña (Gilly, 1965a: 17-22).

Al año siguiente, el 5 de diciembre de 1964, la situación no había mejorado, como se desprende de la versión taquigráfica de una declaración hecha por el Che en el Ministerio de Industrias:

Aquí la democracia sindical es un mito, que se dirá o no se dirá, pero es un perfecto mito. Se reúne el partido y entonces propone a la masa a “fulanito de tal”, candidatura única y de ahí en adelante salió aquel elegido, una con mucha asistencia, otra con menos asistencia, pero en realidad no ha habido ningún proceso de selección por parte de la masa [...] Es algo que a nosotros nos tiene que llamar la atención desde el otro punto de vista institucional, que es el hecho de que la gente tiene necesidad de expresarse, tiene necesidad de un vehículo para expresarse. Eso, nosotros tenemos que reflexionar sobre este asunto (acta de la reunión efectuada en el Ministerio de Industrias el 5 de diciembre de 1964, en Guevara, 2006: 413).

El 8 de diciembre de 1964, el ministro de Trabajo Augusto Martínez Sánchez se disparó un tiro después de haber sido destituido de su cargo por “graves errores administrativos” (sobrevivió a su intento de suicidio, pero no volvió nunca más a la vida pública). Lázaro Peña sería entonces el encargado de aplicar la Ley N° 1.166, llamada “Ley de Justicia Laboral”, que fue aprobada el 3 de octubre de 1964 y estuvo vigente hasta 1977. Dicha ley abarcaba todos los casos posibles de “violaciones de la

disciplina del trabajo”. La lista de esas violaciones comprendía desde la llegada tarde, el ausentismo y la “falta de respeto a superiores” hasta daños al equipo, fraudes y la “comisión de cualquier delito o contravención”. Las penas iban desde el descuento de salarios al despido. La ley sería aplicada por consejos de Trabajo integrados por cinco miembros, elegidos por períodos de tres años en todos los lugares de trabajo que emplearan por lo menos 25 obreros. Para poder ser elegido miembro de esos consejos, los candidatos debían reunir ciertas condiciones como la de mostrar “una buena actitud socialista ante el trabajo” y podían ser reemplazados si el Ministerio de Trabajo decidía que eran ineficaces. En la práctica, la nueva ley establecía un sistema de coacción sumamente opresivo para los obreros. “Después de Martínez Sánchez ha sido el dirigente sindical Lázaro Peña, uno de los viejos comunistas, el que ha tenido la nada envidiable tarea de poner en línea a los trabajadores cubanos” (Draper, 1966: 230).

El lanzamiento de la campaña contra el trotskismo en julio-agosto de 1960

En mayo de 1960, un artículo en *Voz Proletaria* establecía la oposición de los trotskistas a la creación de un partido único que unificara al M26J, al Directorio Revolucionario y al PSP, afirmando:

La formación de tendencias y su lucha dentro del Estado obrero y en sus organizaciones políticas y sindicales no son nada más que la expresión de la heterogeneidad de las clases trabajadoras y dentro de la misma clase obrera, de los distintos intereses y capas dentro de las mismas que se manifiestan en distintas soluciones y vías para resolver los problemas de la época de transición hacia el socialismo. Tratar de ahogar estas tendencias con el argumento dogmático y sectario de una supuesta “unidad” impuesta, del monolitismo absolutista de una “línea oficial” dictada desde arriba, sería querer dar marcha atrás a la rueda de la historia para volver a las condiciones que engendraron la etapa tenebrosa de las represiones stalinistas, ya condenada y superada por el movimiento obrero comunista.⁸

La campaña contra el trotskismo y, en particular, contra el POR(T) fue iniciada por elementos de la PSP durante el Primer Congreso La-

8. “La revolución necesita un partido marxista de masas basado en los sindicatos”, *Voz Proletaria*, La Habana, N° 11, primera quincena de octubre de 1962, pág. 6, citado en Tennant, 1999.

tinoamericano de Juventudes, celebrado en La Habana en julio-agosto de 1960. Con varios delegados trotskistas de toda América presentes, el PSP resucitó las viejas acusaciones según las cuales los trotskistas, usando una fraseología de izquierda, actuaban como provocadores incitando a la agresión estadounidense, y eran instrumentos del FBI y de la CIA. Si bien una comisión especial de investigación en el Congreso encontró que estas afirmaciones carecían de fundamento, fue en última instancia la intervención de Juan León Ferrera, quien habló y distribuyó un folleto trotskista a los delegados, la que silenció a los estalinistas. Ferrera apareció en su uniforme militar de sargento y con el pelo largo que lo identificaba como un guerrillero del Ejército Rebelde (carta de Angel L. Fanjul a Gary Tennant, Buenos Aires, 8 de octubre 1997).

En esta etapa relativamente temprana de la revolución, aunque los cuadros de PSP ya estaban ocupando posiciones intermedias en las instituciones del gobierno revolucionario y capitalizando las llamadas de Fidel Castro al establecimiento de listas únicas en los sindicatos, el intento de la PSP de desacreditar a una pequeña organización revolucionaria no había sido sancionado por la propia dirección revolucionaria. Más bien, reflejaba la larga historia de combate de los estalinistas locales contra el trotskismo y su deseo de larga data de suprimir el desarrollo de instituciones clasistas representativas dotadas de autonomía política. Por otra parte, las acusaciones del PSP de que los trotskistas estaban provocando la agresión al pedir una lucha contra los intereses capitalistas nativos y una extensión de las nacionalizaciones contradecían el giro posterior de la dirección revolucionaria contra las propiedades estadounidenses en Cuba. Poco después de la clausura del Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, Fidel Castro, en contra de las expectativas del PSP, aceleró el proceso de expropiaciones y nacionalizaciones al incluir dos servicios públicos de gran escala, la compañía telefónica cubana, una subsidiaria de la International Telephone and Telegraph Corporation (ITT), con sede en los Estados Unidos, y la compañía eléctrica cubana, propiedad de la American and Foreign Power Company, la cual era, a su vez, parte de la Electric Bond and Share Company de Nueva York (Paterson, 1994: 44-45). Sin embargo, a medida que el PSP consolidaba su influencia dentro de las instituciones del gobierno revolucionario, la represión contra los trotskistas cobró impulso.

La invasión de Playa Girón en abril de 1961 sirvió como catalizador para la primera ronda de represión sistemática contra los trotskis-

tas. En las siguientes semanas, las medidas contra ellos se iniciaron con la confiscación del ejemplar número diez del periódico del POR(T), *Voz Proletaria*. Como símbolo de su compromiso con la lucha por el derecho a la democracia proletaria dentro de la revolución, entre abril de 1960 y abril de 1961 los trotskistas habían editado ocho números del periódico *Voz Proletaria*, además de una serie de folletos. El periódico aparecía con el nombre de los editores y con la dirección pública del POR(T), primero la de José Medina y Luciano García en Guanátamo, y luego la de Idalberto Ferrera Ramírez en Monte 12 en La Habana. La existencia de *Voz Proletaria* también fue dada a conocer por sus editores a la dirección revolucionaria directamente, mediante el envío por correo de copias a las oficinas del Che Guevara y Fidel Castro. Sin embargo, el 26 de mayo de 1961, antes de que la edición de mayo pudiera ser distribuida, un grupo que actuaba en nombre de un funcionario de la Imprenta Nacional, controlada por el PSP, confiscó toda la tirada del periódico en las imprentas privadas donde se estaba preparando. Más tarde, ese mismo día, funcionarios estatales de PSP que actuaban bajo órdenes del Ministerio de Trabajo confiscaron las planchas de impresión de una edición del libro de Trotsky, *La revolución permanente*.⁹

El Che Guevara apoya la represión de los trotskistas cubanos en 1961

La represión contra los trotskistas había recibido luz verde después de que el Che criticara duramente en la televisión nacional un artículo aparecido en la edición de abril de 1961 de *Voz Proletaria*. El artículo en cuestión argumentaba que los consejos técnicos asesores establecidos en los lugares de trabajo, con el pretexto de dar a los trabajadores el control sobre el proceso de producción, tenían un carácter burocrático. En dicha ocasión, Guevara dio una conferencia ante las cámaras de televisión en el programa Universidad Popular, el 30 de abril de 1961, en la que se refirió en términos despectivos a los trotskistas cubanos con las siguientes palabras:

Hace unos días estábamos leyendo un pequeño periodiquito que hay aquí, no vale mucho la pena referirse a él, pero es un periódico trotskista, no sé bien cómo se llama... *Voz Proletaria* hacía una crítica de los consejos

9. Cartas de Roberto Acosta Hechavarría ("R. Carvajal") a Joseph Hansen, La Habana, 27 de mayo y 8 de junio de 1961, y entrevista concedida por Idalberto Ferrera Acosta y Juan León Ferrera Ramírez a Gary Tennant, 16 de agosto de 1997.

técnicos asesores, desde el punto de vista trotskista. Entonces decía que los consejos técnicos asesores habían sido creados por esta pequeña burguesía timorata que hay en el gobierno como un intento de darle algo a las masas que están reclamando la dirección de las fábricas, sin entregar nada en realidad.

Y eso desde el punto de vista teórico es un absurdo, pero desde el punto de vista práctico es una infamia o una equivocación garrafal. Precisamente el pecado que tienen los comités técnicos asesores es que no fueron creados por la presión de las masas, fue una creación burocrática de arriba hacia abajo para darles a las masas un vehículo que no había pedido, y es donde está el pecado de las masas. Nosotros, “pequeña burguesía timorata”, fuimos a buscar el conducto para poder escuchar la voz de las masas y creamos, bien o mal, con las imperfecciones que muy probablemente tengan porque es idea nuestra, creación nuestra, de gente que les falta experiencia en estos problemas, los consejos técnicos asesores. De lo que sí no hay de ninguna manera es que haya habido presión de las masas y es en lo que quiero insistir. Porque sí tiene que haber presión de las masas en una serie de cosas, porque las masas tienen que tener interés en saber lo que es un plan económico, lo que es la industrialización, lo que le toca hacer a cada fábrica, lo que es su deber, cómo ese deber lo puede aumentar o cómo lo puede disminuir, lo que son los intereses de la clase obrera dentro de cada fábrica. Todos éstos son problemas que tienen que agitar a las masas (Guevara, 1979: 164).

El POR(T) presentó de inmediato una serie de protestas al gobierno revolucionario, exigiendo el derecho democrático a la libertad de prensa para todas las tendencias anticapitalistas y antiimperialistas revolucionarias que defendieran incondicionalmente lo que ellos consideraban el Estado obrero de Cuba. Todas estas protestas quedaron sin respuesta.

Ante las preguntas de periodistas y académicos extranjeros, el Che Guevara intentó justificar la supresión del periódico del POR(T) argumentando que los trotskistas no tenían papel o permiso para usar papel, y que obstaculizaban el desarrollo de la revolución. Incluso llegó a sugerir que la proximidad de la regional del POR(T) de Guanátamo a la Base Naval de Estados Unidos podría no ser una coincidencia. En una Conferencia de Prensa celebrada en Montevideo el 9 de agosto de 1961, dijo:

Periodista (El Heraldo de Florida, Uruguay): Doctor Guevara: ¿me puede decir las razones por las cuales a los trotskistas de Cuba se les han quitado los medios de expresión en Cuba, se les ha confiscado la imprenta?

Ernesto Che Guevara: ¿A los trotskistas? Mire, hubo una pequeña imprenta que publicaba un semanario que tuvo algunos problemas con nosotros. Tomamos algunas medidas administrativas, porque no tenían ni papel ni permiso para usar papel, ni imprenta ni nada; y, simplemente, resolvimos que no era prudente que siguiera el trotskismo llamando a la subversión. Porque, entre otras cosas, señor -ya que pregunta eso- resulta que hay un antecedente muy interesante. Nosotros, con los trotskistas, hemos tenido algunas relaciones; uno de los miembros del 26 de Julio que tenía mucha afinidad con el trotskismo, David Salvador, fue el que llevó a la muerte a nuestros hombres el 9 de abril [de 1958], negándose a una acción unida con los partidos de masa en la huelga y tratando de hacer una huelga de tipo putschista, que fue sencillamente destruida por Batista.

¿Sabe quién le puede hablar muy bien de esa huelga? Un señor que usted a lo mejor conoce, que se llama Jules Dubois, que estaba presente y era uno de los que conocía de la huelga y, por supuesto, también conocía Batista de la huelga que se iba a realizar, porque fue una huelga clandestina que, apenas se realizó, fueron asesinados grandes compañeros nuestros.

Después de eso, el trotskismo nace en Guantánamo. Es una rara coincidencia, pero nace en Guantánamo y tiene su fuerza ahí. Guantánamo es una ciudad que dista unos pocos minutos de la Base Naval Guantánamo, y nosotros sospechamos que podía haber cierta relación entre esa “proximidad geográfica”. Por eso, nosotros tomamos algunas medidas para que gente que no representaba nada y que no sabíamos de dónde sacaba su dinero, siguiera desde las posiciones de extrema izquierda molestando el desarrollo de nuestra Revolución (Bayley, 2002: 103).

En una entrevista posterior, concedida el 14 de septiembre de 1961 a Maurice Zeitlin, Guevara afirmó que había sido un error romper las planchas de impresión de *La revolución permanente* de Trotsky. Sin embargo, repitió nuevamente la acusación del PSP al reiterar que el POR(T) estaba actuando en contra de la revolución y al afirmar que los trotskistas habían actuado objetivamente como provocadores por agitar al pueblo cubano a marchar sobre la base naval estadounidense de Guantánamo:

Zeitlin: ¿Cómo serán incluidas las otras tendencias radicales -las organizaciones que no sean el Directorio Revolucionario, el Partido Comunista y el 26 de Julio-, cuyos miembros se unirán? ¿Qué pasa con los trotskistas, por ejemplo? Carleton Beals señaló recientemente que su imprenta fue destruida y que se les imposibilitó concluir la impresión de *La Revolución Permanente* de Trotsky.

Guevara: Eso fue así. Fue un error. Se ha producido un error cometido

por un funcionario de segundo rango. Rompieron las placas. No deberían haberlo hecho. Sin embargo, consideramos que el partido trotskista está actuando en contra de la revolución. Por ejemplo, estaban tomando la línea de que el gobierno revolucionario es pequeñoburgués y llamaban al proletariado a ejercer presión sobre el gobierno, e incluso a llevar a cabo otra revolución en la que el proletariado llegaría al poder. Esto perjudica la necesaria disciplina de estos momentos.

Zeitlin: Usted puede estar interesado en saber que los trotskistas en los Estados Unidos han estado casi completamente detrás de la Revolución Cubana, y su reciente declaración oficial sobre la revolución la aprueba con entusiasmo.

Guevara: No tengo ninguna opinión sobre los trotskistas en general. Pero aquí en Cuba -te voy a dar un ejemplo-, tienen uno de sus principales centros en la ciudad de Guantánamo, cerca de la base estadounidense. Y agitaron allí para que el pueblo cubano marchara sobre la base, algo que no se puede permitir. Algo más. Hace algún tiempo, cuando apenas habíamos creado comités técnicos de trabajadores, los trotskistas los caracterizaban como una migaja dada a los trabajadores, porque los trabajadores pedían la dirección de las fábricas.¹⁰

Guevara también confirmó su afinidad con el PSP al afirmar que, debido a que el Partido Comunista y la revolución marchaban juntos, no se podía “estar por la Revolución y en contra del Partido Comunista Cubano”.

La acusación de que los trotskistas cubanos eran provocadores ultrazquierdistas se basa en una campaña que el POR(T) supuestamente lanzó desde las páginas de *Voz Proletaria* exigiendo la expulsión de las fuerzas militares de Guantánamo. La referencia principal a las publicaciones del POR(T) para apoyar esta interpretación era un artículo en el primer número del periódico que discutía el conflicto entre las autoridades estadounidenses y los trabajadores cubanos en la base militar norteamericana (“El conflicto de la base naval de Guantánamo”, *Voz Proletaria*, La Habana, año 1, N° 1, abril 1960, págs. 4-5). Este artículo -aunque afirmaba que los obreros de la base naval, el pueblo de Guantánamo y Caimanera y las masas cubanas, en su conjunto, debían preparar la lucha por la expulsión definitiva del imperialismo- estaba lejos de ser una incitación provocativa a asaltar la base naval. En lugar de ello, hacía hincapié en la defensa de las organizaciones sindicales dentro de la base. La demanda principal que el POR(T) levantaba era que los trabajadores de Guantánamo no debían aceptar el despido de un solo

10. Las preguntas al Che y sus respuestas son reproducidas en Hansen, 1962.

trabajador o activista sindical. La campaña antisindical, según ellos, era parte del intento de las autoridades estadounidenses para desmoralizar la fuerza de trabajo y permitir el crecimiento de un movimiento sindical pro-Batista en la región. El artículo observaba también que los propios trabajadores habían formado una guardia para proteger la base de los actos de auto-sabotaje patrocinados por Estados Unidos. La frase aislada pidiendo la expulsión del imperialismo de la base era, en realidad, un lema de propaganda similar a la exigencia de la expulsión del imperialismo norteamericano del Canal de Panamá o del imperialismo británico de las Islas Malvinas. No había otros artículos en *Voz Proletaria* sobre la base naval de Guantánamo.

Los choques crecientes entre el Che Guevara y los estalinistas a partir de 1961

El proceso de estalinización condujo a una crisis temprana dentro del gobierno revolucionario, cuando Jorge Ricardo Masetti, el periodista que había arriesgado su vida para informar sobre los guerrilleros de Sierra Maestra durante la revolución y a quien le había sido confiada la creación de la agencia de noticias de Cuba, Prensa Latina, fue expulsado de esa institución en abril de 1961, lo que provocó la renuncia de Gabriel García Márquez (Martin, 2009: 262-266).

La disputa con el PSP por el control de Prensa Latina tuvo características gangsteriles: según el testimonio de Edgardo Masetti, hermano de Jorge Ricardo, y de su cuñado, Adolfo Jury, Jorge Ricardo Masetti por entonces sufrió un atentado con disparos de armas de fuego mientras conducía un automóvil. A Masetti también le aflojaron las ruedas del automóvil que utilizaba, pero esto fue descubierto antes de que sucediera un accidente. Ambos hechos no tomaron trascendencia pública (Rot, 2010: 111). Según Gabriel Rot, la disputa giraba

alrededor de un eje central: *la hegemonía política en el nuevo poder revolucionario*. En esta lucha por el poder político, la estructura del comunismo cubano -el viejo PSP- se lanzará de lleno a la captación de todas las instituciones estatales, sosteniéndose tanto en su mayor estructura partidaria, como en la fuerza que le otorgaba el apoyo soviético al proceso cubano [...] El apoyo soviético tendrá como costo la instalación de hombres de su confianza en puestos clave. La hegemonización de esta línea política provocará una lucha intestina en las filas revolucionarias, que se resolverá con el desplazamiento de aquéllos que no comul-

gaban con el socialismo, primero, y con la cercanía soviética después (Rot, 2010: 112-113, énfasis en el original).

Rot explica que el primer punto en disputa era el rol de las burguesías latinoamericanas y de la lucha armada en la revolución:

Por un lado, los comunistas alineados con Moscú subrayaban la necesidad de estructurar una relación de convivencia con las burguesías nacionales, clase a la que le otorgaban facetas progresistas y hasta revolucionarias. Esta política, ensayada anteriormente por los comunistas cubanos, era oficial en casi toda América Latina, y contaba con el Partido Comunista Argentino como uno de sus principales abanderados. Masetti, como el Che, estaba en las antípodas de esta posición y rechazaba sin medias tintas el supuesto progresismo de la burguesía nacional “y hasta nacionalista en palabras”, puesto que la misma “puede muy bien hacer el juego del colonialismo económico” (Jorge Ricardo Masetti: “Benkhedda en América Latina”, marzo de 1961). Por otra parte, Masetti adscribirá, temprana y públicamente, a las tesis guevaristas de lucha armada, posición que crispaba los nervios de la alta política soviética (Rot, 2010: 116).

Otro punto en disputa entre Masetti y los estalinistas cubanos era la apertura temprana de Prensa Latina a escritores que adoptaban posiciones críticas hacia el estalinismo:

No es de extrañar que, sosteniendo tales posiciones, Masetti convocara a colaborar en Prensa Latina a intelectuales de manifiesto distanciamiento con Moscú, como el caso del norteamericano Waldo Frank, intelectual de izquierda que había sido expulsado del Partido Comunista de Estados Unidos a fines de los años treinta. No caben dudas de que esta incorporación al plantel de Prensa Latina causará un profundo malestar entre los comunistas cubanos, al igual que la inclusión de Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, cercanos entonces a las posiciones políticas sustentadas por Pekín. Recordando estos casos, García Lupo va a señalar que los comunistas cubanos “estaban furiosos con Masetti y jamás se lo perdonarían” (Rot, 2010: 116-117).

Como era previsible, su reemplazante, el español Fernando Reuvelta, que asumió el 13 de mayo de 1961, era miembro del Partido Comunista. El golpe a Masetti -cuyo nombre sería borrado de la historia de Prensa Latina a la antigua usanza estalinista (Bustos, 2007: 461; Rot, 2010: 123)- fue, en realidad, un golpe al Che:

Pero la lucha por la dirección de Prensa Latina no culminaba con Masetti. En el camino había alguien más: su sustento y mentor, el Che. De alguna manera, la lucha por la hegemonía política en Prensa Latina se convertirá en el primer gran campo de batalla entre los antiguos comunistas y los *guevaristas* [...] La disputa en torno a Prensa Latina se resolverá con la renuncia de Masetti en marzo de 1961, en pleno proceso de avance de los cuadros del PSP, y sin que el Che pudiera evitarlo [...] La crisis suscitada por el control de Prensa Latina pondrá de manifiesto la lucha sin cuartel que las distintas expresiones de la Revolución Cubana librarán en torno a la hegemonía del poder político. Como en toda lucha, la batalla de Prensa Latina dejó vencidos y vencedores. El guevarismo, como expresión radical de la revolución, pagará cara su falta de estructura y organicidad como *tendencia*. La pérdida de la dirección de la agencia será un golpe durísimo y preluará inequívocamente la relación enfrentada, y abiertamente hostil en numerosas ocasiones, entre el Che y los viejos comunistas (Rot, 2010: 119, 121, 123, énfasis en el original).

Como resultado de este proceso, el Che cambió gradualmente su actitud hacia los trotskistas cubanos, pasando de denunciarlos como agentes del imperialismo yanqui en 1961 a rescatar de la cárcel a aquellos que todavía podía ayudar en 1964.

El interludio abierto por la invasión a Playa Girón, en abril de 1961, y la purga del estalinista Aníbal Escalante el 26 de marzo de 1962, bajo la acusación de “sectarismo”, no detuvieron la burocratización del Estado cubano. El Che intentó revertir este proceso llevando la revolución a otros países:

Guevara encarna, pues, la conciencia crítica de la revolución y la convicción de que el proceso revolucionario cubano sólo seguiría su curso si la revolución se extendiese por América Latina. En este sentido, el Che representará al ala revolucionaria de la dirección cubana contra el conservadurismo de la dirigencia del PSP, defensora de una política de repliegue de la revolución fronteras adentro (“tesis del socialismo en un solo país”), de la integración como eslabón menor dentro del bloque soviético y contrario a alterar la “coexistencia pacífica” con intervenciones internacionalistas (Rot, 2010: 245-246).¹¹

11. “Como marxistas, hemos mantenido que la coexistencia pacífica entre naciones no engloba la coexistencia entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos” (Che Guevara, “Discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas”, 11 de diciembre de 1964, en Guevara, 2004: 342).

Las posturas internacionalistas de Guevara condujeron a choques públicos con el estalinismo a nivel internacional, particularmente después de la publicación de su ensayo “La guerra de guerrillas: un método” en la revista *Cuba Socialista* en septiembre de 1963:

El 11 de noviembre de 1963 aparece un artículo firmado por Demetri Levonov en la versión en español de la *Revista de la URSS*, titulado “La coexistencia pacífica fortalece el frente de la lucha contra el imperialismo”. De acuerdo con la embajada inglesa en La Habana, “el artículo puede ser leído como una réplica al artículo de Guevara sobre la guerrilla publicado en *Cuba Socialista* en septiembre, al que contradice francamente (Havana Telegram to Foreign Office, Counter-Revolutionary Activities, January 10, 1964 (Confidential), Foreign Office, FO371/174003, Public Record, Office, London, citado en Castañeda, 1997: 293, nota 2).

Ante la creciente adaptación del Estado cubano al estalinismo, el Che envió a Jorge Ricardo Masetti al mando de media docena de hombres, entre los que se contaba Ciro Bustos, para que intentaran instalar una base guerrillera en Orán, en la provincia argentina de Salta, a fin de permitir su regreso al país al frente de un movimiento revolucionario que rompiera la dependencia de la revolución cubana de la URSS. Este grupo partió en noviembre de 1962 a Checoslovaquia y realizó un periplo que los llevó por Argelia, Bolivia y Argentina. Durante su estadía en Argelia (enero-marzo 1963), el Che envió a Masetti un mensaje, descifrado por Ciro Bustos, que decía: “*Nuestra atalaya se hunde lenta pero inexorablemente*” (Bustos, 2007: 120). Según Gabriel Rot:

El objetivo del Che no era tan sólo enviar a sus mejores hombres; tenía la intención de incorporarse él mismo [...] Otro elemento que tempranamente evidencia la participación del Che en el proyecto guerrillero tiene que ver con la elección del nombre de guerra que Masetti utilizara en la campana salteña -*Comandante Segundo*, el cual remitiría a un *Comandante Primero* que no sería otro que Guevara (Rot, 2010: 186-187).

Pero el intento del así llamado Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) de llevar la revolución a Argentina se frustró, y Masetti mismo murió en abril de 1964, en uno de los grandes fracasos de la estrategia foquista en Latinoamérica.

La intensificación de la represión contra los trotskistas cubanos en agosto de 1962

Hasta mediados de 1962, el POR(T) sólo había sufrido el arresto y la victimización de un miembro, un trabajador ferroviario en Guantánamo, en el período previo a las celebraciones para conmemorar el 26 de julio en 1961. Sin embargo, los ataques del PSP de junio de 1962 sirvieron como preludeo a una campaña sistemática de acoso físico a mediados y finales de 1962. Luego de que el PSP se hubiese apoderado de posiciones de liderazgo más seguras y de una mayor influencia en la dirección de la revolución, los líderes trotskistas fueron sometidos a una ronda de arrestos en el período previo e inmediatamente posterior a la celebración de la Segunda Conferencia Nacional del POR(T) entre el 24 y el 26 de agosto de 1962. Cabe destacar que esta conferencia también ratificó su rechazo a la creación de las ORI.¹²

El 18 de agosto de 1962, Idalberto y Juan León Ferrera Ramírez fueron detenidos después de haber distribuido un folleto en un congreso de Cooperativas de la Caña de Azúcar, y el 20 de agosto de 1962, en el aniversario del asesinato de Trotsky, la policía prohibió una reunión conmemorativa en Guantánamo. Inmediatamente después de la Conferencia Nacional del POR(T), el líder del partido en La Habana, Idalberto Ferrera Acosta, fue detenido junto a José Lungarzo el 30 de agosto de 1962. Al no poder presentar cargos concretos contra el POR(T), los cuatro miembros fueron puestos en libertad el 1° de septiembre de 1962.¹³

La Segunda Conferencia Nacional del POR(T), así como el aumento de la tensión en el período previo a la crisis de los misiles entre el 16 y el 28 de octubre de 1962, estimularon a los trotskistas cubanos a producir un boletín quincenal mimeografiado tamaño A4 a partir de septiembre de 1962, bajo el nombre de su antiguo

12. Cuando se crearon las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), en julio de 1961, los trotskistas no pidieron unirse como grupo debido a que no era un partido político en el que pudieran diseminar sus ideas o iniciar una discusión de su programa, sino un aparato de gobierno que operaba a la manera estalinista. Este fue un pronóstico profético: de hecho, el primer congreso del Partido Comunista de Cuba se celebró recién en diciembre de 1975, diez años después de constituido su primer Comité Central.

13. Resolución del Buró Político del Partido Obrero Revolucionario (Trotskista): "Sobre la detención de compañeros trotskistas y su posterior liberación", *Voz Proletaria*, La Habana, N° 10, septiembre de 1962, pp. 9-11, citada en Tennant 1999.

periódico, *Voz Proletaria*. Los trotskistas afirmaban que tenía una tirada de 1.000 ejemplares. Aunque este boletín mimeografiado no estaba oficialmente prohibido, la solicitud de que fuera impreso en las imprentas estatales fue rechazada formalmente en noviembre de 1962 con el argumento de que no había papel. A pesar de la intensificación del acoso, los trotskistas una vez más rechazaron la opción de publicar su órgano de manera clandestina. Si bien no fueron capaces de influir en la configuración política de ningún sindicato u organización revolucionaria fuera de los centros en los que su pequeño grupo de miembros operaba, la decisión de publicar la dirección pública del partido, así como el apartamento de Idalberto Ferrera Acosta, y de distribuir abiertamente el boletín, fue de nuevo importante como un gesto simbólico. Era parte de la lucha por la existencia legal de todas las tendencias revolucionarias en lo que ellos consideraban el Estado obrero de Cuba (Gilly, 1979).

Desde el lanzamiento del boletín *Voz Proletaria*, en septiembre de 1962, hasta la disolución forzada del POR(T) como un partido organizado, en abril de 1965, la actividad de los trotskistas estuvo marcada por una represión creciente. En el momento de la crisis de los misiles en octubre de 1962, la regional de Guantánamo sufrió la detención de su líder, José Medina, y la transferencia de un número de sus miembros de sus lugares habituales de trabajo. En La Habana, el enviado argentino José Lungarzo fue detenido de nuevo el 30 de octubre de 1962 y finalmente deportado a la Argentina el 21 de diciembre 1962, sin aparente preocupación por su vida o su libertad al llegar allí.¹⁴

El 6 de marzo de 1963, los órganos de Seguridad del Estado confiscaron los equipos de impresión de *Voz Proletaria* y detuvieron a Idalberto Ferrera Ramírez, su editor, por un día. Aunque este tipo de actos de represión se habían realizado con anterioridad a iniciativa de un sector del aparato policial y estatal influenciado por el PSP, después de que las ORI dieron paso al Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS), los trotskistas cubanos comenzaron a atribuir la responsabilidad por las medidas represivas al gobierno revolucionario. Refutando las acusaciones de “divisionismo”, el POR(T) también se refirió a las medidas represivas como “chantaje y terrorismo político”

14. A Lungarzo no se le permitió viajar a un tercer país, y sólo por pura casualidad pudo evitar la detención a manos de las fuerzas de seguridad argentinas (e-mail de Adolfo Gilly a Gary Tennant, 4 de abril de 1997).

(“Sobre un nuevo ataque reaccionario antitrotskista”, *Voz Proletaria*, La Habana, segunda quincena de marzo de 1963, pág. 2).

El acoso se intensificó a mediados de 1963. Varios trotskistas fueron trasladados por la fuerza a nuevos centros de trabajo en los que no tenían contactos o influencia. La edición de finales de mayo de 1963 de *Voz Proletaria* informó cómo se propuso a una reunión de trabajadores la transferencia de Roberto Tejera, acusándolo de ser un “divisionista trotskista”. Si bien esto fue rechazado por la reunión, intentos de poner en práctica las transferencias fueron realizados en otros lugares. El 8 de junio de 1963, Andrés Alfonso fue detenido y amenazado por los Servicios de Seguridad del Estado y, aunque fue liberado al cabo de unas horas, se le impidió de esta manera asistir a una reunión sindical. A pesar de las protestas de sus compañeros de trabajo contra tales intimidaciones, Andrés Alfonso fue trasladado a otro centro de trabajo fuera de La Habana. El POR(T) afirmó que esto constituía un despido de hecho (“Hay que acabar con la utilización de los traslados como represalia burocrática”, *Voz Proletaria*, La Habana, N° 31, segunda quincena de julio de 1963, pág. 8, en Tennant, 1999).

En Guantánamo, una sanción similar de transferencia fue propuesta en el caso de José Medina. Según *Voz Proletaria*, su traslado de los ferrocarriles a una granja fue propuesto como castigo por la publicación de un folleto llamando a la democracia sindical. Medina fue después suspendido de su trabajo sin goce de sueldo. El despido de los trotskistas de sus lugares de trabajo los apartó del entorno sindical local, en el que tenían un historial probado de dedicación al movimiento obrero (“Atentado burocrático en Guantánamo contra nuestro camarada José Medina”, *Voz Proletaria*, La Habana, N° 34, primera quincena de febrero de 1964).

Después de más de nueve meses de trabajo periodístico y de actividad en Cuba, desde julio de 1962 hasta octubre de 1963, Adolfo Gilly fue detenido y deportado a Europa (Gilly, 1979). Gilly es autor de un excelente informe sobre la Cuba revolucionaria titulado *Cuba: Coexistencia o revolución* (Gilly, 1965a), originalmente publicado en *Partisans* y en el periódico uruguayo *Marcha*, y más tarde en forma ampliada en *Monthly Review*, cuyos contenidos reflejan, según sus propias palabras, “las posiciones, el análisis, e incluso el pensamiento táctico de los trotskistas cubanos” (Gilly, 1979). Dicho informe partía de la base de que existían dos tendencias en disputa en el seno de la dirección revolucionaria:

La tendencia que defiende la coexistencia [pacífica con el imperialismo, impulsada por la burocracia soviética y los cuadros del ex PSP], los incentivos materiales, la pausa en la revolución para la construcción económica, separación de la revolución latinoamericana para no provocar la intervención imperialista, la pacificación, sostiene que es hora de fortalecer las posiciones conquistadas para luego seguir adelante.

La tendencia [impulsada por el Che Guevara] que se orienta hacia la revolución en América Latina, la conciencia socialista, el igualitarismo, la extensión de la revolución, sostiene que sólo avanzando con la revolución en el mundo se puede fortalecer la propia revolución cubana y que, al contrario, cortarla de esa fuente de fuerza y energía es debilitarla, aislarla y dejarla indefensa ante sus enemigos (Gilly, 1965a: 85).

La expulsión de Adolfo Gilly de Cuba tuvo lugar poco después de la publicación por el POR(T), en septiembre de 1963, del folleto *Las tareas económicas y la política del Estado obrero*, que Gilly había escrito bajo un seudónimo, y unas semanas después de un Congreso Internacional de Arquitectura en el que los trotskistas habían intervenido como una fracción organizada.

Las medidas tomadas contra los trotskistas cubanos llevaron progresivamente a cargos criminales y a un juicio. El 9 de noviembre de 1963, cuando Andrés Alfonso fue a discutir la posibilidad de su regreso a su lugar de trabajo original, fue detenido por distribuir copias de *Voz Proletaria* a sus compañeros de trabajo (“Por la libertad de los trotskistas presos”, *Voz Proletaria*, La Habana, N° 40, segunda quincena de diciembre de 1963, págs. 12-13, en Tennant, 1999).

Después de que la compañera de Alfonso Floridia Fraga protestara contra su detención en su Comité de Defensa de la Revolución, ella también fue detenida el 1° de diciembre de 1963. Esto fue seguido por la detención de Ricardo Ferrera el 2 de diciembre 1963, después de que fuera a hacer averiguaciones sobre ella (“Luchar por libertar los trotskistas presos es luchar por la revolución contra la burocracia”, *Voz Obrera*, México, N° 42, primera quincena de enero de 1964, págs. 6-7). Aunque el POR(T) celebró su Tercera Conferencia Nacional de enero de 1964, esta ronda de arrestos anunció el comienzo del fin para el POR(T) como partido organizado (“Se celebró la III Conferencia Nacional del Partido Obrero Revolucionario Trotskista”, *Voz Proletaria*, La Habana, N° 42, segunda quincena de enero de 1964, pág. 1, en Tennant, 1999).

De acuerdo con un informe de la revista trotskista norteamericana *Spartacist*, basado en una entrevista con Juan León Ferrera, en

la primavera de 1964, los tres fueron llevados a un juicio cerrado al público, acusados de: 1) la distribución de un documento ilegal, 2) la promoción del derrocamiento del gobierno cubano y 3) ser críticos de Fidel Castro. Floridia Fraga y Ricardo Ferrera fueron condenados a dos años cada uno, mientras que Andrés Alfonso recibió una sentencia de cinco años (*Spartacist*, 1965a).¹⁵

La represión continuó cuando Roberto Tejera fue arrestado después de que fuera a preguntar acerca de sus tres compañeros. Entonces, el secretario general del POR(T), Idalberto Ferrera Acosta, fue detenido en su casa. Como su apartamento también servía como oficina del POR(T), fueron confiscados numerosos ejemplares del periódico y otros documentos. Después de un juicio en el que ambos fueron declarados culpables, como los demás, de los cargos de supuesta actividad contrarrevolucionaria, Tejera fue condenado a seis años de prisión y Ferrera recibió nueve años, la sentencia más severa (*Spartacist*, 1965a: 12-13).

Che Guevara y el debate económico en Cuba (junio de 1963 - junio de 1964)

En el marco de esta creciente represión tuvo lugar un debate sobre la política económica en Cuba entre junio de 1963 y junio de 1964. El trasfondo al debate económico que comenzó en junio de 1963 fue la crisis que experimentó la economía cubana entre 1961 y principios de 1962, debido a una combinación de factores entre los que se cuentan el embargo comercial norteamericano impuesto en octubre de 1960, la fijación de metas excesivamente ambiciosas de industrialización y diversificación a corto plazo, lo que el Che Guevara llamó la “declaración de guerra a la caña de azúcar” (la zafra se redujo de 6.800.000 toneladas en 1961 a 3.800.000 toneladas en 1963, aunque el azúcar constituía más de las tres cuartas partes de las exportaciones cubanas) y el deseo de crear fábricas “sin pensar en la materia prima para las mismas” (*Revolución*, 21 de agosto de 1963, citado en Draper, 1966: 192). Guevara había actuado de forma breve como director del De-

15. Los *Spartacists*, una escisión del Socialist Workers Party (SWP) estadounidense, tienen el mérito de haber enviado un corresponsal a Cuba para informar sobre la situación de los trotskistas cubanos cuando el SWP se negaban a hacerlo. Pero como en la noche del sectarismo todos los gatos son pardos, los *Spartacists* hicieron una amalgama de las posiciones del castrismo y del Che, que continuó aún después de la muerte de este último (*Workers Vanguard*, 1979) y de hecho continúa hasta el día de hoy.

partamento de Industrialización del Inra, a partir del 8 de octubre de 1959. Fue nombrado presidente del Banco Nacional el 26 de noviembre de 1959, cargo que dejó el 23 de febrero de 1961 para convertirse en ministro de Industrias de Cuba.

La crisis económica hizo necesaria la introducción de la cartilla de racionamiento o *libreta de abastecimiento* mediante la Ley 1.015, promulgada el 12 de marzo de 1962,

lo cual a su vez provocó la inflación, porque la población urbana tenía más para gastar pero menos que comprar. La espiral inflacionista atacó a los trabajadores, que ya no tuvieron incentivos para esforzarse en lograr aquello que de todas maneras no podían obtener. El ausentismo comenzó a alcanzar proporciones alarmantes entre los trabajadores, porque éstos descubrieron que dos o tres días de trabajo bastaban para adquirir lo poco que podía obtenerse. También se resintió la calidad del trabajo al decaer la moral y reducirse el poder adquisitivo real (Draper, 1966: 177-178).

La rebeldía del campesinado, también producto de la crisis económica, condujo, a su vez, a la adopción de medidas represivas contra la población rural a mediados de 1962 y a la promulgación de la “Segunda Ley de Reforma Agraria” de octubre de 1963, la cual limitó el tamaño de las propiedades permitidas a 33 hectáreas.

Finalmente, “a fines de 1961 o principios de 1962, los soviéticos dieron la voz de alto y exigieron una rendición de cuentas”, lo cual condujo en marzo de 1962 a la purga de Aníbal Escalante, cuyo destino “fue pronto compartido por el embajador soviético en La Habana, Serguei Mijailovich Kudryavtsev” (Draper, 1966: 186-187). Pero este cortocircuito en las relaciones con la burocracia soviética fue de corta duración y, un año después, el 27 de abril de 1963, Fidel Castro realizó su primera visita a la URSS, que duró cuarenta días. En el transcurso de esta visita, en la que Guevara declinó participar “a pesar de una invitación explícita al Che del embajador soviético”, Castro firmó una serie de acuerdos que significaron un viraje profundo en la política económica cubana:

El principal convenio surgido del viaje de Fidel fue asignarle a Cuba el inevitable y triste destino de productor de azúcar y algunas otras materias primas y agrícolas en la división socialista del trabajo, abdicando ahora explícitamente de lo que en los hechos se había abandonado hace varios meses, a saber, el esfuerzo de industrialización. El Che no perdonará a la

URSS tan fácilmente como Fidel su traición de octubre [una referencia a la crisis de los misiles entre el 16 y el 28 de octubre de 1962], y no se resignará tan fácilmente como el caudillo a la dependencia soviética (Castañeda, 1997: 297).

Este giro en la política económica cubana se profundizó en los meses siguientes:

Durante una segunda visita a Moscú en enero de 1964, Castro firmó un acuerdo a largo plazo para que la Unión Soviética comprara la mayor parte de la cosecha de azúcar de Cuba a un precio superior a la tasa internacional, mientras que Cuba importaba maquinaria industrial y fábricas incluso enteras de la Unión Soviética. Cuba se comprometió a exportar cinco millones de toneladas de azúcar ese año, mientras que, de acuerdo con el plan de cinco años para 1965-70 (elaborado conjuntamente con expertos soviéticos), esta cuota debía aumentar hasta diez millones de toneladas en 1970 (Caistor, 2013: 77-78).

En este marco se dio el debate económico en Cuba, poco después del regreso de Castro de su primer viaje a la Unión Soviética. En dicho debate, Guevara se opuso a la descentralización de la economía, reconoció el empleo de estímulos morales en lugar de estímulos materiales a fin de evitar el aumento de las diferencias sociales, así como el “sistema presupuestario de financiamiento” (es decir de la centralización en la planificación) por oposición a la autonomía financiera de las empresas.

El debate estuvo viciado por la exclusión de las masas de la toma de decisiones. Según el testimonio contemporáneo de Gilly, de octubre de 1963, “hoy la población cubana no interviene todavía en la decisión de los problemas fundamentales de la planificación y de la economía, salvo bajo la forma de su presión social general y difusa” (Gilly, 1965a: 42). Esto se debía a la censura y a la ausencia de órganos de autogobierno de las masas dirigidos por representantes libremente electos:

La prensa cubana es una calamidad nacional que causa más daños que el ciclón Flora. Más que un medio informativo, es una barrera defensiva contra la presión de abajo, un medio unformativo que se permite discutir sobre crítica de arte o de cine, pero jamás disentir o criticar, o proponer alteraciones en tal o cual decisión del gobierno. Esto es una evidente deformación de los principios socialistas, como lo es la existencia de una oficina, la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR), que controla toda la prensa y todas las ediciones y publicaciones, de modo que en Cuba no se puede imprimir sino lo que la COR autoriza. A esto

hay que agregar que tampoco hay hasta ahora cuerpos electivos con delegados o diputados de la población trabajadora, como fueron los soviets en la revolución rusa, que permitan la expresión directa y organizada de lo que piensan los distintos sectores y corrientes de esa población sobre cada problema importante (Gilly, 1965a: 33).

Según Gilly, “es la tendencia a la centralización de la economía [representada por el Che Guevara y el Ministerio de Industrias] la que expresa la presión de la base hacia una participación directa en las decisiones económicas centrales. Pero lo expresa indirectamente, porque al mismo tiempo no ofrece a la base los organismos que le permitan esa participación” (Gilly, 1965a: 45). Incluso la tendencia liderada por el Che Guevara se oponía a desarrollar “los organismos que en una democracia socialista manifiestan la voluntad de la población: soviets, consejos obreros, sindicatos independientes del Estado, etc.” (Gilly, 1965a: 45). Esto atentaba contra el equilibrio de la planificación, ya que

las masas no sólo carecen de los organismos políticos para opinar y decidir sobre las proporciones y la estructura del plan. Tampoco los tienen para corregir el plan en el curso de su aplicación, para señalar los errores que van surgiendo, para indicar las desproporciones a tiempo. De esto resulta que los errores y desproporciones, cuando se corrigen, ya han estado actuando durante un período mucho más largo del necesario y terminan presentándose bajo la forma de pequeñas crisis en tal o cual sector, con todo el despilfarro que significa siempre una crisis. Pero la dirección carecía de los medios para darse cuenta antes de hechos que desde abajo eran vistos por sectores enteros de la población trabajadora: por ejemplo, los errores cometidos con la mantanza de hacienda en el primer período de la revolución, los errores del desmonte de extensiones enormes de caña que luego debieron volver a cultivarse, o los errores más elementales de mala ubicación de fábricas, instalaciones, cultivos, etc., que no se ven desde las oficinas del plan, pero que los obreros y campesinos indicaban en críticas y comentarios que no tenían y no tienen los medios para llegar hasta arriba con peso de decisión (Gilly, 1965a: 46).

Gilly sacaba de este análisis la conclusión de que “son fútiles los intentos de presentar la discusión sobre la planificación y los problemas de la planificación cubana como problemas meramente técnicos”, porque “todas las discusiones aparentemente económicas o teóricas” eran “sólo el reflejo invertido y borroso de los problemas políticos de fondo que enfrenta la revolución cubana y todo el campo socialista” (Gilly, 1965a: 52).

Debido a la manera deformada en que el proceso de construcción económica tuvo lugar, el régimen viró de una política inicial de indus-

rialización y diversificación al retorno al monocultivo de azúcar para obtener divisas del extranjero:

En realidad el cambio total de la política cubana a fines de 1963 constituyó en gran medida una derrota para algunas de las ideas favoritas de Guevara. El había sido el primero en emplear la consigna de la “industrialización acelerada”. El había desempeñado el papel principal en la negociación de los convenios comerciales con el bloque soviético. Y él había esbozado la teoría de que el “socialismo cubano”, a diferencia de otras variedades, debería basarse predominantemente en incentivos “morales” y no “materiales” (Draper, 1966: 198).

Sin entrar en los detalles técnicos del debate (ver los documentos en Guevara, 1969 y Guevara, 2003), señalaremos que detrás de las críticas de Guevara al imperio de la ley del valor se ocultaba su temor a una posible restauración del capitalismo. Lo dice claramente en las conversaciones sostenidas en el Ministerio de Industrias el 5 de diciembre de 1964: “es evidente que donde se utiliza, al hablar de métodos indirectos, la ley del valor, exactamente allí estamos metiendo el capitalismo de contrabando, porque en todo caso en Cuba todavía existe una serie de categorías del capitalismo que estamos reintroduciendo en el sector estatal” (actas de reuniones efectuadas en el Ministerio de Industrias, 5 de diciembre de 1964, en Guevara, 2006: 411). Guevara manifestó el mismo temor en una entrevista concedida al diario *El-Taliah* (*La Vanguardia*) de El Cairo, en abril de 1965, en la que afirmó que “los países socialistas, y particularmente en la Unión Soviética”

trataron de darle una oportunidad mayor al desarrollo de la ley del valor, y permitirle que produjera todos sus efectos. Por lo tanto, introdujeron competencias entre los diversos proyectos e introdujeron incentivos materiales, bien en forma individual o de grupo. Pero la definición del capitalismo es: dar libre movimiento a la ley del valor. Cada vez que le damos mayor libertad a la ley del valor, nos acercamos otra vez al capitalismo.

Hay un estudio hecho por Huberman y Sweezy en que analizan la crítica china a Yugoslavia y la acusación de que está retornando al capitalismo [Leo Huberman y Paul Sweezy, “¿Transición pacífica del socialismo al capitalismo?”, *Monthly Review*, N° 8, abril 1964]. Ellos refutan el razonamiento chino y prueban que está basado en el dogmatismo, pero después reafirman que Yugoslavia es, de hecho, un país capitalista, explican cómo el sistema yugoslavo está regresando al capitalismo, y hacen hincapié en que la ley del valor, en realidad, está ganando terreno.

El experimento del regreso a la ley del valor comenzó en Yugoslavia y

fue entonces adoptada en diversos grados por Polonia y Checoslovaquia, y la Unión Soviética comenzó experimentos similares. Hemos discutido esta idea con algunos representantes de la nueva escuela en la Unión Soviética y les hemos dicho que diferimos de ellos en el terreno metodológico; y hemos expresado nuestra crítica del método de contabilidad que están empleando para aumentar la rentabilidad. En nuestra opinión, ellos buscan caminos que les permitan estimular el progreso técnico, pero no buscan la ley básica del socialismo. Yo hablé personalmente con Kollontai, uno de los economistas de la nueva escuela. El admite que hay asuntos que requieren estudio, y yo creo que no quiso hablar con suficiente franqueza (Guevara, 2006: 429-430).

Guevara ya había hecho referencia a este artículo de Baran y Sweezy en el acta de la reunión efectuada en el Ministerio de Industrias el 2 de octubre de 1964, que permaneció inédita hasta el año 2003:

Sweezy hace un análisis de los planteamientos de los chinos y los destruye, uno por uno, los va destruyendo diciendo que hay unos planteamientos subjetivos, planteamientos dogmáticos, planteamientos formales, pero después de destruir los argumentos chinos, no obstante dice: “Yugoslavia sí va al capitalismo”. Y va al capitalismo, ¿por qué? Es la primera vez que lo veo, lo veo nombrado así, expresamente, por el reconocimiento y la plena vigencia de la ley del valor. Entonces empieza a explicar cómo el sistema yugoslavo al implantar la ley del valor empieza a crear, es decir a recrear objetivamente, el capitalismo (Guevara, 2006: 380-381).

Finalmente, el mismo temor a la restauración capitalista (plenamente fundado, como la historia lo probaría un cuarto de siglo más tarde) se manifiesta en los apuntes críticos de Guevara al *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS, redactados en 1965-1966, pero recién publicados por el gobierno cubano en 2004: “Las últimas revoluciones económicas de la URSS se asemejan a las que tomó Yugoslavia cuando eligió el camino que la llevaría a un retorno gradual hacia el capitalismo. El tiempo dirá si es un accidente pasajero o entraña una definida corriente de retroceso” (Guevara, 2006: 125).¹⁶

16. Los apuntes críticos de Guevara al *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS también revelan el abismo que lo separaba del marxismo en su concepción del sujeto revolucionario, el cual era el motivo profundo por el cual los trotskistas cubanos no podían simplemente identificarse con sus posiciones en la disputa en el seno del gobierno cubano en torno al estalinismo: “No hay punto de contacto entre las masas proletarias de los países imperialistas y los dependientes; todo contribuye a separarlos y crear antagonismos entre ellos. También es falso que el proletariado (se distingue claramente el proletariado de estos países de la ideología del proletariado) sea el que cumpla el papel dirigente en la lucha de liberación, en la mayoría de los países semicoloniales. La escala es ésta: los proletarios de

Guevara perdió el debate en torno a la política económica, y sus seguidores y él mismo fueron cada vez más marginados del proceso de fijación de la misma:

Cuando, el 3 de julio de 1964, el Che pierde el control de la industria del azúcar, que pasa a conformar un ministerio separado -ciertamente dirigido por Orlando Borrego, uno de sus colaboradores más cercanos- escucha pasos en la azotea. En ese mismo instante, Osvaldo Dorticós sustituye a Regino Boti en el Ministerio de Economía, y es designado jefe de la Juceplan [Junta Central de Planificación]; es un segundo golpe contra el Che, no porque mantenga una mala relación con Dorticós, sino porque se crea un polo alternativo, igualmente poderoso que él, en la conducción de la economía (Castañeda, 1997: 320).

Las desavenencias entre Fidel Castro y el Che Guevara sobre la política económica se vuelven públicas, aunque en forma velada, al año siguiente:

Empieza el 21 de enero [de 1965], cuando el comandante en jefe anuncia que para la zafra de ese año los mejores cinco mil macheteros recibirán diversos premios, tales como motonetas, viajes al extranjero y vacaciones en hoteles cubanos de primera clase: era el fin de los estímulos morales. Asimismo, desde diciembre del año anterior, el gobierno había anunciado un programa piloto de salarios contractuales, de reparto de utilidades y de premios para los trabajadores en general. Posteriormente, en su discurso del 26 de julio en Santa Clara, con un inmenso retrato del Che de telón de fondo, Castro despotrica contra los estímulos morales y la centralización administrativa (Fidel Castro, discurso del 26 de julio, citado en *Bohemia*, La Habana, 30 de julio 1965: 35, en Castañeda, 1997: 368).

El 28 de septiembre de 1965, Fidel Castro vuelve a la carga, aseverando en un discurso que es “un defensor del desarrollo de la administración local” (Castro, 1965: 232). Finalmente, el equipo de colaboradores del Che en lo relativo a la política económica cubana fue marginado de los órganos centrales del Estado a fines de 1965:

los países imperialistas reciben las migajas de la explotación colonial y se vuelven cómplices de los monopolistas; los obreros de los países dependientes reciben un salario varias veces menor, pero un salario al fin y tienen cierta estabilidad en sus puestos, sobre los que pesa una gran oferta de trabajo de campesinos sin tierra y desclasados; los campesinos de estos países son despojados de sus tierras para crear la posesión latifundista y la oferta de trabajo; su economía natural desaparece y nada la reemplaza, son los auténticos miserables de este momento en la gran mayoría de los países. Son la fuerza revolucionaria” (Guevara, 2006: 93-94).

Con el anuncio del Comité Central del Partido Comunista el 1° de octubre [de 1965], estaba claro que Guevara, sus seguidores y sus políticas estaban en desgracia. Los únicos tres ministros excluidos del Comité Central fueron Luis Alvarez Rom (el ministro de Hacienda, que se había puesto del lado de Guevara en la disputa del Banco Nacional), Orlando Borrego (el discípulo más cercano de Guevara) y Arturo Guzmán (el ministro interino de Industrias). Salvador Vilaseca Forné (el ex presidente del Banco Nacional) también fue excluido. Estos cuatro fueron los únicos cubanos de alto nivel no incluidos en el Comité Central -y también eran los únicos que habían estado íntimamente involucrados en las políticas económicas de Guevara. Por otra parte, el nuevo Comité Económico de cinco hombres del partido fue encabezado por el presidente Dorticós y dotado de personal con opiniones económicas “liberales” (CIA, 1965: 8).

Hemos citado el último párrafo de un informe contemporáneo de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense, fechado el 18 de octubre de 1965, que reseña el debate económico en Cuba bajo el título “La caída del Che Guevara y el perfil cambiante de la Revolución Cubana” (CIA, 1965). La última sección de dicho artículo, titulada “Cuba sin Guevara”, concluye que la derrota de Guevara significó el triunfo del ala pro-Moscú del liderazgo revolucionario cubano:

No hay duda de que la posición más cautelosa de Castro sobre la exportación de la revolución, así como su enfoque económico diferente, llevaron a la caída del Che. Castro dijo recientemente que la revolución cubana debe encontrar soluciones de acuerdo con su propio “espíritu y peculiaridades”. Pero de ahora en más Cuba probablemente modelará tanto su política nacional y como su política exterior más de acuerdo con los consejos soviéticos (CIA, 1965: 8).

El Che Guevara interviene en 1964 para liberar a los trotskistas encarcelados

En 1964, el destino de los trotskistas cubanos presos en la primera ronda de juicios políticos estuvo condicionado por la intervención del Che Guevara. Un número de trotskistas latinoamericanos se había incorporado a sus diversos proyectos guerrilleros, y Guevara ya no tenía necesidad de apoyar la represión de los trotskistas con el fin de defender una posición política que había perdido. Según su biógrafo Jorge Castañeda:

Durante ese largo 1964, cuando el Che pierde a sus amigos y sus batallas, en el que emprende infinidad de luchas y polémicas sobre innumerables temas conflictivos y cruciales para la revolución cubana, comprueba dos características inconfundibles de su desempeño. Por un lado, Castro lo quiere, lo respalda en sus desorbitados proyectos argentinos, argelinos, venezolanos y, ahora, africanos. Nunca le regatea el lugar que se ha ganado, ni le reprocha sus deslices o exabruptos. No tiene, por tanto, nada que reclamarle. Pero también comprueba que Fidel no toma su partido. Coyuntura tras coyuntura, pleito tras pleito, el Che comienza a entender que está solo; no contra Fidel, pero tampoco con él. La situación del Che es insostenible, como lo es el par de posibles consignas que la resumen: con Castro, ni matrimonio ni divorcio; ni con Fidel ni en contra de él. Nada tan insoportable para Ernesto Che Guevara como esta madeja de ambivalencias, contradicciones y media luz crepuscular. Era hora de marcharse (Castañeda, 1997: 336).

Desilusionado con Moscú y derrotado en las luchas internas en el seno del liderazgo cubano, Guevara comenzó a actuar de manera independiente y a expresar cada vez más sus propias convicciones personales. Jugó un papel decisivo en la liberación de varios de los miembros del POR(T) presos en la cárcel de La Cabaña en La Habana. Roberto Tejera fue puesto en libertad por orden de Guevara el día después de haberse entrevistado con el Che. También Armando Machado salió de la cárcel en La Habana por iniciativa de Guevara (entrevista concedida por Roberto Tejera a Gary Tennant, La Habana, 17 de agosto de 1997).

Sin embargo, en Oriente, donde Guevara tenía poca influencia, la represión contra el POR(T) continuó y finalmente culminó con la detención de su seccional Guantánamo a finales de 1964 y principios de 1965, menos de un año antes de la fundación formal del nuevo Partido Comunista de Cuba, el 3 de octubre de 1965. Con la mayoría de los miembros del POR(T) en prisión, el boletín mimeografiado *Voz Proletaria* cesó su publicación y su pequeña pero simbólica intervención en las instituciones revolucionarias fue eliminada. La naturaleza política de esta represión en 1964-1965 fue demostrada por el hecho de que las autoridades no arrestaron a Mary Low Machado, una participante en las reuniones del POR(T), debido a la protección que su pasaporte extranjero le concedía, ni a Juan León Ferrera Ramírez, porque había trabajado

para Guevara (entrevista concedida por Idalberto Ferrera Acosta y Juan León Ferrera Ramírez a Gary Tennant, La Habana, el 26 de julio de 1997).

En Santiago de Cuba, José Medina Campos, Idalberto Ferrera Ramírez, Luciano García, Elías Suárez, Antonio Medina Campos y Guido Brañas Medina fueron todos acusados de delitos contra el Estado. El tribunal que discutió su causa en marzo de 1965 los declaró culpables de llegar a un acuerdo entre ellos y con terceros aún desconocidos para conspirar contra el gobierno cubano:

Organizaron un movimiento contrarrevolucionario al que denominaron “Partido Obrero Revolucionario Troquista”. [...] Siguiendo las orientaciones del Imperialismo yanqui formaban un círculo de estudio en el que ventilaban la mayor forma de sembrar el confucionismo y el divisionismo entre la población cubana [...] así como editaron un boletín contrarrevolucionario al que [...] denominaron “*La Voz Proletaria*” en el que publicaron falsas noticias e informaciones y poniendo en circulación un gran cantidad de propaganda contrarrevolucionaria [...] difamando a los líderes de la Revolución y criticando a las Leyes de la Revolución (Informe de la sentencia N° 124, Santiago de Cuba, 16 de marzo de 1965, pág. 1-2, citado en Tennant, 1999).

Según el tribunal, toda esta actividad se llevó a cabo, al parecer, mientras los trotskistas esperaban el desembarco de mercenarios que intentarían derrocar violentamente al gobierno cubano. Idalberto Ferrera Ramírez fue condenado a ocho años de prisión, José Medina recibió cinco años y Luciano García, Elías Suárez, Antonio Medina y Guido Brañas recibieron sentencias de tres años cada uno (Informe de la sentencia N° 124, Santiago de Cuba, 16 de marzo de 1965, pág. 2, citado en Tennant, 1999).

En La Habana, Roberto Acosta también fue detenido a principios de 1965 después de que una versión mimeografiada de *La revolución traicionada* de Trotsky, con una nueva introducción cubana, fuera impresa en su casa. Cuando Guevara regresó de África al parecer se dio cuenta del arresto y la detención de Acosta, debido a la ausencia del trotskista de su puesto de trabajo en el Ministerio de Industrias. Guevara llamó a Acosta a una reunión en abril de 1965. Según Acosta, aunque la reunión se llevó a cabo en presencia de funcionarios del Departamento de Seguridad del Estado (G-2), Guevara expresó la opinión de que Acosta era un revolucionario, de que si los trotskistas creían que tenían razón debían continuar

la lucha para alcanzar sus objetivos, y de que en algún momento en el futuro, las publicaciones trotskistas serían legales. Guevara le dijo: “Acosta, las ideas no se matan a palos”. Esta referencia a “Las ideas no se matan” (*“On ne tue point les idées”*), una frase escrita por Domingo Faustino Sarmiento en la Sierra Chica de Zonda, en San Juan, en su paso para el exilio a Chile, confirma la autenticidad del testimonio, que difícilmente podría habersele ocurrido a un cubano no familiarizado con la historia argentina.¹⁷ Prometiéndole que iba a ser liberado en breve, Guevara aparentemente cerró la reunión con Acosta con un abrazo y las palabras: “Nos veremos en las próximas trincheras” (manuscrito de una entrevista concedida por Roberto Acosta Hechavarría a Tano Nariño, La Habana, 13 de abril de 1990, págs. 1-2, citado en Tennant, 1999).

Unos días más tarde, los funcionarios de la Dirección General de Inteligencia volvieron con la propuesta de que todos los trotskistas serían liberados a condición de que acordaran cesar toda actividad organizada y de que se abstuvieran de publicar cualquier material. Si bien durante los períodos anteriores en prisión los trotskistas habían llevado a cabo un trabajo político entre los otros prisioneros, elaborando planes de reeducación que defendían la revolución al mismo tiempo que la defensa de su propio programa y del derecho del POR(T) a la existencia legal, consideraciones políticas diferentes tuvieron prioridad en esta oportunidad. Cuando comenzaron a plantearse preguntas sobre el paradero de Guevara, luego de su desaparición de la vida pública, se hizo evidente para los trotskistas que

17. Guevara había utilizado la expresión en una reunión efectuada en el Ministerio de Industrias el 5 de diciembre de 1964: “Opinión que haya que destruirla a palos es opinión que nos lleva ventaja a nosotros. [...] No es posible destruir las opiniones a palos y precisamente es lo que mata todo el desarrollo, el desarrollo libre de la inteligencia” (Guevara, 2006: 402). Luego pasa a criticar al trotskismo, afirmando: “Yo creo que las cosas fundamentales en que Trotsky se basaba estaban erróneas, que su actuación posterior fue una actuación errónea e incluso oscura en su última época. Y que los trotskistas no han aportado nada al movimiento revolucionario en ningún lado”. Y rechaza las acusaciones del maoísmo y trotskismo, de las que era objeto en esos momentos por parte de los estalinistas, con estas palabras: “hay una bronca encendida ahí, muy violenta, muy amarga y como todas las broncas de este tipo poco flexible, poco generosa en el reconocimiento de las opiniones ajenas. Y en toda una serie de aspectos yo he expresado opiniones que pueden estar más cerca del lado chino. En la guerra de guerrillas, en la guerra del pueblo, en el desarrollo de todas esas cosas, el trabajo voluntario, el estar contra el estímulo material directo como palanca, toda esa serie de cosas que también las plantean los chinos, y como a mí me identifican con el Sistema Presupuestario, también lo del trotskismo surge mezclado. Dicen que los chinos también son fraccionalistas y trotskistas, y a mí también me meten el ‘San Benito’” (Guevara, 2006: 402).

ya no tenían ningún tipo de protección ante la perspectiva de largos períodos de encarcelamiento.

Roberto Acosta e Idalberto Ferrera Ramírez viajaron a raíz de esto a Santiago de Cuba, donde en una reunión en la que participaron los trotskistas encarcelados, sus familiares y simpatizantes, así como los servicios de seguridad, Ferrera habló en nombre del POR(T). Aunque reiteró la posición del POR(T) en defensa incondicional de la revolución cubana, mientras criticaba los aspectos burocráticos de la revolución, también habló de la necesidad de la unidad. Habiendo acordado disolver el POR(T) y dejar de publicar el periódico *Voz Proletaria* y todo otro material trotskista, los trotskistas encarcelados fueron puestos en libertad hacia finales de abril de 1965 (*Spartacist*, 1965b).

La renuncia del Che a sus cargos gubernamentales y a la ciudadanía cubana en 1965

El Che disparó su andanada de despedida contra los estalinistas en su famoso discurso de Argel, el 24 de febrero de 1965, en el cual denunció a los Estados estalinistas por “su complicidad táctica con los países explotadores de Occidente” y a “las nacientes burguesías autóctonas” (con las que los partidos comunistas llamaban a conformar un “Frente Democrático antioligárquico y antiimperialista”), a las que acusó de ser una clase “parasitaria y en estrecha alianza con los intereses metropolitanos” (Guevara, 1969: 160). Este discurso marcó, en palabras de Theodore Draper, “el punto de mayor tirantez entre la URSS y Cuba”:

Pero, como sucede con frecuencia en crisis de este tipo, se logró un nuevo *modus vivendi* y, por lo menos exteriormente, las relaciones soviético-cubanas comenzaron a mejorar de golpe. Alguien debía ceder y esta vez los soviéticos tenían aparentemente las mejores cartas. A medida que la política económica de Castro fue llevando a Cuba más y más hacia un verdadero monocultivo azucarero, su dependencia de la Unión Soviética aumentó hasta convertirse casi en una subordinación absoluta. Hacia mediados de 1965 el precio mundial del azúcar era tan bajo -sólo 1,90 centavos de dólar por libra el 14 de junio- que la mayor producción, poco más de 6.000.000 de toneladas, valía mucho menos que la cosecha de 4.420.000 toneladas obtenida un año antes. Puesto que los soviéticos habían acordado comprar 2.100.000 toneladas a 6 centavos por libra en 1965, estaban subvencionando virtualmente un tercio de la producción

cubana y otro tercio tuvo que venderse en el mercado mundial a menos del costo. Sin la cooperación soviética, la economía azucarera de Castro habría provocado una crisis sin precedentes por falta de acuerdos de trueque con el bloque soviético y por falta de divisas en el mercado mundial.

Después del 14 de marzo [de 1965] no se oyó hablar más de Guevara durante varios meses. Fue separado de su cargo en el Ministerio de Industrias. Aunque en junio Castro creyó conveniente tranquilizar al pueblo cubano diciéndole que Guevara seguía disfrutando de su favor, resultaba difícil ignorar la extraña coincidencia que había entre el renovado acuerdo soviético-cubano y la “desaparición” pública de Guevara (Draper, 1966: 259-260).

El 3 de octubre de 1965, con motivo de la presentación del Comité Central del recién fundado Partido Comunista de Cuba, Fidel Castro anunció la salida del “Che” Guevara de Cuba y la renuncia a todos sus cargos militares y gubernamentales. “Cuando el Che estaba en el Congo, en vísperas de la derrota, Fidel Castro, incomprensiblemente, publicó la carta de despedida del Che, dejándolo sin retirada posible” (Vázquez-Viaña, 2008: 319).

Inmediatamente después de la lectura de la carta de despedida del Che por Fidel Castro, Adolfo Gilly ofreció una interpretación sumamente interesante de la ruptura en el seno de la cúpula cubana, que complementa los análisis ofrecidos en su libro *Cuba: coexistencia o revolución*. Según Gilly, la renuncia del Che no era “una cuestión personal, sino un hecho político”, porque “detrás de esta crisis en la cumbre máxima de la revolución cubana” se escondía “la cuestión central”: “cuál es el programa para el avance de la revolución”.

La polémica entre el Che y la tendencia conservadora, pro-Moscú, en la dirección de la revolución, es antigua. Si ahora ha salido a luz -aún bajo la apariencia de una decisión personal- provocando el retiro del segundo dirigente de Cuba, es porque las fuerzas que la promovían han acumulado una presión que ya no podía ser contenida en las discusiones interiores. Esas fuerzas no son solamente cubanas, sino mundiales.

Sin un programa netamente definido y con expresiones confusas, el Che representaba en la alta dirección la tendencia revolucionaria que se inclinaba hacia la extensión de la revolución a América Latina como vía para consolidar la revolución cubana. El programa de extender la revolución va unido a la defensa de la igualdad dentro del propio Estado obrero, a la lucha contra los privilegios de la burocracia estatal y partidaria, a la idea de elevar la producción, no a través de la [des]igualdad salarial y los estímulos materiales, sino acudiendo al sentimiento y a la conciencia socialista de las masas cubanas.

La línea del Che chocaba con toda la política interna e internacional de la dirección de la Unión Soviética y con la que sus representantes y partidarios llevaban dentro de Cuba [...] Toda el ala conservadora de la dirección, incluidos los viejos dirigentes del PSP, era hostil a esa línea. Esa ala defiende la política de coexistencia pacífica, de la “consolidación interna” de la revolución renunciando a las “aventuras exteriores”, de los estímulos materiales y la desigualdad salarial como incentivo a la producción y, como consecuencia, del respeto al desarrollo progresivo de privilegios para toda una capa de burócratas dirigentes del Estado y del partido [...]

Fidel Castro ha llevado constantemente una política de oscilación centrista entre ambos extremos. La salida del Che indica que los marcos para esa oscilación se hacen cada vez más estrechos y que, bajo la presión de la dirección soviética y de las mismas fuerzas interiores que se apoyan en ella, Fidel Castro ha debido tomar una decisión. Como hace tiempo ya venía retirándose de la política de extender la revolución, no le quedaba otro camino en política interior que el que ha tomado (Gilly, 1965b: 2-3).

Gilly afirmaba: “el Che tiene un prestigio inmenso en Cuba. Ese prestigio no es del hombre o de sus gestos, sino de la política que él simboliza”. Y se preguntaba: “¿Por qué no ha podido imponerla, teniendo detrás esa fuerza?”. La conclusión a la que llegaba era que

Las masas presionan en Cuba hacia la línea revolucionaria, pero al mismo tiempo demandan intervenir para imponerla. El Che se apoyaba en ellas en lo primero, pero se separaba de ellas en lo segundo. Allí estaba la fuerza que le permitía hacer declaraciones como el discurso del 25 de febrero en Argel -aparente detonador de la crisis- y la debilidad que le impedía después imponer en los hechos esa política.

El Che y el ala conservadora y burocrática divergían en la política interior y exterior, pero estaban unidos en una concepción común: que el conflicto debía debatirse y resolverse encerrado en la dirección, para no lesionar la “unidad”. Al aceptar esa regla del juego, la tendencia del Che automáticamente se colocaba en desventaja, renunciaba a emplear su fuerza, que estaba fuera y no dentro del aparato. Encerrada la discusión en el aparato, la debilidad de la tendencia burocrática se transformaba en fuerza. En cambio, la fuerza en las masas de la tendencia de izquierda se reflejaba dentro del aparato como debilidad relativa, por el simple hecho de que la presión de afuera se le volvía intolerable al aparato, la veía como una molestia constante para sus ritmos y sus planes, y encarnaba esa molestia en la figura del Che. El aparato buscaba entonces sacarse de encima esa presión eliminando a quien a sus ojos la encarnaba en su seno. Cuanto más fuerte era la presión, más grande la necesidad física del aparato de eliminar el “cuerpo extraño”.

Lo que fue derrotado no fue la política del Che, sino su forma de conducir la lucha, encerrado en las cumbres, sin acudir a las masas salvo por alusiones, sin hacer intervenir a las masas. La conclusión más importante de la crisis es que la línea que el Che representaba no puede imponerse y avanzar sin la intervención completa de las masas. Y si no avanza, entonces es eliminada por sus adversarios. [...]

El Che sabe de la dirección contra la voluntad de las masas cubanas. Esta vez en forma más clamorosa que nunca se hace evidente que esa voluntad no tiene los medios políticos para expresarse; no hay soviets o consejos obreros, no hay comités de fábrica, no hay direcciones sindicales libremente elegidas. El Che aceptó y contribuyó a imponer esa situación. En ella está su salida [de Cuba] (Gilly, 1965b: 3-4).

Gilly llegaba a la siguiente conclusión:

La crisis del Che señala que el nivel alcanzado por la revolución mundial exigía una definición a la dirección cubana, pero que al mismo tiempo no existían, en el seno de la misma dirección, las fuerzas preparadas para dar una respuesta revolucionaria. El resultado ha sido un compromiso entre el centro y la derecha, sólo posible también porque la izquierda dentro de esa dirección aceptó el compromiso bajo la forma de la renuncia del Che, mientras otros representantes de esa tendencia han quedado con puestos destacados en el nuevo equipo (Gilly, 1965b: 6).

Este artículo de Gilly, publicado en la revista chilena *Araucaria* y en el semanario uruguayo *Marcha*, lo hizo objeto de un ataque personal por parte de Fidel Castro. En un discurso pronunciado el 15 de enero de 1966 en la Conferencia Tricontinental, Castro se refirió a Gilly como “un conocido teórico del trotskismo [...] que de vez en cuando posa entre otros intelectuales norteamericanos en la revista *Monthly Review* de Estados Unidos” acusándolo de “villanía” (Castro, 1966: 193; ver la respuesta de Gilly a Fidel Castro en Gilly, 1966). Esto fue parte de una denuncia general del trotskismo por parte de la dirección cubana, en el marco de su adaptación al estalinismo soviético.

El ataque de Castro al trotskismo en la Conferencia Tricontinental (15 de enero de 1966)

Fidel Castro lanzó un ataque público contra el trotskismo en su discurso a la Conferencia Tricontinental, celebrada en enero de 1966, llamándolo “esa cosa desacreditada, esa cosa antihistórica, esa cosa fraudulenta que emana de elementos tan comprobadamente al servi-

cio del imperialismo yanqui, como es el programa de la Cuarta Internacional” (Castro, 1966: 97).

Esta diatriba contra el trotskismo, lejos de ser un arrebato irracional, estaba íntimamente ligada a la adaptación creciente de Castro a las exigencias de la política de Moscú y señaló su apoyo efectivo al Kremlin en el conflicto chino-soviético. Esto fue demostrado por su denuncia, en el mismo discurso, del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), una organización guerrillera guatemalteca ligada a la sección mexicana de la internacional posadista (recordemos que Posadas había roto con Pablo en 1962), el Partido Obrero Revolucionario Trotskista (PORT), que se negaba a aceptar la fórmula de Moscú de una lucha en dos etapas, la primera de las cuales debía esta confinada a tareas democrático-burguesas, y que había adoptado el concepto de una “guerrilla socialista” luchando por la instalación directa de un gobierno obrero-campesino. En diciembre de 1964, el MR-13, liderado por Marco Antonio Yon Sosa, lanzó la “Primera Declaración de la Sierra de las Minas”, un “apasionado llamado al programa socialista y al abandono de cualquier forma de alianza con la burguesía. Esta Declaración, escrita bajo influencia trotskista, causó posteriormente el rompimiento con el Partido Comunista en marzo de 1965. Por más de dos años el movimiento guerrillero en Guatemala estuvo dividido en trotskistas y comunistas” (Gott, 1968: 564).

En su ataque contra el MR-13, Castro sostuvo que la guerrilla guatemalteca había sido infiltrada por los trotskistas, que eran agentes del imperialismo:

Lo que la Cuarta Internacional cometió con eso fue un verdadero crimen, contra el movimiento revolucionario, para aislarlo del resto del pueblo, para aislarlo de las masas, al contagiarlo con las insensateces, el descrédito y la cosa repugnante y nauseabunda que hoy es en el campo de la política el trotskismo. Porque si en un tiempo el trotskismo representó una posición errónea, pero una posición dentro del campo de las ideas políticas, el trotskismo pasó a convertirse en los años sucesivos en un vulgar instrumento del imperialismo y de la reacción (Castro, 1966: 97).

Esta denuncia del trotskismo fue seguida por un artículo de Blas Roca, el ex secretario general del PSP, publicado en abril de 1966, que elaboraba las acusaciones de Fidel Castro (Blas Roca, “Las calumnias trotskistas no pueden manchar a la revolución cubana”, *Cuba Socialista*, La Habana, año 6, N° 56, abril de 1966, págs. 81-82).

En Centroamérica, el ataque de los cubanos condujo al aislamiento y facilitó la eventual represión de los trotskistas, incluyendo el encarcelamiento de los líderes posadistas en México y la expulsión de los trotskistas del MR-13 en Guatemala: “La posición cubana expresada por Castro le restó audiencia y apoyos al MR-13 en su experiencia al lado del PORT. A la postre, esta situación le sería del todo negativa en el contexto guatemalteco y en el ámbito latinoamericano más amplio” (Oikión Solano, 2010: 76). Yon Sosa mismo, después de romper con los posadistas, sería capturado y asesinado el 18 de mayo de 1970.

En Cuba, la ofensiva antitrotskista lanzada por Castro en su discurso en la Conferencia Tricontinental a principios de 1966 marcó una represión renovada contra los trotskistas que no habían renunciado por completo el proyecto de intervención política con el nombre del POR(T). En marzo de 1966, Idalberto Ferrera Ramírez y Luciano García fueron encarcelados de nuevo en Santiago de Cuba. En virtud de la cláusula legal 133 de 1965, fueron condenados a ocho y tres años de prisión, respectivamente (si bien Luciano García fue liberado a comienzos de 1968), y fueron incorporados a un programa de rehabilitación política para convictos considerados contrarrevolucionarios.¹⁸

El trotskismo en Cuba después de 1966

Los adherentes al trotskismo en Cuba fueron nuevamente detenidos en 1973. Las pruebas presentadas en el juicio sostenían que éstos habían comenzado a reorganizar el Buró Político del POR(T), con Idalberto Ferrera Acosta como secretario general, Juan León Ferrera como secretario de organización y Jesús Andrés Vázquez Méndez como secretario de relaciones exteriores. El acta de acusación del Ministerio Público en el Tribunal Revolucionario N° 1 contra Idalberto Ferrera Acosta, Juan León Ferrera (uno de sus tres hijos) y Jesús Andrés Vázquez decía lo siguiente:

Los procesados [...] formaban parte del buró político del llamado “Partido Obrero Revolucionario Trotskista”, constituyendo su labor principal la elaboración y reproducción de propaganda trotskista de carácter diversionista y difamatoria contra el Partido Comunista de Cuba y el comandante Fi-

18. Idalberto Ferrera Ramírez y Luciano García Pellicier, “Les trotskistes emprisonnés à Cuba adressent une Lettre Ouverte”, *Lutte Communiste*, París, N° 68, 15 de septiembre de 1967, págs. 1, 7; Juan León Ferrera Ramírez por el Buró Político del POR trotskista, *Carta Abierta*, La Habana, 27 de marzo de 1969; ambos citados en Tennant, 1999.

del Castro Ruz [...] lo que conlleva como fin el debilitamiento ideológico y crear la confusión en la línea marxista leninista del Partido Comunista Cubano como órgano dirigente de la Revolución Cubana. Así como crear conflictos y divergencias entre Cuba y los países socialistas encabezados por la Unión Soviética, contra los cuales dirigían todo tipo de infundios y calumnias, tachando a los partidos Comunistas, tanto de Cuba como de otros países, de castas burocráticas que gobernaban en función de sus intereses, explotando a la clase obrera (Causa N° 270 de 1973 de la radicación del Tribunal n° 1 de La Habana, 12 diciembre 1973, citada en Toussaint, 2013).

Los tres acusados principales fueron nuevamente condenados a largos períodos de prisión. El líder del grupo, Idalberto Ferrera Acosta, recibió una sentencia de doce años, mientras que Juan León Ferrera y Jesús Andrés Vázquez recibieron cada uno nueve años. Mientras que Juan León Ferrera fue puesto en libertad después de haber cumplido sólo dieciséis meses de su condena, como consecuencia de la reducción de pena que recibió por su trabajo ejemplar en los campos de caña de azúcar, Idalberto Ferrera Acosta cumplió cinco años de su sentencia de doce años. Fue liberado en una amnistía a finales de 1970, en el marco de los intentos del gobierno de Fidel Castro de acercarse a la administración Carter en los Estados Unidos (entrevista concedida por Idalberto Ferrera Acosta y Juan León Ferrera Ramírez a Gary Tennant, 16 de agosto 1997). Idalberto Ferrera Acosta murió en La Habana el 2 de julio de 2013, a la edad de 95 años, “convencido de que hay que defender las conquistas de la revolución cubana profundizándolas, lo que implica luchar contra la burocracia” (Toussaint, 2013).

La adaptación del Secretariado Unificado y del morenismo al castrismo

Los trotskistas cubanos fueron abandonados a su suerte por las principales tendencias dentro del trotskismo internacional, como la tendencia internacional a la que pertenecían el *Socialist Workers Party* (SWP) de James Cannon y Joseph Hansen en los Estados Unidos y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) de Pierre Frank en Francia: el Secretariado Unificado de la IV Internacional, creado en 1963. Incapaces de proponer un curso político independiente para la clase obrera, la mayoría de las organizaciones trotskistas del mundo no sólo identificaron al liderazgo fidelista como agente de la revolución socialista, sino que renunciaron a luchar por los derechos de sus camaradas cubanos.

Ernest Mandel, el intelectual oficial del Secretariado Unificado, viajó a Cuba invitado por el gobierno cubano a comienzos de 1964. Mandel se quedó en La Habana durante casi siete semanas y se reunió durante cuatro horas con el Che, pero no hay indicios en su biografía de que intentara hacer algo por los trotskistas cubanos perseguidos (Stutje, 2009: 148-154). Cuando, en enero de 1965, Régis Debray publicó un ensayo en *Les temps modernes* en el que afirmaba que “El castrismo no es más que el proceso de recreación del marxismo-leninismo a partir de las condiciones latinoamericanas”, Mandel lo describió como “un artículo excelente” (Debray, 1964: 158; Stutje, 2009: 161). En junio de 1967, Mandel y su esposa Gisela Scholtz volvieron a visitar Cuba como invitados del gobierno cubano. A pesar de que pasaron más de un mes en la isla, no hicieron nada para ayudar a los trotskistas cubanos encarcelados y perseguidos (Stutje, 2009: 162-163).

El SWP estadounidense también permaneció en silencio ante la represión del POR(T). Incluso su supuesta defensa por parte de Joseph Hansen en realidad los desautorizaba: “Me gustaría dejar en claro que no estamos de acuerdo con los trotskistas cubanos en algunas cuestiones [...] En general tenemos la impresión de que los trotskistas cubanos han sido demasiado críticos” (Hansen, 1962). El periódico del SWP, *The Militant*, sólo publicó un comunicado sobre la supresión del POR(T) en 1965, después de que los hechos hubieran sido dados a conocer en los medios de la izquierda de Estados Unidos y de que los trotskistas hubieran sido puestos en libertad condicional. Esta adaptación al castrismo condujo al SWP (US) a identificar a los liderazgos nacionalistas, estalinistas o no proletarios, en Nicaragua, Granada y Cuba como los puntos focales de una nueva Internacional y, finalmente, a renunciar formalmente al trotskismo (Alexander, 1991: 879-898) y a acusar a los trotskistas cubanos de provocadores.¹⁹

19. Ver la refutación a estas acusaciones en Gilly, 1979. Con excepción de los trotskistas Adolfo Gilly y Gary Tennant (Gilly, 1965a; Tennant, 1999), los libros más informativos sobre la revolución cubana han sido escritos por liberales, que no distinguen entre comunismo y estalinismo (Draper, 1966; Alexander, 2002; Castañeda, 1997). La adaptación del castrismo al estalinismo, y del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional al castrismo, hicieron estragos en la historiografía marxista sobre el tema, que raramente se eleva por encima del mito y la hagiografía. La biografía de Guevara por Jon Lee Anderson (Anderson, 1997) flaquea en su descripción de la etapa final de la vida del Che, signada por los conflictos en el seno de la cúpula cubana en torno al estalinismo. Sobre la estalinización (burocratización) de la Comintern y de los partidos comunistas desde 1923, ver Broué, 1997; para una biografía crítica de Stalin escrita por un historiador marxista especializado en historia rusa, ver Marie, 2009; sobre la “desestalinización” de la burocracia bajo Jrushchov, ver Marie, 2010.

La corriente liderada por Nahuel Moreno en la Argentina, que se incorporó al Secretariado Unificado en diciembre de 1964 (Alexander, 1991: 338), también abandonó a los trotskistas cubanos a su suerte, como lo reconoce el historiador oficial de dicha corriente, Ernesto González:

El SI [Secretariado Internacional, dirigido por Michel Pablo], el BLA [Buró Latinoamericano del Secretariado Internacional, dirigido por Posadas], el SWP y otras organizaciones trotskistas reclamaron a Fidel Castro y al Che Guevara la revisión de la medida [por la cual se le quitó a los trotskistas cubanos el permiso para usar la imprenta], y el cese de la persecución al POR, que fue ilegalizado. Sin embargo, en ningún momento cambiaron su caracterización de la dirección cubana. El mismo SI y el BLA pronto dejaron de levantar la defensa del POR. Cuando a fines de 1962 Posadas encabezó una fracción opuesta a la reunificación con el SWP y rompió con el Secretariado Internacional, éste responsabilizó al ultraizquierdismo que por entonces sostenía el posadismo como causante del fin del POR cubano. El SWP y Palabra Obrera [el órgano de la organización que dirigía Nahuel Moreno en Argentina], implícitamente, habían adoptado la misma postura [Nota al pie: véase el prólogo a Ezequiel Reyes, *Qué es la izquierda (Respuesta a los compañeros comunistas)*, Buenos Aires: Andes Editora, Colección *Qué Hacer* N° 2, agosto 1961, donde justifica la medida del Che (Ezequiel Reyes era el pseudónimo de Juan Pundik, editor de la revista *Qué Hacer*, y había visitado Cuba a mediados de 1960)].

Más allá de que, de manera irresponsable, los militantes posadistas habían entrado en el juego de la provocación del stalinismo [sic], vista en perspectiva, la actitud de las organizaciones trotskistas para con el POR cubano resulta inadmisibile. Es demostrativa de que hasta qué punto creían en el carácter revolucionario de la dirección de Fidel Castro y el Che en ese momento, y depositaban en ella una confianza total (González, 1999: 59 y nota 87).

Pero las posiciones del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional -y de la corriente liderada por Nahuel Moreno, quien luego negaría haber coqueteado con el foquismo- fueron más allá del abandono de sus compañeros perseguidos en Cuba: representaban también un abandono del programa histórico del marxismo, que es una tendencia política dentro del movimiento obrero (su ala revolucionaria) para adoptar el foquismo entonces en boga, con su vía campesina al socialismo y su propaganda armada como demiurgo de las condiciones subjetivas. En 1963, por ejemplo, Moreno denunciaba el “obrerismo” en su folleto *La revolución latinoamericana*:

El más grave error sería tener una limitada visión obrerista de las perspectivas y del trabajo. El ejemplo es la revolución cubana, en cuyo anecdotario figura una conocida discusión entre un dirigente sindical y varios militantes revolucionarios, que le preguntaron por su posición cuando el 26 de julio desembarcó en Cuba. El dirigente sindical, sin dudar mucho, contestó: “seguí luchando por la independencia política del movimiento obrero...”. Los revolucionarios rieron a carcajadas y contestaron categóricamente: “Había que haber volcado el mayor esfuerzo para ayudar al Movimiento 26 de Julio”. Aquel dirigente nos enseña con su trágico error, a no hacer un fetiche del movimiento obrero (Moreno, 1963: 43).

Rechazando esta orientación, los trotskistas que intentaron mantenerse fieles al programa histórico del marxismo contra los foquistas en los años 60 y 70 -ante todo Guillermo Lora, quien escribió una crítica del manual del Che, *La guerra de guerrillas* (Lora, 1963)²⁰- repitieron básicamente los argumentos de los marxistas rusos en las polémicas que éstos sostuvieron contra los *narodniks* (populistas) y los *eseristas* (socialistas revolucionarios).²¹

20. Para un balance de la experiencia de las guerrillas de Nancagua, escrito poco después de la muerte del Che, ver Lora 1967. El aporte de Lora consiguió distinguir claramente entre la guerra de guerrillas (un método de lucha aplicable también por el partido proletario en ciertas circunstancias, como por ejemplo la guerra partisana que se desarrolló en las naciones de Europa ocupadas por los nazis) y el foquismo, al cual combatió en conformidad con la tesis marxista adoptada por el congreso de La Haya de la I Internacional: “En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político propio y opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y el logro de su fin supremo: la abolición de las clases”.

21. “Foquismo y populismo (indiferenciación del proletariado de la masa del pueblo) van de la mano como lo fueron en Rusia el populismo y el terrorismo. Que Moreno no inventa nada con su aberración socialista de los campesinos, puede verse en la siguiente afirmación de Lenin: ‘Para el populista, en una palabra, el movimiento campesino es un verdadero movimiento socialista, auténtica y directamente socialista’ (Lenin, 1905: 442)” (Magri, 1972). “En cierto sentido, Guevara ha representado al mismo tiempo los aspectos más distintivos y los más ambiguos de esta revolución cubana. En nombre del marxismo se ha identificado con ciertas teorías -el campesinado como la clase revolucionaria dirigente, el campo como principal escenario de la lucha revolucionaria, la primacía del ‘incentivo moral’- que están mucho más cerca de la tradición del populismo ruso pre-marxista y de movimientos similares en otros países que del marxismo ortodoxo” (Draper, 1966: 199-200). Sobre los populistas y los socialistas revolucionarios en Rusia, ver Venturi, 1975; Hildermeier, 2000; Gaido y Bosch, 2015; Plejanov, 1895; Zasulich, 1902; Lenin, 1902a y 1902b.

Conclusión

A pesar de que Cuba fue, junto con Bolivia, uno de los dos países de Latinoamérica en los que el trotskismo tuvo mayor implantación en el movimiento obrero, su historia fue por mucho tiempo ignorada, en parte debido a la creciente adaptación de la dirección de la revolución cubana al estalinismo, y en parte debido a la identificación acrítica de las principales corrientes trotskistas internacionales con la dirección revolucionaria cubana, que hizo que pasaran por alto dicha adaptación, de la cual serían víctimas tanto los trotskistas cubanos como el Che y sus seguidores. Esta situación anómala se refleja en el hecho de que el principal trabajo sobre la historia del trotskismo cubano sigue siendo una tesis doctoral escrita en el Reino Unido y aún no traducida al español (Tennant, 1999). En el presente trabajo hemos intentado hacer disponible en castellano la información contenida en la tesis de Tennant; co-tejar dicha información con la contenida en los trabajos sobre la historia de la izquierda y del movimiento obrero cubano que aparecieron desde que fue escrita en 1999; ofrecer una narrativa de la historia del trotskismo cubano durante los primeros años de la revolución, tomando como trasfondo una descripción de la suerte del Che Guevara y de sus seguidores -es decir, del ala radical del liderazgo revolucionario cubano-; mostrar las actitudes cambiantes del Che Guevara ante los trotskistas cubanos y contextualizar las mismas en el marco de los debates que tuvieron lugar en la cúpula cubana hasta 1965; revelar, en base a dicha descripción, la represión y eventual proscripción de los trotskistas cubanos y la marginalización de los partidarios del Che Guevara dentro del aparato del Estado cubano, como consecuencia de la injerencia creciente del estalinismo en la fijación de las políticas de dicho Estado, lo cual fue, a su vez, producto del creciente alineamiento de Cuba con la Unión Soviética en el marco de la Guerra Fría, que finalmente conduciría al apoyo de Fidel Castro a apoyar la invasión soviética a Checoslovaquia en su discurso del 23 de agosto de 1968 (Castro, 1968); y, finalmente, reseñar muy brevemente los debates que tuvieron lugar en el seno de las principales corrientes trotskistas internacionales en torno a la revolución cubana, al foquismo y a la adaptación del castrismo al estalinismo.

Aunque los trotskistas cubanos cayeron ante todo víctimas de la represión, no por eso debemos soslayar sus deficiencias, principalmente el no haber sabido ofrecer una estrategia proletaria alternativa al guerrillerismo rural policlasista y al bonapartismo de Fidel Castro. Los

trotskistas, como individuos, primero dieron apoyo acrítico e incondicional al liderazgo de la insurrección contra el régimen de Batista a finales de 1950, y luego, en la década de 1960, apoyaron la dirección revolucionaria de Fidel Castro y el Che Guevara, renunciando a la lucha de la clase obrera por el poder, limitando su rol a criticar la creciente influencia de los viejos estalinistas del PSP y tratando de empujar a Castro a la izquierda. El POR(T) estaba de acuerdo, en líneas generales, con el análisis de la mayoría de las corrientes trotskistas de la época, incluyendo al Secretariado Unificado, al morenismo y al posadismo, que transformaba a la teoría de la revolución permanente, de una estrategia proletaria *consciente*, en un proceso *objetivo* que supuestamente guiaba a la revolución cubana. Los trotskistas cubanos se diferenciaron de Michel Pablo, el SWP estadounidense y el Secretariado Unificado sólo en la medida en que se mantuvieron fieles a la idea de la construcción de un partido obrero independiente. Este partido, sin embargo, fue visto como un instrumento que meramente reflejaba el “trotskismo inconciente” de la dirigencia castrista y la voluntad revolucionaria de las masas, más que como un requisito previo para una revolución proletaria exitosa.

En cuanto al Che Guevara, la historia de su lucha en el Congo, hacia donde partió el 2 de abril de 1965, del boicot de sus proyectos revolucionarios por los partidos estalinistas de Argentina, Perú y Bolivia, y de su eventual muerte al frente de una guerrilla en Ñancahuazú el 9 de octubre de 1967, a la edad de 39 años, ha sido ampliamente documentada (ver el estudio de Vázquez-Viaña, 2008). Luego de la muerte del Che, la atención del Estado cubano se centró en el ‘teórico’ del foquismo Régis Debray, quien no la necesitaba, ya que su madre era miembro gaullista del Parlamento francés y disfrutaba de la protección personal del general Charles de Gaulle. La organización que el Che había montado en Argentina por intermedio de Bustos, Masetti y el grupo *Pasado y Presente* en Córdoba fue abandonada a su suerte: “La Habana había tomado decidido partido por el apoyo exclusivo a la figura internacional del francés. Nunca más intentaron establecer ningún tipo de contacto con nadie de la organización ciudadana del Ejército Guerrillero del Pueblo en la Argentina, fundada por el Che” (Bustos, 2007: 388).

Un último detalle curioso fue la publicación del *Diario del Che en Bolivia* en Cuba, el 1 de julio de 1968. *El Diario del Che* fue entregado al gobierno cubano por Antonio Arguedas, el ministro del Interior

boliviano en el gobierno del presidente Barrientos, un ex agente confeso de la CIA durante los seis años anteriores: “Arguedas vivió un tiempo en Cuba (como Ramón Mercader, el asesino de Trotsky), fue honrado allí, se lo calificó de ‘compañero’, asistió a los actos del 26 de Julio como invitado en el palco de la Plaza de la Revolución y retornó a Bolivia dos golpes de Estado más tarde” (Bustos, 2007: 430).

El epílogo de esta historia puede situarse en agosto de 1968, cuando Fidel Castro apoyó la invasión soviética a Checoslovaquia.²² Según el biógrafo del Che, Jorge Castañeda:

Durante el tiempo de la sobrevivencia del Che en Bolivia, un poco antes y un lapso después, Castro cambió innegablemente de discurso y de ánimo frente a la URSS: volvió a apoyar las tentativas insurreccionales en el continente y, a principios de 1968, atravesó por la peor crisis en sus relaciones con la Unión Soviética, al suspenderse las entregas de petróleo ruso a Cuba. Pero después de la derrota definitiva del Che y de los focos restantes en otros países, la realidad le pasó a Castro la factura. En agosto de 1968, ante la invasión soviética de Checoslovaquia, Fidel se pliega y avala una medida que marcó para siempre el porvenir del socialismo en el mundo y en Cuba. Fue la verdadera consecuencia de la debacle boliviana del Che (Castañeda, 1997: 410).

En este trabajo hemos intentado mostrar cómo el destino de una pequeña corriente obrera internacionalista en Cuba coincidió con el ala radical de la dirección revolucionaria, debido a la creciente adaptación del régimen al estalinismo, si bien el castrismo nunca perdió su carácter de “miembro adoptivo” de la familia estalinista (Draper, 1966: 268) y siguió un derrotero propio que lo caracteriza hasta el día de hoy, un cuarto de siglo después de la restauración del capitalismo en la Unión Soviética.

22. Esta es la tesis de Halperin (1981). Maurice Halperin fue, desde 1962 hasta 1968, profesor de geografía económica en la Universidad de La Habana. Otros historiadores datan el fin del proceso revolucionario dos años después, en 1970, con el fracaso de la “zafra de los diez millones”, una iniciativa anunciada por Castro con el giro en la política económica cubana en noviembre de 1963: “El objetivo inalcanzado de la cosecha de 10 millones de toneladas de hecho representaba más que un fracaso económico. La revolución había fracasado en el intento de generar recursos económicos y políticos para imprimir una cara cubana al socialismo contemporáneo [...] El año 1970 marcó penosamente el final de la revolución” (Pérez-Stable, 1999: 120).

Bibliografía

- Alarcón Ramírez (“Benigno”), Dariel (1997): *Memorias de un soldado cubano: Vida y muerte de la revolución*, Barcelona, Tusquets.
- Alexander, Robert J. (1973): *Trotskyism in Latin America*, Stanford, California, Hoover Institution Press.
- (1991): *International Trotskyism 1929-1985: A Documented Analysis of the Movement*, Durham, Duke University Press.
- (2002): *A History of Organized Labor in Cuba*, Westport, CT, Praeger.
- Anderson, Jon Lee (1997): *Che Guevara: Una vida revolucionaria*, Barcelona, Anagrama, 2013.
- Bayley, Miguel Aguirre (2002): *Che: Ernesto Guevara en Uruguay*, Montevideo, Cauce Editorial.
- Broué, Pierre (1982): “Le mouvement trotskyste en Amérique latine jusqu’en 1940”, *Cahiers Léon Trotsky*, Numéro 11 (septembre 1982), págs. 13-30.
- (1997): *Histoire de l’Internationale Communiste (1919-1943)*, Paris, Fayard.
- Bustos, Ciro (2007): *El Che quiere verte: La historia jamás contada del Che en Bolivia*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- (2013): *Che Wants to See You: The Untold Story of Che in Bolivia*, traducida por Ann Wright y con una introducción de Jon Lee Anderson, London, Verso.
- Caistor, Nick (2013): *Fidel Castro*, London, Reaktion Books.
- Castañeda, Jorge G. (1997): *La vida en rojo: Una biografía del Che Guevara*, México, Alfaguara, 1997.
- Castro, Fidel (1965): “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, resumiendo los actos del V aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución, en la concentración efectuada en la Plaza de la Revolución, el 28 de septiembre de 1965”, en *Política internacional: Revista del Instituto de Política Internacional*, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1965, págs. 225-238.
- (1966): *Política internacional de la Revolución Cubana*, La Habana, Editora Política, Vol. 1.
- (1968): *Comparecencia del comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del Gobierno Revolucionario y primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, para analizar los aconteci-*

- mientos de Checoslovaquia, viernes 23 de agosto de 1968, "año del guerrillero heroico"*, La Habana, Instituto del Libro, 1968.
- CIA (1965): *The Fall of Che Guevara and the Changing Face of the Cuban Revolution*, Central Intelligence Agency Memorandum [by Brian Latell], N° 2.333/65 (18 de octubre de 1965), en Peter Kornbluh (ed.): *The Death of Che Guevara: Declassified*, National Security Archive Electronic Briefing Book N° 5. nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB5
- Coggiola, Osvaldo (2006): *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Razón y Revolución.
- Debray, Régis (1964): "El castrismo: la gran marcha de América Latina", *Pasado y Presente*, N° 7/8, octubre de 1964 - marzo de 1965, págs 122-158.
- Draper, Theodore (1966): *Castrismo: Teoría y práctica*, Buenos Aires, Ediciones Marymar.
- Fanjul, Angel (1979): "The Role of the Trotskyists in the Cuban Revolution", en Adolfo Gilly, Angel Fanjul y José G. Pérez (1981): "Trotskyism and the Cuban Revolution: A Debate", *Intercontinental Press*, 11 de mayo de 1981. Reimpreso en *What Next?*
- Franqui, Carlos (1976): *Diario de la revolución cubana*, París, Ruedo Ibérico.
- .— (1981): *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral.
- Gaido, Daniel y Constanza Bosch Alessio (2015): "Vera Zasulich's Critique of Neo-Populism: Party Organisation and Individual Terrorism in the Russian Revolutionary Movement (1878-1902)", *Historical Materialism*, Vol. 23, N° 4, págs. 93-125.
- Gilly, Adolfo (1965a): *Cuba: coexistencia o revolución*, Buenos Aires, Editorial Perspectivas. (Versión inglesa: *Inside the Cuban Revolution*, New York, Monthly Review Press.)
- .— (1965b): "La renuncia del Che", *Arauco*, Año VI, N° 69, octubre de 1965, págs. 2-9.
- .— (1966): "Respuesta a Fidel Castro", *Arauco*, Año VII, N° 73, febrero de 1966 (también publicado en *Marcha*, Montevideo, Año XXVII, N° 1.293, 18 de febrero de 1966).
- .— (1979): "Open Letter to Jack Barnes on Trotskyism in Cuba", en Adolfo Gilly, Angel Fanjul y José G. Pérez (1981): "Trotskyism and the Cuban Revolution: A Debate", *Intercontinental Press*, 11 de mayo de 1981. Reimpreso en *What Next?*
- González, Ernesto (1999), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Tomo 3: *Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana*,

- Volumen 1 (1959-1963), Buenos Aires, Editorial Antídoto.
- Gott, Richard (1968), “La guerrilla en América Latina”, *Mensaje*, vol. XVII, N° 174, noviembre de 1968, págs. 557-566.
- (1997): “The Ribs of Rosinante: A joint review of *Che Guevara: A Revolutionary Life* by Jon Lee Anderson and *Compañero: The Life and Death of Che Guevara* by Jorge Castañeda”, *London Review of Books*, Vol. 19, N° 16, 21 de agosto de 1997, págs. 3-11.
- Guevara, Ernesto “Che” (1969): *Escritos económicos*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente. Cuadernos de Pasado y Presente N° 5.
- (1979): *El socialismo y el hombre nuevo*, compilado por José Aricó, México, Siglo XXI.
- (2003): *El Gran Debate: sobre la economía en Cuba*, La Habana, Ocean Sur / Centro de Estudios Che Guevara.
- (2004): *Che Guevara presente: Una antología mínima*, Melbourne, Ocean Press.
- (2006): *Apuntes críticos a la economía política*, Melbourne, Ocean Press.
- Halperin, Maurice (1981): *The Taming of Fidel Castro*, Berkeley, University of California Press.
- Hansen, Joseph (1962): “Che Guevara and the Cuban Trotskyists”, *The Militant*, New York, Vol. 26, N° 15, 9 de abril de 1962, pág. 3.
- (1962): *Trotskyism and the Cuban revolution: An answer to Hoy*, reimpresión de *The Militant*, octubre de 1962, New York, Pioneer Publishers.
- Hildermeier, Manfred (2000): *The Russian Socialist Revolutionary Party Before the First World War*, New York, St. Martin's Press.
- Lenin (1902a): “Aventurerismo revolucionario”, *Iskra*, números 23 y 24, 1° de agosto y 1° de septiembre de 1902, en V.I. Lenin: *Obras completas*, Madrid, Akal, 1976, Tomo IV: 1898-1901, págs. 218-240.
- (1902b): “El socialismo vulgar y el populismo, resucitados por los socialistas revolucionarios”, *Iskra*, N° 27, 1 de noviembre de 1902, en V.I. Lenin, *Obras completas*, Madrid, Akal, 1976, Tomo IV: 1898-1901, págs. 291-298.
- (1905): “Socialismo pequeñoburgués y socialismo proletario”, *Nóvaia Zhizn*, N° 9, 10 23 de noviembre de 1905, en V.I. Lenin, *Obras completas*, Madrid, Akal, 1976, Tomo IX: junio-noviembre de 1905, págs. 440-448.
- Lora, Guillermo (1963): “Las guerrillas: la concepción marxista contra el golpismo aventurero” (junio de 1963) (reseña del manual

- del Che Guevara, *La guerra de guerrillas*, 1961), en Lora, *Revolución y foquismo: balance de la discusión sobre la desviación "guerrillera"*, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2011, págs. 105-174.
- (1967): "Revalorización del método de las guerrillas" (octubre de 1967), en Lora, *Revolución y foquismo: balance de la discusión sobre la desviación "guerrillera"*, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2011, págs. 175-282.
- Magri, Julio N. (1972): *El revisionismo en el trotskismo (La disolución del PRT-La Verdad)*, Buenos Aires, Política Obrera, 25 de septiembre de 1972.
- Marie, Jean-Jacques (2003): *Stalin*, Madrid, Ediciones Palabra.
- (2010): *Khrouchchev: La réforme impossible*, Paris, Payot.
- Martin, Gerald (2009): *Gabriel García Márquez: A Life*, New York, Alfred A. Knopf.
- Martínez Heredia, Fernando (1997): *Che, el argentino*, Buenos Aires, Ediciones De Mano en Mano.
- Masetti, Jorge Ricardo (1958): *Los que luchan y los que lloran (El Fidel Castro que yo vi), y otros escritos inéditos*, 2da. Edición, Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2011.
- Moreno, Nahuel (1962): *La revolución latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones Palabra Obrera.
- Oikión Solano, Verónica (2010): "Un encuentro decisivo en la encrucijada revolucionaria. La influencia del PORT en el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre", en Alberto Martín Álvarez, coordinador, *La izquierda revolucionaria latinoamericana*, Colima, Universidad de Colima, págs. 51-89.
- Paterson, Thomas G. (1994): *Contesting Castro: The United States and the Triumph of the Cuban Revolution*, New York, Oxford University Press.
- Pérez-Stable, Marifeli (1999): *The Cuban Revolution: Origins, Course, and Legacy*, 2nd edition, New York, Oxford University Press.
- Plejanov, Georgi (1895): *La concepción monista de la historia*, en Plejanov, *Obras escogidas*, Buenos Aires, Editorial Quetzal, 1964, tomo I, págs. 7-276.
- Rot, Gabriel (2010): *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina: la historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, Waldhuter.
- Soler Martínez, Rafael (1997), *El trotskismo en la revolución del 30*, Tesis, Universidad de Oriente, Facultad de Ciencias Sociales y Hu-

- manísticas, Departamento de Historia, Santiago de Cuba.
- Spartacist* (1965a): “Freedom for Cuban Trotskyists!”, *Spartacist*, N° 3 (enero-febrero de 1965), págs. 1, 12-15.
- (1965b): “Cuban Trotskyists”, *Spartacist*, N° 5, noviembre-diciembre de 1965, pág. 4.
- Stutje, Jan Willem (2009): *Ernest Mandel: A Rebel’s Dream Deferred*, New York, Verso.
- Sweig, Julia E. (2004): *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- Tennant, Gary (1996a): “Una historia del trotskismo cubano, primera parte”, *En defensa del marxismo* N° 14, Buenos Aires, septiembre 1996, págs. 46-60.
- (1996b): “Una historia del trotskismo cubano, segunda parte”, *En defensa del marxismo* N° 15, Buenos Aires, diciembre 1996, págs. 65-80.
- (1997): “El ‘Che’ Guevara y los trotskistas cubanos”, *En defensa del marxismo* N° 18, Buenos Aires, octubre de 1997.
- (1999): *Dissident Cuban Communism: The Case of Trotskyism 1932-1965*, Ph.D. thesis, University of Bradford.
- Toussaint, Eric (2013): “Idalberto Ferrera Acosta (1918-2013), trotskysta cubano” www.prt.org.mx/node/360
- Vázquez-Viaña, Humberto (2008): *Una guerrilla para el Che*, Santa Cruz de la Sierra, Editorial El País.
- Venturi, Franco (1975): *El populismo ruso*, Madrid, Revista de Occidente, 2 vols.
- Workers Vanguard* (1979): “In Defense of the Cuban Trotskyists”, *Workers Vanguard* N° 225 (16 de febrero de 1979), págs. 4-5, 10.
- Zasulich, Vera (2015): “The Terrorist Tendency in Russia (diciembre de 1902)”, traducido y editado por Daniel Gaido y Constanza Bosch Alessio, *Historical Materialism*, Vol. 23, N° 4, págs. 126-147. [Versión original: Wera Sassulitsch, “Die terroristische Strömung in Rußland,” *Die neue Zeit*, N° 21, 1902-1903, 1. Bd. (1903), H. 11 und 12, S. 324-329 und 361-370.]

Revolución y guerra en Vietnam

Por Paulo Wermus*

El 30 de abril de 1975, el gobierno títere de Estados Unidos en Vietnam del Sur fue finalmente derrotado por el Frente Nacional de Liberación, dirigido por el Partido Comunista. Fue un hecho de una trascendencia importantísima para el curso de la historia contemporánea: la primera derrota de una intervención militar directa de la principal potencia imperialista de la historia.

Las aberraciones perpetuadas por los invasores fueron de una escala inédita. Se estima que el ejército norteamericano arrojó más de siete millones de toneladas de explosivos en Vietnam, dos veces más que todos los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. La utilización de armas químicas (napalm y agente naranja) y la destrucción de poblados enteros fueron la expresión de una barbarie nunca antes vista.

La victoria del pueblo vietnamita contra semejante maquinaria de destrucción se enmarca en una época de ascenso revolucionario en todo el mundo. El triunfo de la Revolución Cubana en 1959, el Mayo Francés de 1968, la Primavera de Praga, la Revolución China, la Revolución en Portugal, el Cordobazo en 1969 en Argentina, revueltas

* Es historiador de la Universidad de Buenos Aires

en varios países de Europa, el gran movimiento de protesta en Estados Unidos y la revolución colonial¹.

Asimismo, la victoria del pueblo vietnamita quebró la política de la Unión Soviética del “socialismo en un solo país” y de “coexistencia pacífica” con el imperialismo. Estas doctrinas suplantaban la necesidad de la toma del poder en otros países, por la política de presión sobre las burguesías nacionales para mantener el *status quo* alcanzado en la posguerra. De esta forma, el stalinismo manipulaba la lucha de los oprimidos del mundo según sus objetivos chauvinistas.

En Vietnam, esa política, liderada por Ho Chi Minh, condujo a grandes derrotas. Sin embargo, la victoria fue alcanzada por las condiciones objetivas de la lucha de clases en ese país, aunque se expresaran burocráticamente a través del Partido Comunista.

Stalinismo y trotskismo en la más próspera de las colonias de Francia²

La colonia francesa de Indochina (Vietnam, Laos y Camboya) había sido establecida hacia fines del siglo XIX. En un contexto de fuerte persecución, el 3 de febrero de 1930 Ho Chi Minh fundó el Partido Comunista de Indochina (PCI), fusionando distintas organizaciones políticas³. Su programa estaba inspirado en la teoría de la *revolución por etapas* del stalinismo: “poner fin al imperialismo francés y al feudalismo de los terratenientes” con una “revolución democrática burguesa” (González Jansen, 1978: 146-148).

El comunismo indochino tenía también sus particularidades: entre 1933 y 1937 realizaba un frente único con un grupo trotskista, cuyo principal dirigente era Ta Thu Thau. Este frente se limitaba solamente a actividades legales: participación electoral y la edición de un periódico conjunto llamado *La lutte*, nombre con el que luego se

1. Para un panorama de ese período, véase Pablo Rieznik, Pablo Rabey, Lucas Poy, Daniel Duarte y Diego Bruno (2010): *1968, un año revolucionario*, Editorial de FFyL-UBA, Buenos Aires, 2010. También Chamberlain M. E. (1997): *La descolonización. La caída de los imperios europeos*, Editorial Ariel Historia, Barcelona, España.

2. El subtítulo hace alusión a las declaraciones del entonces ministro francés de Colonias, Albert Sarraut en 1923 (Chamberlain, 1997: 117). Aunque el arroz era la cosecha más importante de Indochina, también producía caucho, azúcar de caña, algodón y café para exportación, había una significativa industria textil y existían yacimientos de hierro, estaño y carbón.

3. Inicialmente se llamó Partido Comunista Vietnamita. Fue una unificación de tres organizaciones: el Partido Comunista de Indochina, el Partido Comunista de Annamey y la Liga Comunista de Indochina.

conocería a esa organización trotskista. También existía otro partido más pequeño que adhería a la Cuarta Internacional conocido como Grupo Octubre, cuyo principal dirigente era Ho Huu Thuong, que a diferencia de *La lutte* se oponía a la política de frente con el PC.

El frente único logró avances importantes. En mayo de 1935, dos trotskistas y dos stalinistas fueron electos al parlamento indochino (Tao, Mai, Tran Van Thach y Ta Thu Thau) consiguiendo cuatro de los seis escaños correspondientes a vietnamitas (Simon Piarini, 1987). Sin embargo, algunas semanas después, el PCI abandonaría la coalición para brindar su apoyo a la administración colonial en consonancia con las directivas políticas del Kremlin.

Con la llegada al gobierno francés del Frente popular (1936-1938), sostenido por el comunismo francés, el PCI viró su política hacia la defensa del gobierno colonialista. El ministro de Colonias francés, general Brévié, así lo relataba: “mientras que los comunistas stalinistas comprendieron, como Nguyen Van Tao, que el interés de las masas *anamitas* los llevaba a acercarse a Francia, los trotskistas, bajo la égida de Ta Thu Thau, no temen empujar a los indígenas a sublevarse con el objetivo de aprovecharse de ello y hacer una guerra de liberación total” (citado en Ngo Van Xuyet, 2001).

A pesar de la persecución desatada por la administración colonial y el stalinismo, el trotskismo logró un gran progreso político. En las elecciones de 1939, en la provincia de Cochinchina en el sur, se realizaron elecciones municipales y los candidatos trotskistas Ta Thu Thau, Tran Van Thach y Pan Van Hum fueron electos con el 80% de los votos, derrotando al PC y otros partidos burgueses. Sin embargo, ese mismo año se declararon ilegales todos los partidos políticos y fueron apresados todos los dirigentes trotskistas, generando una severa dispersión de sus fuerzas.

Justificando la posición del PCI en este período, Vo Nguyen Giap -futuro comandante del Ejército Popular de Vietnam- afirma: “hubo que esperar hasta 1939-41 para que la lucha contra el imperialismo y por la liberación nacional fuera concebida claramente como una tarea primordial” (Giap Vo Nguyen, 2013: 58). Más que una cuestión de “concepciones claras” lo que sucedió fue la disolución del gobierno del Frente Popular francés y la firma del pacto Hitler-Stalin⁴. En este contexto, la URSS incitaba al PCI a atacar al imperialismo francés, ahora su enemigo.

4. El tratado contenía cláusulas de no agresión mutua. El principal elemento era que ninguno de los países celebrantes entraría en alguna alianza política o militar contraria al otro, lo cual implicaba en la práctica que la Unión Soviética rechazaría integrarse a cualquier bloque formado contra el Tercer Reich.

La Revolución de agosto

En plena Segunda Guerra Mundial, Japón invadió Indochina en septiembre de 1940. En 1941, Hitler rompió unilateralmente el tratado e invadió la URSS, eso llevó a Stalin a unirse a los Aliados contra las fuerzas del Eje. Con el trasfondo del frente de los Aliados, el PCI impulsó, en 1941, la conformación del Viet minh (Liga por la Independencia de Vietnam), cuyo programa establecía: “expulsar a los fascistas franceses⁵ y japoneses para restablecer la independencia completa del Vietnam, en alianza con las democracias en lucha contra el fascismo y la agresión” (Ngo Van Xuyet, 2001).

De acuerdo con el comandante Giap, el Viet minh: “reunía, en efecto, las fuerzas patrióticas de todas las clases y de todas las capas sociales, hasta los terratenientes progresistas, todas las nacionalidades del país, mayoritarias o minoritarias, los creyentes patriotas de todas las religiones” (Giap Vo Nguyen, 2013: 33).

Con el financiamiento de la Unión Soviética y China (tanto del PC como del Partido Nacionalista Koumitang), a partir de noviembre de 1941 el Viet minh organizó un primer grupo guerrillero. También recibió asistencia de Estados Unidos en el marco de la guerra contra Japón en el Océano Pacífico. En 1944, la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos, predecesora de la CIA) proveyó armas y brindó entrenamiento a la guerrilla liderada por el PCI (Hess, 1972: 367).

La rendición de Japón, en agosto de 1945, antes de que los Aliados pusieran un pie en la región y un golpe de Estado nipón para mantenerse en el gobierno, generaron un vacío de poder que le planteó al movimiento de liberación nacional una oportunidad única. Lu Sanh Hanh, militante trotskista vietnamita, señaló que “varias horas después [del rendimiento de Japón] (...) desde el norte hasta el sur, desde la ciudad al campo, desde las fábricas a las calles, de una familia a otra, surgió una tormenta social que amenazaba con derrumbarlo todo” (Lu Sanh Hanh, 1947). Se conformaron comités del Pueblo de auto-gobierno y en el campo se inició un movimiento de ocupación de tierras.

Las unidades del Viet minh avanzaron hacia Hanoi y, el 19 de agosto, 200.000 personas encabezadas por Ho Chi Minh tomaron el palacio de gobierno. En Saigon, Tran Van Giau, también del PCI, proclamó un gobierno provisional del Viet minh en el sur. Finalmente, el 2 de sep-

5. La mención de los “fascistas franceses” se debe a que la ocupación japonesa se limitó al ámbito puramente militar, manteniendo la administración francesa que apoyaba al régimen de Philippe Pétain durante la ocupación nazi de Francia.

tiembre, en Hanoi, Ho Chi Minh proclamó la independencia ante medio millón de personas. Nació la República Democrática de Vietnam.

En una parte de la declaración de independencia, redactada por Ho Chi Minh, se decía que “todos los hombres son creados iguales, están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre ellos están el derecho a la Vida, a la Libertad y a la búsqueda de la Felicidad”. Estas palabras textuales de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos eran una clara señal de la política de conciliación con el imperialismo que seguiría el PCI, que conduciría a la primera gran tragedia de esta historia.

Una revolución aniquilada con fusiles y aliados? imperialistas

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en la Conferencia de Potsdam, Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos acordaron el reparto del mundo. A Stalin le correspondía la invasión por el este de Europa y el resto se repartía entre las potencias Aliadas. De este modo, Indochina debía volver a manos francesas. Pero, como Francia no tenía recursos, se estableció que las tropas inglesas tomarían el sur y China jugaría el mismo papel en el norte.

El cumplimiento de ese plan por parte del stalinismo significó la traición a las posibilidades revolucionarias que se habían abierto en Vietnam en la posguerra. Asimismo, este alineamiento con el imperialismo francés se fortaleció aún más con la incorporación del Partido Comunista Francés (PCF) al gobierno de Charles De Gaulle (presidente provisional de Francia entre 1944 y 1946).

Mientras tanto, en el país asiático la revolución seguía su propio curso. En el transcurso de tres semanas, se habían conformado alrededor de 150 comités del Pueblo de auto-gobierno.

Lu Sanh Hanh señala que “graneros, residencias y tierras fueron confiscadas ‘arbitrariamente’ en beneficio de los comités populares. Grandes hacendados y ex funcionarios fueron llevados ante tribunales populares, donde eran juzgados públicamente por los aldeanos. Varios cientos de antiguos servidores, fieles a Francia y al alto mando japonés, fueron decapitados en unos pocos días”. Sin embargo, siguiendo las resoluciones de Potsdam, la acción del Viet minh se orientó a reprimir el alzamiento revolucionario de las masas trabajadoras.

En un comunicado del comisario del Interior del gobierno se sentenciaba: “serán castigados sin piedad aquéllos que hayan empujado

a los campesinos a apoderarse de las propiedades rurales. La revolución comunista que resolverá el problema agrario aún no tuvo lugar. Nuestro gobierno es un gobierno democrático y burgués, aunque los comunistas estén en el poder” (Ngo Van Xuyet, 2001).

En contraposición a esta política, las organizaciones trotskistas fueron a fondo con la lucha popular. En un manifiesto repartido el 24 de agosto, el *Grupo Octubre* señalaba: “Los stalinistas de la Tercera Internacional ya han abandonado a la clase trabajadora con el fin de dar apoyo miserablemente a los imperialistas ‘democráticos’. Han traicionado a los campesinos y han dejado de mencionar la cuestión agraria. Si hoy marchan con los capitalistas extranjeros, entonces en el próximo período ayudarán a las clases explotadoras nativas a aniquilar al pueblo revolucionario. ¡Trabajadores y campesinos! ¡Reagrúpanse bajo la bandera del partido de la Cuarta Internacional!” (Lu Sanh Hanh, 1947).

En el norte, como se había acordado, ingresaron las tropas del Koumintang chino, recibieron la rendición japonesa en el norte y finalmente reconocieron al Viet minh como gobierno. La generosidad china tenía una explicación: el gobierno provisional había decidido incluir a su hermano, el partido Quoc Dan Dang (el Kuomintang vietnamita).

En el sur, el ingreso de las tropas británicas fue mucho más combatido. La ocupación de tierras y los enfrentamientos con los colonos franceses se habían intensificado desde la declaración de independencia. El 7 de septiembre, el gobierno provisional de Tran Van Giau dio la orden de desarmar a todas las organizaciones no-gubernamentales. El decreto sentenciaba: “aquellos que llaman al pueblo a armarse y sobre todo a pelear contra los aliados imperialistas serán considerados provocadores y saboteadores” (Lu Sanh Hanh, 1947).

El PCI procedió a la clausura de los comités del Pueblo, asesinando a centenares de luchadores populares. Ta Thu Thau, Tran Van Thach, Phan Van Hum y la mayoría de los dirigentes de *La lutte* fueron asesinados por el Viet minh entre septiembre y octubre de 1945. A su vez, fueron arrestados y asesinados en masa centenares de militantes trotskistas⁶.

6. Ta Thu Thau, asesinado en Quang Ngai en septiembre 1945; Le Van Vung, asesinado el 16 de septiembre de 1945 con colaboración del Viet minh; Ho Vinh Ky, asesinado por el Viet minh en septiembre de 1945; 210 trotskistas asesinados en Thi Nghe en septiembre de 1945 por tropas británicas; decenas de trotskistas asesinados en un arresto masivo del Viet minh en octubre de 1945; Huynh Van Phuong, asesinado por el Viet minh en 1945; Phan Van Chanh, Tran Van Thach, Phan Van Hum, Huynh Van Phuong, Nguyen Thi Toi, Hinh Thai Thong y otros líderes de *La Lutte*, asesinados por el Viet minh en octubre de 1945; Tran Dinh Minh, asesinado por tropas francesas en 1946 con la colabo-

El general británico Douglas D. Gracey, quien lideró las tropas que desembarcaron en Vietnam, confesaba: “a mi llegada fui recibido por el Viet minh, me dieron la bienvenida... Fue una situación desagradable, y rápidamente les di una patada. Eran todos comunistas” (en Springhall John, 2005: 115). Desde su arribo, el 13 de septiembre de 1945, Gracey tardó pocos días en tomar el control de Saigon. Con sólo tres divisiones de infantería ocupó los edificios estratégicos de la ciudad y decretó el estado de sitio. Finalmente, el 5 de octubre ingresaron las primeras fuerzas expedicionarias francesas al sur de Vietnam equipados con artillería norteamericana. Luego de algunos enfrentamientos el Viet minh se reclinó en el Norte.

La “Unión Francesa”

Justificando al PCI, Giap señala: “¿quién era el agresor?... Al comienzo, dada la participación de elementos progresistas en el gobierno francés, tácticamente teníamos que denunciar como enemigos a los ultracolonialistas franceses. Pero después, y sobre todo desde 1947, en que el gobierno francés llegó a ser claramente reaccionario, el agresor extranjero fue, sin ambigüedad posible, el imperialismo francés” (Giap Vo Nguyen, 2013: 75-76).

Siguiendo esta política de apoyo a los denominados “elementos progresistas”, la tragedia de Saigon tenía ahora su réplica en el norte. El 6 de marzo de 1946, Ho Chi Minh firmaba un acuerdo autorizando el ingreso de tropas francesas en el norte, y el país galo se comprometía a reconocer a Vietnam como “Estado libre”, pero dentro de la Unión Francesa.

Como había sucedido en el sur, el imperialismo francés no respetó el acuerdo e inició ataques en todo el territorio, expulsando finalmente al gobierno del Viet minh de Hanoi hacia la región montañosa del Viet Bac. La Unión Francesa, para Francia, consistía en la instalación de gobiernos títeres en las colonias, sin intromisión soviética.

Esta inmensa derrota forzó al PCI a un cambio de estrategia, pendulando ahora entre las directivas soviéticas y la realidad objetiva imperante. Este nuevo rumbo se reforzaba fuertemente con el triunfo de la revolución china de Mao en 1949. Se iniciaban siete años de guerra de guerrillas contra Francia.

ración del Viet minh; Le Ngoc y Nguyen Van Ky, asesinados por el Viet minh en enero de 1946; Nguyen Huong, asesinado por la policía stalinista en julio de 1946. De acuerdo con el registro de Simon Pirani (1986).

La reforma agraria y la victoria de Dien Bien Phu

La cuestión agraria era un problema fundamental para una población mayoritariamente campesina. Inicialmente, el PCI combatió la ocupación de tierras en agosto de 1945, cuando el Viet minh tomó el poder del Estado. Justificando esta posición, el comandante Giap señala que por “influencia de nociones confusas” la reforma agraria recién fue impulsada en 1952-1953 en los territorios liberados (Giap, 2013: 77).

Más que “nociones confusas”, el cambio de punto de vista respecto al pasado se debió al fracaso de la alianza con el imperialismo. O se profundizaba una transformación social de los medios de vida del campesinado o el Lien Viet (homónimo del Viet minh) se aislaba totalmente. Este cambio implicó que en las zonas bajo control el Lien Viet se confiscaron tierras para su repartición y se anularon las deudas de los campesinos. “Gracias a esas medidas, la combatividad de millones de campesinos fue poderosamente estimulada” (Giap, 2013: 77).

El afianzamiento logrado por los repartos de tierra contrastaba con la situación de los franceses que, a pesar de constituir un gobierno títere nativo, no lograban consolidar sus posiciones territoriales.

Los avances guerrilleros culminaron en la famosa batalla de Dien Bien Phu (1953-1954). Después de 55 días de combate, el Ejército Popular de Vietnam destruyó el campo atrincherado francés más poderoso, apoderándose de toda la provisión de armamento.

La conferencia de Ginebra: dividir Vietnam

En un cuadro de derrota de las fuerzas de ocupación, se discutió en Ginebra, en 1954, un acuerdo de “alto el fuego”. Las conversaciones de Ginebra formaban parte de negociaciones más amplias entre Unión Soviética, República Popular China y Estados Unidos sobre el fin de la guerra de Corea. Allí acordaron que Laos y Camboya pasarían a ser reinos independientes, y Vietnam se dividiría a la altura del paralelo 17. Asimismo, se acordó que se realizarían elecciones para la reunificación del país, en 1956, y se retirarían las tropas francesas.

La URSS y el imperialismo buscaban dividir el territorio como en Corea y en Alemania: realizar elecciones dos años después con el Lien Viet replegado en el norte era una utopía⁷.

7. El historiador Jonathan Neale reproduce un testimonio de un desertor comunista, quien sostenía: “tenían la certeza de que las elecciones nunca se celebrarían, pero este tema nunca se discutía en los niveles más bajos para no diezmar la moral y para no contradecir

En un artículo del *New York Times* del 24 de julio de 1954 se señalaba que “varios miembros de la delegación vietnamita declararon abiertamente que la presión del premier comunista (chino) Chou En Lai y del ministro soviético Viacheslavo Molotov, forzaron a su régimen a aceptar menos de lo que legítimamente hubiera podido obtener” (Mandel y otros, 1979: 39).

Nuevamente, esta línea de intervención stalinista condujo a un callejón sin salida. El gobierno títere no sólo no cumplió con lo pactado en Ginebra, sino que inició una cacería de todo opositor a su régimen, sostenido directamente por Estados Unidos. Como señaló críticamente Ernesto “Che” Guevara en 1964: “Francia burló todos los acuerdos y llevó a una situación de extrema tensión a todo el país. Los métodos pacíficos y racionales de resolver las controversias fueron demostrando su inutilidad, hasta que el pueblo tomó la vía de la lucha armada” (citado en Giap Vo Nguyen, 2013: prólogo).

Estados Unidos ataca Vietnam

La fase norteamericana de la guerra tiene su inicio formal en agosto de 1964, con el arribo masivo de tropas, aunque ya desde Ginebra había empezado el relevamiento de Francia.

En 1952, el Consejo Nacional de Seguridad norteamericano había hecho una declaración sobre su necesaria incumbencia en la guerra: “la pérdida de cualquiera de los países del sudeste asiático que cayeran ante la agresión comunista tendría graves consecuencias (...) a ello seguiría un progresivo alineamiento con el comunismo del resto del sudeste asiático” (Velásquez, 1989: 462-463).

En el punto más alto de la etapa norteamericana de la guerra se contabilizaron medio millón de soldados invadiendo el país asiático. Estas tropas y el financiamiento de Estados Unidos eran el principal sostén del gobierno títere de Ngo Dinh Diem en el sur, que también contaba con el apoyo de toda la clase terrateniente del sur. A cambio, Diem les facilitaba el ejército local para la recolección de la renta que pagaban los campesinos, estimada entre un 40 y 60% de la cosecha (Geier, 1999). Esta situación contrastaba con los territorios controlados por el Frente Nacional de Liberación (FNL) -fundado en 1960 como homónimo en el Sur del *Lien Viet*-, que sólo recaudaba el 10%, creando un apoyo

las afirmaciones públicas del Partido de que los Acuerdos de Ginebra habían supuesto una gran victoria para el Partido” (Neale, 2003: 45).

campesino enorme para la insurgencia comunista (Geier, 1999).

La heroica resistencia del pueblo de Vietnam, en contraste con las aberraciones de la ocupación, generó un movimiento mundial en su apoyo, con epicentro en Estados Unidos. Los movimientos de protesta habían ganado terreno en la década de 1960, en la lucha por los derechos civiles de la clase obrera negra. El boxeador Mohamed Ali, quien fue despojado de su título de campeón por negarse a prestar servicio militar, graficó claramente el carácter social y racial de la guerra: “mandan negros a matar amarillos para que blancos se puedan quedar con la tierra que le robaron a los rojos” (citado en García, 1988: 46).

La ofensiva del Tet: se quiebra la tropa norteamericana

En la ofensiva del Tet⁸ de 1968, el FNL movilizó 100.000 hombres sobre Saigón y 36 capitales provinciales para comenzar una lucha por las ciudades. La ofensiva no fue exitosa militarmente, debido al salvajismo del contraataque norteamericano: “solamente en Saigón, las bombas americanas mataron 14.000 civiles. La ciudad de Ben Tre se volvió emblemática del esfuerzo norteamericano cuando el mayor que la retomó anunció que ‘para salvar la ciudad, tuvimos que destruirla’” (Geier, 1999).

Estados Unidos logró reconquistar todas las ciudades, pero había sufrido una derrota política. El Tet demostró que el FNL tenía el total apoyo de la población. El ejército sudvietnamita había entregado ciudades enteras sin disparar un solo tiro, entregado en algunos casos grandes suministros de armas. Pero también fue la gota que rebalzó el vaso dentro del ejército norteamericano.

Una contradicción de los ejércitos imperialistas es que se sostienen con tropas de la clase trabajadora, que pese a cualquier confucionismo ideológico y/o sentimiento de patriotismo, no tienen un interés material en la conquista. Esta contradicción tiene el potencial para destruir ejércitos.

En el año 1968 se registraron 68 motines de soldados. En 1970, solamente en la Primera División de Caballería, hubo 35 actos de rechazo al combate. “En octubre de 1971, la policía militar aeronáutica tomó por asalto una base para proteger a un oficial que había sido el blanco de repetidos atentados (...) La base fue ocupada por una semana antes que el mando fuera restaurado” (Geier, 1999).

8. El Tet era el primer día del año nuevo vietnamita y, hasta 1968, lo habitual era que la guerrilla suspendiese las actividades.

En total se contabilizaron entre 800 y 1.000 atentados contra oficiales usando explosivos. El impacto político del motín fue sentido muy lejos de Vietnam, como lo reflejara H.R. Haldeman, jefe de equipo del presidente Nixon: “si las tropas se amotinan, no se puede seguir una política agresiva” (Geier, 1999).

Los Acuerdos de París: reafirmar la división del territorio

El 27 de enero de 1973 se firmó en París un tratado similar al de 1954. Allí se estableció el respeto de las unidades territoriales establecidas en Ginebra, la retirada de las tropas de Estados Unidos en 60 días y que la reunificación de Vietnam se realizaría paso a paso a través de métodos pacíficos sobre la base de acuerdos entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur.

Como era de esperar, todo lo firmado fue violado por el gobierno títere del sur, como ya había sucedido con los otros acuerdos del pasado. Simplemente, lo que buscaba Estados Unidos era tiempo para realizar un retiro ordenado de sus tropas y fortalecer el Estado de Saigón por su propia cuenta. A esto lo denominaron “vietnamización” de la guerra.

Entonces, ¿qué llevó al comunismo vietnamita a firmar, casi 20 años después, un tratado similar al de Ginebra, con los antecedentes mencionados?

En primer lugar, el gobierno de Estados Unidos inició un bombardeo sin precedentes para inclinar la balanza militar a su favor, llegando incluso a minar el puerto de Haiphong en el norte. Asimismo, impulsó un golpe militar en Camboya instalando un régimen títere similar al de Saigón, para afianzar su incumbencia en toda la región. En segundo lugar, Estados Unidos, en un cuadro mundial caracterizado por rebeliones en muchas partes del globo, realizó un cambio de estrategia política que consistió en un mayor acercamiento y colaboración con la Unión Soviética⁹ y China¹⁰.

9. El líder soviético, Leonidas Brézhnev estaba en la misma sintonía: “sería cosa anormal que suscribiéramos un acuerdo referente a la articulación de nuestras relaciones, conforme a los principios de la coexistencia pacífica, sin fomentar a la vez el comercio y los vínculos económicos de nuestros países” (Godoy, 1974: 31).

10. El acercamiento entre la China y Washington se había iniciado desde 1960. Florencia Rubiolo sostiene que “China, nuevamente con temores de perder su preeminencia en la región, no quería ver un estado de Indochina unificado bajo el poder de Vietnam del Norte, y respaldado por la URSS (Rubiolo, 2007). Asimismo, el Partido Comunista chino comenzó a promover a los sectores más antivietnamitas dentro del comunismo del sudeste asiático, como el grupo de Pol Pot en el Partido Comunista de Camboya (PCK).

Tres hechos hablan por sí solos: el 21 de febrero de 1972, el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, hizo una visita oficial a Pekín, la capital china, en pleno bombardeo de Vietnam; por su parte, la URSS no se quedó atrás y, el 22 de mayo de 1972 se produjo la primera visita oficial de un presidente de los Estados Unidos a ese país. Como gesto soviético, el 18 de junio de 1973, el secretario general del Partido Comunista Soviético, Leónidas I. Brézhnev, realizó también su visita a Estados Unidos.

Con la idea stalinista de la “edificación socialista” fronteras adentro, la URSS y China utilizaban la lucha de clases mundial como moneda de cambio con el imperialismo para su propio beneficio, nada les importaba el pueblo del sudeste asiático.

El imperialismo es derrotado: conclusiones de una larga lucha

En lo que va de 1973 a 1975, a pesar de las directivas del bloque socialista, la unificación de Vietnam se abrió paso por la respuesta popular a la incesante ofensiva del imperialismo y del régimen títere de Nguyễn Văn Thieu (presidente de Vietnam del Sur entre 1965 y 1975). Más allá de lo que la Unión Soviética pudiera ordenar al FNL, la pujanza vietnamita respondía a presiones objetivas de una realidad más allá de su control.

En primer lugar, la “coexistencia pacífica” siempre fue una política exclusiva de Moscú, el imperialismo nunca disminuyó su asedio a los pueblos del mundo. La fase actual del capitalismo se caracteriza por una lucha permanente por el reparto del mundo entre Estados imperialistas y entre monopolios financieros. Es una “tendencia inevitable del capital financiero a ampliar el territorio económico y aún el territorio en general” (Lenin, 1966: 106). La aceptación del *status quo* por parte de las potencias imperialistas es, por tanto, de carácter temporal, limitado. Este es el trasfondo material, hace utópica a la teoría de la “coexistencia pacífica”; ése es el trasfondo de la imposibilidad de establecer un compromiso con Vietnam del Sur y Estados Unidos.

En segundo lugar, la guerra civil en el sur no se podía detener con un expediente diplomático, respondía a intereses de clase irreconciliables. El Estado de Saigón se basaba en el entrelazamiento de la clase terrateniente con el invasor extranjero. Esto generaba un vínculo indisoluble entre la lucha antiimperialista y la más esencial de las reivindicaciones populares.

La guerra se convirtió en una revolución social por los intereses materiales de los campesinos y trabajadores que estaban en juego; fue una insurrección popular permanente. El historiador Jonathan Neale relata cómo, en un alzamiento en Ben Tre, las “masas prácticamente desarmadas tomaron en poco tiempo gran parte de la provincia; la tierra fue distribuida durante la revuelta. La fórmula funcionó en todas partes, y pronto dio al Partido una amplia presencia y poder (...) En pocos meses, el poder cambió de manos en Vietnam” (Neale, 1930: 50).

La inexistente “coexistencia pacífica” por parte del imperialismo y la propia lucha de clases fueron las condiciones objetivas que empujaron para delante el triunfo sobre el régimen títere de Estados Unidos.

El 30 de abril de 1975, el FNL ocupaba Saigón, se producía una victoria definitiva del pueblo vietnamita, aunque la victoria significara el ascenso al poder de una dirección independizada de su control y, por lo tanto, políticamente burocratizada, amén de su ideología stalinista.

A pesar de su combatividad, la clase trabajadora vietnamita no podía improvisar en el campo de batalla una dirección distinta a la existente. Inicialmente, el exterminio en masa de las organizaciones trotskistas, en la revolución de 1945, aseguró el control del stalinismo, que condujo la insurrección a su derrota. Posteriormente, cada avance en el campo de batalla fue entregado al imperialismo de acuerdo con el interés chovinista de la burocracia que gobernaba a la URSS. A su vez, todas estas capitulaciones fortalecían la dependencia de la dirección política de ese fracaso: la soviética.

El Estado Obrero que se alzó tras la derrota del imperialismo en Vietnam no duraría mucho tiempo: luego de algunas medidas de colectivización de tierra e industrias -impuestas por las condiciones del propio triunfo-, se encaminó hacia una restauración capitalista a imagen y semejanza de todos los Estados Obreros burocratizados stalinistas. Es decir, a su disolución (Oviedo, 1996). La histórica y decisiva victoria del pueblo vietnamita contra el imperialismo fue conducida, entonces, hacia un callejón sin salida.

Bibliografía

- Chamberlain, M. E. (1997): *La descolonización. La caída de los imperios europeos*. Editorial Ariel Historia, Barcelona.
- Cohen, William B. (1972): “The colonial policy of the popular front”, *French Historical Studies*, Vol. 7, N° 3 (primavera de 1972).

- Declaración de Independencia de Estados Unidos, disponible en: www.libertad.org/declaracion-de-independencia-de-estados-unidos-de-america
- Furtak, Robert K. (1966): “Revolución mundial y coexistencia pacífica”, *Foro internacional* Vol. 7, N° 1-2. El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales.
- García, Daniel (1988): “Protesta y política: los movimientos anti-guerra en Estados Unidos 1965-1975”, *Historia Crítica* N° 1. Bogotá.
- Geier, Joel (1999): “Vietnam: la rebelión de los soldados”, *International Socialist Review* N° 9.
- Giap Vo Nguyen (2013): *Guerra del pueblo. Ejército del Pueblo*. Editorial Cienfuegos, Ituzaingó, Argentina.
- .— y otros (2013): *Los orígenes de la revolución vietnamita: 1930-1945*. Editorial RyR, Buenos Aires, Argentina.
- Godoy, Horacio H. (1974): “Los acuerdos entre los Estados Unidos y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas”, *Estudios Internacionales* N° 7.
- Guevara, Ernesto “Che” (1967): *Crear dos, tres... muchos Viet-Nam, es la consigna*, disponible en www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm
- Hess, Gary R. (1972): “Roosevelt and Indochina”, *The Journal of American History*, Vol. 59, N° 2, septiembre.
- Jansen González, Ignacio (1978): “IV Congreso del Partido Comunista de Vietnam”, *Estudios de Asia y Africa*, Vol. 13, N° 1 (36) (enero-abril de 1978).
- Lenin, Vladimir Ilich (1966): *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, China.
- Lu Sanh Hanh (1947): “Algunas etapas de la revolución en el sur de Vietnam”, *Quatrième Internationale*, septiembre/octubre de 1947.
- Mandel, Maitán, Feldman, González y otros (1979): *¿Indochina: guerra entre Estados obreros?* Editorial Partido Socialista de los Trabajadores de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Morris, Stephen J. (1999): *The Soviet-Chinese-Vietnamese Triangle in the 1970s: The View From Moscow*. Paul H. Nitze School of Advanced International Studies, Johns Hopkins University, Working Paper N° 25, Washington D.C.
- Neale, Jonathan (2003): *La otra historia de la guerra de Vietnam*. Editorial El Viejo Topo, España.
- Ngo Van Xuyet (2001): “Una guerra de cien años”, *Les Cahiers du*

- Mouvement Ouvrier*, N° 16, CERMTRI, diciembre de 2001-enero de 2002, disponible en www.marxists.org/espanol/ngo/2001/octubre20.htm
- Oviedo, Luis (1996): “Vietnam, adelante de China”. *En defensa del marxismo* N° 11, abril.
- Pirani, Simon (1986-1987): *Vietnam & Trotskyism*, publicación de la Communist League de Australia, disponible en www.marxists.org/history/etol/document/vietnam/pirani/blunden.htm
- Rieznik, Pablo; Pablo Rabey; Lucas Poy; Daniel Duarte y Diego Bruno (2010): *1968, un año revolucionario*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Buenos Aires.
- Rubiolo, Florencia (2007): *China y Vietnam: las conflictivas relaciones*, Centro Argentino de Estudios Internacionales.
- Springhall, John (2005): “‘Kicking out the Vietminh’: How Britain Allowed France to Reoccupy South Indochina 1945-46”, *Journal of Contemporary History*, Vol. 40, N° 1 (enero de 2005).
- Trotsky, León (1973): *La revolución traicionada*. Editorial El Yunque, Buenos Aires.
- Velásquez, Sebastián Lamoyi (1989): “La teoría del dominó en el sudeste asiático: el caso de Vietnam”, *Estudios de Asia y Africa*, Vol. XXIV, N° 3.

La “Historia de la Revolución Rusa” como manual para el historiador

Por Guillermo Kane*

El objetivo de este trabajo es explicitar los alcances de la *Historia de la Revolución Rusa*, de León Trotsky, como hito historiográfico. O sea, como modelo metodológico y teórico para una forma de hacer historia, utilizando el método científico del marxismo. La apelación a las herramientas del marxismo para examinar un hecho histórico no agota en sí mismo la forma concreta de hacer historia. El marxismo debe traducirse en criterios metodológicos específicos para aproximarse al análisis de los hechos. Antes de Trotsky, pero sobre todo después, ha habido infinidad de historiadores que han colocado sus obras bajo la bandera del marxismo, pero con aproximaciones disímiles y, en muchos casos, menos satisfactorias que la de Trotsky, frente a los problemas críticos de la historia como disciplina científica.

Aún a 85 años de su publicación, esta obra constituye una forma original de encarar su objeto de estudio, que es importante poder desmenuzar para que sirva como punto de partida de una historia como ciencia de la sociedad contemporánea y de sus convulsiones sociales. Sería imposible separar a la *Historia de la Revolución Rusa* como

* Guillermo Kane, historiador y militante del Partido Obrero, además es diputado por el Frente de Izquierda en la Legislatura de la provincia de Buenos Aires.

estudio científico de las condiciones de su aparición, del significado histórico de la Revolución de Octubre y del rol de su autor en la revolución de 1917 y en la historia revolucionaria posterior. El hecho de que su autor sea uno de los dirigentes históricos de la revolución rusa, desterrado por la casta burocrática que, dirigida por José Stalin, se hace del poder en la Unión Soviética, y sometido a una campaña de calumnias que se completaba en el terreno histórico con una falsificación sistemática de los hechos¹, obviamente hace de esta obra un elemento de disputa y lucha política sobre el registro verídico de los hechos, así como de su análisis y valoración. Esta disputa era mantenida por Trotsky en dos frentes, tanto con los políticos y académicos de las clases sociales que dominaron Rusia antes de la revolución de octubre, como con la burocracia que se había instalado después en el poder y lo estaba sometiendo al exilio y la persecución.

Sin embargo, lejos está la *Historia de la Revolución Rusa* de constituir un panfleto de reivindicación individual de Trotsky para salvar su buen honor. Un autor hostil a la perspectiva bolchevique como Robert D. Warth, un importante especialista en historia rusa en las universidades de Estados Unidos durante la etapa de la guerra fría, opuesto a los análisis de Trotsky e incluso a la concepción de que la historia pueda ser considerada genuinamente una ciencia, calificó a “la contribución de Trotsky a la historiografía de la Revolución (Rusa) como una obra maestra literaria” (Warth, 1967: 254), y “una obra que probablemente se mantenga como un clásico de la historia literaria”, que “combina la hábil propaganda política con la historia de primer nivel” (Warth, 1948: 41, 34).²

Cabe preguntarse si un protagonista directo -además tan central a los hechos en cuestión, presidente del Soviet de Petrogrado en el momento de la toma del poder, luego comisario de Guerra al frente del Ejército Rojo- podría realizar una obra histórica válida, no como fuente sino como análisis. En los textos citados, Warth, historiador crítico de la obra, reconoce que Trotsky ha evitado transformar el libro en unas memorias que generalicen sus experiencias, “ostensiblemente relegando su propio rol protagónico en la revolución, al punto de que se vuelve una clara propensión en el sentido contrario” (Warth, 1948: 35).

1. Como escrito más específico de polémica con las versiones de la academia estalinista de la revolución de octubre, ver Trotsky (1929).

2. La hostilidad de Warth hacia Trotsky es explícita en este texto, donde considera que era un “revolucionario frustrado”, con un “odio casi paranoico hacia Stalin”, que dedicaba sus escritos a “ataques directos o indirectos a la Unión Soviética”.

La historia como ciencia de la sociedad moderna

Desde el prólogo de la *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky hace explícita la pretensión de objetividad científica de la obra y los términos en que la entiende. Aclara que trabajará investigando fuentes y no desde la memoria directa³, y que su posición política, “en función de historiador, sigue adoptando el mismo punto de vista que en función de militante ante los acontecimientos que relata” (Trotsky, 1997: 10). Distingue la diferencia entre hacer historia desde su posición política revolucionaria y hacer una apología de su posición. Rechaza como valor la “imparcialidad” histórica en boga entre los historiadores tradicionales de las instituciones burguesas y propone juzgar la elaboración histórica por su capacidad para explicar “por qué las cosas se sucedieron de ese modo y no de otro (...) su misión consiste precisamente en sacar a la luz (las) leyes (que gobiernan los sucesos históricos)” (ídem: 10). Este punto de partida se define por oposición directa al historicismo clásico de Leopold von Ranke y sus continuadores, que instalaron a la historia como un contenido científico aceptado y requerido por los ámbitos académicos y estatales, rechazando adoptar posiciones políticas o filosóficas abiertas que “condicionaran” su investigación de fuentes documentales (Iggers, 1995: 27). Esta supuesta imparcialidad mal puede esconder la defensa de la sociedad de clases que conlleva la visión positivista del Estado como organismo de desarrollo social necesario, como la forma de verdadera historia de la sociedad humana, teniendo como único modelo a Europa, y como valores los de la burguesía que constituyó allí el capitalismo (ídem: 28-29).

Posiciones similares podrían atribuirse al naturalismo positivista. Hippolyte Taine plantea, en su obra clásica *Los Orígenes de Francia*, que “el historiador debe conducirse como naturalista (...) como ante la metamorfosis de un insecto” y considera que la caída del Antiguo Régimen en Francia consistió en que “la multitud sublevada rechaza a sus conductores naturales (...) cuando el pueblo prefiere los enemigos de la ley a los defensores de ella, la sociedad se descompone” (Taine: 6, 520, 523). Se podrían citar infinitas muestras del carácter reaccionario de la ideología de los historiadores burgueses que se pretendieron y se

3. Trotsky hace explícito en varios puntos cuál es el cuerpo de fuentes con el que ha trabajado y las referencias a las fuentes particulares son frecuentes en la *Historia de la Revolución Rusa*. Sin embargo, la lectura del texto, sobre todo para el lector no académico, ha sido mejorada significativamente por su opción de evitar un aparato erudito al estilo académico tradicional.

pretenden imparciales. Trotsky rechaza expresamente la tendencia de historiadores como Taine a estudiar los grandes movimientos populares excluyendo sistemáticamente las posiciones de estos mismos de las posibilidades de análisis (Trotsky, 1997: 157).

La reivindicación de Trotsky de la necesidad de que la historia estudie el proceso social en su conjunto y pueda sacar conclusiones sobre regularidades y leyes choca con los límites que se han impuesto otras corrientes historiográficas. La búsqueda de formular las leyes de nuestra sociedad supera completamente al historicismo clásico, que se limitaba a considerar la tarea científica como la posibilidad de conocer la veracidad de sucesos pasados que no se presencian directamente mediante el análisis y crítica de fuentes documentales⁴.

La preocupación por trascender lo específico del episodio que se está estudiando e indagar el alcance general que pueda tener un hecho universal por definición como es una revolución, diferencia a Trotsky también de aquéllos que sucesivamente han ido cuestionando el carácter científico de la ciencia, la posibilidad de definir leyes, aunque sea aproximadas, que gobiernen la historia. Estas posiciones, cargadas de lo que Pablo Heller (1999) ha llamado con mucha precisión “oscurantismo posmoderno”, dominaron por largos años la disciplina histórica, bajo la forma de “giro lingüístico”, reduciendo la historia al relato literario o el análisis de discursos, planteando que la realidad histórica era absolutamente relativa y, por ende, intangible. Este movimiento anticientífico dio lugar al predominio de micro-historias, donde predomina lo estrechamente local o el estudio de caso aislado, y las historias culturales, dominadas por los intentos de observación antropológica o cultural⁵.

La obra que estamos examinando, siendo bastante extensa, con sus 800 a 1.000 páginas según su edición, concentra su desarrollo en la examinación detallada de los ocho meses que transcurren de febrero a octubre de 1917, sobre todo en Petrogrado. A pesar de diferir entonces de tratados históricos clásicos mucho más abarcadores (historias universales, de las naciones o los pueblos, etcétera), esta obra está muy lejos de la llamada microhistoria, de un estudio específico de sucesos locales, de estudios de caso que puedan ser abarcados extensivamente,

4. Langlois (1913) es uno de los clásicos de la crítica de fuentes como razón de ser de la disciplina histórica, en tanto forma indirecta de conocer hechos pasados.

5. Ver Iggers (1995: 84-105), sobre la influencia del posmodernismo en las tendencias históricas de la última parte del siglo XX; sobre la influencia específica del posmodernismo en la historiografía de la revolución rusa ver el apartado “Perestroika y posmodernismo” en Poy y Scheinkman (2009).

saturando de fuentes una pequeña parcela (de tiempo, población o territorio) de la historia. La amplitud de la obra se la da el hecho de hacer un análisis sistemático de uno de los grandes episodios de la historia universal, y en particular, el estudio de la dinámica de la acción política de las masas en el curso de la revolución.

Una historia para la época de la revolución proletaria

La singularidad de la Revolución Rusa de 1917 es que marca el pasaje de la época de la revolución burguesa a la de la revolución proletaria, después de importantísimos ensayos generales de revueltas obreras contra la burguesía, como en Francia en junio de 1848, y de embriones de gobiernos obreros, como la Comuna de París en 1871 y los soviets en la Revolución Rusa de 1905. La impronta de la clase obrera como protagonista central de los hechos históricos invalida la forma dominante de hacer historia, llamada "historia política" por ocuparse, casi excluyentemente, de los gobernantes y las instituciones de Estado; es decir, una historia del gobierno de las clases dominantes. La historia de las grandes personalidades y próceres, colocados por encima del pueblo explotado, no podía dar cuenta de la rebelión subterránea que había barrido a todos aquellos de la escena.

Trotsky parte de la especificidad de las revoluciones como hecho histórico, "la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos" (Trotsky, 1997: 7). Las acciones y hechos relativos a las masas oprimidas, mucho menos documentadas que las de las clases ilustradas, requieren otros métodos de investigación y otras fuentes. Para poder estudiar la "irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos", Trotsky considera clave poder estudiar la psicología y la conciencia de las masas, de manera que se pueda sondear la contradicción entre la constante histórica que tiende a empujar a las clases explotadas a sostener las instituciones existentes y las condiciones excepcionales (situaciones revolucionarias) en las cuales la ruptura con las instituciones existentes pone en pie un movimiento que va sometiendo a prueba, por aproximaciones sucesivas, los programas y organizaciones que se candidatean como salida a la crisis social.⁶ Trotsky plantea el objetivo

6. Trotsky le da un carácter de ley histórica general a la afirmación de que, fuera de la excepcionalidad de las situaciones revolucionarias, prima en las masas un carácter conservador. Esto lo relaciona no sólo con el carácter de irrupción violenta que toma la acción de las masas una vez que se produce el quiebre, sino con el peso de la ideología de la clase dominante en los propios obreros y demás explotados (la versión clásica de este problema puede leerse en *La ideología alemana*, texto de Karl Marx y Friedrich Engels, de 1846) y con la necesidad de un partido revolucionario que pueda preparar políticamente la ruptu-

de comprender a los partidos y dirigentes en función de su relación con las masas. La actividad de las masas no depende de la existencia de las organizaciones políticas pero, sin éstas, esa energía se disipa, “cual vapor sin ser contenido en una caldera”, según la metáfora que emplea Trotsky (1997: 9).

Una historia política para las masas insurreccionales

De modo que, si bien la historia de Trotsky rompe con la historia tradicional –en tanto historia de las individualidades sobresalientes del campo estatal– es, sin duda, una historia profundamente política. “Hemos aspirado en estas páginas a demostrar cómo actuaron las fuerzas sociales de Rusia sobre los acontecimientos de la revolución. Hemos seguido la actuación de los partidos políticos en relación con las clases.” La dinámica de la revolución se resume en cómo “antes de que el proletariado subiera al poder, la vida se encargó de someter a prueba y desechar por inservibles todas las demás variantes del proceso político” (Trotsky, ídem: 121). Bien entendido el planteo, la preocupación de Trotsky es cómo se ligan los programas y los partidos a la conciencia de la clase. O sea, cuál es la dinámica con que se integran las condiciones objetivas y subjetivas para que las masas decidan emprender una lucha revolucionaria. Una historia despolitizada, que minimice o se abstraiga de la intervención partidaria, sólo sirve para negar el protagonismo colectivo. Sin el análisis de la conciencia política que permite a las masas transformar su actividad en protagonismo directo, la historia se reduce a individualismo idealista (ciertas personalidades son capaces de producir la historia a su arbitrio) o mecanicismo determinista (los procesos históricos son sólo objetivos, sin que los hombres puedan incidir en ellos).

En ese sentido, el eje del estudio es la ligazón entre las condiciones objetivas que quiebran la tendencia general al sostenimiento del régimen y el metabolismo de organización política que esa masa se da mediante lucha de tendencias, selección de dirigentes, programas, acciones y organizaciones. Esto es la antítesis del idealismo individualista de los grandes hombres que hacen la historia, pero también es un inmenso contraste con el determinismo mecanicista que muchos intentan identificar con el marxismo. El estalinismo, por ejemplo, tenía una concepción de determinismo mecánica, con sus modelos

ra de esas masas en situaciones revolucionarias, pero que actúa *a priori* en minoría, como vanguardia (para este tema, entre otros, es esencial el *¿Qué Hacer?* de Lenin).

de evolución social por etapas prefijadas e invariables, y sus mitos de partidos monolíticos y dirigentes infalibles.

En la *Historia de la Revolución Rusa* tenemos una historia marxista que centra gran parte de su análisis en el desarrollo del factor subjetivo -o sea, político-, del pasaje de la clase obrera de "conciencia de clase en sí" a "conciencia de clase para sí". Este avance equivale a la ruptura con la ideología de la clase opresora y el pasaje a una oposición revolucionaria frente a ella, desarrollando una comprensión colectiva de la relación entre su opresión económica y el sistema político imperante. Esta forma de consideración del problema subjetivo de la clase obrera coloca el problema en términos de las potencialidades revolucionarias que ésta contiene. Historiadores que se reivindicaron marxistas, posteriores a Trotsky, como el británico E.P. Thompson (1989), han pretendido reponer el análisis subjetivo que el stalinismo había archivado, pero sobre la base de rechazar la existencia de objetivos históricos revolucionarios que se desprendan de la situación objetiva de la clase obrera. Esta revisión del marxismo borrona los elementos contradictorios del sometimiento de los obreros a las variantes políticas del sistema bajo el capitalismo y naturaliza el arraigo de la ideología burguesa en la clase obrera como resultado histórico concreto de la "experiencia de la clase obrera".

La idea de que las fuerzas motrices de la sociedad se imponen por encima de la acción subjetiva y la conciencia de los protagonistas es compartida también por la escuela histórica de los *Annales*, una recomposición de la historia burguesa como una historia social y cultural no marxista, que pretendió competir con la potencia explicativa del marxismo y logró gran predicamento académico e institucional. Aunque existen diversas influencias y líneas de trabajo en las distintas vertientes de *Annales* a lo largo de varias décadas, las une, entre otras características, el hecho de que "se niega el concepto idealista de la personalidad, del individuo que era fundamental para toda la concepción de la burguesía culta del siglo XIX". La prescindencia de temas históricos en los cuales los historiadores tuvieran que enfrentar el problema de las individualidades los va llevando a concentrar sus estudios en lo que Ferdinand Braudel llamó el tiempo de espacio geográfico (*la longue durée*) o el tiempo lento de las estructuras sociales (*conjonctures*) que predominaron por sobre lo que llamó el tiempo rápido de los acontecimientos políticos. O sea que los procesos de transformación, lucha, divergencias y movilizaciones quedan subsumidas en estudios que se concentran preferentemente en normas, costumbres y religión, o en la construcción de modelos

cuantitativos de ciclos económicos y demográficos. Hasta la acción del Estado -ni qué hablar de clases sociales, partidos y movimientos, quedan integrados en una consideración global de la sociedad (Iggers, 1995). Son historias que, para justificar su carácter científico, pierden la capacidad de analizar y hasta considerar los grandes hechos de la historia de los hombres.

Trotsky plantea las dificultades que existen para un estudio empírico que pretende recabar fuentes que permitan medir los pensamientos, acciones y estados de ánimo de un sector de la sociedad no acostumbrado a ponerlos por escrito (menos en el fragor de los grandes combates) ni a ser registrado en los documentos oficiales, en la gran prensa, etcétera: “los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados (pero) permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico” (Trotsky, 1997: 9). Esta carencia de fuentes se plantea particularmente grave para poder estudiar las jornadas de febrero, donde las organizaciones obreras vienen de la clandestinidad, con el grueso de sus direcciones en el exilio. Trotsky considera que, si el político revolucionario puede observar el humor y la conciencia de las masas como elemento práctico para intervenir en la situación, el historiador tiene que poder indagar el punto (ídem: 119).

El enfoque de reflejar en todos los aspectos de la revolución la influencia de la situación objetiva de las clases y el factor político-subjetivo, se desempeña magistralmente en un terreno decisivo para el estudio de las revoluciones, el militar. Las derrotas del ejército zarista se desprenden en gran medida del carácter agotado de las relaciones sociales y las fuerzas productivas de la Rusia zarista. El fracaso del régimen de Kerensky en poner en pie un ejército que sirviera para la guerra es igualmente explicado por la descomposición social y su efecto múltiple sobre el esfuerzo de la guerra (ídem: 240).

La descripción del combate callejero durante la revolución de febrero está repleta de datos militares sobre el despliegue de las fuerzas represivas y los matices de los choques producidos con las masas. Lo decisivo en el análisis de Trotsky de la insurrección no es, sin embargo, lo técnico del asunto, sino lo que esos choques van reflejando de la psicología y conciencia de las masas, de su cohesión política, y de cómo van trabajando la cuña colocada para quebrar a los cuerpos represivos y poder triunfar (ídem: 107-114). Lejos del militarismo, Trotsky explica que el problema militar de la revolución se juega estrictamente en el terreno político. Que depende exclusivamente de si las masas popula-

res, mayormente desarmadas, pueden quebrar la disciplina del ejército y que, por esto, es de importancia fundamental el estudio del "punto crítico", donde los elementos psicológicos, políticos y sociales hacen que se quiebre la capacidad del mando de dirigir las tropas (ídem: 121-125).

El lugar donde la primacía de lo político sobre lo militar, para estudiar las revoluciones, llega a su punto culminante es el capítulo "El arte de la insurrección" y los capítulos finales que describen la toma del poder. El eje allí está puesto en la relación entre las masas organizadas en los soviets, que se preparan abiertamente para hacerse del poder, y el partido que es reconocido como dirección y que prepara un plan conspirativo para tomarlo efectivamente de acuerdo con esas masas y como parte de un movimiento común. La relación estudiada allí -entre premisas objetivas y subjetivas de la revolución, y entre insurrección de masas y plan conspirativo- es de lectura indispensable para diferenciar los golpes de Estado que se dan en las crisis políticas internas del régimen capitalista, con los procesos de masas que ponen en pie transformaciones sociales revolucionarias (Trotsky, 1997c: 223). Se han escrito ríos de tinta para asimilar la Revolución de Octubre a un golpe de Estado o putsch minoritario, destacando los aspectos conspirativos por sobre la intervención decisiva de las masas. Este lugar común es propio de toda la bibliografía producida para demostrar el "gen totalitario" de los bolcheviques⁷.

En términos de recursos metodológicos concretos, el libro parte de definir las condiciones estructurales del país y de las clases. Elabora series de datos cuantitativos ilustrativos, si bien mucho más espaciadamente que algunas tendencias académicas de la historia. Es de interés particular su uso de un cuadro de las huelgas políticas desatadas en Rusia por año entre 1903 y 1917 para establecer una curva de los flujos y reflujos de la revolución (Trotsky, 1997a: 41). Otro elemento cuantitativo que permite estudiar la acción de las masas es su uso de los archivos del gobierno provisional para poder medir la temperatura del movimiento agrario en el interior del país, como elemento de maduración de la revolución de Febrero a la de Octubre (Trotsky, 1997b: 73).

Al observar la dinámica de cada movimiento se remite a una variedad de registros (memorias personales, archivos policiales y de

7. Un ejemplo temprano es *La técnica del golpe de Estado* (1931), de Curzio Malaparte, periodista vinculado con el fascismo que asemeja el ascenso al poder de Lenin y Trotsky con el de Mussolini u otros, en tanto técnicas para desplazar la democracia. Sobre las corrientes que identifican bolchevismo y totalitarismo desde la Guerra Fría al día de hoy, ver Poy y Scheinkman (2009).

inteligencia capturados luego de la revolución, notas periodísticas), donde un recurso frecuente es contrastar observadores de procedencias políticas y sociales opuestas como forma de dar veracidad a una afirmación o análisis que tenga características polémicas.

El ingreso de la revolución rusa en la historia universal es, a su vez, el ingreso en la historia de las llamadas “grandes revoluciones” (Hobsbawm, 1990: 16). Trotsky no busca los nombres y las ideas de la revolución rusa en el pasado, como a menudo ha sucedido⁸. La revolución rusa trae consigo nuevos nombres, ideas y organizaciones que van a difundirse con una rapidez inédita por todo el mundo, cautivando a obreros, militantes revolucionarios, y dándole forma a fuerzas que tomarán esos nuevos nombres como propios. Bolcheviques, soviets y comunismo -en el sentido que iba a adoptar el partido ruso y la III Internacional- son términos que entran velozmente en el vocabulario político global. Trotsky no se retrotrae a las revoluciones clásicas buscando categorías para explicar la revolución rusa, sino que usa reiteradamente el contraste de la revolución rusa en sus distintas etapas con las grandes revoluciones que la precedieron (Francia, Inglaterra, 1848, Comuna de París) e incluso sucesos posteriores como la revolución española. La utilidad de la comparación para el trabajo histórico es la realización de contrastes y analogías que muestran lo que es común a la dinámica de las revoluciones y lo que diferencia a la que se estudia del conjunto de las anteriores.

Estos contrastes sirven para explicar la concatenación entre guerra campesina y revolución obrera, que se da como rasgo original en Rusia (y luego en China) por oposición a los modelos de desarrollo capitalista de Inglaterra, Francia y Alemania (Trotsky, 1997a: 56-58). En el análisis de la dualidad de poderes, el libro muestra que la coexistencia de poderes enfrentados es parte de la tensión existente entre las distintas clases que intervienen en la revolución y que es una forma de guerra civil latente que puede existir durante los períodos breves en que la revolución ha comenzado, pero no ha terminado de definir el régimen social que quedará constituido. Los períodos donde la revolución inglesa y francesa han coexistido con

8. “En estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su exilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfranzó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República romana y del Imperio romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de 1793 a 1795” (Marx, 1852).

sus respectivos reyes y sus choques con las alas izquierdas plebeyas luego derrotadas (*levellers* o *sans-culottes*) son ejemplos del carácter general del fenómeno de doble poder en la historia de las revoluciones (ídem: 195-202). Los choques que se suscitan entre las clases asociadas en una primer etapa de la revolución, cuando se trata de determinar el régimen social que ha de poner en pie, dan lugar a momentos históricos análogos de represión y desarme de la izquierda plebeya (Trotsky, 1997b: 112). El contraste de las "Jornadas de julio" con las antiguas revoluciones pone de relieve la capacidad del Partido Bolchevique de ponerse al frente de las masas impacientes en un momento prematuro para la toma del poder y poder organizar un repliegue ordenado, achicando los daños de la represión y la persecución contra estas fuerzas (ídem: 191-195). Trotsky encuentra paralelos muy interesantes en el uso, por parte de los sectores reaccionarios, en diversas revoluciones, de la propaganda que presenta a los revolucionarios como financiados por el "oro alemán" o "judío", la idea del revolucionario como injerto ajeno a las tendencias nacionales. La uniformidad de las calumnias reaccionarias tiene como fuente la necesidad de plantear el carácter extranjero de lo nuevo para poder defender las viejas instituciones e ideas como "nuestras" (ídem: 216-219).

Una historia desde la "periferia" del desarrollo capitalista

La *Historia de la Revolución Rusa* parte de presentar, en sus primeros capítulos, un cuadro resumido del desarrollo histórico de Rusia y su régimen social y político. Define el escenario histórico surgido de la relación entre atraso y penetración del desarrollo capitalista; el peso de esto en la estructura de clases del país y el régimen político; la relación con las potencias imperialistas; el desquicio de la guerra; el problema agrario, la transición del feudalismo a la tenencia privada de la tierra.

El hecho de que la primera revolución socialista se realizase en un país atrasado rompió todos los esquemas predominantes en el movimiento socialista internacional de la época, que esperaban que el avance al socialismo se diese en los países de mayor desarrollo capitalista. El ala derecha de la II Internacional desprendía de esto que la transición al socialismo sería el fruto de un progreso pacífico, gradual y progresivo. El bolchevismo logró definir las tareas políticas de la revolución socialista, a pesar de que no se presentaran según el orden "natural" que se desprendía de sus esquemas previos. Trotsky

parte de un reexamen teórico del desarrollo capitalista en Rusia, para explicar por qué se pudo dar una revolución socialista allí donde el grueso de los socialistas de la época entendían que faltaba la etapa de una revolución burguesa que instaurara la república democrática y el pleno desenvolvimiento de relaciones sociales capitalistas.

Para Trotsky, la clave se encuentra en lo que denomina la “ley de desarrollo desigual y combinado”. Rusia, un país atrasado con relación a Europa occidental ya desde el feudalismo, pasa a actuar como semicolonias en la etapa de exportación de capitales que tiene lugar entre la Segunda Revolución Industrial y la Primera Guerra Mundial. Este proceso de instalación directa de un poderoso capital extranjero asociado políticamente a la autarquía rusa, combina una gran concentración industrial -de utilización masiva de mano de obra y baja productividad con respecto a las grandes potencias-, con la persistencia de formas sociales, económicas y políticas precapitalistas, que son defendidas como condición de la dominación del mismo zarismo, garante de las franquicias capitalistas. Esta asimilación de conquistas materiales e intelectuales que se corresponden a las formas avanzadas de capitalismo, salteando las etapas históricas intermedias en las que éstas nacieron (desarrollo desigual) da lugar a una situación de “amalgama de formas arcaicas y modernas” (desarrollo combinado). Trotsky considera que “sin acudir a esta ley (...) sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado” (Trotsky, 1997a: 15).

Este análisis sirve de base para el programa político que postula que la clase obrera de los países atrasados puede acaudillar a la población explotada en las tareas de transformación social, barriendo consecutivamente con las formas precapitalistas y capitalistas de su explotación (Trotsky, 1906; Lenin, 1917).

Desprendiéndose del terreno estricto de la estrategia revolucionaria, el problema tiene un alcance inmenso para el historiador de la etapa histórica marcada por la expansión del capitalismo a los confines del mundo. En los estudios de esta etapa se han reproducido, bajo diversas formas, la polémica de si existe un camino único de desarrollo de los Estados nacionales, cuyo modelo estaría marcado por las potencias del norte de Europa o Estados Unidos, las cuales desarrollaron en su interior relaciones sociales capitalistas. Habría una contradicción entre las categorías que surgen del estudio de las particularidades nacionales de los países de la periferia del capitalismo y un enfoque a menudo acusado de eurocentrismo -en el sentido de que asimila las

estructuras sociales de todos los países y sus etapas de desarrollo a las que habían sido vividas por Francia, Inglaterra o Alemania.

La idea mecanicista, etapista, de que todos los países seguirían una progresión lineal única, calcada de la historia europea, donde los que no eran países capitalistas desarrollados, tenían pendiente realizar todavía su revolución jacobina, fue difundida en el mundo por el estalinismo, haciendo que muchos asocien, con buena o mala fe, estos desvaríos con el marxismo⁹.

Sería equivocado pensar que el eurocentrismo es un cuco construido arbitrariamente. Los maestros del historicismo clásico, como Ranke (1941: 58-62), consideraban que la historia de los pueblos de Europa occidental era la única verdadera historia, que Asia había dejado de ser un centro de cultura desde la época de los mongoles y que el avance histórico podía medirse por la aparición del cristianismo como única verdadera moral y religión. La idea de que todos los países se encuentran en algún punto del desarrollo ya vivido en la historia de las potencias capitalistas, justifica la falacia de presentar a los países que han ingresado al sistema capitalista bajo la explotación económica de esas potencias como países "en vías de desarrollo", un término académico y diplomático que esconde la realidad de la dominación imperialista.

La historia nacionalista, revisionista, contrapuesta a aquélla, tiende a atacar lo que llama "eurocentrismo" descartando así al marxismo en bloque, por su análisis de clase centrado en las categorías que surgen de estudiar el capitalismo surgido en Europa. Estos historiadores, adalides de lo local, suelen rescatar al populismo ruso o latinoamericano, buscando actores burgueses locales que puedan vivir su propia "revolución nacional"... equivalente a la francesa-inglesa. Lejos de superar el modelo eurocéntrico, se ata la posibilidad de desarrollo histórico del mundo al avance de la burguesía, esperando repetir la historia europea.

La Revolución Rusa refutó todo esto: el gran salto de terminar con el capitalismo se podía dar en una zona que combinaba acumulación de capital con rasgos de profundísimo atraso. Esto fue posible porque la etapa imperialista combina los desarrollos nacionales aislados con la economía universal capitalista de una forma completamente novedosa. Los historiadores que carecen de una comprensión histórica

9. La búsqueda de un burgués progresista en los países semicoloniales se deriva de este dogma estalinista, pero no es patrimonio exclusivo del Partido Comunista. En la Argentina, este prejuicio liberal ha sido desarrollado también por socialdemócratas como Juan B. Justo y José Ingenieros, y por los intelectuales vinculados con el PCR, como Eduardo Azcuay Ameghino.

de la incorporación de los países oprimidos a la economía capitalista mundial están en pobres condiciones para explicar las particularidades de los países semicoloniales. La ley de desarrollo desigual y combinado articula el estudio de la particularidad local (incluido el atraso relativo social y económico) con el momento de ingreso en la economía capitalista mundial. La “particularidad nacional” surge, entonces, de estudiar las condiciones e influencia concreta de la relación entre el país dominado y el (o los) dominador(es). No se trata de “generalizar” un desarrollo paralelo al europeo, sino de estudiar la particularidad de la asimilación de las relaciones sociales capitalistas, y como éstas afectan la cultura, las clases, el Estado, el programa revolucionario. Sería necio, por otra parte, negar el componente de “universalización” de la economía y la historia que significa la constitución de una economía capitalista mundial (Lenin, 1914; Rieznik, 2003).

La individualidad y las fuerzas determinantes de la historia

Otro de los temas centrales de la historia como ciencia que es desmenuzado en la *Historia de la Revolución Rusa* es el del rol del individuo, la determinación por factores históricos objetivos y los procesos de acción colectivos. Trotsky rechaza la historia de grandes hombres propia del historicismo clásico y también rechaza el determinismo histórico (del stalinismo, la historia estadística de largo plazo tipo Annales y otros), rescatando el valor clave de la lucha política y el rol de las direcciones y los partidos en esa disputa. Investiga, a su vez, la relación entre individualidades destacadas de su tiempo y las fuerzas históricas que expresan, incluida la relación concreta entre los dirigentes y sus partidos. Trotsky trabaja bajo los preceptos desarrollados por Karl Marx: “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (Marx, 1852).

En su impecable estudio de la última generación de la autocracia zarista, Trotsky desdeña la tendencia imperante a reducir los estudios históricos a investigaciones psicológicas y propone estudiar a la monarquía en decadencia como fuerza histórica suprapersonal. Pero, dice, “estas fuerzas actúan a través de individuos. Además, la monarquía hállase consustanciada por esencia con el principio personal” (Trotsky, 1997a: 59). De allí va trazando rasgos de la personalidad del zar Nicolás II, influida por ser el último gobernante de una dinastía agotada, de su

mentalidad medieval y a espaldas del pueblo. Su apatía, su mentalidad estrecha, su fatalismo y su crueldad son retrados muy efectivamente a partir de fragmentos de sus diarios personales. Trotsky traza un cuadro muy cercano entre las características del zar Nicolás y la zarina Alejandra y las de Luis XVI y María Antonieta, la última pareja al frente de la monarquía francesa: "en todo, la conducta de Nicolás II era un plagio de la del rey francés. Uno y otro caminaban hacia el abismo 'con la corona sobre los ojos' (...) se encontraron con sus papeles históricos trazados de antemano (...) eran ambos los últimos vástagos del absolutismo. Su nulidad moral, derivada del carácter agonizante de su dinastía (...) La personalidad histórica, con todas sus peculiaridades, no debe enfocarse precisamente como una síntesis escueta de rasgos psicológicos, sin como una realidad viva, reflejo de determinadas condiciones sociales, sobre las cuales reacciona" (ídem: 96-98). La historia había agotado las posibilidades de la nobleza y sus últimos gobernantes no podían asomarse ni un milímetro por encima de ese agotamiento.

El estudio de las personalidades no incluye sólo a la monarquía, sino también al plantel de individualidades al frente de cada fuerza política. De los partidos burgueses, del bloque conciliador y de los bolcheviques. En el caso del Partido Bolchevique, el libro analiza en varios puntos una dinámica compleja entre la base obrera del partido, los funcionarios del partido de tendencia más conservadora y Lenin. Trotsky muestra cómo la insurrección de febrero fue conducida en gran parte por sectores obreros formados por el bolchevismo¹⁰, mientras el partido -muy golpeado por la represión y persecución- estuvo por detrás de los acontecimientos y no logró imponer una impronta propia al poder surgido de febrero. Los dirigentes bolcheviques que se hacen cargo de la dirección en marzo (Stalin, Kamenev) tienden a contemporizar con el bloque conciliador de mencheviques y socialrevolucionarios y con el régimen de poder dual compartido con los liberales, funcionando como ala izquierda de la democracia. La reorientación del partido, fruto de una lucha feroz librada por Lenin desde su regreso a Rusia¹¹, coloca a los bolcheviques en la senda que, no sin retrocesos y avances, los llevará a tomar el poder en octubre. Esta lucha es dura, ya que significaba una revisión crítica de la

10. Trotsky rechaza especialmente lo que llama "la leyenda de la espontaneidad" de la revolución de febrero, que asimilaba la acción obrera a algo así como un instinto animal o de colmena, vaciándolo de la conciencia de clase, de la capacidad de reflexión y creatividad que ejercieron los obreros en su insurrección contra el zarismo. Para él, la revolución la dirigieron "los obreros conscientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenin" (ídem: 147-149).

11. Véase la presentación de estas posiciones en sus "Tesis de Abril", ya citadas.

teoría y el programa -que los bolcheviques habían sistematizado desde 1905 como “dictadura democrática de obreros y campesinos”- y por las fuertes presiones a la unidad de las filas socialdemócratas con los mencheviques. La consigna de “Todo el poder a los soviets” y la posibilidad de dar paso a la revolución obrera y socialista sin pasar por una etapa democrática-burguesa coincidía con las posiciones previas de Trotsky, y fue resistida inicialmente por el sector de “viejos bolcheviques”. Trotsky no sólo critica los errores a los que esta política llevó inicialmente al Partido, sino que considera que sin la acción personal y la autoridad de Lenin se hubiera perdido la posibilidad de enmendar el error (ídem: 290). “Su ascendiente personal redujo las proporciones de la crisis”, dice Trotsky, mantener el rumbo oportunista hubiera llevado a un retroceso, posiblemente a divisiones y, si bien no se puede determinar con seguridad qué hubiera sucedido de no mediar la acción de Lenin, se podría haber perdido la oportunidad histórica de la revolución, dando lugar a una derrota:

“El papel de la personalidad cobra aquí ante nosotros proporciones verdaderamente gigantescas. Lo que ocurre es que hay que saber comprender ese papel, asignando a la personalidad el puesto que le corresponde como eslabón de la cadena histórica (...) el desarrollo exterior de los acontecimientos contribuyó considerablemente, en este caso, a destacar mecánicamente la persona, el héroe, el genio, sobre las condiciones objetivas, sobre la masa, sobre el partido. Pero este modo de ver es completamente superficial (...) Al formar el partido, formaba en él a su persona. Sus discrepancias con el sector dirigente de los bolcheviques representaban la pugna del partido por la guerra y la emigración, la mecánica externa de aquella crisis no hubiera sido tan dramática ni habría velado a nuestros ojos hasta tal punto la continuidad interna del proceso. De la excepcional importancia que tuvo la llegada de Lenin a Petrogrado no se deduce más que una cosa: que los jefes no se crean por casualidad, que se seleccionan y se forman a lo largo de décadas enteras, que no se les puede reemplazar arbitrariamente, y que su separación puramente mecánica de la lucha infiere heridas muy sensibles al partido y, en ocasiones, puede dejarle maltrecho para mucho tiempo” (ídem, 300-301).

De la caracterización del sistema de clases en el país y, en particular de su desgaste bajo las condiciones de la guerra, surgen las contradicciones que detonan la revolución de febrero y los programas políticos que actúan allí, de ahí el rol de cada clase, partido o sector político y su forma de actuar. Cada fuerza social es caracterizada desde su estructura material a sus ideas y a las características personales del elenco que

ha podido seleccionar para actuar en sus primeras líneas. Así como se pinta vivamente a Lenin y Nicolás Romanov como dos arquetipos importantes de sus clases sociales; los burgueses liberales, temerosos de la revolución; los socialistas atados a un bloque con la burguesía; los anarquistas radicalizados; cada uno es descripto y desmenuzado para luego ser visto en acción. En la puesta en marcha de todas estas fuerzas se busca describir y captar la dinámica íntima de cada etapa de los acontecimientos de febrero a octubre. La *Historia de la Revolución Rusa* consiste en una aplicación viva del marxismo a un análisis que incluye el problema del Estado, las clases, los partidos, sus dirigentes y las distintas organizaciones creadas por las masas con un nivel de desarrollo y minuciosidad no visto antes. Ni siquiera en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* o *La guerra civil en Francia*, los momentos más ricos de análisis histórico concreto de Marx, de los cuales Trotsky toma mucho en términos de método.

Todos estos temas están lejos de agotar los aspectos de interés que tiene el estudio de la *Historia de la Revolución Rusa* para el historiador, pero nos alcanzan para avanzar en definiciones epistemológicas significativas que tienen un alcance más allá de la obra en sí. Podemos coincidir con Lucas Poy y Ludmila Scheinkman cuando plantean que “no hay un Trotsky revolucionario y un Trotsky historiador, sino uno solo” y que si la *Historia de la Revolución Rusa* es capaz de captar esa “psicología de masas” de manera tal de mostrarnos un análisis de la revolución que adquiere una lógica y un desarrollo “naturales”, es precisamente porque Trotsky no es sólo un historiador de la revolución rusa, sino uno de sus principales protagonistas”. Las virtudes del Trotsky revolucionario no se pierden en el Trotsky historiador¹². Sin embargo, esas conquistas metodológicas les han sido, y les serán, útiles a otros, ocupen o no un protagonismo comparable en la palestra histórica, mientras el objetivo sea el de poder desarrollar una historia de la revolución de nuestra época, de la historia material y subjetiva de las masas que luchan por la transformación social.

12. “Si en el calor de la batalla, el revolucionario fue capaz de formarse una imagen aproximadamente correcta de los pensamientos y sentimientos políticos de millones de personas, no hay razón para que el historiador no sea capaz de formarse una imagen así después de los acontecimientos” (Isaak Deutscher, historiador y biógrafo de Trotsky, citado por Poy y Scheinkman, 2009).

Bibliografía

- Heller, Pablo (1999): “El oscurantismo posmoderno”. *En defensa del marxismo* N° 24. Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric (1990): “La revolución”. En R. Porter y M. Teich (ed.): *La revolución en la historia*. Crítica, Barcelona.
- Iggers, George (1995): *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tenencias actuales*. Barcelona, Labor.
- Langlois, Charles V. y Charles Seignobos (1913): *Introducción a los estudios históricos*. Daniel Jorro, Madrid.
- Lenin, Vladimir Ilich (1902): *¿Qué Hacer?*, <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/index.htm>
- .— (1914): *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Ediciones varias.
- .— (1917): *Las tareas del proletariado en la presente revolución (“Tesis de abril”)*, <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/abril.htm>
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1846): *La ideología alemana*, <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1846/ideoalemana/index.htm>
- Marx, Karl (1852): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>
- Poy, Lucas y Ludmila Scheinkman (2009): “El espejo del siglo. La revolución rusa en la historiografía contemporánea. Apuntes para una guía de lectura”, en Pablo Rieznik (ed.): *Un mundo maravilloso. Capitalismo y socialismo en el mundo contemporáneo*. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Ranke, Leopold von (1941): “Sobre las épocas en la historia moderna”, en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, FCE. 1941.
- .— (1984): *Sobre las épocas en la historia moderna*, Dalmacio Negro Pavón (ed.), Madrid, Editora Nacional.
- Rieznik, Pablo (2003): *Las formas del trabajo y la historia. Una introducción al estudio de la economía política*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003. Capítulo 9.
- Taine, Hippolyte (1910): *Los orígenes de la Francia contemporánea*. La España Moderna, Madrid.
- Thompson, Edward P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Trotsky, León (1906): *Resultados y perspectivas*. Editorial El Yunque, Buenos Aires, 1975.

- (1929): *La revolución desfigurada*. Editions Rieder, París, www.marxists.org/espanol/trotsky/revdes/index.htm
- (1997a): *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo 1. Editorial Antídoto, Buenos Aires
- (1997b): *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo 2. Editorial Antídoto, Buenos Aires
- (1997c): *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo 3. Editorial Antídoto, Buenos Aires
- Warth, Robert D. (1948): "Leon Trotsky: Writer and Historian", *The Journal of Modern History*, Vol. 20, N° 1.
- (1967): "On the historiography of the Russian Revolution", en *Slavic Review*, Vol. 26, N° 2.

Las leyes laborales de la Rusia soviética

Una crítica y una respuesta*

Crítica de William C. Redfield, presidente de la Cámara de Comercio ruso-americana

En el ejemplar de *Rusia Soviética* del 21 de febrero, la Oficina Soviética publica en su totalidad el nuevo Código de leyes laborales de la Rusia Soviética. Aparentemente, se trata de propaganda para impresionar a los obreros estadounidenses con sus ideas avanzadas en cuanto al derecho al trabajo, la jornada de ocho horas, la protección de las mujeres y los niños en la industria, y el seguro de desempleo y de discapacidad.

En los hechos, sin embargo, muestra un estado de cosas con relación al trabajo, que es cualquier cosa menos algo avanzado. Con dicho código, el trabajo se pone nuevamente en un estado de servidumbre y opresión no conocido desde hace un siglo. Si cada trabajador estadounidense pudiera leer este código de trabajo cuidadosamente, quedaría totalmente desilusionado en cuanto a la afirmación de que el gobierno soviético de Rusia es el gobierno del hombre trabajador, o que se ha interesado en el bienestar del trabajo. Por el contrario, impone una

* Extractado de Russian Soviet Government Bureau (New York): The labor laws of Soviet Russia; with an answer to a criticism by William C. Redfield. Soviet Russia pamphlets, N° 1 (New York, 1920).

tiranía que ha privado al trabajo de todos los derechos y privilegios alcanzados hasta ahora.

En primer lugar, todos los ciudadanos de la Unión Soviética entre los 16 y 50 años que no estén incapacitados por lesión o enfermedad están sujetos a la obligación de trabajar.

Todos los trabajadores están divididos en categorías determinadas por las autoridades y están sujetas a las escalas salariales y las condiciones de trabajo establecidas por ellas. Cada trabajador debe llevar un cuadernillo de trabajo, que es como un pasaporte. En éste se debe ingresar cada pago que recibe, las horas que trabaja o está ausente, el grupo y la categoría a la que ha sido asignado por la Comisión de Valoración, y cualquier otro detalle de su vida y actividad. Un asalariado debe presentar su libreta a solicitud de cualquiera de las autoridades o instituciones.

Un asalariado no tiene permitido cambiar de un trabajo a otro, excepto con el permiso debidamente certificado por la autoridad laboral, en virtud de los cuales se convierte prácticamente en un siervo industrial ligado a su trabajo. Si un hombre desea dejar de trabajar, debe asegurarse un certificado de la oficina de expertos médicos que acrediten su discapacidad, y si la misma es temporal o permanente. Las licencias podrán concederse por acuerdo entre la dirección de las empresas y los comités de obreros, pero un asalariado no tiene permitido trabajar en forma remunerada durante su licencia.

Ningún trabajador estadounidense debería aceptar ni por un momento tal sistema tiránico y opresor. Una lectura de este código muestra claramente hasta qué punto la autocracia en Moscú ha ido en dirección de la reacción y la destrucción de la libertad y el derecho de los individuos.

Nuestra respuesta al Sr. Redfield

El señor Redfield opina que bajo la ley soviética “la mano de obra se pone de nuevo en un estado de servidumbre y opresión no conocido desde hace un siglo”. Que el gobierno soviético ha “impuesto una tiranía que ha privado al trabajo de todos los derechos y privilegios alcanzados hasta ahora”. El trabajador se ha convertido “virtualmente, en un siervo atado a su trabajo”.

“Una lectura de este código muestra claramente -exclama el Sr. Redfield- hasta qué punto la autocracia en Moscú ha ido en la direc-

ción de la reacción y la destrucción de la libertad y el derecho de los individuos”.

Las acusaciones del señor Redfield a la tiranía soviética se pueden enumerar en cinco puntos:

1. Todos los ciudadanos sin discapacidades de Rusia soviética de entre 16 y 50 años están sujetos a la obligación de trabajar.
2. Todos los trabajadores están clasificados por las autoridades y están sujetos a las escalas salariales y las condiciones de trabajo establecidas por las autoridades.
3. Un asalariado no tiene permitido cambiar de un trabajo a otro, excepto con permiso especial de las autoridades laborales.
4. Un trabajador no tiene permitido trabajar en forma asalariada durante su licencia.
5. Cada trabajador debe llevar una libreta de trabajo, que es como un pasaporte.

Examinemos cada uno de estos cargos.

1. El Sr. Redfield cree que “ningún trabajador estadounidense debería (o sea que podría, N. del autor) aceptar a tal sistema tiránico y opresor”. Redfield parece no ser consciente de la existencia de leyes contra la vagancia en la mayoría de los Estados Unidos, por no hablar de las leyes promulgadas en muchos estados durante la última guerra, que requieren que todos los hombres aptos trabajen un cierto número de horas por semana. La única diferencia entre la legislación soviética y la americana sobre el tema es que, bajo las leyes de la Rusia soviética, el deber de trabajo tiene su correlato en el *derecho al trabajo*, mientras que, en Estados Unidos, un trabajador que no puede encontrar empleo puede ser enviado a prisión por vagancia.

¿Ha escuchado el señor Redfield acerca de las *chain gangs* (grupos de prisioneros encadenados y sometidos al trabajo forzado) en los Estados del Sur, donde los desempleados negros son condenados a penas de prisión por vagancia y contratados por las autoridades a los contratistas privados para trabajar en la vía pública? En Rusia soviética, en virtud del artículo 10 del Código de Leyes Laborales, “todos los ciudadanos capaces de trabajar tienen derecho a un empleo de acuerdo con sus vocaciones”. Esto no es un mero derecho teórico. En virtud del artículo 3 del código, el derecho al trabajo se hace cumplir a través del aparato estatal del gobierno soviético. Cada asalariado desempleado es

provisto de trabajo por el Departamento de Distribución del Trabajo.

En caso de que no se le pueda encontrar ningún trabajo, tiene derecho a un beneficio al desempleado, que debe ser igual a su salario regular, fijado por el comité de escala salarial de su sindicato (artículo 61 y apéndice a la sección 79: Reglas relativas al desempleado y pago de subsidios, secciones 5 y 6). En la medida en que el gobierno soviético se compromete a proporcionar a cada desempleado un trabajo y pagarle una prestación por desempleo, si no se puede encontrar un empleo para él, el gobierno exige a todos los trabajadores a aceptar un empleo de su propio oficio, siempre que los salarios y las condiciones de empleo se ajusten a normas sindicales (sección 24). Sin embargo, en el caso de que no pueda encontrar trabajo en su propio oficio y se le ofrezca un trabajo de grado inferior, se le paga con cargo al fondo de desempleo la diferencia entre la escala regular de su oficio y los salarios recibidos por él en su empleo temporal.

Sospechamos fuertemente que muchos hombres del sindicalismo americano podrían estar inclinados a someterse a esta forma de “tiranía”.

2. Los trabajadores se clasifican por las autoridades y la escala salarial es proporcionada por las autoridades de cada clase de trabajo, objeto el señor Redfield.

Parece ignorar el hecho de que prácticamente todas las “fábricas” (según la definición de la Oficina del Censo de Estados Unidos) han sido nacionalizadas en la Rusia soviética.

En la práctica, entonces, esta regla significa que el gobierno de la Rusia soviética clasifica sus funcionarios y fija su remuneración. ¿Es el ex secretario de Comercio conciente del hecho de que los empleados del gobierno de Printing O&E y del Bureau of Engraving and Printing en Washington DC son clasificados por el Congreso, y que sus sueldos y salarios son igualmente fijados por éste? ¿Ha olvidado la existencia de la War Labor Board, cuyo objetivo era ajustar los salarios en las fábricas privadas que trabajaban con contratos del gobierno? ¿No eran los asalariados de estos establecimientos también clasificados con la aprobación de la War Labor Board? ¿No son los trabajadores de la United States Steel Corporation clasificados por la administración de la corporación? Fue informado a la prensa pública que el Sr. Gary hizo excepción al reclamo de los trabajadores de tener voz en la fijación de sus salarios.

Veamos, a continuación, cómo las escalas salariales se fijan en la Rusia soviética. Bajo las secciones 8 y 9 del Código de leyes labora-

les, las normas que rigen los salarios y las condiciones de trabajo en todos los establecimientos, ya sean públicos o privados, están enmarcadas por los sindicatos y aprobadas por el Comisariado del Pueblo de Trabajo, que es el equivalente ruso del Departamento del Trabajo estadounidense. “En los casos en que es imposible llegar a un entendimiento con los directores o propietarios de establecimientos”, las escalas salariales son elaboradas por los sindicatos y sometidos a la aprobación de Comisariado del Pueblo de Trabajo: es de público conocimiento que los voceros de la clase patronal estadounidense se han negado con demasiada frecuencia a hablar con los representantes de los sindicatos, así como también de las condiciones de empleo.

En la Rusia soviética, si los directores o propietarios de establecimientos industriales no logran llegar a un acuerdo con el sindicato de los empleados, la controversia es resuelta por el Departamento de Trabajo del gobierno soviético, que es elegido por los trabajadores y los campesinos.

3. El Sr. Redfield afirma que bajo el Código soviético de leyes, el asalariado puede cambiar de un trabajo a otro sólo con el permiso expreso de las autoridades laborales. Al asalariado no se le permite dejar de trabajar hasta que se acepte su renuncia. Si desea dejar su trabajo, las razones de su renuncia deben pasar por el Comité de la rama de los trabajadores a la cual pertenece. Si dicho comité, tras la investigación, encuentra que la renuncia es injustificada, el asalariado debe permanecer en el trabajo, pero puede apelar la decisión del comité de su sindicato. La sanción prevista por la desobediencia de esta regla es la pérdida de beneficios de desempleado durante una semana (secciones 51, 52 y 53). No hay nada en las reglas que evite que, después de que se registre en la Oficina de Trabajo de Distribución, se le proporcione otro trabajo.

Es inútil negar que, en abstracto, estas normas implican una reducción de “la libertad y el derecho de la persona”, como dice el señor Redfield. Sin duda, en los países capitalistas, el asalariado está en la libertad de dejar de trabajar a voluntad. Lo hace, sin embargo, a riesgo de verse obligado a pasar hambre, a mendigar o robar. Por el contrario, en la Rusia soviética cada trabajador que está fuera de un puesto de trabajo tiene derecho a obtener de las arcas públicas sus salarios regulares hasta que el gobierno le provea de otro trabajo. ¿No es razonable que el gobierno, en tales circunstancias, tenga algo que decir en cuanto a si el trabajador debe dejar su empleo? El gobierno ejerce

este poder de supervisión delegándolo en los compañeros de sector del trabajador. ¿Podría el señor Redfield sugerir cualquier otro acuerdo más favorable para el trabajador?

Supongamos, por el contrario, que todos los trabajadores están en libertad de dejar su trabajo a voluntad y aprovechar el tesoro público mientras están fuera de la órbita laboral. ¿No sería una tentación para muchos transformarse en un holgazán con fondos públicos? Hay que tener en cuenta, además, que esta reducción teórica del derecho del trabajador a renunciar a su trabajo a voluntad es compensada por la abolición del derecho del empleador a “despedir” al trabajador a voluntad. En virtud del artículo 46, un trabajador puede ser licenciado: 1) en caso de liquidación total o parcial de la empresa o de la cancelación de ciertas órdenes; 2) en caso de suspensión del trabajo durante más de un mes; 3) en el caso de evidente ineptitud del trabajador para el trabajo. En todos estos casos, el trabajador debe ser notificado con una antelación de dos semanas (artículo 47).

El despido de un trabajador por “ineptitud evidente” requiere la aprobación de su sindicato, y aquél puede apelar la resolución a la Oficina local del Trabajo. En caso de que la decisión final sea desfavorable para el trabajador, es introducido en las listas de desempleados por el Departamento de Distribución del Trabajo, el cual le debe proporcionar otro empleo o pagarle el beneficio regular de desempleado (sección 47) que, como se recordará, es igual a su salario.

El presidente de la Cámara de Comercio ruso-americana se unió en mostrar su aversión al trabajo obligatorio en la Rusia soviética a través del presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo (American Federation of Labor -AFL). Sin embargo, de acuerdo con el Sr. Lincoln Eyre, corresponsal especial del *New York World*, en su edición del 13 de marzo, las leyes que rigen el trabajo obligatorio se han “originado con los sindicatos”, los cuales, según su testimonio, han sido “facultados para regular en conjunto con el Comisariado del Trabajo, todas las escalas de salarios, horas de trabajo y otros asuntos relacionados con el empleo”. La decisión final en todas estas cuestiones -dice el Sr. Eyre- es establecida por el gobierno. “En la práctica, sin embargo, es muy improbable que el gobierno soviético pueda negar cualquiera de las demandas de los poderosos sindicatos, a menos que sean terriblemente exorbitantes”.

4. El Sr. Redfield se lamenta por el hecho de que en la Rusia soviética no se permite a un asalariado trabajar por un salario durante su

licencia (secciones 106 y 107). Las leyes soviéticas aseguran a cada asalariado un mes de vacaciones cada año, siempre que todo el tiempo que estuvo en paro y obtuvo su salario regular en forma del beneficio al desempleado, se le imputen a sus vacaciones anuales. Si estuviera permitido realizar un trabajo remunerado durante sus vacaciones, en efecto, se le estaría pagando doble. Podría esperarse que un ex secretario de Comercio debiera saber que bajo las normas departamentales existentes en Washington DC, ningún empleado del gobierno tiene permitido tener dos puestos y recibir dos sueldos al mismo tiempo, a pesar de que puede hacer su trabajo durante el momento de sus vacaciones anuales. Así, el gobierno soviético ha introducido en sus instituciones simplemente la norma impuesta en el gobierno de Estados Unidos desde “tiempos inmemoriales”.

Hay muy buenas razones para esta norma en la Rusia soviética. En caso de enfermedad, el gobierno paga al trabajador una prestación que es igual a su salario regular (apéndice de la sección 5, normas relativas al pago de los subsidios de beneficios por enfermedad a los asalariados durante su padecimiento, las secciones 1, 2 y 3). Con el fin de que el trabajador pueda mantenerse vital, el gobierno soviético le concede un mes de licencia para que pueda descansar durante ese tiempo. Lógicamente, el gobierno espera que el trabajador pueda aprovechar ese descanso. Por otra parte, en la medida en que el gobierno debe proporcionar un trabajo a cada persona sin discapacidad o pagarle un beneficio de desempleo, sería ilógico permitir a un trabajador recibir paga doble, mientras que otros tienen que ser puestos en la lista de desempleados y recibir los subsidios por paro.

5. Lo último, pero no menos importante, que la libreta de trabajo “es como un pasaporte”, en la que se debe introducir “cada detalle de su vida y actividad” del trabajador.

Las normas relativas a las libretas de trabajo (apéndice de la sección 80) limitan las anotaciones en la libreta a los siguientes elementos:

1. Nombre y edad del trabajador.
2. Nombre y dirección de su sindicato.
3. El grupo de trabajo al que ha sido asignado por el Comité de escala salarial de su sindicato.
4. El trabajo realizado por él -ya sea pagado por tiempo o por pieza, así como el trabajo extra, y todos los pagos recibidos, como los salarios o beneficios por desempleo o enfermedad.

5. El tiempo tomado de sus vacaciones anuales, así como las licencias por enfermedad.
6. Todas las multas que le hayan sido impuestas.

Estos son todos los “detalles de su vida y actividad” que se pueden introducir en la libreta de trabajo.

El presidente de la Cámara Americana de Comercio, probablemente se sorprenderá al saber que las normas anteriores relativas a los cuadernos de trabajo no son más que una recreación, con mejoras, de la ley imperial sobre el tema. El código industrial que es una porción de Vol. II, parte 2, de los Estatutos compilados del Imperio Ruso, contiene disposiciones relativas a las libretas de trabajo en las secciones 92, 136, 137 y siguientes. La sección 137 dice lo siguiente: “en la libreta se debe introducir: 1) el nombre, patronímico y apellido del trabajador; 2) el término del empleo y la vigencia de su pasaporte; 3) el importe de los salarios, que especifica los métodos para su cálculo y las condiciones de pago; 4) el importe de la renta para el uso por parte del trabajador de las viviendas, baño, etc., proporcionado por la fábrica o molino; 5) otras condiciones de empleo que las partes contratantes consideren necesario escribir en la libreta; 6) entradas de las cantidades devengadas, con una declaración de la cuantía de las multas impuestas a los trabajadores, y la causa del mismo; 7) un extracto de las leyes y normas de la administración interna, que definen los derechos, deberes y responsabilidades de los trabajadores”.

El objeto principal de la libreta de trabajo es proporcionar al trabajador, en caso de litigio, una evidencia del trabajo realizado y el pago recibido por él.

Todo aquel que conoce la situación laboral en Estados Unidos sabe que los tribunales inferiores en todos los centros industriales están repletos de casos referidos a salarios. Con bastante frecuencia, el trabajador no puede probar su afirmación “por la preponderancia de la evidencia”. En la corte, la palabra del empleador es tan buena como la palabra del asalariado. La ley rusa lo ha previsto, a fin de evitar litigios interminables.

Traducción: Silvia Gabay.

Orígenes del movimiento obrero y del socialismo en Brasil

Por Osvaldo Coggiola*

Es común afirmar que el movimiento obrero brasileño tiene un carácter “tardío” (incluso considerado en el marco histórico latino-americano, tan tardío como el propio capitalismo en el país. Tanto el movimiento obrero brasileño como las manifestaciones ideológicas modernas de los oprimidos, socialistas o anarquistas, comenzaron cuando aún estaba vigente la esclavitud en el país (fue abolida en la última década del siglo XIX). En contraste con eso, en la Argentina, por ejemplo, en 1857 nació la “Sociedad Tipográfica Bonaerense”. En Chile, la “Sociedad de Artesanos” fue fundada en 1858, en Valparaíso. En Brasil, las primeras noticias de luchas obreras se remontan a 1858, cuando los tipógrafos de Río de Janeiro entraron en huelga reclamando aumento de salarios, lo cual invalidaría la percepción apuntada al comienzo. Esas luchas tuvieron por protagonistas a trabajadores extranjeros recientemente emigrados al país.

En la misma época, también se registraron en el Brasil experiencias

* Osvaldo Coggiola es militante del Partido Obrero y activista del sindicalismo universitario de Brasil. Historiador y profesor de la Universidad de San Pablo; es autor, entre otros libros, de *Historia del trotskismo argentino y latinoamericano*, *El capital contra la historia (génesis y estructura de la crisis contemporánea)* y *La revolución china*.

“comunitarias” socialistas impulsadas por inmigrantes e inspiradas en el socialismo utópico europeo. Una de ellas se produjo en los márgenes de Bahía de Babitonga, puerto de la ciudad histórica de San Francisco do Sul. En 1842, Benoit Jules Mure, inspirado en las teorías del socialista utópico francés Charles Fourier, instaló el Falansterio de Saí o Colonia Industrial de Saí, que reunió a colonos llegados de Francia a Río de Janeiro en 1841. Hubo disidencias entre aquellos colonos; un grupo, al frente del cual estaba Michel Derrion, organizó otra colonia a algunas leguas de Saí, en un sitio llamado Palmital: fue la denominada “Colonia de Palmital”. Benoit Jules Mure consiguió el apoyo del coronel Oliveira Camacho y del presidente de la provincia de Santa Catarina, Antero Ferreira de Brito. Esos respaldos fueron fundamentales para, posteriormente, conseguir ayuda financiera del gobierno imperial de Brasil para aquel proyecto.

No fue una experiencia única, pues el gobierno imperial persistió en esa política hasta su derrocamiento. Durante el Imperio, como parte de su política migratoria, Pedro II y los poderes estatales estimularon la instalación de colonias y de núcleos de inmigrantes, incluso de anarquistas y socialistas, a los que auxiliaron con recursos financieros y materiales para la formación de comunidades. Se llegó al punto en que todas las deudas de los colonos fueron transferidas al Estado, en Paraná, por la ley 3.396 del 24 de noviembre de 1888. En 1889, el anarquista italiano Giovanni Rossi intentó fundar en Palmeirca, en el interior de Paraná, una comunidad de trabajo en la que se negaba reconocimiento civil y religioso al matrimonio, denominada Colonia Cecilia.¹ Aquella experiencia tuvo, relativamente, corta duración.

1. El 20 de febrero de 1890 zarparon de Génova cerca de 150 anarquistas italianos. Llegados a la meseta de Campos Gerais, instalaron el que sería el núcleo “Cecilia” en abril de 1890. Los anarquistas italianos se concentraron en una gran agricultura regional, otros fueron contratados por el gobierno para la construcción del camino real de Serrinha Santa Bárbara y con los salarios semanales que recibían auxiliaban a sus compañeros de la Colonia. Construyeron una barraca colectiva para instalar a las familias provisoriamente, y enseguida cada una empezó a levantar su propia casa. Era un contingente de casi trescientas personas. La agricultura y la ganadería no producían lo suficiente para el sustento de los colonos; además, buena parte de ellos era de origen obrero, sin conocimientos agropecuarios para conseguir una producción en mayor escala. A los artesanos se les asignaron tareas semejantes a las que habían realizado en el pasado. Aquellos colonos labraron más de 80 acres de tierra, en el área que les fuera cedida por el emperador Pedro II poco antes de la proclamación de la República, y construyeron más de 10 kilómetros de carretera. En 1892, siete familias decidieron regresar a Italia; esa primera desagregación fue seguida por otras, hasta que la colonia quedó reducida a apenas veinte personas al final de ese mismo año. Los colonos comenzaron a emigrar a Curitiba: eran médicos, ingenieros, profesores, intelectuales y obreros, además de campesinos. Nuevos colonos

“Modernización” y revuelta social

El proceso económico brasileño en las últimas décadas del Imperio se caracterizaron por la paulatina penetración de las relaciones capitalistas de producción, las cuales, no obstante, no quebraban el marco de las actividades tradicionales (producción primaria y gran agricultura con vistas a la exportación): “En la segunda mitad del siglo XX los emprendimientos empresariales serían mejor vistos, a medida que los propios estancieros se convirtieran, en ciertas áreas, en una especie de empresarios al introducir mejoramientos en sus haciendas e intentando sustituir al esclavo por el trabajador libre, perfeccionando sus modos de obtener beneficios al asociarse con empresas industriales, con inversiones en ferrocarriles y organizaciones bancarias y asumiendo actitudes progresistas en materia política, viendo con simpatía las ideas emancipadoras y adhiriendo a las ideas republicanas” (Viotti da Costa, 1979).

Ese proceso acabó por generar un espacio económico crecientemente incompatible con el sistema social (oligárquico y esclavista) y político (monárquico) vigente. En lo inmediato, sus efectos fueron el crecimiento de las ciudades y una progresiva disolución de las viejas relaciones agrarias patriarcales, y el surgimiento de una clase media urbana. Los sectores medios urbanos, según la autora citada, no “llegaron a asumir una posición autónoma o fundamentalmente renovadora, a pesar de que sus aspiraciones, vagas y contradictorias, divergieran a veces de la visión del mundo característica de las oligarquías. Sus representantes ocupaban cargos burocráticos o de servicios dentro de un régimen clientelar. De esa forma asimilaban los valores de los grupos dominantes, más progresistas, que actuaban frecuentemente, en los centros urbanos más importantes, como soporte de las demandas

llegaron y dieron comienzo a la vitivinicultura y a la fabricación de zapatos y barriles. Fue en ese periodo que zapateros oriundos de la colonia cumplieron un papel destacado en los comienzos del movimiento obrero en el Estado. El experimento de la colonia terminó por varios motivos. El principal fue la pobreza material, que llegó a condiciones de miseria. Hubo también hostilidad contra ellos de la vecina comunidad polaca, fuertemente católica. El clero y las autoridades locales promovieron el aislamiento de los anarquistas. Hubo también enfermedades vinculadas con la desnutrición y la falta de condiciones sanitarias adecuadas. Además, había una gran demanda de mano de obra en las ciudades vecinas, especialmente en Palmeira, Puerto Amazonas, Punta Grossa, además de la capital paranaense, que atrajo a los miembros de Colonia. Otras familias llegaron a la Colonia, atraídas por la propaganda que difundía la prensa socialista europea, pero eso no fue suficiente para sostenerla. Colonia Cecilia se extinguió finamente en 1893 (Gosi, 1977).

en favor de la abolición, de la República, de la reforma educacional, de la separación de la Iglesia del Estado y otras medidas progresistas”.

El clientelismo y el paternalismo, que eran la base del sistema político vigente, no hacían sino acentuar sus características antidemocráticas, que en sus instituciones “representativas” se basaba en el “voto censitario”² y en organismos políticos vitalicios. Ellos hacían también que las grandes mayorías de la población agraria (esto es, la gran mayoría de la población del país), sin contar a los esclavos, se encontraran marginadas políticamente, sin canales de expresión y de presión, incluso sobre las decisiones políticas que les preocupaban. El poder fáctico ejercido por los jefes locales en la mayor parte de las regiones del país contribuía, aparentemente, a mantener el equilibrio social, pero en coyunturas de crisis y cambios sociales se veía superado por la actuación del poder central, dejando a las poblaciones sin representación política y sometidas por completo al arbitrio gubernamental.

En esas condiciones, la reacción de los afectados y excluidos por el sistema político no podía sino adoptar trazos de explosión y violencia social. Fue lo que sucedió en ocasión de dos revueltas: la de los “quebra quilos” (comenzada en Borborema, Alagoas, se extendió a gran parte del Nordeste del país) en 1874; y la de los “muckers” en Río Grande do Sul (entre 1868 y 1874). Existen puntos de semejanza entre ambas revueltas. Los “quebra quilos”, un movimiento acerca del cual se coincide en señalar su carácter popular y espontáneo, fue dirigido contra una serie de medidas del poder central de la Nación: imposición de tasas e impuestos, de listas de reclutamiento para el Ejército y la uniformidad del sistema de medidas³.

La identificación del estamento gobernante o dominante como el enemigo a ser derrotado -fue la llamada “revuelta de los matutos (aldeanos del Nordeste) contra los doctores”- derivó en la adopción, por parte de los rebeldes, de la consigna “abajo los masones”, en referencia a una organización, la masonería, identificada con los graduados en distintas disciplinas que ejercían las principales responsabilidades gubernamentales (ministros, diputados, senadores). Las medidas gubernamentales estaban determinadas por necesidades derivadas del

2. El “voto censitario”, establecido por la Constitución brasileña de 1824, solo otorgaba derecho de voto a quienes cumplieran ciertos requisitos económicos. Fue abolido recién por la Constitución de 1891, de modo que estuvo vigente durante todo el periodo monárquico (nota del traductor).

3. “Quilo” es kilogramo en portugués. Nota del traductor.

proceso económico: aumentar los recursos financieros del Estado para modernizar la infraestructura nacional (puertos, ferrocarriles, correos), unificar el mercado interno (para lo cual era necesaria la unificación del sistema de pesos y medidas), reclutar soldados para el Ejército nacional (necesario para la Guerra de la Triple Alianza -Brasil, Uruguay, Argentina- contra el Paraguay, la cual, por ser muy impopular, agravaba el carácter arbitrario con que esas medidas eran recibidas por la población agraria.

El gobierno central, al ser principalmente una representación indirecta de los propietarios de tierras, no podía dejar de hacer recaer los costos de las transformaciones necesarias sobre los sectores subalternos, sin representación ni fuerza política. Las medidas, por otro lado, servían para expandir la gran propiedad agraria. La unidad entre ambos procesos no dejó de ser advertida por los revoltosos, que destruían los documentos oficiales de registro inmobiliario: “La destrucción de actas notariales tocaba un punto de conflicto central entre los grandes propietarios y los campesinos, la cuestión de los títulos legales de posesión de la tierra” (Barman, 1977).

En varios de los movimientos llamados “mesiánicos”, tradicionalmente considerados como arcaicos o “pre-políticos”, encontramos elementos de conflicto social vinculados con el pasaje de Brasil a la llamada “modernidad capitalista”. En la revuelta “mesiánica” de los *muckers*, en Santa Catarina, tanto o más violenta que los “quebra quilos”, intervino un proceso de valorización de las tierras (vinculado con la expansión económica), ligado a la extensión y el profundización de las funciones políticas del Estado. La región de San Leopoldo, base geográfica de la revuelta, había sido municipalizada en 1831. El grupo religioso que se rebeló, del cual participaba, sobre todo, un sector de la población de origen inmigrante más o menos reciente, arruinado crecientemente por la expansión de las relaciones mercantiles, fue constituido a partir de 1840. Las formas que asumió el movimiento dependieron en buena parte de las tradiciones culturales de la comunidad de origen alemán que le dio origen, tradiciones que tenían fuertes raíces debido al aislamiento político y social en fuera mantenida durante muchos años. La resistencia de los *muckers* contó con el concurso de colonos veteranos de la Guerra del Paraguay. Ellos ocuparon Ferrabraz, en el centro del triángulo marcado por Nueva Hamburgo, Tacuara y Gramado, poblado por inmigrantes alemanes agricultores. Entre los colonos alemanes sin asistencia médica ni educacional despuntaron los liderazgos de Johann Maurer, un curandero

a quien los colonos le confiaban su salud. Su esposa, Jacobina, a falta de curas y pastores, se encargó de interpretar la Biblia y disfrutó de gran credibilidad, que aumentó con sus ataques epilépticos, tenidos por encuentros con Dios. Los colonos llegados para poblar la región eran originarios de la región de Hunsrück, en el sudoeste de Alemania, donde en esa época había una gran miseria.

Después de varios enfrentamientos con la policía y las tropas, el 2 de agosto de 1874, transcurridos 35 días desde el comienzo de las operaciones militares contra los *muckers*, el capitán Santiago Dantas atacó el último reducto de los rebeldes y mató a 17 de ellos, 13 hombres y 4 mujeres ¿Era solo una revuelta de “religiosos fanáticos, como insiste en decir cierta historiografía?” (Petry, 1957). El rechazo al uso del dinero por parte de los *muckers* reflejaba la repulsión que los sectores afectados experimentaban frente a la creciente mercantilización de las relaciones de producción, que hacía que la riqueza de algunos significara la expropiación, y la consecuente explotación, de los otros. El punto en común de los *muckers* con los “quebra quilos” fue el rechazo a la presencia dirigente del Estado en las relaciones sociales, destinada a reglamentar, en desfavor de los sectores subalternos, la creciente mercantilización de las actividades productivas. Ese rechazo se manifestó como una repulsa a la ruptura, por parte del Estado, de rituales sociales tradicionales que, para la clase dirigente del país, debían ser desterrados por la fuerza bajo pena de ver comprometido el proceso de valorización de las tierras y de unificación del mercado interno. Otro punto en común es la represión violenta e impiadosa de que fueron objeto esos movimientos, que llegó a sorprender a los contemporáneos de aquellos hechos.

El periodista y juez Geraldo Joffily, por ejemplo, criticó la “innecesaria actuación de las tropas de línea” y la “crueldad de los métodos empleados” contra los “quebra quilos”, puesto que la revuelta no constituía “una amenaza grave para el orden social”. No relacionó la violencia represiva con la marginación política a la cual el propio sistema sometía a los revoltosos, efectivos o potenciales (Joffily, 1976). La represión estatal, por otro lado, era ejecutada sin mucho costo político, en la medida en que no afectaba a ningún sector con representación política, y beneficiaba a los sectores políticamente representados (los propietarios) en su conjunto.

Diferente naturaleza política, aunque tuviese cierta semejanza social con las mencionadas antes, tuvo la “Revuelta del Vintén”, en la ciudad más populosa de Brasil, Rio de Janeiro. Desencadenada en

1880 contra una nueva forma de impuesto sobre la población desposeída (el “vintén” exigido para el uso de los tranvías), dio lugar a una protesta dirigida al emperador. La intransigencia de Pedro dio motivo a la convocatoria de grandes manifestaciones populares, las primeras de esa naturaleza en una gran concentración urbana. El cobro de un tributo de veinte reis en el pasaje de los tranvías, instituido por el ministro de Hacienda, Alfonso Celso de Assis Figueiredo, futuro vizconde de Ouro Preto, produjo esa primera protesta social urbana. Al grito de “¡fuera el vintén!” la multitud enfrentó a los conductores, apuñaló a los burros, dio vuelta tranvías y arrancó los carriles a lo largo de la avenida Uruguaiana. El valor aproximado del tributo podría haber estado en torno del costo de 140 gramos de azúcar o 30 gramos de manteca de cerdo, relevante si se considera que los usuarios del transporte público eran personas de bajos ingresos. La estadística de heridos y muertos no es precisa, pero se estima que hubo no menos de tres muertos. Desgastado, el ministro cayó y el nuevo ministerio revocó el tributo: “Las demostraciones afectaron profundamente la vida política de la ciudad y del Imperio, redefiniendo los actores, la audiencia y el palco de la cultura política” (Lauderdale Graham, 1980).

La intransigencia gubernamental y la represión policial dieron motivo a dos concentraciones populares, con cinco y cuatro mil participantes, la última de las cuales derivó en enfrentamientos violentos con la policía, el uso de armas de fuego y roturas generalizadas en la ciudad. Cinco días después de comenzada, la revuelta había terminado. Para la autora mencionada, el “Vintén” significó “un nuevo estilo político”, “nuevas formas de participación”. Las roturas (“quebra-quebras”, sin embargo, solo podrían haber sido novedosas en Río de Janeiro, puesto que ya habían sucedido en otras ciudades. La “novedad”, en la “Revolución del Vintén”, fue el elemento social participante: “Personas de ingresos modestos pero regulares, burócratas asalariados y vendedores”. El aumento de tarifas perjudicaba, sobre todo, a los trabajadores libres y, por lo tanto, también a sus empleadores. El papel dirigente en la revuelta le correspondió a sectores con representación política, y corresponde dudar de que esas franjas (republicanos y abolicionistas) no establecieran, como sostiene Graham, una relación entre esa participación y su agitación política.

La negativa del dirigente de la revuelta Lopes Trovão de comparecer en una audiencia con el emperador, concedida por éste para tratar de resolver el conflicto, fue una clara actitud política de ruptura con el sistema vigente. Lopes Trovão se declaraba “socialista” desde mucho

antes. Varimeh Chacon identifica un “ala republicana radical de Silva Jardim, Lopes Trovão, Benjamin Constant, Floriano Peixoto, Raul Pompeia” (Chacon, 1981). Fueron las autoridades de la época las que se empeñaron en calificar de “no política” la revuelta. Pero la actitud del emperador antes de la represión fue distinta, más conciliadora, que la que adoptara en ocasión de las revueltas agrarias mencionadas antes.

Abolicionismo

La campaña por la abolición contrastó, por su continuidad y organización, con las revueltas agrarias, esporádicas, localizadas y sin continuidad clara o explícita. Llevada adelante al principio por medios legales (parlamentarios), no tardó en ir a vías de hecho -movilizaciones callejeras, organización de fugas de esclavos, enfrentamientos físicos con los *capitanes de la tierra*, protección a las revueltas agrarias y urbanas que significaban una ruptura con el sistema político imperial. Políticamente se constituyó un “ala abolicionista radical”, que rompió con el sistema del mecenazgo, aunque algunos tenían su origen en ese mismo sistema. Los mítines abolicionistas reunían miles de personas en las calles e incorporaban a la lucha a los sectores más humildes de los trabajadores libres (mozos de café, lecheros, camareros y otros). La lucha contra la esclavitud, por tanto, se combinó con las primeras manifestaciones de lucha originadas por la introducción de las relaciones capitalistas de producción.

Un hecho importante: las incipientes organizaciones feministas se involucraron activamente en la campaña abolicionista. En esa misma época, en la Argentina, grupos feministas se preparaban para ser uno de los cimientos de las primeras agrupaciones socialistas y del Partido Socialista de la Argentina, fundado en 1892 (o en 1896, según el signo cronológico de cada autor). La campaña popular por la abolición comenzó alrededor de 1880, después de dos décadas de acciones abolicionistas, sobre todo parlamentarias. El “Club de Cupim”, en Recife, estimulaba y organizaba fugas de esclavos, y protegía a los escapados. En São Paulo, los *caifases* pusieron al servicio de la causa abolicionista una organización digna de un partido clandestino: “Que los abolicionistas vayan siempre armados, vade in pace, porque están siempre en riesgo de vida”, decía La Redención, periódico de los *caifases*, el 2 de enero de 1887.

En pos de su objetivo, no vacilaron en hacer las apelaciones más extremas: “La libertad debe conseguirse incluso con una revolución”. La

campaña de los *caifases* fue particularmente importante por producirse en la región donde se radicaban los sectores propietarios más dinámicos de la época (los cafeteros paulistas). Encontraban respaldo en franjas urbanas nuevas, profesionales liberales no comprometidos con el sistema esclavista. La participación de sectores urbanos fue determinante en la naturaleza del abolicionismo: “La aceleración del proceso urbano explica el abolicionismo en Santos, que alcanzó todas las formas del radicalismo emancipador” (Barros de Aguiar Fontes, 1976). Era el propio desarrollo capitalista promovido dentro del sistema esclavista el elemento que generaba paulatinamente las bases para su destrucción. La irracionalidad económica de la producción cafetera esclavista, que intentó imponer durante un periodo la convivencia de la mano de obra esclava al lado de la fuerza de trabajo libre, y la paulatina transformación del hacendado en empresario, concluirían por minar el orden esclavista. La actividad de los *caifases* tendió no solo a promover la fuga de negros (por medio de su “concientización” y de la preparación de la fuga propiamente dicha), sino también su inserción en el mercado de trabajo asalariado.

Para eso, combatieron también los prejuicios raciales de los empleadores (con cierto éxito). A diferencia de los antiguos esclavos liberados por el Club de Cupim, en Recife, los huidos de Jabaquara, por ejemplo, respaldados por los *caifases*, no tuvieron poder de decisión sobre sus vidas, pues fueron empujados al trabajo asalariado.

Los *caifases* imaginaban que ese tipo de trabajo era portador de todas las virtudes de la redención social: “El trabajo libre produce prosperidad y bienestar en las sociedades donde es instaurado”, escribía La Redención el 1° de setiembre de 1887. Después de la Ley Áurea, los *caifases*, y principalmente su jefe, Antônio Bento de Souza e Castro, fueron gradualmente considerados como héroes. Ellos continuaron la publicación de su periódico durante cierto tiempo, temerosos de un retroceso de la República en la abolición de la esclavitud. La campaña abolicionista fue exitosa porque convergió con exigencias urgentes del desarrollo económico y social. Puede decirse que la cuestión de la abolición dominaba casi totalmente las luchas sociales; por eso, en su etapa final, se discutía cada vez menos su validez para debatir en cambio la manera en que sería ejecutada: “A medida que la acción de los *caifases* progresaba, el abolicionismo legal se intensificaba como una forma de oposición a ellos. La campaña abolicionista apareció como reflejo de otras cuestiones prioritarias, la de la mano de obra para dar continuidad y organización a una producción en crecimiento” (ídem).

Así, al convergir con las necesidades de los sectores más dinámicos de las clases dominantes, la campaña abolicionista fue una de las vanguardias de la transformación capitalista de Brasil: “Con la organización del trabajo asalariado de los fugitivos, con el patrocinio de los *caifases*, estos acabaron por probar que la emancipación era viable y practicable” (ídem). Distinta fue la suerte de la lucha de las clases trabajadoras en el Imperio. Las revueltas sociales, urbanas y agrarias que mencionamos inicialmente, no traían bajo el brazo una transformación radical del sistema político y de las prácticas sociales vigentes: si bien sus protagonistas fueron clases sociales políticamente marginales (o semimarginales), estaban de algún modo integradas en las prácticas sociales propias del clientelismo dominante.

Puede decirse que eran clases sociales ligadas a formas pre o semi-capitalistas de producción, no interesadas, por tanto, en una transformación capitalista de la sociedad, incapaces de superar el nivel local y, por eso, de presentar sus intereses como *nacionales*, como sí era el caso de los abolicionistas. Eso era debido al hecho de que eran las fuerzas productivas capitalistas las determinantes en la dinámica del mercado mundial y, en consecuencia, también las impulsoras de transformaciones sociales en un país cada vez más integrado en ese mercado. La abolición y la instauración de la República no resolvieron los conflictos entre las diversas formas de producción social ni la ausencia de integración política de los sectores pobres, como lo demuestran las revueltas de cuño semejante (Canudos), producidas después de aquellas transformaciones políticas.

Pero, ¿qué se puede decir de las camadas sociales nacidas de las nuevas fuerzas productivas, basadas en el trabajo libre (asalariado)? Edgar Carone (1975) indicó la cifra de 54.164 obreros en 1889. En esa época, la población brasileña era de 14 millones de personas, lo que significa que el asalariado moderno era apenas una minoría social ínfima. En contraste con ese número exiguo, el número de esclavos en 1885 era de 153.864.

La concentración social del proletariado era, sin duda, también muy baja. La “clase obrera” era, pues, no solo una franja de escaso peso social relativo; también era una fracción minoritaria de la fuerza de trabajo. Solo en 1910 llegaría, según Carone, a la cifra de 159.600 personas, aunque otros autores presentan cifras bastante superiores; de cualquier modo: “Su insignificancia numérica y estructural en el cuadro general de la nación, y de los obstáculos antepuestos a su orga-

nización, como la dificultad de obtener apoyo en otros sectores de la población, redujeron las expresiones de movimientos de trabajadores esencialmente urbanos. A los ojos de la elite, la cuestión obrera era un asunto policial, no de política, al ser el movimiento industrial poco significativo y circunscripto a ciertas áreas, el movimiento obrero, inorgánico y poco expresivo, no llegaba a representar una fuerza política de renovación, encontrando escasa repercusión en las demás franjas de la población” (Viotti da Costa, 1979).

Industrialismo

A pesar de los obstáculos hubo, en la etapa final del Imperio, un importante desenvolvimiento industrial. Después de la construcción del primer ferrocarril brasileño, otros se desarrollaron rápidamente, acompañando siempre la saga del café. La construcción de 57 caminos de hierro hasta 1885; el progreso de los transportes terrestres, aliado al gran desarrollo que registró la navegación a vapor, concurrieron a la mejora y al abaratamiento de la distribución de los productos en el mercado interno y, por consiguiente, al establecimiento de bases para el advenimiento de la industria nacional. A partir de 1850, considerables recursos provenientes de la exportación fueron movilizados como capitales para emprendimientos en la industria y el comercio. Entre 1850 y 1865 se fundaron 180 sociedades comerciales e industriales en el Brasil. La organización del crédito acompañó la evolución del movimiento financiero y, en 1854, se instaló el Banco de Brasil (Vilhaça, 1967).

Ese movimiento se aceleró en la última década del siglo XIX; antes de 1880 había apenas 200 establecimientos fabriles en el país; en el último año del Imperio su número llegaba a 636. El sector industrial de Brasil pasó de esas 636 fábricas con un total de 54.169 operarios en 1889, a 3.250 fábricas con un total de 150.841 obreros en 1907. Ya se usaban bastante el vapor y la electricidad, además de la energía hidráulica. Según datos de ese año, el 30 por ciento de la producción industrial estaba situado en Rio de Janeiro, el 16 por ciento en São Paulo, el 7 por ciento en Rio Grande do Sul y el 4 por ciento en Minas Gerais. La hegemonía paulista tuvo que esperar el brote industrial de la I Guerra Mundial.

Al analizar el brote industrial de 1880-1895, Maurício Vinhas de Queirós concluye que más de la cuarta parte de los capitales invertidos

en Brasil en actividades industriales (exactamente el 26,2 por ciento) lo fueron en el periodo comprendido entre 1880 y 1894; antes de esas fechas, desde el periodo de la Colonia y pasando por todo el Imperio, solo se había invertido el 6,4 por ciento de ese total (Vinhas de Queirós, 1975). El ritmo del desenvolvimiento industrial, sin embargo, no acompañó la velocidad de la disolución de las viejas relaciones precapitalistas, lo que informa de la naturaleza de la clase obrera en ese periodo. Estadísticas de 1882 muestran que en seis de las mayores provincias del país, justamente aquellas que más estaban desarrollando actividades manufactureras -Río de Janeiro, Minas Gerais, São Paulo, Bahía, Pernambuco y Ceará- más del 50 por ciento de la población de entre 13 y 45 años de edad estaba compuesto por desocupados. Ese porcentaje aumentó después de la abolición, cuando el esclavo quedó a la deriva en el mercado laboral.

Se vivían tiempos de “gran depresión” en la economía mundial, con la desaceleración del ritmo de crecimiento y del volumen del comercio mundial (que había alcanzado su auge en la década de 1860) en el último tercio del siglo XIX. En 1888, la población esclava de Brasil (compuesta por 600 mil personas) constituía el 4 por ciento de la población total del país, mientras que, en 1840, medio siglo antes, 2 millones de esclavos componían el 40 por ciento del total de los habitantes. La masa de libertos, mayoritariamente desempleados, aumentó con los 2 millones de campesinos nordestinos desplazados por la gran sequía de 1877-1880. Por otro lado, 200 mil inmigrantes extranjeros llegaron al Brasil en el decenio comprendido entre 1880 y 1889. El desempleo imperante permitía pagar salarios mucho más bajos, al tiempo que se formaba un enorme ejército industrial de reserva.

Ciertas estadísticas indican, hacia 1872, la presencia de 282 mil personas empleadas en “actividades industriales”. La mayoría, sin embargo, debía tener ocupaciones artesanales, incluso permanentes, como lo demuestra el hecho de que existieran en São Paulo (uno de los dos polos del desenvolvimiento industrial), en la última década del siglo XIX, solo 52 establecimientos industriales. Aunque, en relación con São Paulo, “ya en la década de 1870, el kilometraje de ferrovías abiertas al tráfico pasó de casi 150 a cerca de 1.200, y subió a 2.239 en la década siguiente y a 3.507 en 1889 (...) Entre 1873 y 1890, la cantidad de talleres subió, por lo menos, de 94 a 184; y el de talleres, sin especificación del número de personal ocupado, se elevó de 13 a 164. Entre 1871 y 1875 se instalaron con éxito las cinco primeras

fábricas de tejidos de algodón, número que subió a 13 en 1887. Las estadísticas de 1872 y otras de fin de siglo no son utilizables por ser incompletas. Se consideró entonces instalada una fábrica de tejidos solo si tenía al menos 100 operarios, lo que justifica esos reparos. Lo que importa destacar es el hecho de que ya en el último tercio del siglo pasado un proletariado urbano comenzaba a diferenciarse en el cuadro de la economía regional” (Simão, 1966).

La importancia de la inmigración en la formación del proletariado brasileño no es desechable. Leôncio Martins Rodrigues calcula que, hacia 1920, los inmigrantes constituían el 95 por ciento de los trabajadores llegados al estado de São Paulo. La inmigración fue importante antes de la proclamación de la República, y no fueron pocos los inmigrantes italianos que llegaron a trabajar en las haciendas de café paulistas al lado de trabajadores negros esclavizados. Un viajero llegado a São Paulo en 1900 después de 30 años de ausencia (Alfredo Moreira Pinto, en su escrito “La ciudad de São Paulo en 1900”), exclamaba: “Era entonces una ciudad puramente paulista, ahora es una ciudad italiana”.

Se ha destacado la importancia de la inmigración en la disolución de las viejas relaciones de trabajo: “Sin ella, habría sido imposible poner fin a la esclavitud negra, como finalmente sucedió” (José de Souza Martins, 1981). En la medida en que la inmigración quebraba las viejas relaciones sociales de trabajo, pero no se producía una quiebra simultánea de la vieja estructura de propiedad (el desenvolvimiento industrial coexistía con ella), contribuyó mucho menos al movimiento industrial propiamente dicho por medio de una ampliación significativa del mercado interno (como ocurrió, por ejemplo, en los Estados Unidos) y creando, por consiguiente, una mayor necesidad de mano de obra industrial.

En 1850 fue promulgada una ley imperial, conocida como “Ley de Tierras”, que prohibía toda forma de acceso a la tierra, incluso de tierras no reclamadas, que no fuese por medio de la compra con dinero. Era un paso decisivo en la dirección de la mercantilización (valorización) de todo el territorio brasileño. Y también de consolidación de una estructura latifundaria de propiedad y posesión de la tierra, originada en las antiguas *sesmarias* (concesiones de tierras; nota del traductor) coloniales. Así se instalaban los criterios de asimilación del trabajador extranjero por la sociedad brasileña; si era inmigrante pobre, debía trabajar primero para los hacendados y así obtener su peculio para, después, comprar

la tierra que anhelaba si quería transformarse en trabajador autónomo, que era la razón que lo había traído desde regiones tan remotas. En cierto modo, para volverse campesino libre, el inmigrante debía brindar, durante determinado tiempo, al gran propietario de tierras, como una especie de tributo, su trabajo y el de su familia.

Cuando fue proclamada la República funcionaban en Brasil 600 establecimientos industriales. El desenvolvimiento del capitalismo trajo consigo el surgimiento de la clase obrera. En 1907 el primer censo industrial realizado en Brasil señalaba la existencia de 3.258 empresas en las que trabajaban 150.841 operarios, con un alto grado de concentración incluso para los parámetros internacionales de la época. En 222 fábricas de tejidos se encontraban 52.656 operarios, más de un tercio de los obreros industriales. En cuanto a la localización del parque industrial, el 33 por ciento se situaba en Río de Janeiro, el 16 por ciento en São Paulo y el 15 por ciento en Río Grande do Sul. El estado de Río de Janeiro aparecía con el 7 por ciento de la producción industrial. El crecimiento industrial se aceleró con el transcurso de la Gran Guerra entre 1914 y 1918, que redujo drásticamente las posibilidades de importación y, consecuentemente, el mercado interno insatisfecho determinó la aceleración del ritmo de industrialización. El censo de 1920 indicó la existencia de 13.336 establecimientos industriales en los que trabajaban 275.512 operarios.

En la medida en que el trabajador extranjero era preferido al nativo, en especial al negro liberto, para los empleos industriales -en condiciones en que el desenvolvimiento industrial no cubría la oferta de fuerza de trabajo liberada por la quiebra de las viejas relaciones esclavistas y patriarcales- se creaba un elemento fundamental de la formación de la clase obrera brasileña. La inmigración corría paralela a los primeros brotes industriales. Se presentaba entonces el problema de la “nacionalización” de la clase obrera, pues la condición de extranjero de la mayoría del proletariado se apoyaba en la exclusión de los potenciales trabajadores industriales nativos, intensificando, de manera suplementaria, la competencia por el empleo industrial, debilitando a la clase obrera como un todo.

Industrialistas

La industrialización hizo surgir en Brasil un nuevo perfil social con el surgimiento del obrero fabril. Las condiciones de vida de los tra-

bajadores extranjeros estaban lejos de ser envidiables. Un informe (de 1891) del cónsul italiano sobre las condiciones de trabajo de sus compatriotas inmigrantes en el medio rural, hace constar que “el colono que vive en las haciendas generalmente se encuentra en malas condiciones higiénicas en lo que concierne a habitación. No se libra de los métodos usados durante siglos con los negros. Los hacendados no dan ninguna importancia a las previsiones educacionales, higiénicas y humanitarias. Gastos como los derivados de atención médica o remedios, fantásticamente incrementados en el interior, están todos a cargo del colono. Encontré colonos que tuvieron que pagar la visita de un médico hasta 50 mil reis, equivalentes a lo que gana en un año con el tratamiento de mil pies de café. En muchas haciendas hay un cura, en pocas una escuela. El cura, pagado por el hacendado para dar misa, recibe también del colono una tasa especial y arbitraria por cada acto de su ministerio ejercido de modo particular”.

Y continuaba: “Una causa principal de penuria continua para el colono frecuentemente está dado por el sistema, seguido casi siempre, de comprar, como si fuera un tributo obligatorio, en los almacenes que en general son una especulación personal del propio hacendado, en las cuales los géneros son vendidos al doble y hasta al triple de los precios de las ciudades o del pueblo más próximo. Cuántas veces tuve que ocuparme de los reclamos de los colonos que, en el momento de la cosecha de cereales, se veían expulsados de la hacienda con algún pretexto fútil, sin derecho al fruto directo de su trabajo. Les era impedida la cosecha, que era de su propiedad, y quedaban privados de los animales que ellos habían criado... Los contratos entre el hacendado y el colono, o la costumbre o el arbitrio a falta de contratos, imponen al colono numerosas multas, que a veces llegan a la mitad de la ganancia bruta del colono”.

La mano de obra era abundante para una capacidad productiva restringida. En las industrias, el 79 por ciento de la fuerza de trabajo ocupada en las manufacturas de São Paulo (en 1893), y el 39 por ciento en Río de Janeiro, estaba compuesta por extranjeros. Las ganancias en esas industrias semiartesanales se sustentaban en la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo (producción de plusvalía absoluta). Al estar la producción agrícola orientada a la exportación, era difícil introducir un abaratamiento de la reproducción de la fuerza de trabajo. Si las inversiones en maquinarias (que aumentarían la productividad del trabajo) eran pocas, las ganancias provenían principal-

mente de la reducción del salario real, de la explotación de mujeres y niños, de la intensificación del ritmo de trabajo y de la extensión de la jornada laboral.

El nivel de la acumulación de capital estaba determinado también por las relaciones de fuerza existentes entre patrones y operarios. Estos tuvieron, en los primeros estadios de la industrialización brasileña, la desventaja dada por el gran número de desempleados o subempleados y, además, por la política estatal. Si el estado de São Paulo no intervenía para proteger la simple reproducción de la fuerza de trabajo (ausencia de salarios mínimos legales y de francos remunerados, pésimas condiciones de trabajo en general), su policía sí intervenía cada vez que un movimiento huelguístico “perturbaba el orden público”. Latifundio agrario, capitalismo (industrial) tardío y Estado oligárquico (monárquico o republicano) cerraban el círculo de las condiciones dentro de las que se formaba la clase obrera brasileña. Un círculo dentro del cual irían a vaciarse las esperanzas de los abolicionistas radicales de “redención por medio del trabajo libre”. En ese atraso general, la política migratoria era un aspecto orgánico, enlaces de una corriente.

Industriales y operarios se posicionaban ante la situación económica del Imperio. En 1881, la Asociación Industrial, presidida por Antonio Felício dos Santos, dio a conocer un “Manifiesto”, en el cual, además de denunciar la situación en que se encontraban las primeras tentativas industriales en Brasil, enfrentaba con rara claridad los problemas históricos de la estructura política y económica del país en relación con su transformación industrial. El eje del *Manifiesto* era la demanda de protección aduanera para las industrias brasileñas, contra la política librecambista practicada por el gobierno: “Se llaman librecambistas los que se han mostrado realmente proteccionistas... de lo extranjero”: esa frase del Manifiesto resumía las protestas de los industriales.

En otro tramo, el Manifiesto decía: “Como todos los factores de riqueza pública, sin embargo mucho más que cualquier otro, también la industria se desarrolló casi absolutamente sin el auxilio directo del centro gobernante, casi ignorada y a veces ridiculizada por los hombres políticos. Solo se manifiesta la acción de gobierno en las pesadas contribuciones y en los impuestos para socorrer las dispensas públicas distribuidas exclusivamente entre las otras clases sociales. De tiempo en tiempo un acto desastroso de los altos poderes del Estado, con la finalidad de obtener de súbito algunas migajas para el Tesoro, ven herir, tal vez de muerte, a esta o aquella industria que prosperaba”.

Pero ¿por qué los hombres políticos actuaban de ese modo? El “Manifiesto de los industriales” ensayaba una explicación: “Los hombres involucrados hace 50 años en la gestión de los negocios públicos en Brasil se han ocupado de una política partidaria, estrecha, agotando las fuerzas intelectuales de esta generación en discusiones estériles, en exclusivismos personales sin objetivos ni ideales en nombre de resultados positivos de progreso. En ello se consume la actividad nacional que debería empeñarse en competir con las industrias de otros países, creando las condiciones más adecuadas para la satisfacción de las necesidades y aspiraciones de la humanidad en el presente siglo (...) Tamaño error proviene en línea recta de una educación viciosa, absorbida en las academias por quienes dirigen el país, teóricos puros sin conocimientos positivos, más literatos que hombres de ciencia”.

El “Manifiesto” criticaba el que las clases latifundistas fueran beneficiarias de la política gubernamental; el gobierno, sin embargo, no era criticado como expresión de esas clases sino como un gobierno incapaz, de “bachilleres” falsamente cultos, que actuaban de ese modo debido a su condición intelectual y a su formación académica. Se señalaba que el monocultivo y la ausencia de una inmigración masiva tenían las mismas causas: “El Brasil, a pesar de tantas ventajas naturales y tantos recursos para el desenvolvimiento progresivo de un gran pueblo, ve tristemente huir de esas plagas a oleadas de hombres laboriosos, emigrados continuamente a Europa. Por otro lado la ausencia, la emigración de capitales, actuando como una corriente esterilizadora que lava el humus del suelo y prepara una consumición lenta, cuyos efectos se dejarán sentir en todo el organismo social a la menor perturbación económica. Basta una baja en el valor de la producción de nuestro casi único rubro de exportación, para determinar una crisis de consecuencias incalculables”. Se comparaba esa situación con el proteccionismo adoptado por Inglaterra en las primeras etapas de su desenvolvimiento industrial, y con el rumbo tomado por los Estados Unidos: “Se considera atrasados en civilización a los Estados Unidos de América del Norte, que afirman su riqueza en un régimen protector, recorriendo el camino de su antigua metrópoli, y por eso atraen a su seno una perenne inmigración de operarios y pequeños capitalistas (...) Allí los productos industriales ya exceden largamente a los otros rubros de exportación”.

La situación en Brasil era muy diferente de la de los dos modelos mundiales de industrialización: “¿No es el Brasil una simple factoría comercial y una colonia explotada por los traficantes europeos, que con

raras excepciones no se identifican sino con sus propios intereses? Solo un Parlamento como el de Brasil, sin representantes de las clases productoras, podría adoptar sin examen una Ley de Presupuesto como la del año pasado, que mandó reformar las tarifas aduaneras alterando los valores oficiales de los objetos importados, prohibiendo en todo caso el aumento (pero no la disminución) de los porcentajes de los derechos fiscales (...). En un país joven no puede prosperar la industria sin el aliento de los altos poderes del Estado. Todos los gobiernos civilizados comenzaron así, favoreciendo el desenvolvimiento de la organización industrial, cuyos elementos las grandes ciudades, principalmente, encierran en su seno. La moralización de las clases pobres por el trabajo es, cuando más no sea, una cuestión de alta política. La producción para el consumo, al menos, es una noción de economía elemental”.

Se pedía, en consecuencia, una política industrial nacionalista, al mismo tiempo que los pobres eran calificados de “inmorales”, aunque “moralizables” por la explotación fabril. Las aspiraciones industrialistas, por otro lado, se limitaban a una industria de consumo bienes-salario. El “Manifiesto” agregaba que la ausencia de desarrollo industrial comprometía no solo la soberanía económica sino también la soberanía nacional pura y simple. Ponía de ejemplo la falta de un servicio nacional de cabotaje, de una “escuela de marina mercante”, lo que dejaba a Brasil, en caso de guerra o desastre naval, con el único “triste y peligroso recurso de los mercenarios extranjeros”.

Primeras manifestaciones obreras y socialistas

En esa época, la escasa y raquítica representación obrera, todavía transitando el camino desde la fase corporativista a la fase de organización sindical, se posicionaba ante las grandes opciones de la política económica del país en términos semejantes a los de las asociaciones industriales patronales, estableciendo con ellas una especie de “frente único por la industrialización del país”, lo que indicaba una escasa diferenciación social y una nula independencia política. Así, en la misma época del movimiento industrialista, algunas de las primeras organizaciones obreras se colocan en la perspectiva de los industriales.

En 1877, un “Manifiesto de los obreros sombrereros”, dirigido a las autoridades imperiales, decía: “Los abajo firmantes, artesanos sombrereros, siempre incansables en el trabajo para el engrandecimiento del país, promoviendo y auxiliando los diversos ramos de la industria na-

cional, se toman la libertad de exponer la decadencia de esta industria (que) no proviene de la imperfección con que por ventura el sombrero fuera acabado, sino por los insignificantes derechos a que está sujeto el mercader que importa del extranjero (...) Los pelos, las drogas para tintas, la goma laca, las planchas y cintas tanto de lana como de seda, todo aún lo recibimos del extranjero, sujetos a derechos más o menos pesados, que junto con la mano de obra y muchos otros gastos que demanda una fábrica en Brasil, hace que el fabricante no pueda terminar el sombrero, por su precio, de modo de competir ventajosamente con el extranjero (...) Protegida de este modo la fabricación nacional, no será irrazonable esperar que esta industria genere otras, como sería la crianza de liebres, conejos, carneros y otros animales que nos provean pelo, y esto, por cierto, traerá consigo resultados muy benéficos para el país. La fabricación de sombreros es por ahora diminuta, pero es de esperar que aumente, luego que cese de venir lo extranjero”.

El “Manifiesto del Cuerpo Colectivo Unión Operaria”, de 1885, se dirigía a Pedro II con el título de “V.M. Imperial, protector de la clase obrera” (los industriales empleaban un tono semejante para dirigirse al emperador), y pedía la provisión de una serie de artículos para obtener los fines siguientes: “Centralización de los trabajos de manufacturas para el Estado en el país; auxilio al desenvolvimiento general de manufacturas ahora importadas desde puertos extranjeros; auxilio al desarrollo general de manufacturas en el Imperio (...) Banca Auxiliar de la Industria en el Imperio de Brasil (...) Estadística profesional”.

Las reivindicaciones propias de la clase obrera estaban situadas en segundo plano en aquellas peticiones. La situación de la industria en el Imperio y la debilidad de la organización obrera, contribuían a abrir la perspectiva de una posición de unidad de los empresarios industriales con los operarios en torno de un programa de nacionalismo económico y político, con lo cual se inauguraba una de las dos vertientes de la política brasileña en el siglo XX. Ni la difusión de ideas prevalecientes en proletariado europeo, de donde provenía buena parte de la clase obrera brasileña, ni la propia situación de la clase trabajadora en el país, hacían colocar la necesidad de una organización y de una política independientes del movimiento obrero.

Esa necesidad se expresó en las ideologías de pequeñas organizaciones que se declaraban “socialistas” y “laboristas”. Las primeras expresiones socialistas en el Brasil datan de la década de 1840, y corresponden al socialismo filantrópico de intelectuales *ilustrados*, que tenían una

influencia importante en Europa. En el libro *El socialismo*, de Abreu de Lima, el autor definía al socialismo como “un designio de la Providencia”. En 1845, Eugene Tardonnet (discípulo del conde de Saint Simon, temporariamente radicado en Brasil) fundaba en Río de Janeiro la *Revista Socialista*. M.G. de S. Rego comenzó a publicar ese mismo año *El Socialista de Río de Janeiro*, trisemanario que salió hasta 1847. En él se decía: “El vocablo ‘socialista’, denominación con la cual sale a la luz nuestra hoja, define con exuberancia el objeto principal con que ella es publicada: la conservación y el mejoramiento de lo poco de bueno que existe entre nosotros; la extirpación de abscesos y vicios provenientes de la ignorancia, de la falsa educación y la imitación sin criterio; la introducción de novedades del progreso universal (...) *El Socialista* tratará de agronomía práctica, de economía social, didáctica, política preventiva y medicina doméstica y, sobre todo, del socialismo, ciencia recientemente explorada, de la cual baste decir que su fin es el de enseñar a los hombres a amarse unos a otros”.

Poco después, sin embargo, otro tipo de expresión de los trabajadores, surgido de ellos mismos, hacía su estreno. El *Jornal de los Tipógrafos* fue fundado en 1858, en el mismo año en que los operarios de ese ramo se organizaban en una entidad propia y declaraban una huelga en Río de Janeiro. La huelga de 1858 unió a los tipógrafos de los diarios *Correio Mercantil*, *Jornal do Comércio* y *Diário do Rio de Janeiro*, quienes, insatisfechos con los míseros salarios que recibían, declararon la huelga exigiendo un aumento de 10 peniques diarios. Esa huelga duró varios días. Los tipógrafos editaron su propio jornal, para lo cual, como contribución, una de las primeras organizaciones obreras surgidas en Brasil, la Imperial Asociación Tipográfica Fluminense, donó 11 centavos de reis por cada uno de sus socios. La huelga fue victoriosa. Tuvo la solidaridad de los tipógrafos de la Imprenta Nacional, que se negaron a romper la huelga como les exigía el gobierno. Los tipógrafos, desde entonces, fueron la vanguardia, no solo de las luchas sino de la organización de la clase obrera de Brasil.

El movimiento obrero brasileño se manifestó inicialmente, por lo tanto, en la misma época que el argentino o el chileno; otra cosa es que sus manifestaciones independientes fuesen ulteriormente apagadas, en el escenario general del país, por la fuerza y la cobertura que tuvo la campaña abolicionista, un hecho único en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. En el número 14 del *Jornal de los Tipógrafos* podía leerse: “Ya es tiempo de acabar con la opresión de toda casta; ya es

tiempo de guerrear por los medios legales a la explotación del hombre por el hombre”. Nació un movimiento obrero claramente clasista.

Las primeras tentativas de organizar un partido socialista como expresión política de los intereses independientes del proletariado, debieron, entretanto, aguardar hasta la década de 1880. En general, se trató de tentativas frágiles, temporarias y localizadas, que no tuvieron alcance nacional, pero debe señalarse que lo mismo sucedía con los partidos políticos en general, incluso con los representativos de las clases dominantes. Aun así, un *Partido Obrero* (de Brasil) se dirigió en 1890 a la Internacional Socialista, mostrando la intención de vincular al proletariado brasileño con el proceso que recorría entonces al movimiento obrero europeo:

“Innumerables dificultades impedirán la construcción de un partido obrero a nivel nacional. Además, las clases dominantes tampoco conseguirán dar vida real sino a partidos republicanos estaduais (...) Tener en cuenta el minúsculo peso social específico del proletariado en relación con el conjunto de la sociedad es fundamental para entender la situación concreta vivida por nuestros primeros socialistas. La estructura y la composición étnica del proletariado de la época, compuesto por trabajadores de las más variadas nacionalidades y razas, que hablaban diferentes idiomas, crearon dificultades suplementarias. Sin hablar aún del factor geográfico, que impidió el contacto frecuente, debido a las grandes distancias que separaban a los pequeños núcleos, dispersos y fragmentados en un territorio inmenso. Agréguese el hecho de que la industria en general estaba poco desarrollada, con un número reducido de grandes fábricas y muchos pequeños talleres, tanto en Río de Janeiro como en São Paulo. En los demás Estados la industria era aún más raquítica, y el movimiento sindical y obrero no pasaba de una vida molecular” (Foot y Leonardi, 1982).

En la medida en que los “partidos socialistas” se proponían progresar en el plano electoral como vía para su implantación, no podían superar por sí solos la fragmentación geográfica de la vida política brasileña. El establecimiento de la República, con su énfasis en el federalismo, agravó este problema en vez de aliviarlo. De cualquier modo, las tentativas de crear un partido socialista aumentaron en los primeros años de la República. En el marco de la República oligárquica, los socialistas se presentaban menos como los portadores de intereses de clase y más como los defensores de la modernidad y la moralidad públicas, lo que evidencia la diferente función que un partido socialista debía llenar, en Brasil y

en el mundo periférico en relación con sus pares de Europa. En Brasil sobrevivía la hegemonía de un sector latifundista, ahora principalmente en el sudeste del país. Jurídicamente, la inexistencia de Justicia Electoral, el voto abierto y la falta de mecanismos eficaces de control aseguraban la más completa impunidad para la dominación política de los latifundistas, jefes invariablemente de la política local.

El jurista Evaristo de Moraes, miembro de la generación de socialistas de las primeras décadas del siglo XX, escribió: “Contribuiría sin duda a la realización de este propósito (la organización política del proletariado) una posibilidad única de edificación de nuestra supuesta democracia, hasta ahora entregada a la dominación absoluta e interesada de politiqueros profesionales, sin programa y sin ideas. Solo han prosperado, hasta el presente, con el nombre de ‘partidos’, las agremiaciones de intereses electorales y de apetitos individuales que, en torno de un hombre más o menos enérgico y mañoso, aprendieron a apoderarse de los presidentes y aprendieron a ponerlos a su servicio (...) De ideas, de principios, nunca se han preguntado seriamente. Todo siempre fue cuestión de personas, de arreglos, de maniobras o de exhibiciones de despotismo para inutilizar adversarios o convencer a vacilantes” (De Moraes Filho, 1978)⁴.

¿Exotismo socialista?

El socialista ítalo-brasileño Antonio Piccarollo apuntó una diferencia y una dificultad suplementaria: “La razón de estos fracasos para el socialis-

4. Antônio Evaristo de Moraes (1871-1939) fue picapleitos, abogado criminalista e historiador brasileño. En 1890 participó de la construcción del Partido Obrero, primer agrupamiento partidario de carácter clasista y socialista de la historia de Brasil. Hizo su estreno jurídico en 1894, trabajando en el estudio Silva Nunes e Ferreira do Faro. Después de 23 años de práctica forense, a los 45 años de edad, se graduó finalmente en Derecho. Fue cofundador de la Asociación Brasileña de Prensa en 1908. En la década de 1910 trabajó en la defensa de los marineros rebeldes en la Revuelta de Chibata. Se hizo célebre la campaña por la amnistía de los presos, que solo suspendieron la revuelta con la promesa, jamás cumplida, del gobierno de no tomar represalias contra los rebeldes. Fue abogado defensor de João Cândido Felisberto, el marinero conocido como “Almirante Negro” por su formidable visión estratégica en la conducción de la rebelión de los marinos. En 1902, participó de la fundación del Partido Socialista, y fue el principal responsable de su participación en la Internacional Socialista. Evaristo se hizo notable en la defensa de la tesis de que los intelectuales de izquierda tenían la obligación revolucionaria de aliarse con la clase obrera para ayudarla a intervenir en la vida política. Se especializó en la defensa legal de los trabajadores. Gracias a su histórica defensa de los derechos laborales integró el Ministerio de Trabajo, innovación creada por Getulio Vargas, y colaboró en la redacción de la *Consolidación de las Leyes del Trabajo* (CLT).

mo, y para la organización operaria, se debe buscar en la naturaleza y el carácter anacrónico que se le quería imponer. Olvidando que vivían en Brasil, país que hacía poco había salido de la esclavitud, propagandistas y organizadores quisieron crear un socialismo y una organización basados en los moldes de los países económicamente más adelantados. Los socialistas, en su mayoría italianos, en su congreso aprobaron un magnífico programa de socialismo italiano. Las organizaciones obreras, bajo la influencia de elementos generosos pero con la cabeza en las nubes, dirigían sus proas a Francia, imitando a los sindicalistas y traduciendo obras de Sorel y de otros revolucionarios. Los hechos, entretanto, en su divina austeridad, se vengaron del desprecio al que eran sometidos, condenando al fracaso al socialismo y a la organización operaria”.⁵

La tesis del exotismo de la ideología socialista “europea” en la fase inicial de la formación de la clase obrera brasileña (y latinoamericana) fue retomada, después, por historiografías de las más diversas tendencias. Insistiendo en el carácter “europeo” o “europeizante” del viejo socialismo, se pretendió explicar su fracaso incluso por parte de analistas marxistas: “El problema no es tanto el origen europeo de los precursores (alemanes, italianos, españoles, sino el espejismo, la asimilación mimética de la experiencia europea de los primeros dirigentes socialistas autóctonos, que no advirtieron las particularidades propias de las formaciones sociales del continente en cuanto países dependientes, explotados y dominados por el imperialismo (...) Fue muy comprensible que, con excepción de la Argentina, el país más ‘europeo’ de América latina, ese tipo de corriente socialdemócrata haya tenido poca penetración al sur del Río Grande, donde muy temprano la reivindicación nacional, en su dimensión antiimperialista, ha sido un eje esencial en las luchas populares” (Lowy, 1980).

Distinta es la opinión de Evaristo de Moraes Filho: “No acordamos con los que dicen que la visión de futuro de nuestros programas,

5. Víctor Alba, intentando establecer una “teoría general” del conjunto de la historia del movimiento obrero latinoamericano, distinguió cuatro etapas en la formación de las “ideologías obreras” en nuestro continente: a) la *importación* (socialistas utópicos); b) la *inmigración* (exiliados de revoluciones europeas); c) la *naturalización* (“las distintas organizaciones obreras, aunque emplean la retórica importada por los exiliados europeos aprendida en las obras de algunos liberales, adoptan esas ideas, en sus programas y en su acción, para utilizarlas en la realidad latinoamericana”; d) la *formación de una doctrina propia* (“surge la necesidad de una interpretación propia de la realidad latinoamericana” (Alba, 1964). La teoría del “exotismo” del pensamiento socialista en la realidad latinoamericana solo puede tener una validez limitada en el periodo en el cual la difusión de las ideas no traspasaba el estrecho círculo de los inmigrantes europeos.

manifiestos socialistas y reivindicaciones eran extrañas a la realidad brasileña, como si fueran meras traducciones o ecos de las exigencias extranjeras. Aunque inspirados, con mayor o menor énfasis, en las doctrinas y las teorías que se habían formado en los países europeos, jamás dejaron esos partidos de tener en cuenta las necesidades del trabajador nacional. Sumidos hasta el pescuezo en la vida miserable que llevaba el obrero brasileño, habían sido portavoces de sus angustias y anhelos. Reformistas en su mayoría, a la espera de que la conquista del poder se produjera indirectamente, por la conquista del Congreso, por el voto, por la ley, por los cambios institucionales y por la presión popular; no por eso dejaban otros de llegar a las apelaciones revolucionarias o a la propia acción directa, por la huelga y demás instrumentos de hecho conexos” (De Moraes Filho, 1981).

No es de extrañar que la insistencia en el carácter europeo y no adaptado a la “realidad nacional” del socialismo de la Segunda Internacional, la Internacional Socialista, sea mayor en el caso de Brasil. En este país, la base migratoria del proletariado se extendió más tiempo que en otros de América latina, lo que se refleja en el hecho de que la prensa obrera en lengua extranjera abarca un período de tiempo mayor. Pero esa prensa, e incluso las organizaciones obreras basadas en las minorías nacionales, cumplían una función necesaria: la de unir y defender una comunidad que sufría una doble opresión (la “normal” del trabajo asalariado y la exclusión de los derechos políticos y sociales debido a su condición de extranjeros -una legislación específicamente discriminatoria contra los extranjeros fue usada a comienzos de siglo contra socialistas y anarquistas, principalmente en la Argentina y en Brasil). En cualquier caso, la diversidad “cultural” y de lengua al interior del proletariado fueron una dificultad suplementaria para la organización política de la clase obrera, en la medida en que esa organización implica la elevación a una concepción del mundo de tipo universal y un programa de alcance nacional, dirigido a toda la población, perteneciente a las clases más diversas.

La tesis del exotismo de la ideología socialista “europea” en la fase inicial de la formación de la clase obrera brasileña (y latinoamericana) fue retomada, después, por historiografías de las más diversas tendencias. Insistiendo en el carácter “europeo” o “europeizante” del viejo socialismo, se pretendió explicar su fracaso incluso por parte de analistas marxistas: “El problema no es tanto el origen europeo de los precursores (alemanes, italianos, españoles, sino el espejismo, la asimi-

lación mimética de la experiencia europea de los primeros dirigentes socialistas autóctonos, que no advirtieron las particularidades propias de las formaciones sociales del continente en cuanto países dependientes, explotados y dominados por el imperialismo (...) Fue muy comprensible que, con excepción de la Argentina, el país más ‘europeo’ de América latina, ese tipo de corriente socialdemócrata haya tenido poca penetración al sur del Río Grande, donde muy temprano la reivindicación nacional, en su dimensión antiimperialista, ha sido un eje esencial en las luchas populares” (Lowy, 1980).

Distinta es la opinión de Evaristo de Moraes Filho: “No acordamos con los que dicen que la visión de futuro de nuestros programas, manifiestos socialistas y reivindicaciones eran extrañas a la realidad brasileña, como si fueran meras traducciones o ecos de las exigencias extranjeras. Aunque inspirados, con mayor o menor énfasis, en las doctrinas y las teorías que se habían formado en los países europeos, jamás dejaron esos partidos de tener en cuenta las necesidades del trabajador nacional. Sumidos hasta el pescuezo en la vida miserable que llevaba el obrero brasileño, habían sido portavoces de sus angustias y anhelos. Reformistas en su mayoría, a la espera de que la conquista del poder se produjera indirectamente, por la conquista del Congreso, por el voto, por la ley, por los cambios institucionales y por la presión popular; no por eso dejaban otros de llegar a las apelaciones revolucionarias o a la propia acción directa, por la huelga y demás instrumentos de hecho conexos” (De Moraes Filho, 1981).

No es de extrañar que la insistencia en el carácter europeo y no adaptado a la “realidad nacional” del socialismo de la Segunda Internacional, la Internacional Socialista, sea mayor en el caso de Brasil. En este país, la base migratoria del proletariado se extendió más tiempo que en otros de América latina, lo que se refleja en el hecho de que la prensa obrera en lengua extranjera abarca un período de tiempo mayor. Pero esa prensa, e incluso las organizaciones obreras basadas en las minorías nacionales, cumplían una función necesaria: la de unir y defender una comunidad que sufría una doble opresión (la “normal” del trabajo asalariado y la exclusión de los derechos políticos y sociales debido a su condición de extranjeros -una legislación específicamente discriminatoria contra los extranjeros fue usada a comienzos de siglo contra socialistas y anarquistas, principalmente en la Argentina y en Brasil). En cualquier caso, la diversidad “cultural” y de lengua al interior del proletariado fueron una dificultad suplementaria para

la organización política de la clase obrera, en la medida en que esa organización implica la elevación a una concepción del mundo de tipo universal y un programa de alcance nacional, dirigido a toda la población, perteneciente a las clases más diversas.

Dentro de los diversos grupos del socialismo “reformista” de Brasil, el Centro Socialista de Santos, fundado en 1895, fue uno de los primeros. A *Questão Social*, su órgano de divulgación, era dirigido a la clase obrera. En la práctica, sin embargo, parecía orientada hacia una platea bien diferente, interesada solamente en las cuestiones intelectuales y “prolijas” del socialismo. Su primer número divulgó los objetivos del Centro: promover la creación de cooperativas, organizar un partido obrero y divulgar las ideas socialistas. Para Silverio Fontes,⁶ intelectual más importante de la organización, adhirió a un modelo marxista despojado de intenciones revolucionarias, según el cual el proletariado debía evitar la violencia. El Centro Socialista creó el Partido Obrero Socialista en 1986, proyectado, según sus fundadores, no para “provocar el odio entre los individuos”, sino para cambiar las instituciones por medio de reformas: “Los círculos operarios y centros socialistas creados durante la primera década republicana en varias ciudades del país, principalmente en la región centro-sur, el que más se destacó, por su organización y orientación fue, sin duda, el Centro Socialista de Santos, fundado en 1895 por Silverio Fontes y sus compañeros de círculo de 1889” (Pereira, 1962).

El partido consiguió poca influencia junto a la fuerza de trabajo inmigrante de Santos. Tuvo vida corta, pero sus fundadores continuaron activos. El propio Silverio Fontes fue uno de los líderes del Congreso Socialista realizado en São Paulo del 28 de mayo al 19 de junio de 1902. El “Manifiesto del Partido Socialista” de 1902 tiene una fecha discutible. Atrojildo Pereira supone que el texto original data del año de la proclamación de la República (1889), “con una segunda re-

6. Silverio Martins Fontes (1858-1928). Nacido en San Cristóbal, entonces capital de Sergipe, ingresó en la Facultad de Medicina de Bahía; terminó de cursar en la Facultad de Medicina de Río de Janeiro y defendió una tesis sobre infecciones hospitalarias muy avanzada para su tiempo. Se mudó en 1881 a Santos, donde comenzó a ejercer su profesión, al tiempo que se convertía en un gran líder social. Trabajó en el Hospital de Caridad, donde permaneció hasta 1901. Presidió la Santa Casa de Santos y colaboró en el Asilo de Huérfanos. Además de médico y periodista, fue un intelectual y sociólogo que reunía en su residencia a hombres cultos, republicanos y abolicionistas. Fundó el Centro Socialista de Santos y el periódico *A Questão Social*, divulgador del socialismo en el Brasil. Escribió también el *Manifiesto Socialista*, de repercusión nacional. Su hijo, José Martins Fortes, fue uno de los mayores poetas de su generación y fundó una editorial paulista existente hasta hoy.

dacción en 1895 y la redacción final de 1902”. Al Congreso Socialista asistieron 44 delegados que supuestamente representaban a diversos grupos esparcidos por Brasil. En verdad, la gran mayoría venía de São Paulo, la capital federal no fue representada, aunque Mariano García, editor de la *Gazeta Operária*, se había aprovechado de los principios establecidos por el Congreso para tratar de crear un partido semejante, con el mismo nombre, en Rio de Janeiro.

Aquel Congreso creó el Partido Socialista Brasileño, diseñado sobre las bases del Partido Socialista Italiano (la mayoría de los delegados paulista estaba compuesta por italianos). Su programa inicial se preocupaba particularmente de la acción de los sindicatos. Convocaba a sus miembros a estimular la creación de Ligas de Resistencia para apoyar huelgas y conseguir el apoyo de grupos externos al partido, y los convocaba a involucrarse directamente en la lucha por la mejoría de las condiciones de trabajo. Durante el único año de vida del partido muchos de sus organizadores (como Valentín Diego, gráfico nacido en España) continuaban participando en la dirección del movimiento obrero en São Paulo. Las metas del partido eran divulgadas en el periódico socialista *Avanti*, fundado en 1900 y publicado en lengua italiana. Todas esas tentativas socialistas tuvieron un carácter local y efímero.

Colaboración de clases

Otra vertiente, la tentativa más exitosa, o por lo menos la más espectacular, de apoyarse en el naciente proletariado brasileño como base para una acción política, fue la que Boris Fausto llamó “laborismo”. En 1890, el Centro Artístico de Rio de Janeiro se transformó en *Partido Obrero*, bajo la presidencia del teniente de marina José Augusto Vinhaes. Su acción “obrerista” obtuvo (gracias a las buenas relaciones de Vihaes con el general Deodoro da Fonseca, primer presidente de la República) un cambio en las disposiciones del Código Penal de 1890, que consideraban un crimen la paralización del trabajo. Pero también combatió las tentativas de los obreros de poner en pie una organización creada por ellos mismos, boicoteando, por ejemplo, el Congreso Obrero de 1892. “El teniente diputado trató de vincularse con las luchas obreras nacientes, al tiempo que buscaba colocarlas al servicio de determinadas facciones políticas, en disputa durante los primeros e inciertos años de la República (...) (el Partido Obrero) expresó embrionariamente dos fenómenos significativos: la existencia dentro del movimiento obrero de

un núcleo dispuesto a la colaboración de clases y a aceptar la dependencia respecto del Estado; y la presencia de sectores sociales propensos a algún tipo de alianza con la clase obrera. Por frágil que fuese el proletariado, por contaminado que estuviese por las ideologías revolucionarias, era siempre posible intentar algún tipo de alianza “hacia abajo”, en busca de introducir brechas en el sistema (...) La heterogeneidad de los grupos en los que Vinhaes se apoyaba y la reducida importancia de la clase obrera impedirían que su política llegase a fructificar” (Fausto, 1979).

Las tentativas de usar la organización obrera para una política de colaboración de clases y, al mismo tiempo, para oponerla al sector más clerical y reaccionario de la clase dominante, habrían de continuar. El gobierno del Distrito Federal mantenía relaciones estrechas, y tal vez hasta contribuía financieramente, con *O Operário (El Obrero)*, periódico anticlerical que en 1909 declaradamente apoyaba a los candidatos del Partido Republicano y defendía la candidatura de Hermes da Fonseca para la presidencia de la República. El noviazgo con el proletariado se basaba en el hecho de que los trabajadores carecían de musculatura política propia. Aunque fuera el primer candidato a la presidencia de Brasil que incluyó el trabajo urbano en su plataforma, la consideración de Hermes da Fonseca hacia el proletariado era vaga y genérica. Apenas reconocía la existencia de sus problemas, pero no ofrecía propuestas concretas para solucionarlos. Llegó a impulsar un proyecto de construcción de viviendas de bajo costo para los trabajadores durante su administración, pero apenas algunas decenas fueron efectivamente terminadas. Los presidentes que lo sucedieron descuidaron la continuación del proyecto y, a la vuelta del año 1921, la Villa Obrera iniciada por Hermes languidecía y el gobierno de la época ya pensaba en venderla.

En 1912, el gobierno patrocinó una Liga de los Trabajadores en el Distrito Federal y apoyó los preparativos del Cuarto Congreso Obrero. Aunque el gobierno se dispusiera a pagar los gastos de los delegados, solo algunos sindicatos grandes enviaron sus representantes a ese Congreso, realizado en noviembre de 1912. Solo algunos sindicatos menores de Río de Janeiro comparecieron allí. La única organización importante que mandó delegados fue la Federación Obrera de Rio Grande do Sul, que luego se retiró alegando que se trataba de mera política. Los sindicatos de Santos no fueron; para ellos, el Congreso no pasaba de una maniobra política.

En esa convención, los delegados acordaron formar una Confederación Brasileña del Trabajo, cuyo programa incluía la constitución

de un partido obrero con asiento en Río de Janeiro y representaciones locales esparcidas por el país, la naturalización de inmigrantes, la jornada de trabajo de ocho horas diarias, la obligatoriedad de la instrucción primaria, la elaboración de leyes para mejorar las condiciones de trabajo en la industria y beneficios jubilatorios para los empleados públicos. Pinto Machado fue nombrado secretario general de la nueva organización; Mario da Fonseca, hijo del presidente de la República y patrocinador del congreso, fue presidente honorario. Al cerrarse las deliberaciones, los delegados realizaron un desfile en honor de Mario Hermes da Fonseca. Como ninguno de los dos homenajeados concedió lo que la recién creada central obrera necesitaba para empezar su funcionamiento, la Confederación murió apenas nacida.

Otro Partido Obrero (aquel que se dirigió a la Internacional Socialista) combatió al grupo colaboracionista de Vinhaes y a otros semejantes: “El Partido Obrero no deja de combatir esa astucia y de orientar a los trabajadores para salir de ese callejón sin salida, sinuoso, y mostrar el horizonte puro, el socialismo liberador de los oprimidos” (Hall y Pinheiro, 1979). Se retomaba así el camino del socialismo como expresión autónoma de la clase. Sin demasiado éxito, sin embargo, pues no conseguirían superar la dispersión geográfica y la discontinuidad política, lo que llevó a uno de los creadores del Partido Socialista de 1902, Antonio Piccarollo⁷, a escribir: “Al estar el movimiento actual de la economía agrícola dirigido hacia la pequeña propiedad, los socialistas favorecen y propugnan todo lo que sirva para aumentar el número de estos trabajadores independientes (...) Observando con simpatía el desenvolvimiento industrial que lleva en sus entrañas al proletariado socialista, se esfuerza para dar a los obreros

7. Antonio Piccarollo, militante y fundador del Partido Socialista Italiano en 1892, fue uno de sus intelectuales prominentes y dirigió periódicos y sindicatos vinculados con el partido. En 1904 fue invitado por el Partido Socialista Italiano, sección de São Paulo, a dirigir el periódico *Avanti!*, publicado en lengua italiana en una ciudad brasileña. Ya en Brasil, en 1908, publicó *El socialismo en Brasil*, libro en el que intentaba adaptar el marxismo al país y defendía la inmigración italiana como la más adecuada para el desarrollo económico y social brasileño. Dirigió diversos órganos de comunicación: *Il Secolo* (1906-1910), *La Rivista Coloniale* (1910-1924), *La Difesa* (1923-1926) y *Il Risorgimento* (1928). Fue también colaborador de *O Estado de São Paulo*. En los años 20 lideró la oposición antifascista de los italianos de São Paulo. Fundó la Facultad Paulista de Letras y Filosofía en 1931 y fue uno de los primeros profesores de la Escuela Libre de Sociología y Política, donde trabajó hasta 1946. Parte de la documentación recopilada por él como periodista y profesor se encuentra en el Archivo Edgard Leuenroth desde 1974. El Instituto Cultural Ítalo-Brasileño, de São Paulo, institución de la que también fue uno de los fundadores, mantiene igualmente un Archivo Antonio Piccarollo. Murió en su casa del barrio de Santo Amaro, en São Paulo, en 1947, dejando más de cuatro decenas de libros publicados (De Moraes Hecker, 1996).

una conciencia clara y exacta de lo que será el mañana (...) Todo eso no es rigurosamente socialismo, pero es todo lo que de bueno y práctico podemos hacer aquí los socialistas, si no queremos perder tiempo en discusiones teóricas prematuras y de ningún valor”.

Nuevamente, se colocaba delante de los obreros la necesidad de una alianza de hecho con el sector industrial. Lo que era más dudoso es que ese sector estuviera dispuesto, como aparentemente pensaba Piccarollo, a favorecer el advenimiento de la pequeña propiedad agraria (o sea, a afectar la gran propiedad). El Manifiesto del Partido Socialista Brasileño, de 1902, se situaba en esa línea: “El Consejo General del Partido hace un llamado a las diferentes clases, a los poseedores y a los desposeídos, en que la población de este país se halla dividida como en todas partes, para que se compenetren de la urgente e indeclinable necesidad de atender a lo que ocurre en otros países civilizados en referencia a la cuestión social (...) A los dirigentes, a los que componen la clase poseedora y opresora, en este país, le corresponde no cerrar los ojos a la miseria, que aparece por todas partes, ni cerrar los oídos al clamor que por todas partes se levanta”.

Más de una década después de proclamada la República, no quedaba aparentemente otro recurso a los socialistas que el de apelar al buen sentido de la clase dirigente. Si la República no había resuelto la “cuestión social”, los socialistas, por su parte, no parecían poder elevarse por encima de la fragilidad social de la clase que pretendían representar, ni estructurarse como expresión política estable. Piccarollo acertaba con su diagnóstico: la debilidad de los socialistas echaba sus raíces en el atraso social y político del país. El movimiento obrero y socialista brasileño experimentaba, por lo tanto, a comienzos del siglo XX, grandes dificultades para superar, social, sindical o políticamente, el plano de la política de colaboración de clases. El movimiento ya tenía un buen camino recorrido al final del siglo XIX, pero fue con la industrialización acelerada de comienzos del siglo XX que se transformó en una de las principales fuerzas sociales y políticas de su época. Solo pasó a ser considerado en cuanto tal, en la historiografía corriente, a partir de 1888 o 1889 (fechas de la abolición de la esclavitud y de proclamación de la República, respectivamente), lo que constituye un error. Para Theotônio Junior, por ejemplo, la primera fase del movimiento obrero en Brasil se extiende de 1900 a 1930 (Júnior, 1962). Hay, sin embargo, como acabamos de ver, movimientos sociales de trabajadores asalariados en la etapa final del Imperio. Las aspiraciones

republicanas, por su parte, eran llevadas adelante por su soporte, por así decir, “natural”: las clases medias urbanas. El clientelismo y el “mezenazgo” vigentes excluían de la participación política a la inmensa mayoría de los trabajadores, no solo de los esclavos.

Una industrialización compulsiva

El primer paso hacia la industrialización brasileña fue dado con la sustitución de la pequeña producción artesanal por unidades industriales mayores. Eso comenzó a suceder hacia el final de la década de 1870, cuando la abolición de la esclavitud se encontraba en el orden del día y la solución por la inmigración comenzó a ser considerada como alternativa. A partir de la abolición de la esclavitud, en 1888, el desenvolvimiento económico de Brasil siguió un estándar marcadamente capitalista, tanto en el segmento agrícola (el café) como en el urbano (industrialización). Por debajo de ese proceso se alteró también la estructura del mercado, con la gradual eliminación del “comisionado” como intermediario del comercio exportador/importador: los exportadores (extranjeros) pasaron a vincularse directamente con los productores, y los importadores enviaban representantes al interior del país. Hasta fines del siglo XIX la economía brasileña era esencialmente agraria y exportadora. En la región amazónica se producía y se exportaba caucho. En el Norte y el Nordeste predominaban el azúcar, el algodón, el tabaco y el cacao. En Rio de Janeiro, Minas Gerais, Espirito Santo y São Paulo, el café ocupaba el primer lugar. En Rio Grande do Sul se producían cueros, pieles o yerba mate, y se exportaba charque a otras regiones de Brasil.

Hacia el final del siglo XIX ese cuadro, dominado por la economía agroexportadora, comenzó a transformarse. Entre 1886 y 1894, la industrialización ganó impulso, aunque su origen fuese anterior a 1880. El surgimiento y desenvolvimiento de las industrias estuvieron íntimamente relacionados con el desempeño de la economía primaria exportadora, por lo menos hasta la crisis de 1929. La industrialización no se produjo en todo el país con la misma intensidad. Su polo dinámico se situaba en el sudeste, particularmente en São Paulo, donde se localizaba la más poderosa economía exportadora: el café. La economía cafetera paulista, desarrollándose en el contexto de la transición del trabajo esclavo al trabajo libre, y con amplias posibilidades de expansión hacia las tierras fértiles del Oeste, se convirtió en la más

próspera de las economías agroexportadoras: fue allí donde la industrialización se desarrolló más rápidamente. Desde su inicio, la industrialización paulista era parte de la economía cafetera, o del “complejo cafetero”, pues la producción y exportación del café dependían de una compleja organización de factores. Además de su producción propiamente dicha, ese complejo incluía aún su procesamiento, un sistema de transporte (ferrovías), comercio de importación y exportación, bancos y, por fin, industrias.

Se trataba de una industrialización “a saltos”, fuertemente condicionada por el mercado internacional. El proceso de industrialización acompañó el ritmo del conjunto del sector exportador, no solo del cafetero. En momentos de expansión, las inversiones industriales aumentaban, o se contraían en momentos de retracción del mercado mundial. Al resumir sus conclusiones acerca de la industrialización brasileña anterior a la crisis de 1929, Wilson Suzigan anota que, en el período anterior a 1914, y en menor grado hasta 1929, el desenvolvimiento de la industria brasileña de transformación puede ser considerarse inducido por la expansión del sector exportador, y hace una clara distinción entre el crecimiento industrial anterior a la I Guerra Mundial y el que se registra a partir de ésta.

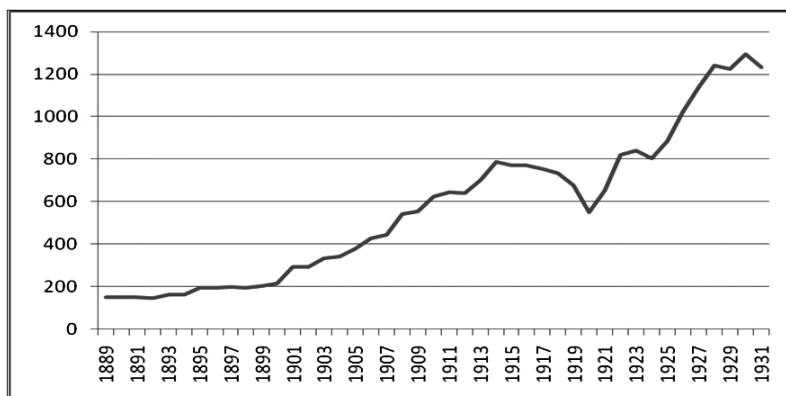
El periodo anterior a la I Guerra, particularmente en el siglo XIX, puede ser explicado, según Suzigan, en términos de la “teoría del crecimiento económico inducido por productos básicos”. La expansión del sector exportador impulsó inversiones no solo en las industrias de bienes de consumo, sino también en las productoras de insumos, incluidas maquinarias e implementos para el sector exportador; el procesamiento ulterior de productos de exportación (por ejemplo, el del café y la refinación de azúcar), y otras actividades económicas complementarias o subsidiarias, tales como el transporte (principalmente ferrocarriles y navegación), bancos, comercio de exportación e importación, comercio interno, etc. (Suzigan, 1986).

Además de eso, y con recursos derivados indirectamente de las exportaciones de productos básicos, el gobierno brasileño financió inversiones (o dio garantías sobre ellas) en infraestructura (ferrovías, puertos, líneas de navegación, mejoramientos urbanos, etc), en la modernización de la industria del azúcar, la promoción de la inmigración, etc. El capitalismo imperialista provocó, mediante la exportación de capitales, el desarrollo del comercio y de las fuerzas productivas en varios países periféricos, incluidos Brasil (o, más específicamente, São Paulo y Rio

de Janeiro) y Argentina (o, más específicamente, Buenos Aires), y su “europeización” económica y cultural. En Brasil, las primeras inversiones inglesas en servicios urbanos datan de comienzos de la década de 1860, con la instalación de compañías de iluminación pública a gas, de transporte urbano y de agua y alcantarillas. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la capital de Brasil se consolidó como centro financiero, comercial y portuario, con la mayor concentración obrera del país —fue superada por São Paulo recién en la década de 1920— pues en ella se radicaba el 57 por ciento del capital industrial brasileño, con las mayores inversiones en transporte, ferrovías y en el sector manufacturero. A comienzos del siglo XX, sin embargo, la participación mayor en el mercado brasileño era, en primer lugar, de productos norteamericanos, seguidos de productos ingleses, italianos y franceses. Ciudades como Rio de Janeiro y Buenos Aires era “cosmopolitas”: consumían las últimas modas de París y convivían en ellas numerosas empresas de capital extranjero, que controlaban casi todas las compañías proveedoras de servicios públicos (transporte, energía, agua potable).

Brasil entró en la era de los ferrocarriles en los años 1850, con fuerte presencia del Estado. Los políticos imperiales preferían, para construirlos, movilizar capitales privados extranjeros garantizando retornos del 7 por ciento anual sobre el capital invertido. En 1893, todas las empresas extranjeras con garantía de lucro, a excepción de la próspera *São Paulo Railroad*, obtuvieron una rentabilidad media de apenas el 0,3 por ciento antes del subsidio. La mayoría de las empresas no podía depender de su propia rentabilidad, pues ella provenía exclusivamente de las garantías de pago de tasas fijas. En 1898, el peso de las garantías de rentabilidad comprometió un tercio del presupuesto de la Unión, motivo por el cual, en 1901, el gobierno de Campos Salles, a disgusto, expropió doce compañías. Las adquisiciones de ferrocarriles extranjeros en dificultades crecieron. En 1898, el gobierno tenía la posesión directa del 34 por ciento de los ferrocarriles, e indirectamente sostenía su rentabilidad: la estatización estaba vinculada con la salvación del patrimonio privado. La conquista financiera del Estado brasileño continuó a todo vapor, al igual que en otros países de la región. Eso se acentuó a partir de 1893, con la crisis mundial de sobreproducción de café y las manifestaciones sucesivas de los límites de la política de devaluación monetaria seguida hasta entonces, que llevó a Brasil a contraer empréstitos externos cada vez más voluminosos para atender a sus necesidades financieras.

Deuda externa brasileña (US\$ millones)



Así, “la industria nació de las contradicciones del desenvolvimiento capitalista cuyo centro era la expansión cafetalera (...) La reproducción del capital cafetalero y las formas de subordinación de la economía brasileña llevaron al nacimiento y desarrollo de la industria que, por su parte, estaba en contradicción con la reproducción del capital cafetalero y con las formas de subordinación de la economía brasileña (...) Ni el sometimiento de Brasil a la economía mundial y al capital cafetalero excluyen la industrialización, ni la industrialización implica la destrucción de los lazos que unen a Brasil con la economía mundial” (Silva, 1976: 110-113).

En un estadio posterior, durante las décadas de 1900 y 1910, la inversión en la industria fue inducida por las necesidades de insumos para la incipiente industria de transformación. Algunas industrias nuevas comenzaron a instalarse para la fabricación de esos insumos, tales como sacos de algodón para la harina de trigo y el azúcar refinado, garrafas de vidrio para cerveza u otras bebidas, latas para envasar fósforos, cigarros y alimentos, maquinaria industrial simple como tornos, equipamiento textil, pequeños motores, etc. A partir de la I Guerra Mundial, aunque la inversión en la industria de transformación todavía era, en gran parte, impulsada por la expansión del sector exportador, el patrón del desenvolvimiento industrial se volvió más complejo.

Ese fenómeno se explica por el hecho de que, durante la guerra, la escasez de materias primas e insumos básicos, incluidos maquinaria y equipamiento, dejó en claro que la producción industrial interna debía ser diversificada para incluir esos productos. En ese sentido, la guerra estimuló una mayor diversificación al crecimiento industrial impulsado por la expansión del sector exportador. Esa diversificación, aunque se intentó

incluso durante la guerra, comenzó realmente en la década de 1920. Hasta ese año, la industria textil (con el 27 por ciento del valor total producido) y la industria alimentaria (con el 33 por ciento), con las industrias de bienes de consumo, concentraban las inversiones (casi el 68 por ciento, según la siguiente tabla), mientras la metalurgia y la mecánica solo producían, respectivamente, el 3,4 y el 0,1 por ciento del valor total de la producción. Veamos otras características de los comienzos del desenvolvimiento industrial brasileño, para darnos una idea más clara de las bases económicas del nuevo movimiento social (obrero) que la industria hacía nacer.

Brasil: distribución del capital invertido por ramo industrial

Rama de industria	1889	1907	1920
Textil	60%	20,5%	27,5%
Alimenticia	15%	26,7%	40,2%
Productos químicos	10%	9,4%	7,9%
Artículos de vestuario y tocador	3,5%	15,9%	8,2%
Otros	11,5%	27,5%	16,1%

(Fuente: Carone, 1975)

Brasil: Producción Industrial por Estado

Estados	1907		1920	
	Nº de establecimientos	Nº de obreros	Nº de establecimientos	Nº de obreros
Distrito Federal	662	34.850	1.541	56.229
São Paulo	326	24.186	4.145	83.998
Rio Grande do Sul	314	15.426	1.773	24.661
Rio de Janeiro	207	13.632	454	16.796
Pernambuco	118	12.024	442	15.761
Paraná	297	4.724	623	7.295
Minas Gerais	529	9.405	1.243	18.522
Bahia	78	9.964	491	14.784
Pará	54	2.539	168	3.033
Sergipe	103	3.027	237	5.386
Santa Catarina	163	2.102	791	5.297
Amazonas	92	1.168	69	636
Alagoas	45	3.775	452	6.989
Maranhão	18	4.545	89	3.543
Mato Grosso	15	3.870	20	280
Paraíba	42	1.461	251	3.035

Ceará	18	1.207	194	4.702
Piauí	3	355	55	1.150
Río Grande do Norte	14	560	197	2.146
Espírito Santo	4	90	75	1.005
Goiás	18	90	16	244
Acre			10	22
Totais	3.120	149.018	13.436	275.514

(Fuente: Carone, 1975)

Las inversiones industriales se expandieron a la producción de cemento, acero, papel y celulosa, productos de caucho, productos químicos, maquinaria y equipos, seda y rayón. Inversiones adicionales se hicieron también para el procesamiento ulterior de “nuevos” productos de exportación, como aceite de algodón, carne refrigerada y derivados cárneos, y para la modernización y expansión de la capacidad de producción de algunas de las industrial tradiciones, como textiles de algodón y de lana, azúcar, calzados, molienda de trigo y cervecerías. El desarrollo industrial brasileño se presentó, así, de modo convulsivo, como una especie de “saltos” impulsados más por presiones externas, originadas en las sucesivas coyunturas del mercado mundial, que por factores internos (crecimiento sistemático de la demanda interna de bienes de consumo y bienes de capital).

La concentración industrial era fuerte en los cuatro Estados del sudeste (con excepción de Minas Gerais, Pernambuco y Bahía, notándose también el crecimiento vertiginoso de la industria paulista, transformada en solo una década (la de 1910) en la mayor del país. En lo que hace a la composición de la producción, la industria textil, primera fase del nuevo proceso industrial, fue decreciendo en cuanto base de la industrialización, cediendo su lugar a la industria alimentaria según avanzaba la urbanización del país. La producción industrial, por otro lado, tendía a concentrarse en algunos centros, principalmente Río de Janeiro y São Paulo. Con el tiempo, São Paulo se transformó en el centro industrial de Brasil y del movimiento obrero. Respecto de la concentración industrial paulista, Wilson Cano apunta que

“la economía cafetalera en São Paulo exigió tempranamente la institución del régimen de trabajo libre, a fin de que la acumulación del sector pudiera tener continuidad. La solución de ese problema por la inmigración no eliminaba solamente aquel freno a la expansión de los cafetales: hacía mucho más que eso, creando un mercado amplio para alimentos

y productos industriales de consumo corriente, abriendo de esa forma excelentes oportunidades de inversión, tanto para el desenvolvimiento de una agricultura mercantil como para la industria (...)

“Esa inmigración, al ofrecer una superabundante oferta de fuerza de trabajo, permitió, además, la formación de un mercado de trabajo libre, que funcionó con bajas y flexibles tasas de salarios, resolviendo, muy temprano, el problema del suministro de fuerza de trabajo a la economía urbana que se desenvuelve a partir de la década de 1880. Por lo tanto, la naciente industria paulista, aunque subordinada por el capital cafetalero, se beneficiaba doblemente: recibía un mercado creado por el café y, al mismo tiempo, disponía de fuerza de trabajo barata y abundante. Café, agricultura, transporte, industria, comercio y finanzas crecían, así, dinámica e integradamente, ampliando de manera considerable el potencial de acumulación del complejo paulista. De esa forma, la economía paulista contó con amplias condiciones para su desarrollo, al contrario de lo que ocurría en el resto del país.”⁸

Huelgas, anarquismo y socialismo

En los centros industriales, el anarquismo ganó fuerza por la gran inmigración de trabajadores europeos entre fines del siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, entre los activistas anarquistas más importantes se debe citar a José Oiticica (1882-1957); María Lacerda de Moura (1887-1945), anarquista y feminista; Domingos Passos; Florentino de Carvalho (1889-1947) y Edgard Leuenroth (1888-1968), todos ellos brasileños. Mediante la organización de sindicatos, los anarquistas buscaban obtener el control del mercado de trabajo. Si todos los miembros de una categoría profesional dada estuvieran asociados a un sindicato, los patrones no tendrían más alternativa que dirigirse a ese sindicato para negociar la contratación de trabajadores.

En el pasaje del siglo XIX al siglo XX, el movimiento obrero brasileño conoció una importante etapa de luchas. En 1886 se produjo la huelga de los empleados de comercio, en Río, para que se suprimiera el trabajo nocturno y el de los domingos. En 1891 se registró una huelga

8. Cano apunta, como ejemplos, a la amazonía, con su típica “economía de dispensas”; al Nordeste, por sus precarias relaciones capitalistas de producción y por su concentrada estructura de propiedad y de renta; el extremo Sur, por la forma de producción de la economía campesina, que fragmentaba el excedente generado por una industria constituida, también, por la pequeña y mediana empresa; la región de Rio de Janeiro, por la decadencia cafetalera y la precariedad de su agricultura; Minas Gerais, por su industria dispersa y desconcentrada que, aunque protegida por los costos del transporte, sufría las limitaciones de su propio mercado (Cano, 1977).

de los ferroviarios del Central, que paralizó todo el tráfico. En 1900 hubo una huelga de estibadores, en Rio, por aumento de salarios, organizada y dirigida por el Gremio Popular de los Estibadores. En ese año también fueron a la huelga por mayores salarios los zapateros, y duró dos meses. En 1901 se desencadenó la huelga de los trabajadores de la fábrica Tabacow, en São Paulo, por los atrasos en los pagos: “Esa huelga comenzó magníficamente pero acabó mal, por la actitud poco enérgica de nuestros compañeros en esa fábrica y por la falta de solidaridad entre ellos” (Linhares, 1977). En 1901 pararon los obreros de la fábrica Diodatto Leume & Cía, en São Paulo, por la regularización del pago de salarios. Los trabajadores de las canteras organizaron la huelga para que la jornada de trabajo se redujera de 12 a 10 horas.

En 1903 estalló, en Rio de Janeiro, la mayor huelga realizada hasta entonces en el país: 25 mil trabajadores textiles se declararon en huelga y durante veinte días permanecieron parados, exigiendo que la jornada de trabajo se redujera a 9 horas y media. Esa huelga fue derrotada. En ese año hubo una nueva huelga que abarcó a toda la corporación textil de Rio y adyacencias, y culminó con una victoria de los trabajadores, que consiguieron bajar a 9 horas y media la duración de la jornada de trabajo. También en 1903 hubo huelga de zapateros, en Rio, y una serie de movimientos huelguísticos en otros Estados, como el de los gráficos en São Paulo. En 1905 fue declarada la huelga de los ferroviarios de la Compañía Paulista, que contó con la solidaridad de los estudiantes de la capital. Durante esa huelga se produjeron manifestaciones callejeras y hubo varios choques con la policía. Ese mismo año, en Rio, entraron en huelga trabajadores de tranvías, los sombrereros, los zapateros, los textiles y los trabajadores de las canteras.

En 1906 se produjo, en Porto Alegre, la primera huelga general. Es-tuvieron a la vanguardia de esa lucha los marmolistas, y adhirieron los textiles, los de las canteras, los carpinteros, los pintores, los sastres, los carreros, los ebanistas y otros sectores obreros. La huelga duró 12 días. Los patrones fueron obligados a reducir la jornada de trabajo a 9 horas. En 1907 declararon en huelga, en São Paulo, los trabajadores de las canteras y los gráficos, y conquistaron la jornada de 8 horas de trabajo, al igual que en las canteras de Santos. También los metalúrgicos de la fábrica Ipiranga consiguieron reducir la jornada, en su caso a 9 horas. Desde entonces, el movimiento huelguístico fue creciendo constantemente.

El socialismo brasileño, como vimos, reconoce un desarrollo todavía anterior. El general de ejército Abreu e Lima, influido por los utopistas

europesos, en especial por Gastón Leroux, publicó el libro *El socialismo* ya en 1845.⁹ El naciente estamento militar estaba fuertemente influido por las doctrinas positivistas, incluidas sus variantes “sociales”. La historia del movimiento socialista en Brasil comenzó, por tanto, en la primera mitad del siglo XIX, cuando la economía nacional se basaba en el sector primario y el desarrollo de las ideas socialistas seguía aún más los principios liberales de la Revolución Francesa. El movimiento dio grandes pasos a partir de la proclamación de la República, justamente con el comienzo del desarrollo industrial en Brasil. Al final del siglo XIX surgieron los primeros partidos obreros, que tuvieron vida breve en medio de una fuerte represión. En esos años, Tobías Barreto fue el primer autor brasileño en hacer referencia, en artículos periodísticos, a la obra y la actividad de Karl Marx (la Asociación Internacional de Trabajadores, la AIT).¹⁰ Décadas después, en 1902, 1909, 1912 y 1925 fueron creados, en diversos Estados de la Unión, partidos socialistas regionales, cuyos programas reflejaban una mixtura doctrinaria, alternando contenidos marxistas y humanitarismo.

9. José Inacio Abreu e Lima (1794-1869) fue militar, político, periodista y escritor. Aunque brasileño de nacimiento, tuvo participación destacada en las guerras de independencia de la América española. Debido a eso, es conocido como “general Abreu e Lima”, por haber sido uno de los generales de Simón Bolívar, líder de la independencia de la América hispana. Abreu e Lima salió de Brasil en 1818, después de la ejecución de su padre, el padre Roma (ex sacerdote que abandonó los hábitos para casarse) en 1817, debido a su participación en la Revolución Pernambucana. En aquellos tiempos, las ordenanzas del reino no limitaban sus castigos a los reos de crímenes de lesa majestad: también imputaban a sus familiares hasta la segunda generación. Joven militar, la ejecución de su padre en aquellas condiciones sepultaba su carrera en Brasil, se incorporó así al ejército de Bolívar con grado de capitán, y participó en las batallas decisivas de la lucha por la liberación de Venezuela y Colombia. Abreu e Lima es considerado uno de los héroes de la independencia de Venezuela, y tiene mayor reconocimiento en ese país que en Brasil. Con la muerte de Bolívar, y sin reconocimiento de su grado por parte del gobierno de Santander, que lo sucedió, abandonó Colombia. Estuvo en los Estados Unidos, en Europa y, enseguida, retornó a Brasil y fijó su residencia en Río de Janeiro. En 1844 retornó a Pernambuco. Fue apresado bajo acusación de haber participado en la Revuelta Praieira, en 1848. En cuanto a ese episodio, existen divergencias sobre su actuación. Algunas fuentes aseguran que él no participó efectivamente en esa revuelta, pero fue involucrado por la actuación de sus hermanos, que sí participaron. Por esa razón, después fue declarado inocente de aquella acusación. Otras fuentes afirman que se involucró en esos hechos y luego fue amnistiado por el gobierno imperial.

10. Tobías Barreto de Meneses (1839-1889) fue filósofo, poeta, crítico y jurista brasileño, vinculado con la Escuela de Recife, un movimiento filosófico calcado del monismo y el evolucionismo europeo. Influido por el espiritualismo francés, pasó después al naturalismo de Haeckel y Noiré. En 1870 defendió el germanismo contra el predominio de la cultura francesa en Brasil. Fundó el periódico *Deutscher Kämpfer* (Luchador alemán), de poca repercusión. Escribió también *Estudios alemanes*, para la difusión de la germanística, e inició un movimiento denominado “condoreirismo hugoano” en la poesía brasileña.

A comienzos del siglo XX, sin embargo, el anarquismo y el anarcosindicalismo “antiautoritarios” eran las tendencias mayoritarias entre los obreros brasileños, y tuvieron su punto culminante con las grandes huelgas de 1917 en São Paulo, y las de 1918-1919 en Rio de Janeiro. Durante el mismo período, “escuelas modernas” se abrieron en varias ciudades, muchas de ellas por iniciativa de las agremiaciones obreras anarquistas. Los periódicos anarquistas y anarcosindicalistas trataron de sustentarse solo con contribuciones, pero sus militantes eran pocos y no tenían muchos recursos económicos. Pocos fueron los medios anarquistas que lograron publicar más de cinco números. *A Terra Livre* (La tierra libre), el periódico anarquista de mayor éxito antes de la I Guerra Mundial, publicó 75 números en cinco años.

En el proceso de formación de la clase obrera brasileña fue significativo el papel de los inmigrantes italianos y españoles (llamados “artesanos”), que traían de sus países de origen su experiencia sindical. Muchas publicaciones obreras de comienzos del siglo XX fueron escritas en italiano o en español, y contribuyeron, entre otras cosas, a valorizar la palabra “trabajador”, que tenía, en Brasil, un sentido depreciativo. Los trabajadores inmigrantes organizaban clubes, círculos, uniones y asociaciones con el objetivo de unir a los obreros. El gobierno promulgó la ley Adolfo Gordo, en 1906, que disponía la expulsión de cualquier obrero extranjero que se viera involucrado en las luchas de su clase (en 1904 se había aprobado en la Argentina la llamada “Ley de Residencia”, exactamente con los mismos objetivos). Desde el año 1891 se hicieron huelgas que, aunque no tenían proporciones “amenazadoras”, fueron duramente reprimidas.

El anarquismo, y el movimiento obrero en general, fueron mucho peor tratados por el Estado advenido con la República oligárquica que en el período precedente. Desde 1889 a 1919 la República fue expresión exclusiva del gobierno de los grandes hacendados de café y del predominio de los dos Estados más poderosos de la Federación: São Paulo y Minas. La “política del café con leche” se mantuvo prácticamente inquebrantable, incluso durante la presidencia del mariscal Hermes da Fonseca (1910-1914), cuando predominó políticamente la figura de Pinheiro Machado, presidente del Senado y representante de la oligarquía gaúcha. El PRP y el PRM (partidos republicanos paulista y mineiro, respectivamente) se alternaban en el poder sin grandes trastornos.

El proceso de industrialización, que crecía con la expansión de las exportaciones, tomó una nueva dirección a partir de la I Guerra. El

primer efecto del conflicto bélico fue una drástica reducción de las inversiones industriales. La producción todavía se expandió en 1915-1916 con la utilización plena de la capacidad instalada, pero comenzó a declinar en 1917 y su crecimiento se tornó negativo al año siguiente, por la falta de materias primas, máquinas y equipamientos importados. La crisis económica provocada por la Gran Guerra acentuó la miseria. Con la eclosión bélica (1914-1918), el Brasil, cuya economía estaba volcada hacia el mercado externo, sufrió inmediatamente sus consecuencias. No solo porque, a partir de 1917, participó directamente del conflicto sino, sobre todo, porque la guerra desorganizó el mercado internacional y trajo nuevas dificultades para la exportación del café, cuyo precio declinó.

El viraje de 1917

Los nuevos movimientos sociales, inspirados por ideologías llegadas de Europa, coexistían con movimientos autóctonos, en sitios más lejanos a la industrialización. La crisis social y económica que sacudió al país era mucho más sentida en las regiones más pobres de la nación. En el *sertão* nordestino en particular, con sus sequías, sus coroneles con sus latifundios, siempre estuvo marcado por la tensión social. La disminución de las acciones “fisiológicas” del Estado, provocada por la disminución de sus recursos financieros, se reflejó en la bolsa de los “coroneles”, los jefes locales. El desempleo se acentuó mucho. Tanto los campesinos como los *capangas* perdían sus empleos. Fue en ese ambiente de extrema pobreza y violencia que se produjeron innumerables *cangaços*¹¹. Durante la década de 1920, los *cangaços* se desarrollaron por todo el interior del Nordeste. El poder público fue incapaz de contenerlos, lo que contribuyó significativamente a la crisis de la República oligárquica (o “República vieja”).

Esa crisis se manifestó paulatinamente y condujo a un cambio en la orientación del movimiento obrero y de los movimientos sociales en general. El origen de la crisis radicaba en la creciente insatisfacción del Ejército y de las clases medias urbanas, al tiempo que surgían tensiones en el propio seno de la clase dominante. Los militares, que se habían

11. Se llamó así a los levantamientos agrarios en el Nordeste, de campesinos sin tierra expulsados por las sequías y el hambre, que se sublevaron contra el poder de los “coroneles” (latifundistas) nordestinos. Esas insurrecciones comenzaron a fines del siglo XIX y se extendieron hasta la década de 1940 (nota del traductor).

apartado de la vida política después del gobierno de Floriano Peixoto, reaparecieron en la campaña presidencial de 1909. En esa campaña, la cúpula militar se alió con la oligarquía gaúcha. Se manifestaban los primeros sacudones de la política del “café con leche” hasta entonces dominante. El Ejército reaparecía en el escenario de las disputas políticas en 1910, entonces subordinado a las poderosas oligarquías de Minas y Rio Grande do Sul. Apoyado por esas fuerzas, el mariscal Hermes da Fonseca fue lanzado a la candidatura presidencial. Rui Barbosa, su opositor, tenía el respaldo de São Paulo y Bahía, y basó toda su campaña en la idea “civilista” contra el ascenso militar, identificando a da Fonseca con el militarismo. Rui Barbosa fue derrotado, mientras da Fonseca, después de electo, se lanzó a la “política de las salvaciones”, consistente en la intervención federal a los Estados “indisciplinados”.

A pesar de la elección de Hermes da Fonseca y del papel destacado ejercido por Pinheiro Macado, presidente del Senado y jefe de la oligarquía gaúcha, después sostuvo su mandato en la antigua política, en el eje Minas-São Paulo. La crisis política reapareció en 1922,¹² en las elecciones para la sucesión de Epiácio Pessoa, cuando Minas Gerais y São Paulo resolvieron la cuestión nominando a Artur Bernardes (político mineiro) para la presidencia.

A diferencia de las experiencias comunitarias “toleradas” en el Imperio, en relación con el movimiento obrero urbano, el Estado, en este periodo, solo aparecía para reprimir huelgas: la cuestión social era “una cuestión de policía”, según las célebres palabras de Washington Luis. El orden establecido no reconocía ningún derecho en relación con el trabajo. Diputados y senadores, indiferentes a los problemas sociales, rechazaron proyectos de protección a los trabajadores, solicitados por

12. El descontento ante la oligarquía dominante alcanzó su auge con las revueltas “tenientistas”, que tuvieron sus focos principales en Río Grande do Sul (1923) y San Pablo (1924). En Río Grande do Sul, la revuelta tenientista tuvo el apoyo inmediato de la disidencia oligárquica de la Alianza Libertadora y se expandió hacia el norte, a Santa Catarina y Paraná. En San Pablo, la revuelta se desencadenó bajo la jefatura del general Isidoro Dias Lopes, que no pudiendo soportar las presiones de las tropas legalistas, marchó al sur y se encontró con las tropas gaúchas lideradas por Luis Carlos Prestes y Mario Fagundes Varela. Los principales nombres de ese movimiento fueron Juarez Távora, Miguel Costa, Siqueira Campos, Cordeiro de Farias y Luis Carlos Prestes. Este último, más tarde, se desvinculó del movimiento para ingresar en el Partido Comunista de Brasil, y se convirtió en su principal dirigente. Se formó así, en 1925, la célebre Columna Prestes, que durante dos años recorrió cerca de 24.000 kilómetros y obtuvo varias victorias ante las fuerzas legalistas. Inútilmente trató de sublevar las poblaciones del interior contra Bernardes y la oligarquía dominante. Con el fin del mandato de Artur Bernardes, en 1926, la Columna entró en Bolivia y, finalmente, se disolvió.

sus representantes. Como los nuevos trabajadores eran en su mayoría extranjeros, no tenían derecho a asistir a las escuelas públicas ni acceder a la salud pública o a servicios sanitarios básicos. La Iglesia católica de la época era extremadamente conservadora y reproducía el discurso de las clases dominantes: el nacimiento de la fábrica, en Brasil, estuvo acompañado de bajos salarios y miseria social bajo todas sus formas.

En las primeras décadas del siglo XX, el movimiento obrero brasileño no hizo sino crecer. Según Edgar Carone: “Social y políticamente, el proletariado es una fuerza que se manifestó de modo lento. De origen agrario, luego se expande con la inmigración y desenvuelve una conciencia de tradición europea. Son anarcosindicalistas, socialistas, anticlericales, usando tácticas políticas de los movimientos italianos y españoles, donde Bakunin predominaba sobre Marx. Las primeras organizaciones, como el Partido Socialista Brasileño (1902) y la Confederación Obrera Brasileña (1908), reflejan esas concepciones. Los primeros diez años del siglo XX, además de mostrar cierta madurez organizativa en el proletariado de las grandes ciudades (sindicatos, partidos y periódicos), levantaron las exigencias de la clase contra los bajos salarios” (Carone, 1979).

Finalmente, la huelga general de 1917, en São Paulo, seguida por las huelgas de 1918 en Rio de Janeiro y Rio Grande do Sul, marcaron un momento en que la fuerza del movimiento obrero se manifestó con un impacto muy grande.

Esa irrupción había sido preparada por un *crescendo* importante del movimiento obrero: 111 huelgas se produjeron en Brasil entre 1900 y 1910; y 258 en el periodo 1910-1920, excluyendo la coyuntura 1917-1918. Boris Fausto, indagando en los años de 1917 a 1920, con datos restringidos a São Paulo y Rio de Janeiro, registra más de 200 huelgas obreras, con la participación directa de cerca de 300 mil trabajadores (Fausto, 1979).

Con el comienzo de la I Guerra Mundial, el Brasil se convirtió en exportador de productos alimenticios a los países de la “Triple Entente”; esas exportaciones se aceleraron a partir de 1915, y redujeron la oferta de alimentos disponibles para el consumo interno y provocaron alzas en sus precios. Entre 1914 y 1923 el salario subió un 71 por ciento, mientras el costo de vida había aumentado en ese periodo un 189 por ciento: eso representaba una caída de dos tercios en el poder de compra de los salarios. El salario medio de un trabajador era de cerca de 100 mil reis, mientras el consumo básico de una familia con dos hijos demandaba 207 mil reis. El trabajo infantil era generalizado.

El 9 de julio de 1917, una carga de caballería contra los trabajadores que protestaban a las puertas de la fábrica Mariángela, en Brás, derivó en la muerte del joven anarquista español José Martínez. Su funeral reunió una multitud que atravesó la ciudad acompañando el féretro hasta el cementerio de Araçá, donde fue sepultado. Indignados y ya preparados, los operarios de la textil Cotonifício Crespi, con planta en Mooca, entraron en huelga y luego fueron seguidos por otras fábricas y barrios obreros. Almacenes fueron saqueados, tranvías y otros vehículos fueron incendiados y se levantaron barricadas en las calles. La paralización de 1917, comenzada en el sector fabril, se propagó rápidamente y afectó el área portuaria y el interior, involucrando a cerca de 50 mil trabajadores. Las principales reivindicaciones eran el aumento de salarios, la prohibición del trabajo infantil, jornada de 8 horas, garantía de empleo y derecho de asociación. El gobierno reprimió el movimiento con todos los recursos de que disponía: movilizó policía, tropas militares y hasta la Marina de Guerra.

Las demandas de la huelga, publicadas en *A Plebe* (La plebe) el 21 de julio de ese año, incluían: “Que sean puestos en libertad todos los detenidos con motivo de la huelga; que sea respetado del modo más absoluto el derecho de asociación de los trabajadores; que ningún trabajador sea despedido por haber participado activa y ostensiblemente en el movimiento huelguístico; que sea abolida de hecho la explotación del trabajo de menores de 14 años en fábricas, oficinas, etc.; que sea abolida el trabajo nocturno de las mujeres; aumento del 35 por ciento para los salarios inferiores a 5.000 pesos y del 25 por ciento para los más elevados; que el salario sea pagado puntualmente cada 15 días o, a más tardar, cinco días después del vencimiento; que les sea garantizado a los obreros trabajo permanente; jornada de 8 horas y semana inglesa (o sea, de 40 horas)”.

El grito de guerra de “huelga general” se esparce por todas las esquinas. Durante la I Guerra Mundial la economía brasileña, que atendía apenas el 5 por ciento de las necesidades de consumo del país, enfrentó una escasez y carestía inéditas: la presión de la carestía de la vida, de los bajos salarios, crearon un escenario explosivo. Los trabajadores textiles, en especial las mujeres, fueron los protagonistas principales de las huelgas. Frente al endurecimiento de la política patronal, iniciaron un proceso de lucha; el locaut patronal y la represión policial fueron enfrentados en las calles por los trabajadores organizados. La Liga Obrera de Mooca, que participaba de la organización de los textiles, respondió negativamente, en mayo de 1917, en vísperas de la huelga general, a un llamado de un centro socialista que pretendía

“hacerse cargo de cuestiones organizativas de la acción obrera, con el objetivo, si es necesario, de preparar una huelga general”.

La expresión política de las reivindicaciones de los trabajadores fue hecha por medio del Comité de Defensa Proletaria, liderado por figuras del anarcosindicalismo como Edgard Leuenroth y Gigi Damiani, y con la participación de socialistas partidarios del movimiento, como el periódico *Avanti!*, editado en italiano. Afirmaba el Comité -en el periódico *A Plebe* del 21 de julio de 1917- que “en otras partes, en otros países, lo que pide el Comité de Defensa Obrera -un comité que se considera subversivo- habría sido propuesto por las propias clases conservadoras como medida de defensa de sus propios intereses”.

En ese sentido, “la burguesía industrial paulista, el sector más astuto de las clases dominantes, advirtió que la pura represión no acabaría con el conflicto. Se formó entonces una Comisión de Jornaleros (todos de grandes empresas) que serviría de mediadora entre operarios y patronos. Los grandes empresarios aceptaron una serie de reivindicaciones. El presidente del Estado y el prefecto de São Paulo prometieron, por parte del gobierno, fiscalizar las condiciones de trabajo de mujeres y menores, el precio y la calidad de los productos alimenticios y liberar a los obreros presos. Los empresarios concederían un 20 por ciento de aumento salarial y prometieron no despedir huelguistas. El 15 de julio, en grandes mítines obreros en Brás, Lapa e Ipiranga, la masa huelguista aceptó el compromiso de la patronal, a partir de la propuesta de regreso al trabajo llevada por el Comité de Defensa Proletaria” (Leonardi y Foot Hardman, 1982).

Unos 70 mil trabajadores se habían adherido al movimiento. El líder del Comité de Defensa Proletaria, Edgard Leuenroth¹³, escribió: “La situación se volvía cada vez más grave con los choques entre la policía y

13. Edgard Frederico Leuenroth (1881-1968) fue tipógrafo, periodista, archivero y propagandista, y uno de los más notables activistas anarquistas del periodo de la Primera República brasileña. Fundó diversos periódicos y colaboró en otros, en diferentes funciones. Estuvo involucrado con la publicación de los periódicos *O Boi* (El buey), *O Alfa, Folha do Braz* (Hoja de Brás), *O Trabalhador Gráfico* (El trabajador gráfico), *Portugal Moderno, A Terra Livre* (La tierra libre), *A Luta Proletária* (La lucha proletaria), *A Folha do Povo* (La hoja del pueblo), *A Lanterna* (La linterna), *A Guerra Social, O Combate, A Capital, Eclectica, Spartacus, A Plebe, Romance Journal, Jornal dos Jornaes* (Periódico de los periódicos), *A Noite* (La noche), *Ação Libertaria* (Acción libertaria) y *Ação Direta* (Acción directa). Fue también fundador de diversas entidades vinculadas con la prensa, entre ellas el Centro Tipográfico de San Pablo, la Unión de Trabajadores Gráficos, la Asociación Paulista de Prensa y la Federación Nacional de Prensa. En 1917 fue juzgado y condenado como uno de los organizadores de la huelga general. Fue responsable de la constitución de uno de los mejores archivos existentes sobre la memoria de los movimientos obrero y anarquista, hoy bajo los cuidados de la Universidad de Campinas, que lleva su nombre. El autor de este trabajo tuvo el honor de ser uno de los constructores de ese archivo en su periodo inicial.

los trabajadores. El Comité de Defensa Proletaria, solo venciendo toda suerte de dificultades conseguía hacer apresuradas reuniones en diversos puntos de la ciudad, a veces bajo la impresión del ruido de tiroteos en las inmediaciones. Se hacía indispensable un encuentro de los trabajadores para tomar una resolución decisiva. Surgió, entonces, la sugerencia de convocar a una asamblea general ¿Cómo y dónde? ¿Cómo vencer los cercos de la policía? Pero la situación, que se desarrollaba con la misma gravedad, exigía su realización. El peligro de que los trabajadores quedaran expuestos se estaba transformando en una sangrienta realidad por los ataques de la policía en todos los barrios de la ciudad, y varios trabajadores ya habían sido víctimas de esa reacción, por el único crimen de reclamar su derecho a la sobrevivencia...

“El mitin fue hecho. El Brás, el barrio donde había empezado el movimiento, fue el punto de encuentro más indicado, y tuvo por local el vasto recinto del antiguo Hipódromo de Mooca. Fue indescriptible el espectáculo al que asistió entonces la población de São Paulo, preocupada por la gravedad de la situación. De todos los puntos de la ciudad, como verdaderos caudales humanos, caminaban las multitudes en busca de ese local que, durante mucho tiempo, había servido de pasarela para la ostentación de dispendiosas vanidades, justamente en ese rincón de la ciudad habitualmente nublado por el humo de las fábricas, en aquel instante vacías de trabajadores que se reunían allí para reclamar su derecho indiscutible a un más alto nivel de vida. No corresponde describir aquí cómo se desarrolló aquel mitin, considerado una de las mayores manifestaciones que registra la historia del proletariado brasileño. Baste decir que la inmensa multitud decidió que el movimiento solamente cesaría cuando sus reivindicaciones, sintetizadas en el memorial del Comité de Defensa Proletaria, fueran atendidas”.

En un editorial de la época de *O Estado de São Paulo* se lee: “La torre de los privilegios se derrumbaba. La hacía temblar en sus cimientos seculares la teoría socialista, la equivalencia, no reconocida pero ya victoriosa, del capital y el trabajo. Los capitalistas bien aconsejados no ignoran, y los gobiernos cautos lo han notado suficientemente, que ambos grupos se armonizan y colaboran en procura de una solución sin conflictos violentos con una fuerza que se presenta revestida de una pujanza invencible”.

El balance del movimiento de 1917-1918 que hace Astrojildo Pereira, activista anarcosindicalista y futuro fundador del PCB (1922), publicado en *A Plebe* del 4 de junio de 1921, dice: “La organización por

oficios, localista y federalista, forma una verdadera polvareda de núcleos dispersos, donde las energías, al revés de lo que ocurre cuando se concentran en un bloque homogéneo, se desperdician infructuosamente y, lo que es más grave, se empuqueñecen en un estrecho espíritu corporativista. Hemos visto los resultados de tal sistema: la fragilidad de cada sindicato, la fragilidad general de las federaciones ante la fuerza compacta y agresiva del enemigo. Los ataques de fracción de las masas dispersas del proletariado contra ese bloque solo sirven para el aniquilamiento fraccional, aunque gradual y constante, del proletariado”.

Aunque limitada a las regiones industrializadas, la huelga, en las localidades en que se hizo efectiva, tuvo un grado de adhesión impresionante. La respuesta del Estado también fue impresionante. La legislación trataba como a un crimen toda acción anarquista. Extranjeros involucrados con esa ideología eran extraditados. Los anarquistas brasileños eran detenidos y humillados en público. Durante el gobierno de Artur Bernardes la represión general se hizo abierta. Censura a la prensa, torturas y asesinatos se volvieron frecuentes. La realidad social y política del país, sin embargo, cambiaba para siempre. Los patrones dieron un aumento inmediato de salarios y prometieron estudiar las demás exigencias. La gran victoria fue el reconocimiento del movimiento obrero como una instancia legítima, obligando a los patrones a negociar los proletarios y a tenerlos en cuenta en sus decisiones. En 1918, la Cámara de Diputados creó una Comisión de Legislación Social, encargada de elaborar leyes específicas de protección a los trabajadores. Entre esas leyes se incluyó la de accidentes de trabajo y los feriados remunerados. Los patrones se resistieron aún a la idea de esas leyes, pero de todos modos fueron aprobadas. El “fantasma de la revolución” apareció en 1917-1918 en São Paulo y Rio de Janeiro,¹⁴ sin olvidar la Revolución Rusa en octubre de ese mismo año y su impacto internacional (Bandeira, 2004).

Conclusión

Se ha dicho durante largo tiempo que la decadencia del movimiento anarquista se debió al fortalecimiento de las corrientes del socialismo marxista, con la creación del Partido Comunista Brasileño (PCB) en 1922. En esa fundación tomaron parte ex integrantes del movimiento anarquista que, influidos por el éxito de la Revolución Rusa, decidieron

14. “Habremos de demostrar que la revolución social no es una utopía”, dice Carlos Dias, miembro de la Unión Gráfica, en su discurso durante un acto público el 1° de Mayo de 1918.

fundar un partido semejante al bolchevique. Las investigaciones indican, por el contrario, que la influencia anarquista en el movimiento obrero creció después de 1922: solo la represión del gobierno de Artur Bernardes hizo disminuir la influencia de las ideas anarquistas en el movimiento obrero. El presidente Bernardes fue responsable por campos de concentración y centros de tortura, en los cuales murieron militantes libertarios (uno de ellos fue el de Clevelândia, en Oiapoque, en el extremo norte del país, la abrasadora región ecuatorial. Pero fue durante el gobierno de Getulio Vargas que el movimiento anarcosindicalista recibió el golpe *político* fatal, debido al surgimiento de los sindicatos controlados por el Estado y por las nuevas persecuciones políticas. Hasta la primera mitad de la década de 1930, el anarquismo permaneció como una ideología influyente entre los trabajadores brasileños.

Entre mediados del siglo XIX y la crisis de 1929-1930, es decir durante tres cuartos de siglo, se desarrolló en Brasil un movimiento obrero inicialmente aislado pero cada vez más fuerte y dinámico, que contuvo corrientes socialistas y anarquistas (además de grupos nacionalistas). Su particularidad, en el marco latinoamericano y mundial, fue actuar en un cuadro histórico que colocaba, como problemas inminentes, la cuestión de la democracia (durante la monarquía y durante la República oligárquica y censataria), la cuestión de la unidad nacional y, sobre todo, la cuestión de la abolición de la esclavitud, cuestiones que tenderían a subordinar la “cuestión social”. Sus dirigentes, sus teóricos y corrientes políticas, no dejaron de ubicar los problemas de la orientación política del movimiento obrero en las condiciones peculiares, excepcionales del escenario mundial.

Al mismo tiempo, el movimiento obrero y socialista fue extremadamente activo, y creó tradiciones políticas y organizativas que obligaron a sucesivas transformaciones de la política estatal ante la llamada “cuestión social”. El desenvolvimiento histórico ulterior del país, el desarrollo del propio movimiento obrero, son incomprensibles sino a la luz de la actividad de los trabajadores, así como de la actividad socialista y anarquista en la segunda mitad del siglo XIX y en el primer cuarto del siglo XX. Los problemas que presentaron en ese período para el proletariado militante, no dejaron de hacerse presentes, en nuevas condiciones pero conservando una profunda identidad, en las décadas posteriores, y llegan hasta los días actuales. Su estudio no es, por lo tanto, un pasatiempo reservado a historiadores, sino una fuente de reflexiones y lecciones que conservan su vigencia hasta el presente.

Bibliografia

- Alba, Victor (1964); *Historia del Movimiento Obrero en América Latina*. México, Libreros Mexicanos Unidos.
- Amado, Janaina (1970); *Conflito Social no Brasil: A revolta dos muckers*. São Paulo, Símbolo.
- Aun Khoury, Yara (1981); *As Greves em São Paulo*. São Paulo, Cortez/Autores Associados.
- Azis, Simão (1966); *Sindicato e Estado: Suas relações na formação do proletariado de São Paulo*. São Paulo, Edusp.
- Bandeira, Moniz; et al. (2004); *O Ano Vermelho: A Revolução Russa e seus reflexos no Brasil*. São Paulo, Expressão Popular.
- Barman, Roderick J. (1977); “The Brazilian peasantry reexamined; the implication of the *Quebra Quilo* revolt”. *Hispanic American Historical Review*, vol. 57, n° 3, agosto.
- Barros de Aguiar Fontes, Alice (1976); *A Prática Abolicionista em São Paulo: os Caifases (1882-1888)*. Tesis doctoral, Departamento de Historia, USP.
- Beiguelman, Paula (2002); *Os Companheiros de São Paulo*. São Paulo, Cortez.
- Cândido, Antonio (1980); *Teresinha Etc*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Cano, Wilson (1977); *Raízes da Concentração Industrial em São Paulo*. São Paulo, Difel.
- Carone, Edgar (1965); *Revoluções no Brasil Contemporâneo*. São Paulo, Buriiti.
- (1975); *A República Velha: Instituições e classes sociais*. São Paulo, Difel.
- (1979); *Movimento Operário no Brasil (1877-1944)*. São Paulo, Difel.
- Cerqueira Filho, Gisálio (1978); *A Influência das Ideias Socialistas no Pensamento Político Brasileiro*. São Paulo, Loyola.
- Coggiola, Osvaldo (1989); “Movimentos operários e socialistas na transição da Monarquia à República”. *Estudos* n° 12, São Paulo, Centro de Estudos do Terceiro Mundo (FFLCH-USP), julio.
- (1982); *Sobre as Origens do Socialismo na Argentina, no Brasil e na Bolívia*. I Simpósio de Estudos Latino americanos. San Carlos, UFSCar, (mim.).
- Chacon, Vamireh (1981); *História das Ideias Socialistas no Brasil*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

- Dean, Warren (1971); *A Industrialização de São Paulo (1880-1945)*. São Paulo, Difel.
- De Abreu e Lima, José Inácio (1979); *O Socialismo*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- De Moraes Filho, Evaristo (1978); *O Problema do Sindicato Único no Brasil*. São Paulo, Alfa Omega.
- De Moraes Filho, Evaristo (1981); *O Socialismo Brasileiro*. Brasília, Editora da Universidade de Brasília.
- De Moraes Hecker, Frederico Alexandre (1996); *O Socialismo em São Paulo: a Atuação de Antonio Piccarollo*. Tesis doctoral, FFLCH-USP.
- De Queirós, Maurício Vinhas (1975); “O surto industrial de 1880-1895”. *Debate & Crítica* n° 6, São Paulo, julio.
- De Souza Martins, José (1981); “Empresários e trabalhadores de origem italiana no desenvolvimento industrial brasileiro entre 1880 e 1914”. *Dados (Revista de Ciências Sociais)* vol. 24, N° 2, Rio de Janeiro, IUPERJ.
- Dias, Everardo (1977); *História das Lutas Sociais no Brasil*. São Paulo, Alfa Omega.
- Dulles, J. W F. (1977); *Anarquistas e Comunistas no Brasil – 1900-1930*. Rio de Janeiro, Nova Fronteira.
- Fausto, Boris (1979); *Trabalho Urbano e Conflito Social (1890-1920)*. São Paulo, Difel.
- Fontes, Silvério (1977); “Manifesto do Partido Socialista Brasileiro (1902)”. *Temas de Ciências Humanas* n° 1, São Paulo.
- Foot, Francisco y Victor Leonardi (1982); *História da Indústria e do Trabalho no Brasil*. São Paulo, Global.
- Godio, Julio (1979); *Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano*. Buenos Aires, El Cid Editor.
- Hall, Michael e Paulo Sérgio Pinheiro (1979); *A Classe Operária no Brasil 1889-1930*. São Paulo, Alfa Omega.
- Haupt, Georges (1973); “Militants sociaux démocrates allemands au Brésil (1893-1896)”. *Le Mouvement Social* N° 84, París, julio.
- Gosi, Rinaldo (1977); *Il Socialismo Utopistico: Giovanni Rossi e la colonia anarchica Cecilia*. Milán, Moizzi Editore.
- Ianni, Octávio (1976); “O processo econômico e o trabalhador livre”. *História Geral da Civilização Brasileira*, Tomo II, 3° volumen, Difel, São Paulo.
- Joffily, Geraldo Ireneo (1965); *Um Cronista do Sertão no Século Passado*.

- [S.I.], Prefeitura Municipal de Campina Grande, 1965.
- Joffily, Geraldo Ireneo (1976); “O Quebra Quilo (a revolta dos matutos contra os doutores)”. *Revista de História* N° 107, São Paulo, FFLCH-USP, julio.
- Júnior, Theotônio (1962); “O movimento operário no Brasil”. *Revista Brasiliense* N° 39, São Paulo, enero.
- Koval, Boris (1982); *História do Proletariado Brasileiro*. São Paulo, Alfa Omega.
- Lauderdale Graham, Sandra (1980); “The *vintem* riot and political culture”. Río de Janeiro: 1880. *Hispanic American Historical Review*, vol. 60, N° 3, agosto.
- Leonardi, Victor y Francisco Foot Hardman (1982); *História da Indústria e do Trabalho no Brasil*. São Paulo, Global.
- Linhares, Hermínio (1977); *Contribuição à História das Lutas Operárias no Brasil*. São Paulo, Alfa Omega.
- Lowy, Michael (1980); *Le Marxisme en Amérique Latine*. París, François Maspéro.
- (1982); “Trajetória da Internacional Socialista na América Latina”. *Perspectiva Internacional* N° 1, São Paulo, marzo.
- “Manifesto da Associação Industrial”; *Temas de Ciências Humanas* N° 1, São Paulo, 1977.
- Maram, Sheldon Leslie (1979); *Anarquistas, Imigrantes e o Movimento Operário Brasileiro 1890-1920*. Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Martins Rodrigues, Leôncio (1969); *La Clase Obrera en el Brasil*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Paris, Robert (1974); “Socialisme et communisme en Amérique Latine”. Jacques Droz (comp.): *Histoire Générale du Socialisme*. Paris, Presses Universitaires de France.
- Pereira, Astrojildo (1962); “Silvério Fontes, pioneiro do marxismo no Brasil”. *Estudos Sociais*, vol. III, N° 12, Río de Janeiro, abril.
- Petry, Leopoldo (1957); *Episódio do Ferrabraz - Os Muckers*. SanLeopoldo, Rotermund.
- Piccarollo, Antonio (sd); *Il Socialismo nel Brasile: Disegno d'un programma pratico di azione socialista*. São Paulo, Centro Socialista Paulistano.
- Pinheiro, Paulo Sérgio (1977); “O proletariado industrial na Primeira República”; *História Geral da Civilização Brasileira*, Tomo III, 2° volume, Difel, São Paulo.
- Rama, Carlos M. (1959); *Mouvements Ouvriers et Socialistes: L'Amérique Latine (1492-1936)*. Paris, Les Éditions Ouvrières.

- Rodrigues, Edgar (1969); *Socialismo e Sindicalismo no Brasil*. Rio de Janeiro, Laemmert.
- (1979); *Alvorada Operária*. Rio de Janeiro, Mundo Livre.
- Romani, Carlo (2002); *Oreste Ristori: uma Aventura Anarquista*. São Paulo, Annablume.
- Sader, Eder; et al. (1980); *Movimento Operário Brasileiro 1900/1979*. Belo Horizonte, Vega.
- Schorer Petrone, Teresa (1976); “Imigração assalariada”. *História Geral da Civilização Brasileira*, tomo II, 3º volume, Difel, São Paulo.
- Silva, Sergio (1976); *Expansão Cafeeira e Origens da Indústria no Brasil*. São Paulo, Alfa Omega.
- Simonsen, Roberto C. (1973); *Evolução Industrial do Brasil e Outros Estudos*. São Paulo, Editora Nacional.
- Suzigan, Wilson (1986); *Indústria Brasileira: Origem e desenvolvimento*. São Paulo, Brasiliense.
- Telles, Jover (1967); *O Movimento Sindical no Brasil*. São Paulo, Pioneira Edusp.
- Vilela Luz, Nícia (1961); *A Luta pela Industrialização do Brasil (1808-1930)*. São Paulo, Difel.
- Villaça, Maria José (1967); *A Força de Trabalho no Brasil*. São Paulo, Pioneira – EDUSP, 1967.
- Viotti da Costa, Emilia (1979); *Da Monarquia à República: Momentos decisivos*. São Paulo, Ciências Humanas.
- Wolfe, Joel (1991); “Anarchist ideology, worker practice: the 1917 general strike and the formation of Sao Paulo’s working class”. *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, N° 4, noviembre.

Traducción: Alejandro Guerrero